

## *El experimento argentino\**

### Medioevo, modernidad y sincretismo

“Que se callen ahora las escuelas y los credos.  
Atrás. A su sitio.  
Sé cual es su misión y no la olvidaré,  
Que nadie la olvide”.

Walt Witman

**Por Jorge J. Zaffore**

#### Introducción

Lo que diré seguidamente no reconoce un diseño expositivo, ni estudios metódicos previos. Menos aún una bibliografía. Es producto de mis vivencias, emociones y pensamientos, producidos por libros leídos y experiencias transitadas, el entrecruzamiento de ambas fuentes y la memoria re combinada que de ellos guardo, con relación a la historia de mi país, Argentina. Tan diverso y nuevo.

Dicho de otra forma, me propongo contar su historia relatando cómo la fui descubriendo mientras desenvolvía mi vida, es decir como un descubrimiento personal que pueda ser transferido a otros, para lo que procuraré quitarle toda la subjetividad posible. Algunos descubrimientos son muy viejos, otros muy actuales, incluso algunos serán seguramente producto de las asociaciones que la misma redacción de esta memoria me provoque.

Por otro lado, ya llevo viviendo el tiempo suficiente para inferir conclusiones pues he visto el final de muchos procesos y sin embargo no me siento cansado ni frustrado, no soy deudor ni acreedor de nadie, excepto de este maravilloso país que tengo, por lo que parece que estoy en el momento justo de mi vida para emprender esta aventura. Y así la llamo porque no se qué saldrá, ni si el resultado valdrá la pena.

Para ello es inevitable contar momentos de mi historia personal y recurrir a la memoria y a las emociones asociadas a esa cadena de descubrimientos. Vale decir que no pretendo hacer ciencia rigurosa, pues pese a mis esfuerzos seguramente mantiene algún grado de subjetividad, aunque creo que cotejable y honrada, es decir veraz, dado que creo fundadamente que la relación es verdadera, aunque seguramente contiene también muchos errores, pues la veracidad contiene el error honesto. Pienso que la veracidad contiene la dimensión ética de la verdad.

Por otro lado procuraré ser riguroso en comparar, vincular, entrecruzar y contrastar mis propios recuerdos, entre sí y con los de otros. Es que soy un tipo admirador de Sócrates y por ende me gusta no sólo pensar, observar y relacionar, sino principalmente cotejar con otros, de manera abierta y sincera. Soy de los que disfruta de un buen debate racional, aunque deba cambiar o desechar mi idea original, pues el debate crítico me parece más importante que la hipótesis o idea debatida.

---

\* [Bibliografía recomendada.](#)

Aunque también es cierto que soy un provocador, por lo que me doy cuenta que uno de los propósitos que me animan es provocar interrogantes y reacciones. Es que las personas vivimos nuestra cultura y la historia que la sustenta sin preguntarnos demasiado, dando por sentado cosas sobre las que no hemos reflexionado.

Desde adolescente huí de las etiquetas a los hombres<sup>1</sup> que crean los dogmas, esos que producen ideologías políticas y religiones, que son la forma más absoluta de las ideologías, de modo que cuando descubrí a Sócrates y su significación intelectual me sentí menos solo.

Como es sabido sólo una parte de nuestra memoria se puede evocar voluntariamente, pues la memoria y la creatividad, que pareciera ser memoria recombinante procesada infinitas veces, junto con otras diversas funciones de la mente-cerebro como el habla y las emociones, suelen aparecer cuando quieren y del modo que quieren. Y no hay nada que se pueda hacer. En realidad el sistema emocional implícito, es decir oculto a la autoconsciencia, parece ser el disparador de conexiones y relaciones, es decir de la creatividad. Aunque, claro está, que para eso hay que tener un banco de memorias de datos, hechos, circunstancias y representaciones, es decir de *imágenes* que vincular, es decir imaginar, alimentar el proceso de la *imaginación*, o sea la ya mentada creatividad. La emoción parece ser el vínculo.

Aunque las conexiones no son solamente datos, sino culturas, pues son éstas los que nos permiten vivenciar intelectualmente el devenir histórico. En este relato, estimo que uno de los temas centrales será el del tránsito entre dos eras, la feudal, medieval o premoderna y la moderna, que implican mucho más, muchísimo más que el modo de producción predominante, el llamado capitalismo, pues se recuperó la idea de que cada persona puede ser dueño de su destino y expresar y practicar sus ideas y representaciones sin tuteladas míticas-religiosas.

Y es así, por ejemplo, que puedo afirmar que para comprender a la Edad Media me ayudaron tanto Henri Pirenne y Marx, como la música, la arquitectura y la pictografía medievales, sin olvidar mi obligado aprendizaje de la cultura católica romana y mi contacto intelectual y profesional con la Reforma. Un castillo no es otra cosa que el centro defensivo de un territorio –el feudo–, la pictografía, no sólo una muestra de la vida cotidiana sino también una muestra de los instrumentos de control simbólico y por ende una representación clarísima del sistema de creencias que albergaban las mentes de controlantes y controlados. Vale decir que la conexión cultural permite no sólo la conexión de datos computables, sino también de emociones en diferentes dimensiones espacio temporales. Uno puede comprender el concepto alma primitiva leyendo a Levy Bruhl, pero intuye el alma primitiva en las cuevas del Río Pinturas o en los petroglifos de Talampaya. Después, recién después, todo ello quizá se pueda transmitir racionalmente.

En ese juego de conexiones, Internet probablemente me ayude a proyectar sustancialmente todos mis recuerdos y conexiones de recuerdos, emociones y conexiones de emociones. Por tal razón no hay método para producir creatividad pues si lo hubiera, ésta no existiría. La creatividad no es computable, no admite ser descrita mediante un algoritmo. Es una novedad, la creación de lo que *no era*. Un ex

---

<sup>1</sup> *Etiquetas a los hombres*, un libro de Bernardo Verbitsky, que leí en las peores condiciones de mi vida, a mediados de los '70 pues no tenía trabajo, pero sí dos hijos, y que me gustaría volver a leer pues no me acuerdo casi nada de él.

*novo*. Una novedad, por pequeña que sea, cambia el estado del cosmos y lo hace más complejo. Aún que desaparezca, permanece por la modificación o cambio de estado que produjo en su entorno. Vale decir que crea *otra nueva dimensión del espacio-tiempo pues lo creado comienza a existir*.

Para producir innovación, es decir creación, sea científica o artística, lo único que uno puede hacer es *automotivarse*, sólo en parte, porque el *motivo* –el *motor*– es *emocional* y eso frecuentemente obedece a factores opacos y por ende no suele ser controlable. Intencionalmente sólo se puede leer, buscar conexiones y, de ser posible, ponerse un poco “obsesivo”, para ver si algo “sale”. Sólo un poco, pues la obsesión es como el alcohol, en pequeñas cantidades nos alienta, mientras que en grandes dosis nos cierra y nos *impide asociar*.

Hablando de conexiones esta historia emplea un método que llamaré “conectivo” porque procuraré conectar y reconectar sucesos y procesos ocurridos en el espacio-tiempo de manera multidimensional, pues ni las memorias ni las emociones humanas productoras de sucesos y procesos son lineales. Pero claro que esa “conectividad” en realidad tiene poco de metódica pues el *relacionamiento es pura creatividad*. La relación siempre se nos aparece de algún oculto rincón de nuestra mente-cerebro.

Definiré a la creación como la conexión de memorias y registros no realizada previamente y a la creatividad como la capacidad y la disposición de realizar conexiones. Cada conexión de memorias y registros implica la innovación, la creación de lo que no estaba. El mejor ejemplo es el sexo, una gran innovación evolutiva, pues el hijo es algo distinto y por ende nuevo con relación a los padres. Hay personas que hemos sido formados en el esfuerzo de realizar conexiones y generar novedades y otras en la tendencia a preservar las viejas conexiones. Unos somos evolucionistas, los otros conservadores. Es simple.

Pero esta historia quizá también sea una historia de la era Internet, que ha inaugurado una nueva etapa en la *evolución del uso* de la mente humana. Internet no sólo es una memoria planetaria al comunicar en tiempo real memorias vivas de hombres entre sí, sino también con bancos de datos. La “nube” se ha transformado en un mágico periférico planetario de memoria. La mente humana y la forma de escribir libros, creo que han cambiado. Quizá la búsqueda de la verdad se pueda realizar mediante unos nuevos mecanismos. La búsqueda de relaciones y el control de la calidad y exactitud de la información mediante la triangulación de datos y fuentes en *tiempo real*. Quizá, sólo quizá, pero intuyo que estamos frente a una nueva forma de conocer y describir.

Pero es cierto que Internet tiene sus peligros, tanto para el sistema dominante como para los pueblos. Para los sistemas dominantes dentro de cada espacio tiempo de ejercicio de poder, el peligro radica en que facilita la conexión de personas e ideas, es decir la novedad, el cambio. Para las personas, el problema radica en que el sistema dominante tenderá a hacerles *confundir conocimiento con cantidad de información*, que ahora se mide en bits y anchos de banda y que pueden fácilmente incluirse en el sistema consumista, donde la cuestión radica en consumir información sin la capacidad de realizar conexiones, es decir de formar conocimiento desde la creatividad. La conexión sin saber qué se quiere conectar puede conducir a la confusión, es decir la creatividad como nueva organización de ideas o cosas. Para los

pueblos, el peligro radica en que las técnicas de control social, abarcan enormes espacios humanos.

Aunque creo que han cambiado muchas cosas además de la manera de conocer, entre ellas la educación y transferencia de conocimiento. Ya casi no queda espacio para el docente como mero transmisor de datos y de información: eso se encuentra fácilmente en la nube de Internet. El docente, debe ser una persona capaz de *transferir conexiones* y significados y lo que es más importante aún, enseñar a relacionar como método de conocimiento, pues sino su función pierde importancia o, lo que es peor, hace que el alumno entre en estado de confusión y devenga en un consumista de información, que al fin y al cabo es una mercancía. El primero implica el método para determinar cual conexión es pertinente y cual no. El segundo implica capacidad de descubrir la realidad implicada en la mera información en cuanto dato. La realidad y su inacabable búsqueda, es el significado.

Con las debidas precauciones me permitiré hacer asociaciones y cotejar datos en el mismo momento del relato que me encuentre escribiendo. Confío en que esa facilidad le dará al relato una multidimensionalidad y una holicidad que hará imprevisible al discurso y, quizá, la forma en que veo y describo al mundo. Con Internet y la memoria en la nube, casi todo es *cotejable* minutos después de pensarlo y las conexiones se multiplican y cotejan en tiempo real. En ese juego de conexiones, probablemente Internet me ayude a proyectar en el espacio y el tiempo todos mis recuerdos y conexiones de recuerdos y luego resumirlos y recombinarlos.

Esta es la era del hipertexto, en la que la conexión con el mundo es permanente e infinitamente reiterada y resignificada.

Creo que con Internet, el cerebro humano y por ende la cultura, entra en la era de la conexión, pero no como conectividad de la infraestructura de las telecomunicaciones, es decir de facilidades de transporte de información, sino como relación de hechos, ideas y contextos, es decir de la creatividad ilimitada y de plena desocultación. Es la época en que *el texto deviene en hipertexto, es decir una forma no secuencial de pensar*. Quizá la vieja lógica aristotélica, en definitiva una narración de cómo funciona la mente secuencial del sentido común, ya esté quedando vieja, no lo se. Claro que para ello debemos aprender a usar esta maravillosa herramienta que pone a la especie humana en otro plano evolutivo de su inteligencia. El cerebro humano está adquiriendo otra capa<sup>2</sup> de conectividad, cuyos efectos aún no hemos terminado de comprender. Algunos piensan que se está conformando un cerebro o mente universal. No lo se, pero tampoco se puede desechar la idea.

Claro que esa nueva forma de vincular la información de pertinencia histórica, o sea la conexión de hechos y circunstancias, será posible a partir de que soy un hombre *formado*, vale decir no sólo tengo datos en mi memoria sino que esos datos han sido *relacionados*, es decir han adquirido una secuencia o forma. O sea, un orden y unos principios ordenadores, que de manera inherente implica profundizar los

---

<sup>2</sup> La neurología comparada actual parece mostrar que los cambios evolutivos de los cerebros, como todo en la biología, no se producen abruptamente, sino acumulativamente. Es así que se suele decir que la evolución ha producido en el cerebro la aparición de nuevas capas sobre las preexistentes. La última y típicamente humana parece ser el córtex diferenciado. Por eso describo –metafóricamente– a Internet como la última capa evolutiva del cerebro humano.

que se juzguen pertinentes y desechar los juzgados irrelevantes. Por eso, sólo por eso, es importante explicar quién soy.

Eso no es otra cosa que una *teoría descriptiva* de la historia argentina formulada por una mente, *cuya identidad intelectual fue moldeada en la misma historia que describe*. Eso es peligroso y algunos historiadores parecen no comprenderlo. El asunto es ser consciente de ello y lo que es aún más importante, alertar al lector de ello. Doy la información sobre mi identidad para que el eventual lector me pueda criticar más fácilmente.

Vuelvo a Internet, sólo con una teoría, en este caso formada a lo largo de la vida, el cúmulo de datos que ofrece tiene sentido. Sin una teoría, no es más que una acumulación de datos o sea un registro fenomenológico sin significado. Claro que la teoría, en cuanto organizadora de datos debe quedar abierta al debate, sino sería un dogma.

Como consecuencia de que esta historia está construida sobre la metodología de la relación de memorias personales y de relaciones con datos externos en *tiempo real*, supongo que el *plan será el resultado*, pues con seguridad muchas veces volveré sobre mis pasos, sin método alguno. Simplemente porque me acordé de algo, lo que es metodológicamente arbitrario, por subjetivo.

No prometo, en realidad no me lo propongo, exponer el relato en el orden de lo sucedido pues lo que procuraré relatar es cómo descubrí la historia y sus sucesos y antecedentes. Por otro lado, como acabo de señalar, el orden de los sucesos es producto del orden de la mente que los ordena, aunque parezca redundante y cacofónico pues la historia de un país es una selección de sucesos que se dan en multiplicidad de planos y conexiones espacio temporales. Con la ayuda de Internet o sin ella. Seamos o no conscientes de ella.

Por ello los expondré explicando cómo fue que a lo largo de mi vida fui conociendo e interpretando y reinterpretando los sucesos y los procesos implicados. A veces, en la exposición de lo que me resultó revelador en un punto más temprano de mi vida, agregaré los hallazgos posteriores. Es que la memoria humana, va y viene, *se proyecta imaginando y retrocede recordando*.

Dicho de otra forma expondré *la historia de mi descubrimiento personal de la historia argentina* de manera desordenada. Ese descubrimiento, a diferencia de la historia, no reconoce secuencia temporal, pues el descubrimiento aparece cuando menos se lo espera, en cuanto es un acto creativo de la mente, generalmente vinculado a sucesos aleatorios y sus relaciones. Los descubrimientos no son computables ni secuenciales.

Tengo que decir y resaltar que en el relato de mis descubrimientos debo computar mi propia ignorancia pero como trataré de mostrar –y con ello no quiero justificarla– lo que las personas sabemos e ignoramos es fruto también del entorno, que a veces no está suficientemente conectado con el conocimiento por razones prácticas y otras veces es escamoteado o deformado por la ideología, que muchas veces está además asociada a intereses prácticos.

Con seguridad que la tarea me provocará conexiones y vínculos conscientes, algunos nuevos y otros que estaban en mi mente inconsciente, es decir implícita. Por otro lado la historia no parece obedecer a un plan, sino sería una *determinación*

y no un proceso evolutivo *caótico* de orden y por ende no lineal. No supondré que la historia sigue unas leyes, una suerte de determinismo o secuencia inevitable, porque me parece una idea atractiva, pero imposible de probar. En última instancia considerar la historia como determinismo puede transformarse en una profecía autocumplida. O sea, ideología y como toda ideología es circular. Frecuentemente se ha estudiado la historia con una ley presupuesta como válida, lo que se acerca al prejuicio ideológico, o más claramente, al dogma. Desde el dogma y el prejuicio se forman órdenes de importancia y de significación, construyéndose, así, la historia.

Vale decir que procuraré no transformar a la historia en un objeto, con vida propia, que sigue unas leyes propias. No se puede idealizar ni transformar la historia en una cosa. Según parece ni las leyes de la física siguen unas leyes objetivadas, sino que hasta donde creo saber, las leyes del cosmos son producto de las condiciones iniciales de su creación, no de unas leyes, que de existir debieron ser creadas por alguien, algo así como un dios. No digo que esa idea se aplique acriticamente a la historia humana, pero sí que suponer que la historia seguirá unas leyes parece un dogma idealista y como diré varias veces, una profecía autocumplida. Cuando eso ocurre la historia es un objeto, cuyas características y leyes evolutivas son definidos por el dogma ideológico del “definidor”.

Si alguien lee este relato desde el dogma ideológico –que no es lo mismo que un conjunto de hipótesis o teoría científica criticable–, probablemente me pondrá el mote de “liberal”, pues se lo suele considerar un insulto pues se confunde liberalismo con conservadorismo. En realidad no me preocupa demasiado pero, sí debo decir al eventual lector de mente abierta que sólo intentaré describir la historia de Argentina, relacionándola con la descripción del contexto en el que se desarrolló.

Pienso que la historia debe estudiársela, cuando sea pertinente, con un modelo evolutivo darwiniano, que originado en el campo de la supervivencia biológica también tiene aptitud explicativa para la supervivencia y por ende la continuidad cultural. Además no parece que pueda separarse biología de cultura pues ésta no puede existir sin aquélla. Por otro lado, la biología sea como capacidad o información, se proyecta en la cultura, probablemente una segunda etapa de la evolución del orden y la inteligencia en el universo conocido. Por eso me gusta decir, parafraseando a Clausewitz, que la cultura es la adaptación al ambiente por otros medios. El cerebro humano y la capacidad plástica de modificarse *incorporando cultura*<sup>3</sup> a su estructura neuronal innata es un instrumento adaptativo de primer orden. Ese instrumento es lo que nos hace humanos y nos diferencia de las otras especies. A veces las representaciones mentales, las memorias y por ende las identidades individuales colectivas son aptas para producir cambio e innovación y otras para producir estancamiento y a veces desaparición o extinción de sociedades y culturas.

Demás está decir que esta perspectiva nada tiene que ver con el mal llamado<sup>4</sup> “darwinismo social”, que es una deformación ideológica para la explotación humana

---

<sup>3</sup> La cultura se expresa como memoria y otras capacidades cerebromentales, y ello implica la producción de nuevas sinapsis o conexiones neuronales.

<sup>4</sup> El darwinismo social implica suponer que el eje de la teoría darwinista es la lucha por la vida y la adaptación del más fuerte. Creo que esa perspectiva es de Spencer, pero no es de Darwin quien en realidad dice que lo de lucha por la vida es una metáfora pues en realidad a él le interesa sólo la *adaptación*, que puede ser de cooperación, por ejemplo entre el pájaro y el muérdago, en su propio ejemplo. El mal llamado darwinismo social es pura y mala ideología que malversa el nombre de Dar-

y la invasión. Una deformación con *apariencia científica* –“cientificista”– como se suele utilizar en la actualidad también para ejercitar alguna forma de violencia simbólica o por pura ignorancia.

Esa perspectiva sólo me permite decir, provisoriamente, que la historia de la especie humana es la historia de la adaptación, la historia de la organización y la historia del desenvolvimiento de la consciencia y la autoconciencia y por ende del pensamiento crítico y la racionalidad para que el mundo sea previsible. Creo que eso y no otra cosa, es el conocimiento. También creo que, con sus avances y retrocesos, la tendencia es que la capacidad de hacer previsible al mundo alcance a la mayor cantidad de personas. Para ello la cultura, al igual que la biología de los seres vivos, y en definitiva el cosmos todo, tiende a ser crecientemente compleja. Por ello me parece que la historia evolutiva de la vida, biológica y cultural, es la historia de la complejidad.

Aunque esa previsibilidad y la complejidad requerida tienen a su vez el propósito de ahorrar vida, es decir tiempo y energía, vale decir que el motor de la evolución parece poder sintetizarse en el ahorro de vida y energías en base a estructuras crecientemente complejas, que como tales hagan al mundo más estable y por ende previsible<sup>5</sup>. En esas líneas creo que, sin pretender originalidad ni caer en el vicio del reduccionismo, se sintetiza la evolución de la historia humana, aunque debo señalar que también sintetiza la evolución biológica en general. Pero existe una diferencia esencial: en la evolución humana importa de manera sustancial la *vida individual*<sup>6</sup>, además de la continuidad de la especie. Dentro de esa estructura conceptual creo que la función de la política y su instrumento operativo, el derecho, es posibilitar y promover la posibilidad que cada persona y cada colectivo de personas puedan dar su próximo paso evolutivo, considerando la totalidad humana implicada en la sociedad. En la biología, en cambio, el espécimen no importa demasiado, sólo tiene relevancia en la medida en que ha sido capaz de transmitir sus genes a la generación siguiente.

Otro principio que repetiré y que quizá sea el núcleo “teórico” de este memorial es que tanto los pueblos y sus culturas respectivas, como las personas *son lo que fueron*, por lo que, por ejemplo, me remontaré al pasado europeo de los argentinos actuales en lo que resulte pertinente para explicar nuestro presente. Por ello nuestra existencia como nación, como la de todos los países de América Latina, está indisolublemente vinculada a la historia europea, al punto que la independencia de las naciones iberoamericanas y sus luchas independentistas, como así también su evolución posterior, inicialmente es un capítulo de las luchas políticas y sociales europeas y sus principales corrientes ideológicas –religiosas y políticas– actuantes, incluso mucho antes de la misma colonización europea de América.

---

win. Tampoco debe ser confundido con la *eugenesia* que implicaba la selección artificial, no natural, de las personas y que estuvo tanto en el ideario empirista-positivista como en el nazi. Fue aplicada tanto en Estados Unidos como en la Alemania nazi de manera sistemática. Recuerdo haber leído un libro de uno de los Huxley muy claro sobre el punto.

<sup>5</sup> Este ha sido uno de los conceptos centrales de mi libro *El derecho como conocimiento*, Bs. As., Astrea, 2012.

<sup>6</sup> Es fruto de la autoconciencia, que parece en la especie humana haber alcanzado el máximo desarrollo. Implica la posibilidad de ponerse en lugar de otros y representarse sus estados de ánimos y sus necesidades vitales.

Es decir no se puede hacer un corte de la historia europea al momento de la conquista española o del comienzo de la conquista y colonización europea pues todas las naciones y personas arribaron con sus memorias colectivas –sus culturas– producidas a lo largo de sus historias respectivas. Sobre esas bases las cuatro líneas básicas de colonización, es decir la española, la portuguesa, la francesa y la británica llegan trayendo sus respectivas historias y mutuas rivalidades a desenvolverse en unas nuevas dimensiones espacio-temporales y etnográficas pues no sólo se trata de unas nuevas coordenadas, sino también de la interacción con otras culturas.

Pero lo que es cierto, es que esas nuevas historias comienzan a rodar bajo la sombra de la gran *lucha entre el Renacimiento, la Reforma y la irrupción de la burguesía versus la continuidad del medioevo católico-romano*. Ese gran quiebre histórico se manifiesta de muy diversas formas, a veces sucesivas, a veces superpuestas, tales como antiabsolutismo versus absolutismo; agnosticismo/ateísmo versus cristianismo; Reforma versus catolicismo romano-papal; religiosidad moderna versus religiosidad feudal; conocimiento versus dogma; la Ilustración versus antiguo régimen feudal absolutista (*l'ancien régime*, de la Revolución Francesa). Esas rupturas se producen en el entorno evolutivo creado previamente por dos hechos complementarios: la decadencia del Imperio Romano y la simultánea irrupción de los pueblos germánicos que trajeron una cultura con aptitudes evolutivas muy diferentes a las del mundo latino y que a través de ingleses, franceses<sup>7</sup>, alemanes, holandeses y norteamericanos se expandió por el mundo.

Más tarde sobre esas bases se producen otras dicotomías tales como liberalismo conservador versus liberalismo republicano, liberalismo capitalista versus liberalismo socialista, liberalismo de derecha versus liberalismo de izquierda, etcétera.

Como se ve, bajo la noción de liberalismo englobaré diversos movimientos e ideologías, a veces enfrentados entre sí, pero que surgen con el advenimiento de la llamada Edad Moderna y más tarde se expresan bajo la noción de la Ilustración. No es metodológicamente precisa ni siquiera exacta pues, por ejemplo, incluiré movimientos religiosos que es dudoso que pertenezcan a la Ilustración, pero a los fines expositivos servirá en la medida en que forman parte de un proceso más amplio. No parece casual que Rousseau, el creador de la igualdad como soberanía popular, haya sido educado en el calvinismo, al que abandonó más tarde pues sus ideas centrales en el campo de la filosofía política no parecen demasiado compatibles con esta religión, en el que Dios es un soberano que decide arbitrariamente quien se salva o quien está condenado, al margen de sus intenciones y actos.

Cada uno de nuestros países tiene una historia única y generalmente irreplicable. Quizá los dos países más diferenciados por su relación con Europa sean Brasil y Argentina. Brasil por ser la continuadora del imperio portugués y el hecho de que su acumulación básica de riqueza se realizó sobre la esclavitud. Argentina por su particular relación que tuvo con Gran Bretaña y Francia y con las condiciones culturales inducidas por esas naciones europeas y porque su sociedad dominante se

---

<sup>7</sup> Francia es derivada, entre muchos otros aportes, de los francos, un pueblo germano, que supo ser una nación federada al Imperio Romano. Sin embargo desarrolló una lengua romance y un fuerte catolicismo, al que la Revolución Francesa apartó de la vida política mediante un no menos fuerte laicismo.

construyó sobre la producción agroganadera capitalista y su inserción en la estructura imperial británica y con la cultura europea en general, especialmente francesa. Esa matriz, pese a ser capitalista, por ser agraria, no necesariamente rompió con las prácticas políticas, culturales y sociales derivadas del feudalismo hispano-castellano.

España feudal versus España liberal antiabsolutista. Argentina feudal y terrateniente versus Argentina liberal e “ilustrada”, que luego devino en terrateniente liberal-conservadora, ya en la era británica. La Argentina hispano-feudal poscolonial versus la Argentina neoeuropea formada en la Ilustración y el constitucionalismo liberal norteamericano, enriquecidos por las masivas migraciones europeas no hispano-castellanas.

Es que en Argentina no habían aparecido ni el capitalismo financiero ni el capitalismo industrial por lo que la *ideología de la modernidad no tenía arraigo en la estructura socioeconómica*. Eso explica en parte que en Argentina no se haya terminado de comprender las reglas del capitalismo en la cual se vive, porque Argentina –aunque a veces lo olvidamos– es un país capitalista. Aunque a diferencia de los restantes países de América del Sur, la ideología liberal que se expandió básicamente por el accionar de la masonería y el positivismo, se sostuvo cuando nuestro país fue incluido dentro del Imperio Británico, que no sólo la practicaba fronteras adentro, sino que también utilizaba al liberalismo conservador como ideología de la dominación transnacional. Utilización que se mantiene hasta nuestros días con el llamado “neoliberalismo”.

Esa fue, creo, *la gran antinomia básica*, de la que colgaron diversas “sub antinomias” y sus respectivos slogans. Supongo que volveré sobre el tema. En ella, creo que radican los dramas y los desencuentros sociales y culturales e incluso personales en la historia y en el presente argentinos. El encuentro de esos dos mundos fue y sigue nutriendo problemas de identidad colectiva y personal.

La historia de Europa forma parte sustancial de nuestra historia. La historia no puede ser ideológicamente recortada porque es una continuidad insoslayable. Tras el recorte de la historia, sea espacial, temporal, axiológico o temático, generalmente hay una ideología o un interés concreto que utilizará el recorte histórico como ideología de la conveniencia. Procuraré no caer en ese error metodológico.

Cuando menciono lo europeo tengo en cuenta a los conquistadores españoles, que pese a que la europeidad de España era y quizá lo sea aún, muy particular y hasta quizá problemática, es parte de Europa. También incluyo en el marco cultural europeo y sus re combinaciones a los descendientes de aborígenes que por imposición a sus ancestros o por elección más o menos libre adoptaron la cultura europea.

Lamento no saber más sobre las culturas aborígenes y su influencia en la cultura argentina, pero además de ser un hombre formado intelectualmente a la europea, nacido y criado en un lugar oficialmente considerado un “desierto” sólo sesenta años antes, en el que sólo había unos vestigios de las culturas aborígenes que estuvieron por la región. Lamento ese hecho y que los europeos hicieran a los indios víctima de crueles genocidios al comienzo de su “conquista” y, luego, siguiendo con la mentalidad de conquista, en este caso la del “desierto”, que en realidad no era totalmente un desierto, en la etapa de apropiación de las tierras agroganaderas, su cultura se terminara de perder. Me hubiera gustado conocer más de la cultura de la etnia Mapuche, pero más aún la de la etnia Aonikenk, que los mapuches –principalmente– y

los europeos (quizá en las campañas de Rosas) exterminaron, pues toda ella se perdió, mientras que la mapuche constituye una cultura viva de la cual tengo algún conocimiento.

Por otro lado la conquista y apropiación se hizo bajo la lógica del exterminio<sup>8</sup>, no la de la integración y en ese marco estuvo muy lejos de ser una prioridad preservar la cultura del vencido para las elites políticas, económicas y académicas. Aunque la cultura de los conquistados terminó fundiéndose con la de los españoles. Creo que viene a cuento esta cita de Tocqueville, que no implica admiración por las expansiones imperiales anglo francesas, sino la opinión de un inteligente y generalmente documentado observador.

“Los españoles azuzan a sus perros contra los indios como contra bestias feroces: toman al Nuevo Mundo como una ciudad conquistada por asalto, sin discernimiento y sin piedad; pero no pueden destruirlo todo, porque el furor tiene un término. El resto de las poblaciones indias escapadas de la carnicería, acaba por mezclarse con sus vencedores y adoptar sus religión y sus costumbres”<sup>9</sup>.

Sólo expondré mi memoria histórica desde una perspectiva simple, aunque no simplista. También lo haré desde la autocrítica, relacionando lo que creo son conocimientos con otros conocimientos, propios y ajenos.

Basado en las neurociencias afirmo que tanto la identidad personal como la cultura, que es la identidad colectiva, son realidad pues son –ambas– memorias, es decir estructuras neurales de largo plazo, alojadas en cerebros reales y que por ello no cambian de un día para otro. Sólo el tiempo y la renovación de las generaciones producen cambios en la cultura pues los cerebros individuales, después de cierta edad de sus portadores, no son tan modificables como parece. Ese es un dato antropológico esencial para entender la historia humana y un punto de quiebre entre la viejísima discusión entre los historicismos idealistas y materialistas. La mente humana no refleja *sincrónicamente* los cambios acaecidos en su entorno.

Está claro que en los seres humanos existen dos tipos de memoria. En primer lugar la propia de la especie, es decir la memoria que tiene cada especie biológica, entre ellas la humana, producto de una estructura cerebro-mental propia y específica, que es la que hace que cada especie sea lo que es y se relacione con su entorno incluyendo a sus congéneres, de una manera no menos específica. Ese es en definitiva, el relato kantiano del apriorismo trascendental, modificado y simultáneamente ratificado por las actuales neurociencias. La segunda memoria, consistente con el relato empirista en especial de Hume, es la que tiene cada individuo como fruto de sus experiencias particulares, incluyendo sus relaciones con su entorno y su historia vital, es decir su biografía. Los componentes y aportes significativos de cada biografía, si los hubiera, suele ser compartida e intercomunicada a través de la cultura del grupo social de pertenencia.

Esas dos formas de cultura no constituyen una formación pasajera, evanescente, “espiritual” para decirlo de otra forma. Es que la memoria de largo plazo, sea la

---

<sup>8</sup> Tal lógica aún se sigue practicando con los aborígenes del noreste y noroeste argentinos, donde el cultivo de la soja, la nueva cornucopia argentina, sigue corriéndole las fronteras. Con menos amplitud y sistematicidad pero se sigue practicando, como lo demuestra, entre otros, el desplazamiento y la agresión a los Qom o Tobas.

<sup>9</sup> Alexis de Tocqueville, *La democracia en América*, México, FCE, 2012, p. 325.

innata o la adquirida se obtiene mediante nuevas conexiones neurales (sinapsis), que en general *duran lo que la vida de su portador*. De modo que pretender erradicar la memoria de los seres humanos, es decir la identidad, de minorías y naciones, como lo han pretendido a lo largo de la historia los dominadores y conquistadores es casi como pretender arrancarles una pierna o un brazo a sus integrantes y que, además, acepten la mutilación de buen grado. Los pueblos suelen resistirse ferozmente a los cambios, aun los que podrían resultarles evolutivamente adaptativos.

Las neurociencias actuales han llegado a la conclusión que la memoria de las personas, común o al menos compatible con la de todas las otras personas desarrolladas en el mismo entorno, se forma mediante una conjunción del modelo de la mente de Kant y del de los empiristas, más claramente Hume, es decir el modelo *a priori* y el *a posteriori*, respectivamente. Claro que el *a posteriori* viene condicionado por la forma *a priori* del cerebro, es decir la memoria de la especie. En la versión neurocientífica cada ser humano nace con una estructura neurológica propia de la especie<sup>10</sup>, es decir con la capacidad de aprender del entorno. Esa es la memoria *a priori*, basada en la estructura neuronal con la que nacemos. Luego, sobre esa base se incorpora la experiencia tomada del entorno de crianza, esa es la memoria *a posteriori*. Esa memoria puede ser de largo plazo y durar toda la vida del sujeto y está formada por las sinapsis, es decir las conexiones entre las neuronas preexistentes, innatas. Por esas nuevas conexiones circulan impulsos neuroelectroquímicos, al igual que por la estructura neuronal innata.

Ese conjunto de neuronas y sinapsis constituirá la identidad de cada persona y en definitiva la de su grupo de pertenencia, es decir su cultura en cuanto conjunto de representaciones sobre el mundo. Tal conjunto es menos plástico, en cuanto se fija en estructuras biológicas, y por ende muy difícil de cambiar una vez pasadas ciertas ventanas evolutivas del individuo, es decir pasado cierto tiempo. Eso explica porqué los cambios sociales, políticos y culturales generan a veces tantas resistencias, cuando no violencia incluyendo contraviolencia y guerras.

En síntesis, este estudio se sustentará en esta afirmación: la cultura en cuanto representación del mundo puede ser falsa, incluso antievolutiva, pero es una *realidad cerebro-mental* que se repite en la mayoría de los individuos que la habitan, incluso una peligrosa realidad pues la estructura biológica que contiene *la identidad se expresa en acciones exteriores*, es decir se exterioriza en conductas. La historia está llena de pueblos que se perdieron por una cultura inadecuada a la realidad y que no atinaron a cambiar a tiempo.

Creo, para decirlo de una manera que puede parecer provocativa, que la mente cerebro humana es un órgano más, como una pierna o un brazo. Un producto de la evolución biológica, tanto como el cuello de la jirafa, como decía Boltzmann, un físico del siglo XIX que vio el asunto anticipadamente y con mucha claridad.

O sea, que también soslayaré la vieja discusión filosófica entre idea, espíritu y cultura versus realidad y materialidad, pues si bien creo que la realidad moldea la representación del mundo, tal proceso no es lineal ni sencillo, pues las representaciones preexistentes tienen *duración* e incidencia sobre las nuevas representaciones que se agreguen. Además las representaciones del mundo pueden cambiar el mun-

<sup>10</sup> Eso es así en cada especie biológica, no sólo en la humana, aparentemente.

do pues producen conductas. Por ello son recombinatorias. No participo de la perspectiva espiritualista hegeliana de la historia, ni tampoco de aquella que señala que las ideologías “reflejan” las realidades sean de los que quieran conservarlas o de los que las quieran cambiar, como suponen algunos teóricos que sin mucha ponderación podría calificar como empiristas-marxistas. Esa perspectiva parece verdadera en general, pero en cuanto hecho histórico, con frecuencia existen grandes desfases tempo-espaciales.

Tampoco participo del dualismo que supone que el cuerpo y la mente o el cuerpo y el espíritu son cosas distintas. Correlativamente soy de los que piensan que la mente no es diferente del de materia biológicamente organizada llamada cerebro. El cerebro vivo (y funciona 24 horas por día), produce mente mientras que el cerebro muerto no produce nada, sólo descomposición de los elementos constitutivos de la materia viva. Nadie ha podido acreditar, sin recurrir a un dogma inatacable, que el espíritu o alma exista sin un cuerpo. Las mentes, conforme a sus respectivas identidades características dejan huellas tales como ideas, patrones de acción y sensibilidad, registro de actividades, etc., preservadas en sustratos, pero no me parece que produzcan otra cosa. Elegí esta forma expositiva de apariencia algo brutal, precisamente, porque no deja alternativas a la especulación metafísica, acerca de lo que pienso.

Tampoco suscribo la hipótesis de ciertos filósofos de la historia que suponen que después de una etapa le sigue otra predeterminada, ineluctablemente, o poco menos. Describir una etapa de la historia después que paso e incidir sobre la historia futura imaginándola anticipadamente es poco científico. Sólo se necesita ver las revoluciones rusa y china, cuyo ideólogos creyeron instaurar el socialismo, el comunismo y el internacionalismo proletario y, por lo que se ve, en vez de esos sistemas productivos, instauraron Estados nacionales, incluyeron sus sociedades en la modernidad y sentaron las bases del capitalismo, quizá la faceta caracterizante de tal período histórico, es que el esfuerzo humano se monetiza y se hace intercambiable.

Por otro lado, este no es el lugar de hacer teoría histórica, económica o epistemológica. Para las primeras no estoy capacitado, para la tercera no tengo ganas. Sólo diré que no consideraré a la historia como “períodos” espacio-temporales, sino como descripción de la cultura dominante, entendiendo por cultura los modos de producción y las representaciones del mundo generalmente entrelazados. Eso permite explicar porque dentro de una formación cultural, hay “afloramientos” de otras formaciones culturales. Así, en una sociedad liberal capitalista puede haber “afloramientos” o “incrustaciones” esclavistas o feudales.

Aquí parece ya necesario aclarar que consideraré a la cultura de una manera muy sencilla: es la forma en que los hombres se representaron o representan al mundo y, en consecuencia, actúan sobre él. O a la inversa. A veces son conscientes de sus representaciones, aunque generalmente se limitan a vivir dentro de las fronteras de su cultura sin cuestionarla.

Por ende, tal como adelanté, consideraré a la cultura como realidad en la medida en que las representaciones culturales son fruto de la memoria de las personas que la integran es realidad, no sólo porque es memoria y la memoria es realidad cerebro-mental, sino porque hace que las personas modifiquen su entorno, humano y no humano, modificación que también es realidad. A tal punto que creo que cuando

uno ve una obra humana en realidad está viendo el cerebro-mente de los que la construyeron, tarea a la que se dedican los antropólogos.

Como todo proceso evolutivo, la historia humana *no admite valores ni valoraciones*, es lo que fue y por ende lo que está siendo desde ese pasado, o sea su continuidad, hasta que aparece una *fluctuación caótica*, que metafóricamente se suele llamar revolución. La valoración pertenece al campo del recorte ideológico, generalmente con finalidad política. Por eso intentaré “desvalorizar” la historia que contaré, es decir quitarle valoraciones, procurando encontrar la realidad tras las palabras, pues los valores siempre lo son para alguien.

Procuraré no argumentar ni persuadir ni construir un discurso ideológico, es decir un sistema de ideas coherentes con uno o más dogmas básicos. Es probable que eso, más mi manifiesta evitación axiológica, me transforme en un tipo no confiable o incluso incomprensible para los que se refugian tras la seguridad de las certezas aparentes que brindan las ideologías. Quizá un tipo sospechoso. También es posible que esos propósitos me hagan aparecer como un cínico. No lo soy pues además de considerarme una persona profundamente comprometida con el tiempo-espacio que me toca vivir y con las personas que lo habitan, mi currículum me “condena”.

Por consiguiente no creo ser ni lo uno ni lo otro pues intentaré *desocultar*, es decir buscar a *aletheia*<sup>11</sup>, porque generalmente los símbolos están en lugar de otra cosa. Trataré de saber que es esa cosa llamada realidad que los símbolos pueden tanto evocar como *ocultar* y no he conocido una mente ubicua o cínica comprometida con la verdad. Como creo estarlo y aclaro que para mí la verdad es una sola pero en perpetua mutación por estar sometida a la crítica, pues la *verdad es un momento entre una búsqueda y otra*, como dice Conrad Lorenz.

De más está decir que creo en la búsqueda de la descripción objetiva y digo búsqueda pues la objetividad como instrumento de la verdad es *un continuo interminable*. Seguramente los que ven la historia desde la política dirán que eso es imposible, que siempre se parte de algún lugar. Afirmo que eso es innegable, pero que el problema surge cuando el historiador o el político se *quedan en el mismo lugar*, momento en que la historia se transforma en ideología o bandería política. Esto es, un dogma. Eso es objetivar la historia, es decir transformarla en un objeto de culto, en un símbolo, desprovisto de realidad.

Por otro lado, creo que lo evolutivo en el plano de la condición humana se expresa en la eterna búsqueda de formas de preservar y “ahorrar” vida, energía y tiempo que manifiestan continuidad y libertad vital. En ese marco conceptual, relatar la historia desde un invariable punto de partida constituye un intento de detenerla.

No haré demasiado hincapié en los sucesos, sino en los procesos, las continuidades y las secuencias. Los sucesos generalmente son una *determinación*, una foto de un momento del proceso. Una suerte de emergencia, es decir una *manifestación*, lo que obviamente debe hacerse y lo han hecho muchos antes que yo y con una calidad que yo jamás podría.

---

<sup>11</sup> En griego antiguo podía significar tanto verdad como develamiento o desocultamiento.

Intentaré ponerme en los zapatos de los personajes relevantes, aunque trataré de hablar lo menos posible sobre ellos pues los “héroes” de poco valen separados del contexto en que vivieron. Es que el contexto no sólo los hace “héroes”, sino también seres reales que operaron en y sobre la realidad de las interacciones que tuvieron. Procuraré restarle heroicidad, pues el héroe “consagrado”, o sea objetivado, transformado en un objeto, en una cosa –cosificado– que no existe como realidad sino como idealización. Sea un símbolo de bronce o de palabras, que también son objetos. Eso, seguramente, me hará aparecer también como un poco cínico, aunque estoy muy lejos de serlo, como dije.

No tendré héroes ni antihéroes. No creo que el héroe sea determinante de la historia, excepto que se consideren *pequeños espacios y pequeños tiempos*, y en ese marco sólo se puede ser un pequeño héroe, ajeno a la historia, en cuanto memoria de lo relevante.

No soy historiador y como ya señalé carezco de un método específico, por lo que me guiaré por mi capacidad crítica general, buena o mala, como ya se habrá dado cuenta el eventual lector. Mi regla metódica principal, sino la única, consiste en hacer *lo mejor que se pueda*, aplicando el método del abuelo de Erskine Caldwell para escribir buenos cuentos cortos, para el cual consiste en hacer lo mejor que se pueda<sup>12</sup>. Desde esa perspectiva lo que intentaré hacer es situarme en el contexto del héroe –ya un poco descafeinado en esta visión– y en la historia de su contexto y relaciones. A veces trataré de ponerme en sus zapatos, pero de cualquier forma me interesa mucho más el contexto de los héroes que los héroes mismos.

Soy un “fanático” de esa frase de Hegel que dice “la verdad está en el todo”. Me parece que una buena descripción, en este caso histórica, es la *descripción de las relaciones*. Quiero remarcar que el contexto y sus relaciones pertinentes serán esenciales en esta historia, porque la historia humana es la historia del ser más complejo del universo conocido y la complejidad implica relaciones y flujos de información, energías e influencias y multidimensionalidad tiempo espacial. Eso excluye la linealidad y el sentido común, ese que con tanto ahínco buscaron, sin éxito, empiristas-positivistas y kantianos.

Por momentos relataré la historia con el criterio que Humboldt aplicaba a la geografía, aunque más sofisticado, pues mi visión está inevitablemente condicionada por mi formación y ocupación académica específica, producida en los siglos XX y XXI. Es sabido que el alemán no se limitó a describir la geografía física, pues a ella le agregó al hombre y a su cultura. Es decir una especie de geografía “moral”, como se decía en su época, descrita en el contexto físico y sus interacciones. Más adelante trataré de contar cómo fui descubriendo la historia y en general todo proceso espacio-temporal, como conjunto de conexiones, que si bien lo desarrollé en la universidad, lo descubrí en “la colimba” cuando nos dieron clases de inteligencia militar, que obviamente no es lo mismo que espionaje interno.

Procuraré no caer en el error de ciertos historiadores que determinan e incluso juzgan el pasado desde el presente. Así, la historia deviene en ideología o, peor aún,

---

<sup>12</sup> En su libro *El ladrón de caballos*. Con ello remarca irónicamente que la creatividad no admite método. Es que, agrego, parece claro que si hubiera alguno no existiría creatividad. Uno sólo puede esforzarse y emocionarse con lo que está haciendo y no estoy seguro de que eso sea sólo fruto de la voluntad autoconsciente.

en instrumento de lucha política. Reitero que prescindiré de la ideología y por ende de los dogmas pues toda ideología se basa en un dogma, pero sin embargo tendré en cuenta las tesis de todas las ideologías que resulten pertinentes, pues en caso contrario *mi antidogmatismo se transformará en un dogma: rechazar hipótesis por su origen dogmático*.

Este memorial carecerá de bibliografía pues como no soy historiador ni me propuse serlo no hice fichas ni me preparé metódicamente. He leído unos cuantos libros y seguramente están de alguna manera siendo parte de mi memoria y mi identidad, implícitas y explícitas, frecuentemente me resulta imposible rastrear el origen bibliográfico de lo que escribiré. Lo que sí es seguro es que no pretendo *apropiarme de ninguna idea ni reclamar originalidad alguna*, pues lo que diga será resultante de la recombinación de lecturas y experiencias de vida. Sólo algunas ideas, pocas seguramente, serán producto de mi creatividad.

Procuraré seguir el siguiente “método” cognitivo. Primero dejar que la memoria y la conciencia profundas y por ende inconscientes y las palabras por las que se expresan fluyan libremente, sin rigideces ni autoimposiciones. Luego, desde la autoconciencia consciente, controlar su contenido de verdad y su consistencia. Pura lógica natural, que de manera algo más sofisticada también practican los científicos de las mal llamadas ciencias “duras” pues en realidad las buenas teorías científicas aparecen así, “de la nada”.

Quizá este relato pueda ser definido como un conjunto de conjeturas que procuran ser criticables, pero formuladas para que sirvan de base a otras ideas mejores. Sólo aspira a que sean probables y consistentes con la totalidad implicada en nuestra historia.

Por otro lado mi cerebro está cansado de funcionar como mente académica pues en los últimos once años he publicado unas dos mil carillas repletas de citas bibliográficas puntuales, incluyendo una tesis doctoral, en un ejercicio de extrema meticulosidad. Para mi capacidad, al menos. Dicho en lenguaje coloquial argentino, estoy “podrido”.

Creo haber leído alguna vez y en algún lugar que Gómez de la Serna decía algo así como que “la cultura es lo que tenemos (o lo que sabemos) y no sabemos que tenemos (o sabemos)”. Es decir, dicho en términos emparentados con la psicología y las neurociencias modernas, la cultura “implícita”, es decir fruto de la memoria implícita. Con ello quiero decir que a esta altura de mi vida me resulta muy difícil saber si ciertas conclusiones son producto de mi memoria implícita de aportes ajenos o es memoria implícita producida por mi propia experiencia y creatividad. Wikipedia y en general la hipertextualidad de “la nube”, seguramente será de extraordinaria ayuda para darle precisión a mi memoria de lecturas o hechos ocurridos hace muchas décadas.

La confiabilidad y la justificación de lo que diré, estará sustentada en el grado de *coherencia lógica* que eventualmente logre alcanzar. Por otro lado lo que expondré no son hipótesis cerradas, sino conjeturas que probablemente les ayuden a encontrar otros abordajes a los que piensan la historia desde el plano académico. Mi propósito es exponer hipótesis “crudas” y generales, desprovistas de detalles, con el propósito de producir preguntas, es decir *perturbaciones del pensamiento* tanto al común de las personas como a las especializadas.

Aseguro que haré mi máximo esfuerzo para eliminar toda ideología, pues la ideología en cuanto es un sistema de ideas implica una determinación y por ende una delimitación en la generación de ideas, identificación de problemas y vinculación con la realidad. Pienso que la ideología es un recorte del mundo, que como tal limita la búsqueda y enfrenta a los bandos, mientras con frecuencia ninguno percibe la realidad, que es rica, compleja y en permanente evolución.

La historia argentina ofrece muchas incógnitas, muchas anomalías inexplicables tales como porqué fue tan sencilla la batalla de Pavón donde el perdedor, los porteños de Mitre, terminan reservándose el derecho de modificar la constitución que habían aprobado las restantes provincias teóricamente vencedoras; porqué San Martín viene a liberar a un país que ni conocía; cómo es que casi todos los presidentes argentinos hasta el advenimiento de Perón, eran todos socios del mismo club.

¡Ah! ¡Me olvidaba! Veo que en esta introducción no estoy informando que emplearé un método tomado en préstamo de la astrofísica para explicar fenómenos cosmológicos inexplicables. Esta ciencia ha inventado un concepto que explica lo inexplicable. Me refiero a la *energía oscura*, que entre otros fenómenos explica, por defecto, la expansión del universo. Dicho sea de otra forma: si el universo se expande, debe haber “algo” que explique su expansión. O uno de la astronomía, si la órbita de algunos planetas u otros cuerpos celestes muestra una anomalía, tiene que haber un cuerpo invisible con suficiente masa gravitacional como para curvar el espacio, aunque no se vea. Ese cuerpo era Plutón.

La historia argentina, al igual que el cosmos contiene fenómenos y sucesos inexplicables, oscuros. Su energía oscura está dada por *la confrontación oculta entre masonería e Iglesia Católica Romana*. De ese enfrentamiento, que sintetiza el enfrentamiento entre la España medieval con la España liberal de la Ilustración se genera gran parte la energía oculta, es decir *el motor oculto de nuestra historia*. Esa historia era la continuidad de la historia europea occidental, en la que la lucha por sustituir el medioevo con la modernidad se encarnó –básicamente– en la lucha opaca entre Iglesia Romana y masonería.

No le dedicaré espacio al romanticismo, que devino o bien en literatura y arte<sup>13</sup> en general o en un componente del irracionalismo mítico que se sumó a veces a los movimientos políticos más irracionales, confundándose con algunas ideas emergentes del irracionalismo medieval, especialmente en Alemania. Generó confusión, como ahora la genera el relativismo posmoderno.

La primera España castellana vino con la conquista y la cruz católica, la segunda España vino con Miranda, San Martín (quien volvió casi derrotado a la Europa anglo-francesa), Alvear, Pueyrredón y Bolívar, entre otros. Luego en nuestro país la segunda España recibió el refuerzo del positivismo y la ideología liberal inglesa y

---

<sup>13</sup> Se dice, creo que erróneamente, que Beethoven era un romántico. En realidad fue un masón comprometido con las ideas de la Revolución Francesa, lo que creo que es incompatible. El error puede provenir que superó las ideas de armonía y equilibrio que estuvieron muy presentes en el período clásico de la música. La confusión, según creo pudo deberse a que el genio de Beethoven incluyó las emociones en la música de una manera inigualable –su extraordinaria grandeza y perdurabilidad radica en eso– que todos los músicos posteriores románticos o no, utilizaron. El romanticismo es mucho más que la sensibilidad del “corazón”, fue también un movimiento político contra los excesos de racionalismo positivista burgués en Inglaterra y en Alemania, quizá una vuelta al pasado preindustrial, incluyendo sus héroes míticos ancestrales.

francesa. Cada España vino con sus respectivos valores, su cultura y sus procedimientos y los ecos de esos enfrentamientos, irresueltos en la propia España actual, siguen resonando en nuestra América. Misteriosa y machaconamente. Luego vinieron los británicos y esa relación se reconfiguró. Posteriormente llegaron, masivamente, millones de inmigrantes y otra vez todo se reconfiguró y recombino, infinitamente, pero la resonancia del enfrentamiento de fondo ocupó todos los espacios. Como las resonancias de la gran expansión original ocupa todos los rincones del cosmos.

Creo que la consecuencia será el presente porque el presente es el pasado, aunque no se si el futuro. Ya se verá que sale. Ahí va.

## 1. Un nacimiento en la pampa gringa

En un relato de la historia argentina, mi biografía, como relato de la vida de una persona históricamente insignificante, importa realmente poco. Siempre he pensado que somos una hoja insignificante en el viento de los procesos que merecen ser considerados históricos. Pero, sin embargo debo contar algunos aspectos de mi biografía pues en cuanto es *mi identidad es también mi memoria*, es decir el “aparato” cerebro-mental con el cual fui conociendo la historia de mi país. O, dicho de otra forma más tecnológica y genérica, el “programa” mental con el cual vengo intentando comprender el mundo. Los epistemólogos y metodólogos lo llamarían “marco teórico”, pero que en este caso sería algo pretensioso, además de inapropiado.

Por otro lado mi historia personal, se hizo en la historia que procuraré relatar, lo que es una dificultad, pues si quiero hacer un relato lo menos subjetivo posible, debo poder separar lo más que pueda mi historia personal de la historia de mi país. E impedir que la historia se cuente a sí misma a través mío. Creo que para ello debo ser brutalmente honesto, impidiendo que la opinión de mis compatriotas, que naturalmente me importa, me condiciona. O dicho de otra forma no debe condicionarme la corrección política.

Como todos y cada quien, nací. Lo que si bien es una singularidad, no tiene nada de singular pues todos, de alguna forma, nacen en un tiempo-espacio, *propicio o no*. Sólo es cuestión de suerte y es lo que hace singular a ese hecho infinitamente repetido. No puedo agregar nada sobre la singularidad de mi genética, por las obvias dificultades del tema. Sólo se que viene de Sicilia, un lugar donde colonos griegos, vecinos del continente europeo y africanos, conquistadores y comerciantes de muchos orígenes y simples viajeros de casi toda Europa, y gran parte de África y Asia dejaron su genética y su cultura, dos formas de información que se combinan y recombina en permanente evolución.

En mi familia, que hasta la generación de mis padres fue puramente siciliana, coexistieron fenotipos con rasgos magrebíes, árabes, griegos, germanos y hasta quizá nórdicos. Creo que eso nos hace a los descendientes de sicilianos naturalmente preparados para aceptar la diversidad genética y cultural, además, mis ancestros, pacíficos campesinos que vinieron dispuestos a adaptarse a otras culturas, entregados a un destino desconocido, no por sed de aventuras, sino por hambre. Creo que literalmente.

Por eso lo singular es como eran mis padres, mis abuelos, mi familia ampliada y el pequeño pueblo rural donde nací y me crié, Pigüé, en el sudoeste de la provincia de Buenos Aires, Argentina. Un lugar donde la Pampa Húmeda comienza a perderse en la Patagonia Norte, o viceversa.

Lejos de todo, no sólo por las distancias sino también por carecer en ese entonces de acceso a rutas asfaltadas. Alumbrado público sólo hasta las 23 horas. Corriente continua, luz tenue, amarillenta. Inviernos de heladas permanentes, sin un día de respiro. Escarcha, barriales congelados, árboles secos. El calor provenía casi exclusivamente del querosén. Omnipresente y oloroso querosén en pequeñas estufas y cocinas<sup>14</sup>.

Unión Telefónica, que así llamaban a la oficina de teléfonos, por inercia, de cuando pertenecía a capitales norteamericanos y que fue transformada en ENTEL y mucho más tarde, en los '90, en Telefónica de Argentina. Era el vínculo con el mundo, a veces el único si los caminos estaban intransitables por la lluvia y el barro.

Cuando era chico me resultaba mágico, luego gracioso, que una mujer, sentada frente a una consola, insertaba un cable en un agujero, mientras decía con voz impersonal “hable, le van hablar”. Eran las dueñas de las lejanías, las proximidades y la complicidad.

Un diario local, unas radios muy lejanas, con ruidos electromagnéticos de estática<sup>15</sup> y misterio. Gálvez, Fangio, Tarzán, Perón, noticias lejanas de plaza colmada, una plaza bombardeada, aviones sobrevolando, ataque al Arsenal, miedo, ni vencedores ni vencidos, comunicados de severo e impostado tono castrense, fusilamientos, proscripciones, el pacto, Frondizi, un nuevo severo e impostado tono castrense... La Plata, la universidad, pero esa parte pertenece a los próximos capítulos.

Es decir crecí en un entorno, que por su lejanía y tranquilidad (casi siempre) me permitió aprender a ver el mundo situado más allá de los límites de mi pueblo y mi región con perspectiva. Crecí tan lejos de los sucesos con significación histórica, que inveteradamente ocurrían en el “mundo exterior” por lo que llegaban amortiguados de pasiones e información accesorias.

Por esa razón y por otras que quizá logre explicar, mi entorno era reflexivo, respetuoso, contenedor en el afecto, muy entusiasta y sin embargo crítico, a veces implacable. Con los años fui comprendiendo que fue formado en la conjunción del cartesianismo francés con la casi segura influencia de la masonería, en pugna con el cerrado catolicismo conservador de los franceses fundadores. No me parece casual que a doce kilómetros de mi Pigüé, casi en sus suburbios, en Arroyo corto existiera un templo masónico y que –en ruinas– aún existe. No me resulta difícil pensar que allí se reunían los masones de la comarca.

Muchos libros leídos desordenadamente de la Biblioteca Popular Sarmiento. Mi homenaje a las bibliotecas populares, pues a muchos inquietos nos salvaron del aburrimiento, que no es otra cosa que la *pérdida de vida* y por ende de *creatividad*. Entre la infinita cantidad de libros que leí en esos años de avidez, recuerdo particu-

<sup>14</sup> También las heladeras eran a querosén.

<sup>15</sup> El ruido de la estática radioeléctrica, parte de una energía más amplia denominada electromagnética, es prueba de nuestra permanente conexión con el cosmos pues son producidas por diversas energías, algunas provenientes de la profundidad del universo.

larmente a *El judío errante*, del francés Eugenio Sue, que versaba sobre los jesuitas –la Compañía de Jesús– y su influencia en la Europa por la época en que comenzó a formarse el embrión de la modernidad. ¿Por qué lo menciono, si al fin y al cabo fue uno de tantos? Porque me previno sobre la historia contada por la Iglesia Romana y porque como quizá lo mencione más adelante me planteó el tema jesuita y su relevancia en la historia europea y americana y también en la historia de la ciencia.

El cine, Movientone News, Sucesos Argentinos. Las películas norteamericanas de guerra y los invencibles y sonrientes chocolateros soldados yankies, que parecían más actores publicitarios que soldados en una cruelísima guerra, aunque al comienzo no reparé en ese detalle. En frente, los estúpidos y perversos alemanes y japoneses, que según la pintura del Hollywood bélico, parecía que hacían todo lo posible para perder la guerra y que no tenían patria, dignidad ni afectos.

Hollywood nos contó que una enorme bomba se tiró en Japón para asustar a los rusos (a ese propósito encubierto lo descubrí después, obviamente los norteamericanos no lo decían), pero que felizmente no mató casi a nadie, al menos no nos contaron lo de la radioactividad y lo de las ondas de choque y calor. Tampoco de Dresden y su inhumano e inútil incendio realizado con sus hermanos británicos, ni de sus 30.000 muertos. Una lástima, perdieron la oportunidad de demostrar que eran mejor que los nazis. Tampoco nos contaron del innecesario incendio de Tokio y sus 100.000 muertos.

La “meca del cine” nos contó aleccionadoras historias referidas a las fuerzas armadas de la libertad global en una guerra sin intereses ocultos, sólo buena voluntad y amor desenfrenado por la libertad. Fue muy duro tomar conciencia plena, años más tarde, que se mataron por el control del mundo, el mismo mundo que por ese entonces yo mismo ya habitaba y sigo habitando, por ahora. Aunque detrás de eso estaba una lucha de eras, pues sólo un país que como Alemania no tuvo su revolución liberal-burguesa, pudo albergar el desvarío irracionalista de los nazis.

En Pigüé, mientras tanto, el ciclo circadiano y el ciclo estacional, giraban, imperturbables. No muchas novedades, nacimientos y muertes. El orden de la vida. Dábamos vuelta alrededor del sol con total inconciencia.

Nací a comienzos de 1945 junto con un nuevo imperio planetario –el norteamericano– que había ganado la guerra y sustituido al británico, al cual mi país había estado integrado, aunque informalmente, claro. Para los británicos nuestro país constituía su trigal y su campo ganadero gerenciado por los propios argentinos. Lo cual trajo sus complicaciones, pues millones de argentinos no se habían dado cuenta que Argentina era una de las joyas más valiosas de la Corona y no podían aceptar que se pensara en una lucha por la independencia y la identidad. Yo mismo no la “tenía clara” pues alentado por la educación pública y la historia oficial llegué a suponer hasta mi primera adolescencia que un himno, una bandera y un escudo era todo lo que se necesitaba para tener una patria independiente.

He llegado a pensar hipotéticamente que si mi país hubiera sido formalmente una colonia británica, la eventual guerra de la independencia nos hubiera *unido* frente a un enemigo claramente establecido. Como en la India que era una colonia establecida y simultáneamente la otra pata del imperio, la proveedora de algodón y, al igual que Argentina, compradora de sus manufacturas. En cambio nos llevó a una guerra civil más o menos oculta: peronismo versus antiperonismo. Allí convergieron

otras antinomias como civilización o barbarie, unitarios o federales, Buenos Aires o interior, puerto europeísta o interior hispanista, modernismo versus feudalidad, aunque ésta última no ha sido tan claramente expuesta pese a constituir *el núcleo del problema*, pues además de incluir representaciones del mundo, incluye culturas, valores, sistemas de lealtades y relaciones exteriores, como también estructuras productivas diferentes.

Aquí debo adelantar lo siguiente. La historia argentina sólo se entiende, si se comprende que en nuestro país, más que en ninguno otro de América se dio el choque entre la cultura y los valores hispanos formados en la Edad Media y la cultura y los valores de la Edad Moderna, que en España sólo se instauran a partir de 1976, luego de la muerte de Francisco Franco, llamado oficialmente el “Caudillo” y el “Generalísimo”. Con la muerte de esta mentalidad medieval, comienza a resolverse la gran antinomia española. España trasladó sus propias contradicciones y su propio atraso relativo a sus colonias, como era inevitable.

San Martín sintetiza bien el “ruido de fondo” de nuestra historia. Él volvió a una América que casi no conocía en el marco de una lucha que atravesaba a todo el imperio, tanto a la metrópoli como a sus colonias. Era un liberal y masón, aparentemente conservador, que vino a luchar contra la España feudal y curialesca en las Américas, como otros lo hicieron en la propia España.

Casi todas, sino todas, las ya mencionadas antinomias políticas de nuestra historia –Argentina ha venido siendo un país de antinomias y cuentas sin saldar– provienen de la gran antinomia que se expresa de diversas formas, tales modernismo versus feudalismo, burgueses versus feudales, tierra como bien de capital versus tierra como renta y *factor de poder*, caudillismo versus republicanism, ilustración versus oscurantismo, libertad de prensa versus censura inquisitorial, conocimiento versus poder, innovación versus conservadurismo, derechos humanos versus tortura inquisitorial, libertad de conciencia versus religión estatal<sup>16</sup>, individuo versus corporación, etcétera. La historia es compleja y no debe ser interpretada linealmente, pero lo que la sobrevuela y atraviesa es la “gran antinomia”.

Con ello no estoy simplificando la historia ni la cultura, que por el contrario son complejas, asincrónicas y recombinantes, sino que todas las antinomias fueron atravesadas por esa mutación histórica, que casi cinco siglos después de su larga gestación –el Renacimiento fue su hito más visible– lleva a España a una feroz guerra civil, tan feroz como sólo los españoles han sabido hacerla desde que la coalición castellana derrotara a los árabes. Esa guerra que en pleno siglo XX es perdida por la España de la Ilustración que se encarnó, creo, en la Segunda República, frente a la España curialesca y atrasada, en el contexto de la disputa entre Occidente y Oriente europeos. También somos hijos de esa barbarie, que en España dejó un millón de muertos y la restauración neofeudal.

Un ejemplo de la no linealidad de la historia en la Argentina lo ofrece el hecho de que los propios partidos políticos creados bajo la ideología republicana francesa, terminan siendo fuertemente caudillistas. La UCR fue un exponente claro de esa circunstancia.

---

<sup>16</sup> Más allá de las disquisiciones “doctrinarias” y las palabras, el tesoro nacional aporta dinero a la Iglesia Romana, exclusivamente.

Creo también que sólo desde la propia *belicoidad hispano-castellana*, podemos entender nuestra propia violencia política y ser conscientes de que la cultura argentina es una cultura violenta y belicosa, donde la negociación frontal suele estar ausente. *Se gana o se pierde y si se pierde se odia*. Nuestras guerras intestinas, incluso las del siglo XX han sido feroces. ¡Patria o muerte! ¡Religión o muerte! ¡Muera la oligarquía! ¡Muerte al comunismo apátrida! ¡Muera el tirano! ¡Mueran los burgueses! ¡Revolución o muerte! ¡Patria o muerte!

Por la época de mi nacimiento afloró una Argentina que había estado oculta bajo la alfombra del imperio decadente del que dependió durante casi cien años y por la Ilustración y el positivismo. De la mano de Perón emergen los cabecitas negras, mayoritariamente hijos de la Hispanoamérica, hasta entonces marginados de la economía, la política y la cultura después de la instauración liberal. También se manifiestan las contradicciones y los conflictos reprimidos y la pobreza, la semana trágica, La Forestal. La amerindia marginada comienza a pujar por el derecho a tener presencia histórica. Todas esas pependencias se expresan bajo la forma que los ideólogos formados en la ilustración liberal conservadora llaman despectivamente “populismo”.

Toda una historia hizo irrupción, cuando Argentina dejó de ser la proveedora de granos y carnes de un Imperio Británico que estaba derrumbándose después de la II Guerra Mundial. Adelantándose a lo que está ocurriendo en países como Venezuela y Ecuador. Ahora es proveedora de soja al gigante chino en una replanteada división internacional del trabajo.

Ese fue el entorno espacio-temporal básico en el que *mi genética se hizo persona*. En él adquirí una condición mental distinta a los de otros (no somos iguales, sólo compatibles, al decir de Noam Chomsky). O sea, mi singularidad intelectual. Dicho de otra forma, el ámbito en el que se desarrolló la estructura de conocimientos, emociones, imágenes y percepciones desde la cual desarrollaré este relato. Por ende es inevitable contar algunos datos autobiográficos.

Pero ese fue el entorno más amplio, pero es necesario que siga relatando como fue mi entorno inmediato de nacimiento y crianza temprana, que es la época en que se abren las ventanas neurológicas para adquirir la personalidad y los conocimientos básicos que nos acompañarán el resto de nuestras vidas.

Esa identidad fue empaquetada bajo dos nombres: Jorge José. Jorge –creo– por un actor de moda en esos tiempos (¿Negrete, quizá?), José por Giuseppe, mis dos abuelos se llamaban así, de modo que, mis padres –inteligentemente– hicieron felices a sus respectivas familias.

Aunque debo aclarar que mi apellido es un producto genuinamente americano (por ésta América ¡qué barbaridad, hay que aclararlo por las dudas!) seguramente fundado en el error de un burócrata argentino de pura cepa, pues el apelativo de mi abuelo materno supo ser Zaffora. Pero por eso de la justicia poética, tierra nueva, apellido nuevo.

Por algo cruzaron azarosamente el mar: la vieja tierra les producía explotación y guerras. Hambre y miedo. La nueva tierra les dio hijos y comida. Comida, en cantidades insospechadas para ellos y que seguramente hicieron nacer en ellos la idea de que su nueva patria era infinitamente rica. Por consiguiente mi apellido es ameri-

cano, no tan viejo como Vilca o Mamani, Namuncurá o Loncopan, pero en su medida, americano. Fue una temprana adaptación al nuevo mundo.

Mi historia personal, como todas las historias personales, es inseparable de la historia de mi país. Es que la historia de un país, al igual que la de cada persona que lo habita está dada por la *sucesión de sucesos*, valga la redundancia, que ocurrieron en su entorno, inmediato o no.

Cada suceso operará sobre el *estado previo* de la persona o la sociedad, estado previo que fue producto, seguramente, de un suceso sobre otro estado previo y así sucesivamente, en un infinito proceso recombinatorio. Es por ello que me gusta decir que personas y sociedades *son lo que fueron*.

La diferencia radica en que la identidad cultural de una sociedad, es decir su memoria, está grabada en la mente de sus integrantes y en libros y otros sustratos. La identidad de las personas está grabada en su memoria de largo plazo, esa que la vejez no nos arrebatara tan fácilmente y que ahora, entrando a la vejez, estoy hurgando.

Algunos llamarán espíritu y otros, incluso, alma, a la identidad; mientras los más actuales, la llaman mente, es decir el cerebro funcional. Es decir el modo o patrón funcional del cerebro de cada quien. Sigo ese criterio y más concretamente aún, el de la neurobiología actual, que por ahora ha probado que la identidad es la memoria de largo plazo. Memoria que como ya dije, está compuesta por las nuevas sinapsis, es decir las nuevas vinculaciones físicas entre las neuronas, cuyo número —simplificadamente— no parece incrementarse. Es decir que a medida que aprendemos, a medida que adquirimos estados emocionales y otras asociaciones, nuestra mente cambia y nuestro cerebro crece y se hace más complejo e interconectado. Se modifica físicamente. La mente, repito, es tan real como las acciones que realiza y las cosas que fabrica mediante las manos.

Un recuerdo no es una fotografía ni una descripción, sino conexiones sinápticas. Es raro ¿no?, también es aparentemente simple. Pero por lo que por ahora se conoce parece ser así.

En otras palabras a medida que desarrollaba mi historia personal y la vinculaba a los sucesos históricos que habían conformado a mi país, éste, como no podía ser de otra forma, continuaba produciendo historia. La flecha del tiempo es indetenible.

Pero claro está que, como dije, si quiero relatar la historia argentina y por ende su identidad es inevitable decir algo acerca de cómo formé mi identidad personal y cómo fui incorporando la historia de mi país a mi propia historia intelectual personal, que es también mi identidad y que es la que utilizaré en esta ocasión.

Dicho de otra forma, la capacidad de fabricar memoria que heredé de Josefina Notararigo y Francisco Pablo, que a su vez heredaron de sus padres sicilianos, que, a su vez y para no hacer infinita la serie, la heredaron de su linaje evolutivo. Capacidad que Kant describió bastante bien como el molde de la mente, aunque por desgracia confundió el a priori es decir el “cableado” neurológico innato con el que cada quien nace, con la realidad. O sea la forma de la mente con la que da forma al mundo para comprenderlo y adaptarse a él, con la forma de ese mundo. Por eso le dio forma y nombre a todo, o casi todo, quedándose con el molde y no con la forma real del mundo.

Luego, sobre ese molde se instaló mi entorno de crianza, es decir mis experiencias iniciales de vida conforme la descripción de Locke y Hume.

Por suerte no me dejé engañar por la traición del sentido común, mediante el cual Kant confunde la forma con la realidad, es decir la realidad “formateada” por la mente, con la realidad misma. Tampoco caí en la trampa de Locke-Hume pues quizá la parte de mi cultura campesina ancestral, desde chico me enseñó a desconfiar de las apariencias. Las apariencias engañan, no todo lo que brilla es oro, espejitos de colores, etcétera. Es decir que, sin saberlo, aprendí a desconfiar de la percepción, es decir las apariencias; o sea, el fenómeno, dicho filosóficamente.

Es que mis ancestros provenían de una tierra montañosa y feudal donde no había mucho espacio para el sueño y la fantasía. No eran muy afectos al palabrerío y la formalidad, preferían cantar, acariciar, llorar, rezar y morderse los labios. Lo importante era llenar la panza. Me crié en un entorno donde dejar comida era un pecado (literalmente), al punto que mis abuelos pasaban el pan sobre el plato vacío (contrariando la buenas prácticas dietéticas, yo jamás dejo comida, aunque ya no tenga hambre). Mi abuelo Notararigo se proclamaba pancista, sin conocer a Sancho. Pude inferir que la gente con el mismo mundo interior lo nombra de la misma forma.

Esos orígenes eran malos para la creatividad, pero cambió cuando el hambre dejó de ser un problema. Además nací en un lugar donde la forma de vida y la riqueza y por ende la cultura, es rural: llueve o no, cae granizo o no, la vaca parió o no. Todo lo demás es ilusión.

Pero crecí en un ambiente de agradecimiento al nuevo mundo y por ende de optimismo y entusiasmos ilimitados. En ese entorno todo era macizo y producto del esfuerzo, como los cereales y el ganado, a igual que las casas, los monumentos e iglesias que construía mi padre. Así creo ser y por ende así veo el mundo que procuraré describir.

Mi madre era una inteligentísima mujer que nació en el tiempo y el espacio cultural equivocados y que canalizó sus ansias reprimidas estimulándonos apasionadamente, a mi hermano y a mí, a estudiar en su lugar, vicarialmente. Probablemente esa pulsión marcó sustancialmente la relación con nosotros, sus hijos. Buscar otros horizontes fue la consigna implícita.

Mi padre, era albañil. Frentista, más precisamente. Después, en la mejor tradición italiana, fue constructor. En esos años todavía (ahora no lo sé) los albañiles eran, salvando las diferencias, como en la era de la construcción de las catedrales góticas<sup>17</sup>, “tecnólogos” populares avanzados y como tales vivían haciendo y contrastando hipótesis. ¿Se caerá o no?, era la conjetura más frecuente y que sintetizaba su antagonismo profesional con la fuerza gravitatoria. Esa parece haber sido la ex-

---

<sup>17</sup> Hasta donde creo saber ese es el origen de la masonería, la que aproximadamente en el Renacimiento, acepta el ingreso de científicos y artistas, pues además de servirles a los albañiles para conservar sus secretos, defender sus intereses e independizarse de la Iglesia Romana, su principal contratista, sus obras necesitaban del genio científico y del genio artístico. He leído en algún lado que, Vespucio y Colón, todos italianos, habrían conformado la primera logia francmasónica y que todos ellos fueron influenciados directa o indirectamente por el astrónomo Paolo Toscanelli, quien sabía que la Tierra era redonda y calculó su circunferencia, aunque erróneamente (se quedó corto), error que quizá ayudó a la decisión favorable de los Reyes Católicos. Es verosímil, y creo que verdadero, pero no lo sé.

perencia vital que medio siglo después me llevó a estudiar epistemología. En un libro sustentado en mucho trabajo epistemológico puse la siguiente dedicatoria:

*“A Francisco, mi padre, albañil, del que aprendí que una obra es una invención de la mente –una hipótesis– exteriorizada en ladrillos o palabras, que puede o no sostenerse”<sup>18</sup>.*

Francisco asistió unos pocos años de escuela primaria (Padre *padrone* mediante, con seguridad) pero sin embargo calculaba estructuras de hormigón armado. Muy cuidadosa y progresivamente me llevó a sus obras, más para inculcarme sus hábitos que por la ventaja económica, pues perdía bastante tiempo preocupándose permanentemente para que no hiciera más esfuerzos que lo que mi grado de madurez me permitía.

Fue así que trabajé con él en vacaciones desde que adquirí un porte corporal suficiente, hasta el tiempo de irme a la universidad y aún después, durante mis retornos. A medida que crecía incrementaba los esfuerzos a realizar, es así que comencé sacando clavos de las tablas de encofrados desarmados y terminé haciendo pastones o integrando cadenas “pasamanos” de ladrillos o baldes con concreto. A veces “pegué” algunos ladrillos.

Recuerdo con inmenso cariño las ruedas de mate, rito infaltable de mi padre, a media mañana y a media tarde. Además de Francisco y algún ocasional proveedor, el “gallego” Rodríguez, un hombre mayor afectuoso y que de verdad era gallego<sup>19</sup> o al menos menorquín o “algo así”; también estaban Marcelo Riesing, “el ruso Riesing”, un “media cuchara” en ascenso, grande y buenazo y descendiente de alemanes de Rusia, ahora llamados alemanes del Volga que hablaban con acento alemán (con palabras rusas), pues fueron criados en las colonias *wolga deutsche*<sup>20</sup> cercanas a Coronel Suárez. Finalmente, Juanchón Palma, un descendiente de criollos, divertido, amable, afectuoso y estrella amateur del fútbol local. Las bromas inocentes, el trabajo alegre y el compañerismo.

Gracias a la obra llevo dos vivencias esenciales incorporadas a mi identidad. Una, el sentimiento mágico de que con la representación mental, un plano, se puede crear ex novo, algo de la nada. Otra, fue la vivencia del tiempo en cuanto secuencia de sucesos, de espera y concreción. Quizá, una tercera: en el fondo soy un obrero siempre dispuesto a poner manos a la obra y eso no es poca cosa pues a los millones de argentinos que crecimos del modo que estoy relatando, nos dio la vivencia de

<sup>18</sup> *Mass media, derecho y poder*, Rosario, Nova Tesis, 2007.

<sup>19</sup> En Argentina gallego y español son sinónimos en el lenguaje coloquial, fruto de la gran inmigración gallega.

<sup>20</sup> Fue una comunidad muy aislada, producto de su durísima historia. Al punto que los chicos y jóvenes nacidos en primera y segunda generación tenían muy frecuentemente al alemán como lengua materna. Para el argentino promedio de la pampa gringa, acostumbrado a integrar inmigrantes de distinta procedencia (aunque no tan fácilmente con los migrantes internos, los cabecitas negras) el comportamiento de los rusos-alemanes era extraño y sospechoso, pues no sabían que el recelo había sido una de las armas principales de supervivencia en la desolada estepa rusa. Tenían nacionalidad rusa, pero una cultura alemana campesina, aunque ciertamente influenciado por el entorno ruso, en el que, según creo, no faltó algún contacto traumático con los mongoles. Fueron llevados a Rusia por Catalina la Grande en el siglo XVIII, con la promesa de que conservaría la religión y se los excluiría del servicio militar en Rusia. La Revolución Soviética no cumplió tales promesas, lo que motivó su migración, principalmente a las Américas. Los alemanes del Volga católicos vinieron preferentemente a la Argentina, los luteranos a Estados Unidos de América.

que con nuestros cuerpos podíamos cambiar el mundo y en cualquier caso poníamos manos a la obra como primera reacción, sin muchas vueltas.

Admiré a mi padre por su concisión, claridad y perfeccionismo. Al fin del día suelo borrar todo lo que escribí, como él, que al fin del día destruía unas aparentemente perfectas molduras hechas de cemento blanco. Cuando eso ocurría, si yo estaba delante, decía casi lo mismo, siempre: “Mañana, hijito, la haremos mejor”.

Lo amé también por su intensa y callada entrega emocional. Su protección y cuidado me hicieron sentir libre.

Mi abuelo Notararigo me enseñó folclore, montándome sobre sus rodillas, desde muy pequeño, en navidades, especialmente. Claro que era folclore siciliano, mi primer folclore cantado. Era un viejo alegre, de sonrisa fácil y de gran vitalidad pese a que lo conocí casi paralítico, por efectos del “reuma” y casi ciego por las cataratas. Aunque a veces se le traslucía una infinita tristeza cuando hablaba de sus “pagos”, allá en Sicilia.

*“Lo latso e podreto marenaro nesse paso e per culpa de lo latso marenaro nesse chito”* me hacía repetir una y otra vez, según recuerda mi memoria fonética.

Ese folclore foráneo, potenció mi necesidad de encontrar uno propio, años más tarde. No conocí a mi abuelo Zaffore –Zaffora, originalmente– ni a mi abuela Randazzo de Notararigo. A mi abuela Gennuso de Zaffore, en cambio, sí. Recuerdo que sólo tejía rítmica e interminablemente, cabizbaja, quizá pensando en su tierra y en el desgarrar de abandonarla. Era una mujer muy triste. Esa tristeza del inmigrante, contradictoriamente con la pujanza y el entusiasmo, que también está en la cultura argentina aunque no en el grado de otros países.

Mi tío Francisco Notararigo, “el negro”, fue mi padrino y mentor de pesca. También albañil, era el “intelectual” de la familia que me daba libros y me estimulaba en la lectura desde niño. Me hablaba de cosas trascendentes –Dios, la igualdad, la explotación humana, la carestía en la vida obrera– y comentaba informaciones del diario socialista La Vanguardia, en nuestras travesías pesqueras, a veces de varios días a la Laguna de los Chilenos, llamada así por los indios araucanos que provenían de Chile y circularon entre sus tierras ancestrales y las bonaerenses a las que habían comenzado a ocupar entre la segunda mitad y los finales del siglo XVIII, según creo saber. Mi tío fabricaba yogurt para la familia, una innovación para ese tiempo y lugar, porque era sano, decía, demostrando poseer una mente moderna, asentada sobre el conocimiento.

Tanto me influenció que en mi adolescencia leía tres o más libros por semana. Francisco Notararigo era ineludible e intensamente socialista y antiperonista. Inicialmente me hizo sentir plenamente socialista pues me gustaba su aparente racionalidad y su criticismo, además de su voz honda y su afecto hosco, aunque su antiperonismo me llenó de preguntas sin contestar y contradicciones. ¿Cómo es que estamos a favor de la clase trabajadora y los trabajadores son peronistas y no socialistas? ¿Cómo es que tenía un revolver para eventualmente defenderse de los peronistas<sup>21</sup>? No había respuestas, sólo lugares comunes, incompreensión e ideología

---

<sup>21</sup> Me enteré pues sin querer escuché una furtiva conversación de adultos. Seguramente había bastante de psicosis autogenerada grupalmente, pues cuando crecí y conocí a sus eventuales atacantes, me parecieron toda gente consecuente con sus ideas, pero no unos fanáticos. Buena gente

transformada en odio. Un dilema que resolví algunos años después de su muerte, ocurrida cuando yo tenía unos 15 años.

Él me regaló una Biblia para que entendiera porqué era ateo, y para que conociera un libro histórico<sup>22</sup>, no divino, sin reconocerle autoridad a la Iglesia Católica, que desalentaba la lectura de la Biblia, práctica que amenaza su poder, basado en la *intermediación interpretativa*, y que como es sabido fue el núcleo del ataque de la Reforma Protestante. Seguramente sin saberlo, este ateo militante tuvo la misma idea que los protestantes. Me dio a leer la polémica de Lisandro de la Torre, un masón, con Monseñor Franceschi, director de la revista católica Criterio. Es decir la polémica ideológica que quizá, como ninguna otra y hasta el advenimiento del peronismo, galvanizó a los argentinos de Buenos Aires y la Pampa Húmeda: Catolicismo versus positivismo y masonería, otra de las expresiones de la gran antinomia.

El me ayudó a crecer sin la necesidad de Dios, lo que fue un serio problema cuando debí asistir al único colegio secundario que por esos días había en mi pueblo, lasallano católico, sumamente arcaico y autoritario, casi medieval, cerrada y proclamadamente antimasón y anticomunista. Pero a diferencia de él, no me transformé en un ateo militante, pues muy tempranamente pude entender que la religión era una necesidad concreta de mucha gente y que su fe no la convertía necesariamente en irracional y mucho menos en mala. *Dios es una forma de designar el azar y conjurar la contingencia y el daño impredecible.*

Muchos años después, esa actitud me permitió asesorar profesionalmente a protestantes y evangélicos en cuestiones de discriminación religiosa, derechos humanos y radiodifusión. Además –supuse– la religiosidad católica en Argentina conserva muchos rasgos de la mente medieval, es decir el *pensamiento único* que la Reforma mediante la libre interpretación de la Biblia vino a superar, de modo que un poco de pluralismo religioso, una forma de pluralismo, nos vendrá bien. Es que el pluralismo religioso, es un capítulo del pluralismo democrático general. Esos razonamientos me permitieron superar el dilema ético que se me planteaba como ateo que había sido educado en la idea de que la religión era una forma de pensamiento arcaico. Después y no antes, analicé el hecho de que para un profesional era una fuente de ingresos.

Por otro lado nunca oculté mi ateísmo a mis buenos amigos religiosos, quienes han pedido a su Dios por mi salud, la salud de mis seres queridos, mi bien y mi eventual conversión y yo lo he agradecido sinceramente como se debe agradecer a la gente honesta que nos aprecia.

Vuelvo a mi educación religiosa, o mejor dicho antirreligiosa. Descubrí tempranamente que la creencia en un Dios *ahorra muchas explicaciones* y justifica la muerte, que de todos modos sobreviene. Que a veces no es el opio de los pueblos, sino una forma de soportar la angustia existencial que produce la autoconciencia de la finitud, o, usando una fórmula literaria moderna, “la insoportable levedad del ser”.

---

de pueblo con ideas propias. El gringo Spinozzi a quien recuerdo haber visto casi siempre pedaleado sobre una bicicleta del tipo inglés (esas de cuadro negro, frenos a varillas y ruedas anchas), era una de ellas.

<sup>22</sup> En el sentido de que fue un producto de la historia cultural humana, no un libro de historia.

Casi todos mis tíos maternos varones eran ateos, “militantes de viernes santo”, día en que algunos de ellos, contrariando a sus esposas, comían carne, incluyendo un asado con compañeros de ateísmo. Tenían amigos como un republicano español mejor dicho, un “castellano... y de Castilla La Vieja” que decía, desafiante, “me cago en dios” y “ostia puta”. Era su forma de militar. Es como todos los europeos o descendientes de europeos de esos años, y muy especialmente los españoles, debían tomar partido religioso. Algunos vinieron huyendo del “generalísimo” Franco y la restauración medieval, luego del frustrado intento republicano. Detrás de todo, creo ahora, estaba la lucha masonería versus Iglesia Romana. Ilustración versus catolicismo. Catolicismo y medievalidad versus masonería y modernidad. La gran antinomia europea, que heredamos.

Se hacían reuniones en la sastrería de Dómina, donde, mientras el dueño de casa planchaba con su plancha a carbón o hacia pespuntos, se discutía de política, filosofía y religión. Ahora me doy cuenta que por allí se respiraba masonería y que ella influyó en mi vida.

Esa relación entre política y anticatolicismo venía de los países de Europa de mayoría religiosa católica, eran católicos o anticatólicos, lo que implicaba una definición y una lucha política. Es que la Iglesia Católica, no sólo era el sostén unificado de los regímenes feudales absolutistas, sino que ella misma, creo que mediante la institución del *convento*, que si mal no recuerdo es herencia romana, era probablemente el mayor feudatario de muchos países católicos de Europa. Debo indicar que el gran poder europeo de esta iglesia, en cuanto continuadora del Imperio Romano, se da entre la caída de éste y el Renacimiento, el cual comienza a decaer con la Reforma, el humanismo y la aparición de las nuevas ideologías que sustentaron las revoluciones liberales burguesas en toda Europa, sin embargo de la mano del imperio feudal hispano-castellano, se expande por América sin limitaciones, al menos hasta que los anglosajones comienzan a colonizarla.

Todos mis tíos eran radicales y socialistas y todos levantaban su bandera de civismo republicano y libertario, aunque alegrándose de que los militares hubieran depuesto a Perón por medio de la más impresionante violencia, hecho que soslayaban. Tal contradicción también me afectó y me llenó de interrogantes, que años más tarde, del modo y por las influencias que seguramente relataré, me llevaron a pensar de manera distinta a mi país y a buscar nuevas respuestas. Es que mi formación en las ideas de la Ilustración humanista –otra forma de la Ilustración– no me permitieron comprender y mucho menos aceptar el odio y la violencia antiperonista.

De esa época recuerdo la angustia que me produjeron los bombardeos aéreos al Arsenal Ángel Monasterio, instalación del Ejército, leal al presidente Perón. Aún ahora veo “centenares” de aviones que venían a atacar a mi pueblo. En realidad eran dos o tres que entraban volando a baja altura y que se confundían con los travesaños y las catenarias del tendido telefónico, cuyo trazado parecían seguir para sobrevolar (y asustar) al pueblo. Tenía once años y mis padres estaban en Buenos Aires por lo que creo que me sentí muy desamparado pese al cuidado amoroso de mis tíos, María y Carmelo Notararigo.

Lo que no fue imaginación de un asustado niño momentáneamente sin sus padres, ni el sobrevuelo de los aviones, los disparos de las baterías antiaéreas ni las esquirlas de éstas que cayeron sin lastimar a nadie, afortunadamente. Tampoco fue

imaginación la alegría generalizada por el derrocamiento ilegal y violento de Perón que se manifestaba en las calles de mi pueblo “casi” europeo y en mi familia. Los peronistas sufrían en silencio en sus casas. No sabía –lo terminé de comprender en la universidad– que se había generando una estela de resentimientos que aún ahora, más de medio siglo después, se puede rastrear en la cultura política argentina, aún en jóvenes no nacidos en ese entonces.

## 2. La adolescencia

Mi tío –el negro–, la biblioteca pública y la apasionada costumbre de discutir en grupo me brindaron un contrafuerte crítico frente a la invasión cultural norteamericana a través del cine y la historieta, incluso me ayudaron, más tarde, a criticarlos. Me hice inconformista. Leí a John Dos Passos, Bruno Traven, Louis Bronfield y otros norteamericanos inconformistas. Leí a Voltaire, Cándido el que más recuerdo, con fruición, que estaba “prohibido” en los colegios católicos de mi pueblo, según me enteré años después. *L’ancien regime* en pleno siglo XX en una antigua colonia francesa. Leí *El judío errante*, de Eugenio Sue y averiguando comencé a descubrir el rol de los jesuitas y su importante papel para evitar la caída de la Iglesia Católica en los comienzos de la modernidad. Luego mucho más tarde comprendí el antagonismo de ese “ejército” religioso y por ende lindante con el fanatismo, con la por entonces misteriosa masonería.

Leí un libro de Baruch de Spinoza, cuyo nombre no logro recordar, aunque no creo que fuera la *Ética demostrada según el orden geométrico*, pues cuando la leí muchos años más tarde, no lo reconocí. Su panteísmo, la idea de que Dios es la naturaleza y que materia y espíritu son la misma cosa. Pero el gran encuentro espiritual era la intuición de encontrarme con la naturaleza-dios, cuando me fundía en ella. Hacía, y aún lo hago cada vez que puedo, un ejercicio consistente en expandirme recostado sobre el suelo y no pensar en otra cosa que en sentir que mi piel y mis sentidos se funden con el cosmos en las noches estrelladas o en los paisajes diurnos de horizonte pleno. Cometí la tontería de no compartir esa intuición con mis hijos.

La perspectiva inconformista y atea no era muy consistente con un pueblo cuya cultura dominante era católica, mojigata y llena de mandatos incumplibles porque eran contrarios a la condición humana. La doble moral, la asociación entre Iglesia y poder. Ese esquema, desencadenante de mi inconformismo, era evidente hasta para un joven como yo lo era entonces.

Monseñor Durban, un hijo de rusos-alemanes, duro, autoritario y arcaico fue mi enemigo imaginario. Muchos, entonces chicos, sentíamos por él algo parecido al odio, incrementado porque como alumnos lasallanos teníamos obligación de ir a misa los domingos –sin importar nuestras creencias– y soportar sus discursos desde el púlpito en el que el mandato moral y el castigo de ultratumba eran sus ejes principales. Iglesia, temor de ultratumba y control social, al modo más descarnado, brutal, arcaico y feudal. Otro componente de la cultura argentina, que también apareció décadas más tarde, pues quién cree en esas ideas y mandatos absolutos, fácilmente puede sentirse tentado a perseguir e incluso matar al “enemigo”, que lo es pues no piensa igual.

Esa experiencia de vida, en el que la angustia metafísica deviene en un instrumento de control social, me ayudó a entender parte de los orígenes del mayo francés y luego de un viaje a Estados Unidos de América, al hipismo, una reacción antipuritana. Esa mente perversa angustiaba a las personas mediante el púlpito y el rito y luego las tranquilizaba, circularmente, mediante la confesión. Debe haber persuadido a muchas pobres almas, porque en mi pueblo le pusieron su nombre a una calle.

Nuestra resistencia se manifestaba en el rezo de las letanías, en riguroso latín pues ocurría antes del Concilio Vaticano II: “Orate frate”<sup>23</sup> era la convocatoria del sacerdote, “te rompo el mate” era la respuesta de cada uno de nosotros, suponiendo —erróneamente— que cada quien era el único contestatario. En realidad, al comienzo fue un coro tácitamente contestatario improvisado.

Creo que luego tomamos conciencia del efecto conmocionante que producía en los feligreses vecinos y probablemente de nuestro poder y que eso era divertido. Con los años me proporcionó un modelo para comprender el conflicto social, que es algo distinto a la suma de los conflictos personales. También, utilizando un modelo quizá mal aprendido de la física, me sirvió para comprender cómo se produce el cambio de fase en el ánimo social y que a los políticos, envalentonados por su propio poder, generalmente sorprende. Fue una metáfora política.

De mi hermano, Carlos, seis años mayor, aprendí muchísimas cosas, entre otras que había un mundo más allá del límite de mi pueblo. Cuando venía de visita al pueblo desde La Plata donde estudiaba, trabajaba y militaba en política, trajo un libro de Jorge Abelardo Ramos. El revisionismo histórico entró en mi vida, como más adelante iré seguramente explicando según se suceda el relato.

Pigüé era en esos años una mezcla aún no sintetizada de Europa y América, mucho más representativa de la primera, aunque por ese entonces no lo sabía. El peronismo era probablemente minoritario y los cabecitas negras que había agrupado la industrialización y la urbanización y a los que esa fuerza política le dio identidad y pertenencia, obviamente no existían como tales en mi pueblo agroganadero, pero los peronistas del Pueblo Nuevo existían y eran muchos.

Cuando Argentina formaba parte de la estructura imperial británica, fue fundado como tantos otros pueblos y ciudades, a la vera del ferrocarril del diseño británico. A éstos les interesaba doblemente la fundación de pueblos pues buscaban mantener estaciones cada cierta distancia a los fines económicos y logísticos del servicio y, simultáneamente, valorizar las enormes extensiones de tierra de la corona y sus súbditos británicos y también de los argentinos integrados a su sistema productivo que conformaron la “oligarquía” asociada íntimamente al poder británico.

En ellas se fundó mi pueblo, esas mismas tierras que fueron dadas en propiedad a los británicos y a las familias poderosas de Buenos Aires, conjunción que gobernó el país. Lo fundaron un francés, Clement Cabanettes y en apariencia un argento-irlandés, Eduardo Casey, que estoy persuadido que más que todo fue el empresario que vendió parte de sus extensísimas propiedades, por lo que más que un genuino proceso de colonización, fue un negocio, en el marco estratégico del negocio británico y dentro de sus enormes intereses empresarios personales. Creo que

---

<sup>23</sup> Orad hermanos.

ese rol fundacional atribuido a Casey, desdibujó el de otros franceses esenciales, principalmente François Isaly. Recuerdo que comencé a pensar a Casey de otra manera cuando descubrí en mi condición de gerente de una cámara empresaria de radios, que en Venado Tuerto, al igual que en Pigüé también había una Avenida Eduardo Casey. Fue Hilmar Long el licenciatario de la radio local que me dio interesantes pistas para tratar de relacionar ambos recordatorios del papel de este personaje en el poblamiento de la provincia de Buenos Aires.

El primero trajo los colonos, el segundo les vendió las tierras, pues era propietario de enormes extensiones adquiridas luego de la conquista del desierto entre las actuales Venado Tuerto, Coronel Suárez y Pigüé, entre otras. Wikipedia parece confirmarme lo que sabía “de oídas”, es decir que gran parte de esas tierras las adquirió con préstamos de la Baring Brothers. Invirtió en ferrocarriles. O sea, que más allá de su nacimiento en Argentina, era una clara conjunción británica. Enormes cantidades de tierras, vacas, cereales, Baring Brothers y ferrocarriles. Un arquetipo de los que refundaron la Argentina y la incluyeron en la estructura del Imperio Británico.

Aquí hay que decir que en este punto mi pueblo es bastante singular. Es que fue una colonia formada por ochenta familias de campesinos franceses de la región de Aveyron, en el sur de Francia. Fuertemente católicos. Adquirieron parcelas que eran de medianas a chicas para el estándar de la época, lo que fue la primera singularidad, en un país que bajo el diseño británico había ocupado con violencia y descontrol enormes extensiones de una de las mejores llanuras agroganaderas del planeta, por su clima templado, su régimen de lluvias y la riqueza de su suelo. Lo cierto es que el pueblo estaba habitado por los dueños de las tierras, en general chacareiros, siendo pocos los terratenientes ausentes, a diferencia de pueblos cercanos. Lo cual hizo una gran diferencia sociológica que aún se aprecia, creo.

Ello ocurrió en un país en el que unos años antes el Congreso Nacional había aprobado a “libro cerrado”, es decir *sin leerlo*<sup>24</sup>, el Código Civil, que establecía nada más ni nada menos, el régimen jurídico de la propiedad territorial, circunstancia que no parece una práctica democrática. Lo que en realidad se aprobó sin tratamiento alguno fue la apropiación territorial de los británicos y sus aliados locales, los grandes estancieros. Obviamente también se aprobaron muchas otras figuras e instituciones jurídicas. Su autor fue Vélez Sársfield.

Pudieron haber elegido otro régimen, como el *homestead* utilizado en algunos lugares de Estados Unidos y aquí preconizado por Sarmiento. Pero no, sancionaron de manera oculta el más arcaico criterio individualista del derecho romano, que permite usar, usufructuar y abusar de la propiedad (*ius utendi, ius fruendi* y *ius abutendi*) en el que la propiedad es un derecho absoluto o poco menos. El Imperio Romano se hizo sobre la base de la conquista de tierras y su entrega a líderes militares y colonos, cualquier comparación con la historia argentina de la conquista del desierto y el Código Civil corre por cuenta exclusiva, de quien la realiza.

---

<sup>24</sup> En la universidad, estudiando derecho un profesor de derecho civil (no recuerdo su nombre) decía que era porque confiaban en la gran sabiduría de Vélez Sársfield. ¿Inocencia o cínico ocultamiento? Nunca lo sabré, pero creo que se inició como ocultamiento cínico seguido de inocencia, teñida de complicidad complaciente.

Y aquí vale hacer una digresión. La colonia francesa de Pigüé se fundó pocos años después que los aborígenes<sup>25</sup> que estaban dispersos por la Pampa Húmeda fueron asesinados y sometidos. Aunque decirse, sin que ello justifique su asesinato, que en gran parte no eran “originarios” puesto que venían de Chile, gracias a los caballos liberados por los españoles<sup>26</sup>. Por otro lado la vida sin caballo para los aborígenes derrotados por los indios provenientes de la cordillera sin caballos debió ser muy dura, pues los “yeguarizos” eran transporte, comida e instrumento de guerra y de caza, pues no debió ser fácil cazar guanacos a pié, para los aborígenes quizá la principal fuente de carne y abrigo en los durísimos inviernos.

Los indios conquistadores eran básicamente mapuches, a los cuales, en especial en Chile, no les gusta ser llamados araucanos (nombre español) pese a que ellos rebautizaron como Tehuelches (gente brava) –un nombre mapuche– a los aonikenks conquistados. Recuerdo que alguien me dijo que mucho antes que los mapuches (estimo que hasta el siglo XVIII o comienzos del XIX) estaban los aonikenk, red denominados tehuelches y que aquéllos –además de cambiarles el nombres– asesinaron, derrotaron, vencieron y desalojaron de su enclave, que también recuerdo me dijeron que estaba en la zona que hoy se conoce como Sierra de la Ventana. Para algunos especialistas los aonikenk, según recuerdo haber leído en algún lado, ocuparon hasta el Río de La Plata. Los aonikenk sobrevivientes, ya como tehuelches, se integraron luego a los mapuches de diversas formas y a los conocidos genéricamente como Pampas y también a las tribus del cacique Sayhueque. Debo decir en honor de la verdad que hasta donde sé los aonikenk-patagones-tehuelches habían desenvuelto una cultura de menor desarrollo que la mapuche, por lo que transculturación no fue sólo producto de la guerra con los indios que venían de Chile. Creo que en realidad estos aborígenes eran mapuches adaptados al nuevo entorno de la llanura pues su cultura, como se aprecia en Chile actual, es cordillerana.

De los aonikenk no quedó rastro alguno y desaparecieron antes de la aparición del Ejército nacional, pues la toponimia es mapuche-araucana. Pigüé, Pi-Hué: lugar de encuentro; Curamalal: corral de piedra; Pichileufú: arroyo o río chico; Ruca: Cueva, casa. Sólo cuando fui a la universidad y por las burlas de mis compañeros, me enteré que la palabra ruca no era española, sino araucana.

En mi pueblo se desconocía esa historia, lo que sé, o creo saber, lo aprendí también en La Plata de algún estudiante de antropología, pero principalmente durante los muchos años que dediqué el mes de enero a acampar en la Patagonia argentina y chilena, desde el centro de Neuquén hasta la Tierra del Fuego y desde el Atlántico al Pacífico.

La llamada Conquista del Desierto merece un párrafo aparte. El llamado desierto, que al menos en la región donde se fundó mi pueblo era ciertamente un desierto, tanto como que no parece haber permitido una ocupación humana estable y significativa<sup>27</sup>, me mereció diversas interpretaciones. Haré una síntesis del asunto y mi

<sup>25</sup> *Ab origine*, desde el origen.

<sup>26</sup> Los españoles no fueron muy “cuidadosos”. Escuché decir al profesor del seminario de doctorado que cuando debían abandonar un sitio, soltaban las caballadas (sino se las habían comido, claro), a diferencia de los británicos, que las sacrificaban pues las consideraban un arma de guerra estratégica que no había que dejar al enemigo.

<sup>27</sup> No sólo es extremadamente frío (morigerado ahora probablemente por el calentamiento global) sino que la tierra, si bien es muy rica en nutrientes por ser de origen orgánico, era extremada-

pensamiento actual. Parece importante porque trasciende en mucho mi historia personal y la de mi pueblo.

Crecí en un pueblo donde se exaltaba la Conquista del Desierto como una epopeya llena de sufrimiento y agonía, que ciertamente lo fue, principalmente para los indígenas pero también para soldados y militares profesionales. Recuerdo a las fanfarrias del Ejército representando en la noche, a la luz de antorchas ardientes, la dramática Retreta del Desierto, un espectáculo que más allá de cual haya sido su realidad histórica, era impresionante y bello, especialmente para un niño imaginativo.

Es que en Pigüé y su serranía integrante del Sistema de Ventania –en la zona del Curamalal, más precisamente– se realizó la primera conscripción militar en la Argentina, en la década de 1890, cuando llegaron unos 10.000 soldados. Seguramente se eligió a mi pueblo por tres razones: la primera tenía una estación de ferrocarril conectada con Buenos Aires de manera directa para transportar hombres, armas y pertrechos; la segunda porque estaba a pocos kilómetros del Cura Malal Grande<sup>28</sup>, una región montañosa ideal para adiestrar a la infantería y la artillería de montaña, y la tercera y principal, era enviarle un mensaje inequívoco a los chilenos, que por ese entonces creo que estaban mostrando algunas intenciones de expansión<sup>29</sup> no sólo en su proyección sureña, sino en la norteña, dado que Chile había ganado pocos años antes la denominada Guerra del Guano que transformó a Bolivia en un país mediterráneo.

En la última mitad del siglo XIX la Patagonia, en cuyos límites está mi pueblo, era tierra de nadie<sup>30</sup>. Un espacio vacío y uno de los principios esenciales de la geopolítica es que los vacíos se ocupan. Charles Darwin que como todo explorador británico de ese entonces, no se limitó a recoger evidencias sobre lo que luego sería la revolucionaria teoría de la evolución, también exploró el territorio, incluso se adentró en el Río Santa Cruz para ver que utilidad tenía en una expedición ordenada por Fitz Roy.

En realidad ésa y la realización de cartografía eran las misiones más importantes del Beagle y su capitán, Fitz Roy. Afortunadamente Darwin consideró a la Patagonia poco menos que como un desierto maldito. Probablemente ese informe evitó la apropiación británica de la Patagonia. Creo que se contentaron con las Islas Malvinas, de mayor proyección estratégica para un imperio marítimo.

No era broma ni una exageración, en la Tierra del Fuego de fines del siglo XIX se habían establecido misiones religiosas británicas para evangelizar a los aborígenes, al mismo tiempo o poco después, otros británicos, quizá asociados con chilenos

---

mente dura y ocupada por vegetación muy difícil de erradicar (la conocida como paja vizcachera, principalmente, y algo de “pasto puna”). Era imposible, seguramente, cultivarla con arados de madera impulsados por fuerza humana como se ha hecho en otras regiones de América y el mundo. Creo que sólo pudo ser puesta en explotación mediante el arado de hierro tirado por muchos caballos y luego por el tractor.

<sup>28</sup> En el Partido de Coronel Suárez.

<sup>29</sup> En realidad es probable que lo vinieran haciendo, aunque de manera solapada, pues los mallones araucanos, además de algunas cautivas, arriaban el ganado por la llamada “rastrillada grande” (la actual ruta 20 de la provincia de La Pampa) hacia Chile y en gran parte se lo vendían a los hacendados chilenos de origen hispánico.

<sup>30</sup> En la época de la Colonia los portugueses mostraron interés que al parecer fue rápida y eficazmente desalentado por la Corona Española.

y argentinos, se dedicaban con ahínco al asesinato de indígenas, los que por no conocer el derecho de propiedad de Vélez Sársfield, sólo tenían en cuenta que una oveja era más fácil de cazar que un guanaco. Pobrecitos.

Fueron desbarrancados, envenenados, tiroteados, sableados y “enfermados” con dolencias para las que carecían de inmunidad. Ahora no hay ni un solo indígena fueguino originario. Casi todos ellos eran criaturas indefensas, no conocían el caballo y habían vivido durante siglos de la recolección de mariscos y los peces y las ballenas que el mar arrojaba a la playa y cazando guanacos, a pié, lo que no debió ser muy fácil ni eficiente. Las crónicas del mismo Darwin son muy claras al respecto.

Ese es el contexto en el que Roca ocupó militarmente el “desierto”<sup>31</sup>, con su innegable proyección personal e histórica. Nací ahí, de ahí soy, ese soy. La Patagonia es argentina, signifique lo que eso signifique. Hubo maltrato humano e incluso genocidio. Pero también es cierto que esa era la forma en que se relacionaban los hombres de esa época: los unitarios degollaban, los federales degollaban. Sarmiento, el masón iluminado, el educador fervoroso de la Generación del 80 que llevó escuelas a todo el país, a fines de los ‘50, sugería no ahorrar sangre de gauchos. Unos indígenas, pocos años antes en ese mismo sitio, borraron del mapa a otros indígenas y no siempre pacíficamente. Ese era el contexto en esa época. Ahora tales aberrantes conductas estarían imputadas como delitos de *lesa humanidad* y genocidio<sup>32</sup> o, más metafóricamente, como holocausto. Debo decir y se que me expongo a la crítica de los que tienen dificultades de aceptar los hechos si se oponen a su ideología, que la expansión mapuche desde sus territorios originales allende la cordillera andina, implicó literalmente el holocausto de los aonikenk, que desaparecieron de la faz de la tierra, mientras que ellos sobrevivieron en las provincias andinas de Argentina. Pero eso es en la dimensión espaciotemporal del *aquí y ahora* pues en esos años los abusos de mapuches y blancos no tenían tal encuadre moral y jurídico actual. Eran épocas en que se lanceaba y degollaba al enemigo y se secuestraban a sus mujeres.

Creo que frente a la cuestión de los aborígenes hay que *despojarse del mito del buen salvaje* y encarar la cuestión desde la realidad implicada en el espacio-tiempo en que ocurrieron los hechos y en la realidad misma de los aborígenes, que estaban muy lejos de la idealización de Rousseau.

Esta claro que entre los habitantes precolombinos existían guerras y exterminios y no estoy justificando ni la “conquista” hispánica ni las características de la llamada “Conquista del Desierto”, la que llamativamente copió el nombre de aquélla. Lo que estoy diciendo –simplemente– es que la condición humana es proclive en determinadas condiciones a operar conforme a la lógica dominador/dominado, llámense aborígenes o europeos.

Tanto las etnias aborígenes en sus relaciones precolombinas, como los europeos que interactuaron con ellos posteriormente actuaron probablemente conforme con el *estado* de la evolución sociocultural en el que se encontraban, no con el que

<sup>31</sup> Claro que hay ideología y control simbólico en la calificación de “desierto”, pues si era un desierto las personas que estaban en él no era asesinadas. ¿Cómo asesinar lo inexistente?

<sup>32</sup> Los norteamericanos cometieron delito de lesa humanidad con el genocidio y la invasión vietnamita y no he visto a ningún defensor de los derechos humanos pedir la captura del presidente Johnson. Lo cual ratifica que es usada (o no usada) como una doctrina o ideología.

disponemos actualmente y los imperativos políticos, jurídicos y morales que nos generan. Eso se llama *perspectiva histórica*, no ideología para utilizar en la lucha política presente.

La Conquista del Desierto realizada por Roca y los liberales triunfantes en Caseros fue probablemente menos sangrienta y cruel que la llevada a cabo por Juan Manuel de Rosas, el vencido en Caseros. Nada se dice acerca de que su guerra de exterminio contribuyó a la desaparición de los restos de la etnia aonikenk, seguramente los habitantes primordiales de la llanura bonaerense, además de la Patagonia, que dejaron las diversas sub etnias araucanas chilenas, que los exterminaron o asimilaron. Es un claro ejemplo de la utilización ideológica de la historia con fines actuales, que ignora que la campaña de Roca fue una campaña organizada por el Estado nacional, mientras que la de Rosas fue una campaña de los estancieros bonaerenses para proteger y ampliar sus estancias.

La Conquista del Desierto, parece ser, vista en proyección y despojada de ideologías, una de las pocas acciones en la que estuvieron de acuerdo unitarios y federales, los argentinos hispano-criollos y los de la Ilustración, la “civilización” y la “barbarie”. Tampoco hay que juzgar sus diversos grados de barbarie desde el estado actual de la civilización en Argentina, que ha tenido muchos avances y retrocesos, algunos muy recientes y sangrientos en términos históricos, como se sabe.

Vuelvo a la historia de Pigüé. Segunda singularidad: el pueblo, como era obvio, se hizo sobre el molde cultural del sur francés campesino, católico y conservador. Cuando leí a Descartes y otras cosas que haber descubierto porqué los descendientes de los franceses fundadores tenían una fuerte tendencia a preguntarse por todo, a veces interminablemente, e intentar responderlas, a veces de cualquier manera. Muchas veces expresando sus representaciones ideológicas del mundo.

La bauticé a esa cultura como la “cultura Citroën 2CV” por que hacían mucho con pocos recursos, “cuatro latas y una lona”, decían por ese entonces de ese rendidor automóvil. Nunca supe si eran avaros o racionales con el gasto y el ahorro para los malos tiempos. Ahora me inclino por el segundo significado. Aunque ya han sido sustituidos por sus descendientes, que olvidados de sus esforzados y modestos ancestros cuyas riquezas heredaron, parecen haber ingresado a la era del consumo de bienes costosos y notorios.

Recuerdo que los grandes bigotes de algunos de sus descendientes, cuando la cara en que estaban insertos argumentaba o refunfuñaba adquirían vida y movimientos propios. Produciéndome un efecto hipnótico cuando la conversación había dejado de interesarme y sólo seguía ahí por cortesía hacia un anciano pontificador.

Su humor también era peculiar: un rengo no lo era por tener una pierna corta, sino por tener una pierna larga, lo cual mostraba quizá una forma no lineal de pensar el humor. En todos lados se discutía de algo: en la sastrería, en el almacén de ramos generales, la peluquería, en la obra o el taller, en la cancha de bochas, en el frontón, en el club, en las casas de familia a la hora del mate, ese que se tomaba entre el fin del trabajo y antes de la cena. En invierno frente a la cocina Istilart de hierro fundido (“la económica”, que quemaba madera), en verano, en el patio, frecuentemente bajo un parral.

En la confitería París (en todos los pueblos había una confitería París o El Águila) la discusión estaba más diversificada hacia el chismerío y no sólo encaminada a los grandes temas como la política, la bomba atómica o la “de hidrógeno”, la sequía, o el rinde del trigo, todas con sus causas y consecuencias respectivas y eventual evolución. Para “Monsieur” Couderc, hijo de franceses fundadores y vecino de mi hogar infantil, los ensayos con bombas atómicas (“atómicas”, las llamaba acentuando la *i*), eran causantes de la sequía y la pérdida de las cosechas. Recuerdo con afecto que afirmaba que las explosiones producían una suerte de conmoción en la alta atmósfera que se trasladaba por todo el mundo.

La señora Valentin de Carbonet, la madre de un entrañable amigo, siendo yo adolescente, me explicó que la introducción del tractor en lugar de los caballos para tirar el arado era la causa de las plagas. El asunto era que por la velocidad del tractor, las gaviotas, teros y otras aves no tenían tiempo de comerse los bichos y larvas que vivían bajo de la tierra y que el arado dejaba expuestos.

Y quizá tuvieran razón –no importa– pero de todas formas me fueron mostrando, sin que inicialmente yo tuviera conciencia, la importancia de la conjetura y el hecho de someterla a crítica.

En todos lados, *descripción y predicción, ensayo y error*, coloquiales, cotidianos y a veces reiterados. Claro que los temas de discusión y sus actores no lo hacían desde el mismo lugar ideológico, pero lo que queda claro es que mi entorno de crianza fue el entorno de la modernidad, que es el de la búsqueda del conocimiento a través del contraste conceptual y empírico.

Varios hijos de franceses (ya ancianos), algunos probablemente con el idioma occitano-patois (un dialecto francés) como lengua materna (hablaban el castellano con acento) quizá porque se habían criado aislados en la chacra de sus padres franco parlantes, se reunían en grupos de 5 o 6 personas. Compraban un diario sábana (generalmente La Nueva Provincia, de Bahía Blanca), al que desmembraban y hacían rotar e intercambiar sus hojas. Sobre esa rueda de papel se montaba la rueda de la discusión y el acuerdo.

He recorrido mucho de mi país y si bien pienso que por sus orígenes mi pueblo era un caso algo especial y hasta quizá extremo, noté que no en todos lados se daba esa tendencia a la ardiente discusión de los asuntos públicos.

Muchos años después en el marco académico, leyendo en profundidad y ya con más insumos intelectuales, *La democracia en América*, que Alexis de Tocqueville escribió en 1833, descubrí algo que me hizo terminar de comprender mi propia identidad y la de mi país, incluso en sus contradicciones intrínsecas. Refiere Tocqueville que los diarios norteamericanos tenían ya en su época un altísimo contenido de anuncios publicitarios, algo de información y muy escasas discusiones políticas, a diferencia de los de su país –Francia– donde la parte central era aquella destinada a las discusiones políticas.

Es conocida la enorme influencia de la cultura francesa posrevolucionaria en la cultura argentina en general y en particular sobre la cultura política nacional, al punto que sus partidos políticos tradicionales fueron fundados sobre el molde francés, mientras que la filosofía, las artes y la literatura dejaron una impronta muy fuerte en la ideología de importantes sectores de la sociedad y la cultura argentina.

Viví hasta los 13 años en una avenida que estaba cerca de los límites del Pueblo Nuevo. Mi madre quizá obligada a permanecer dentro de los límites sociales de los inmigrantes no franceses, sea por bloqueo de éstos o por mandato cultural de mantener la continuidad de la relación con los sicilianos de Gangi, me enseñó este juego de palabras al ritmo de palmas, que contenía todas las letras vocales y que intuí que tenía un dejo de diferenciación social, que me parece que no incluía el afecto, porque estaba compuesto sólo por apellidos franceses.

“Fra que te fra/el viejo Garat/fre que te fre/el viejo Destré/fri que te fri/el viejo Fric/fro que te fro/el viejo Gayraud (Gairó, lo pronunciaban)/fru que te fru/el viejo Pitou (Pitú)”.

Hice la primaria en la Escuela n° 5, General San Martín, pública, que recibía principalmente a los chicos del sur del pueblo y del denominado “Pueblo Nuevo”, eufemismo para designar una barriada no fundadora –agregada– de trabajadores manuales, bolicheros, carniceros, artesanos, esquiladores (en esos años habían ovejas) y peones. Maestras rígidas, autoritarias, pero buenas, dedicadas y convencidas. Sarmiento su adalid, la “niñez, su ilusión y su contento”.

Hicieron una maravillosa tarea tratando de integrar a chicos de distintos orígenes culturales, pese a que también tenían algunos prejuicios. El himno, la historia idealizada, de héroes y villanos, el Pericón nacional, el escudo, la bandera, Belgrano, la bandera con los colores del cielo y el sol como amanecer de la libertad fueron importantes, pero más allá del diseño positivista de la educación pública, lo más importante fue la convivencia en el aula. Convivencia que librada al azar del prejuicio, quizá no se hubiera producido.

Mis amigos cercanos del barrio y sus apellidos eran Sánchez, Di María, Fuhr, Gómez, Bru, Hoffmann, entre otros. En “la n° 5” no había descendientes de franceses del centro del pueblo, sino unos muy pocos y de familias humildes (creo que los descendientes pobres de franceses concurrían a una escuela lasallana conocida como “la gratuita”), sino de italianos, criollos y alemanes del Volga, preferentemente, Salvucci, Pedernera, Durán, Notararigo, Distel, Galluzzo, Apelhanz, Coronel, Fuhr, Monterrubianese, Varela, Falaschi, entre otros.

Muchos de mis compañeros eran “foryare”, palabra de la que sólo conozco su fonética y que utilizaban mis familiares para designar a los pocos criollos o “cabecitas negras” que había en el pueblo. Ellos, en cuanto descendientes inmediatos de europeos, se creían mejores, desconociendo el hecho de que los italianos del norte que recibieron una fuerte influencia germánica, llamaban a nuestros ancestros sicilianos con palabras despectivas como “terrone” y “saraceni”. Claro que los sureños podían retrucarles llamándolos “tedeschi”, es decir alemanes.

El ingreso a La Sagrada Familia, colegio secundario de varones, fue de gran importancia. Las mujeres iban al Colegio Normal El Niño Jesús, regentado por una orden de monjas también originada en Francia. El colegio pertenecía a la orden de San Juan Bautista de La Salle e implicó un nuevo relacionamiento con los habitantes de mi propio pueblo y los de la región. Mi horizonte sociocultural se amplió en la medida que me encontré con descendientes de franceses y su cultura familiar.

Había sido fundado hacia 1905 y allí comencé a aprender francés, descubriendo que las palabras que sabía y que había aprendido con algunos viejos no perte-

necían al francés, sino principalmente una variante popular del occitano o lengua de oc. Me obligaban a rezar en francés, a mí, un chico argentino descendiente de italianos y precozmente ateo.

Pero lo relevante es que conocí e incorporé a mi entorno de relaciones a los descendientes de los franceses fundadores. Marcenac, Couderc, Segonds, Carbonet, Oustrie, Mercadier... También debí reforzar mi ateísmo y mi capacidad crítica si quería preservar mi joven e incipiente identidad. Allá por mis 16 años descubrí que en ese colegio “todos éramos iguales pero algunos más iguales que otros” frase que también aprendí por esa época y que, desafiante, repetí infinitamente, hasta el abuso. Intuíamos algún abuso de índole sexual, quizá confirmado por el traslado concomitante, intempestivo y discreto, de un “hermano” a otro colegio de la orden. Asimismo descubrí que los pecados se escondían bajo la alfombra, en ciertos casos. Con los años descubrí también que la discreción, que otros llamamos ocultamiento y complicidad, era la práctica de la Iglesia Católica. Fui así que mucho más tarde comprendí las prácticas masonas, consistentes en un *ocultamiento defensivo paralelo*.

También reforzó mi rebeldía adolescente, que se expresaba a través de la organización de actos de inconducta, algunos muy divertidos, otros no tanto.

#### **a. El descubrimiento de la masonería. Las revoluciones americanas. Masones y positivistas**

Los lasallanos se opusieron a todo lo que amenazaba producir un cambio social modernizador, aunque lo que referiré no era privativo de esa orden religiosa, sino que me parece, por cosas que leí y escuché, que estaba bastante extendida en la Iglesia Católica en general. Lo más visible era la condena permanente y de fortísimo tono a la *masonería*. Ese encono tan intenso, sumado a mi precoz ateísmo me hizo pensar que algo bueno debía haber en la masonería y enfocar en ella mi atención, en lugar de alejarme. Es decir el efecto inverso al deseado por esta orden religiosa.

Aún me interesa la masonería, sin la cual es imposible comprender la historia argentina, la de las Américas y la de la propia Europa, cuya historia tampoco se termina de explicar sin ella, pues contuvo las ideas del Renacimiento, la Reforma y, posteriormente, de la Ilustración, sin olvidar –probablemente– la lucha contra las monarquías absolutas investidas por el papado, en lo que se conoce como la cuestión de las investiduras.

Frente a las represiones de las monarquías absolutas y sus respectivas estructuras eclesiástico-feudales de sustento, buena parte de los liberales que motorizaron la caída del antiguo régimen lo hicieron desde la masonería. Los masones se consideraron practicantes del culto a la razón, aunque la divinizaron, transformándola en una ideología, aunque es cierto que por entonces fue modernizadora, al igual que la filosofía positivista en que muchos de ellos se formaron. Se ve claramente ese culto en la simbología del compás y la escuadra que no sólo son las herramientas de los masones originales –pedreros y albañiles– sino también que se refieren a la razón, a la que se la comienza a identificar con la geometría, el “more geométrico” o el modo geométrico de pensar, como lo designaban algunos filósofos e intelectuales post cartesianos.

Simultáneamente debieron crear una organización y un culto secretos, que ahora son arcaicos, pero que en las épocas iniciales seguramente les permitió sobrevivir y mantenerse cohesionados, pues no debo olvidar los intentos de la Iglesia Romana de infiltrarlos a través de los jesuitas, ni las hogueras encendidas por la Inquisición en contra del avance científico, que consumieron entre otros a Giordano Bruno y Miguel Servet<sup>33</sup>, sin olvidar la forzada retractación de Galileo Galilei. También la hoguera consumió a muchos renovadores políticos y religiosos y creo saber que también significó la frustración del Renacimiento en Italia, al menos en sus aspectos científicos y filosóficos, pues ya no se produjeron innovaciones sustanciales en esos campos. La ciencia y la filosofía se trasladaron a Holanda, Inglaterra y Francia, entre otras.

Claro que con el tiempo se produjeron diversas ramas y variantes masonas, no tanto por las diversidades nacionales, sino por las diferentes perspectivas frente al devenir histórico y es así que hubo y hay masonería progresista y conservadora y en muchos países, principalmente en Estados Unidos las prácticas de logias y hermandades cerradas y secretas se multiplicó de manera extrema, generalmente como defensoras del *statu quo*. Al punto que en las universidades norteamericanas, las *fraternities* son una verdadera iniciación a esas prácticas, al menos entre los estudiantes blancos.

Pero lo cierto es que fueron los masones los principales impulsores de las revoluciones burguesas europeas, fueron los masones los principales expositores de la ciencia, la razón y por ende de la Edad Moderna y la Ilustración, en oposición al dogma teológico y el Escolasticismo. Fueron los principales impulsores de la renovación de las artes; hasta donde creo saber Leonardo, Mozart y Beethoven eran masones. Sin los masones, por otro lado, quizá España no hubiera descubierto América. Aunque debe señalarse que así como el liberalismo emergente era diverso pues existían diversos partidos e ideologías, la masonería encuadró ideologías y partidos diversos, al punto que entre ellos hubo católicos e incluso algún sacerdote católico como Sáenz, circunstancia que descubrí casualmente, buscando en Internet antecedentes sobre la Avenida Sáenz, de la Ciudad de Buenos Aires.

Creo que no puede dudarse que la masonería fue un factor histórico de cambio social y político muy eficaz en la Europa renacentista y luego burguesa, al punto que a comienzos del siglo XVI fue creada en Francia la Compañía de Jesús por Ignacio de Loyola y fue aprobada por Pablo III, el mismo Papa que creó la Inquisición y el Index, es decir el índice de los libros que no se podían leer. Es que eran los tiempos de la explosión del Renacimiento, la ciencia, la reforma y el comienzo de las grandes acumulaciones de capital comercial en Europa. Está claro que el papado y la Iglesia Católica en general debieron adoptar *medidas estructurales* para enfrentar los nuevos tiempos. Para que tengamos una idea, se incluyeron en el Index, entre una infinidad de otros: Erasmo de Rotterdam, Giordano Bruno (muerto en la hoguera), René Descartes, Thomas Hobbes, David Hume y Denis Diderot. Muchos de ellos fueron traducidos al castellano varios siglos después, algunos en el siglo XX, lo que ayuda

---

<sup>33</sup> Aunque no hay que olvidar que el calvinismo no se quedó atrás, como lo revela la muerte de Servet, el descubridor del sistema cardio-pulmonar-circulatorio, en la hoguera. Perseguido por católicos y protestantes. Creo saber, curiosamente que fue alimentada por Calvino, fundador de una línea protestante-luterana bastante intolerante y que puede decirse en líneas generales que fue la base de la religiosidad norteamericana y de su capitalismo, previo paso por la Gran Bretaña.

a explicar en parte el *atraso político, cultural y científico de los pueblos católicos e hispano parlantes*. Basta con recordar que la Areopagítica de Milton el texto basal sobre el que se construyó la garantía a la libertad de expresión en el occidente europeo y luego mundo entero, fue traducido a fines del siglo XX –tres siglos después– al español dato que, por explicativo, debe repetirse insistentemente.

Es claro que el propósito de la Compañía de Jesús radicó inicialmente en evitar que la oleada del Renacimiento y la Reforma se le fueran de las manos a la Iglesia Católica. Es que la Europa de esos tiempos, en plena evolución estaba albergando el nacimiento de nuevas ideas que comprometían a la iglesia de Roma, por entonces indisolublemente vinculada con el orden feudal y, entre otros, con la filosofía conservadora del genial Aristóteles, quién era usado incluso como instrumento de represión de las nuevas ideas y conocimientos, bastando con recordar el juicio a Galileo.

Según he podido reconstruir, luego de muchas búsquedas y entrecruzamientos –aclaro que pese a haber sido educado en el entorno masón, no lo soy, pues tengo una mente socrática, “agórica”<sup>34</sup>– esas nuevas ideas fueron motorizadas por una rama de la masonería que podríamos denominar progresista, que parece ser producto de la suma a las logias formadas por los constructores de catedrales<sup>35</sup>, de una buena parte de los grandes creadores intelectuales, artísticos y científicos de la época.

Éstos se afilian como “libres y aceptados masones”, pues en realidad no eran albañiles, sino filósofos, científicos, arquitectos y artistas, aceptados por ellos. Leonardo por ejemplo, según parece. Tal ocultamiento se requería para no ser torturados o quemados vivos por la Inquisición, en cuanto críticos del orden eclesiástico feudal, siendo quizá el más cruel ejemplo el del ya citado Giordano Bruno.

Ese era el contexto en el que se creó la orden de Ignacio de Loyola, un militar que creó a su orden con una clara mística militar en cuanto esfuerzo y sacrificio, incluso de la propia vida. Tuvo varios propósitos pero me parece que el más notorio y menos conocido fue luchar contra las nuevas ideas, que después derivaron en la Ilustración y en especial contra la masonería. Los jesuitas cumplieron –entre otros destinados– el rol de infiltrar a la masonería, según se dice en fuentes masonas, afirmación que parece acorde con los tiempos, y de absorber los nuevos conocimientos de manera de oponerse a la ciencia “peligrosa” para el *statu quo* de la Iglesia Católica desde la misma ciencia, evitando o contrarrestando a esos peligros. Además, evitar que la iglesia quedara fuera de la ciencia, en una era en que, precisamente, comienza a nacer el pensamiento científico como lo demuestran algunas de las metodologías desenvueltas por Galileo. En ese camino algunos jesuitas hicieron aportes interesantes.

Un ejemplo del siglo XX que ilustra la “ciencia” jesuítica, lo da el gran Pierre Teilhard de Chardin, jesuita y paleontólogo francés, que le puso a Dios al evolucionismo de Darwin, sin negar una teoría que aún permanece vigente, pese a sus correcciones y aditamentos. Para él, la evolución es la evolución de la autoconsciencia en el cosmos hacia el “punto Omega” que no es otra cosa que el encuentro con la divinidad, una esencia autoconsciente. En otras palabras es la evolución de la espiritualidad. Dios, en cambio, no integra el sistema de Darwin. Debe decirse que Teil-

<sup>34</sup> Por el ágora, que además de mercado multifuncional, era un centro de discusión pública.

<sup>35</sup> Pedreros o albañiles, o masones, en francés y también en inglés.

hard, en su esfuerzo por hacer compatible a Darwin con su fe, avanzó quizá demasiado pues sus correligionarios pusieron a *El fenómeno humano*, el libro del que me estoy ocupando, en el Index hasta bien entrada la década de 1970, si mal no me acuerdo. Debo señalar para ser justo que más allá de sus errores jesuíticos, Teilhard de Chardin hizo aportes teóricos interesantes, como es a mi juicio la definición de la evolución como un incremento de la complejidad.

Aún hoy los jesuitas son los científicos del papado, tanto como que, por ejemplo, el Observatorio Astronómico Vaticano está en manos de físicos, astrónomos y astrofísicos jesuitas, simultáneamente miembros de la orden.

Los jesuitas nacieron bajo la impronta de Ignacio de Loyola, que como militar le imprimió el ímpetu y la mística del soldado para el sacrificio y para ser una avanzada al servicio de su fe. Adquirieron tanto poder, que fueron neutralizados por los reyes españoles y portugueses del despotismo ilustrado.

Los jesuitas, desde su mismo nacimiento, vienen siendo gente de poder y para adquirirlo y expandir sus creencias no han escatimado ninguna práctica de las que utilizan las gentes de poder para adquirir o conservar el poder.

Esos comportamientos los ha hecho merecedores de desconfianza, al punto que la edición 22<sup>a</sup> del Diccionario de la Real Academia Española, contiene esta definición: “Jesuita: 2. adj. coloq. Hipócrita, taimado. En algunos lugares de América, u. t. c. s.”.

Crecí en medio del durísimo tironeo entre la Iglesia Católica versus la masonería, que probablemente, fue la fuerza principal en la declaración de la independencia y la ulterior construcción del país. Esa tensión expresaba una tensión mayor entre Medioevo y Edad Moderna, o dicho de otra forma, entre los polos: modo de producción económica y cultura feudo-católica versus reforma, liberalismo, burguesía y capitalismo y sus respectivas culturas. Claro que los lasallanos no aclaraban las razones de su feroz odio hacia los masones y quizá no fueran conscientes de ello. Cabe recordar que buena parte de los filósofos y políticos y artistas más brillantes de los siglos XVII y XIX pertenecieron a esa organización. “Igualdad, libertad y fraternidad” fue el lema tanto de la Revolución Francesa como el de los masones, circunstancia que parece indicar que los lasallanos vinieron a estas tierras arrastrando mucho rencor y *atraso* histórico desde su país de origen. Algo así como trescientos años.

Los más conocidos líderes fundadores de Estados Unidos de América fueron masones. Argentina fue refundada, lo mismo que su sistema educativo, universal, obligatorio y laico, en gran parte por masones. La ley 1420 es un producto masón. La reforma universitaria, también. Nuestra historia fue construida en secreto y en gran parte por los masones.

Desde la misma conquista española de las Américas la Iglesia Católica ejerció una doble función. Por un lado, al margen de algunas expresiones humanistas muy importantes, pero que no se impusieron, fue legitimadora de la brutalidad de la conquista castellana; por el otro ejerció el control social para la preservación del orden hispano-feudal, como lo demuestra la iconografía y las imagerías artísticas de la época, que se conserva especialmente en iglesias del llamado Alto Perú, incluyendo las actuales provincias de nuestro noroeste.

Pero después de la independencia la Iglesia Católica ejerció un fuerte poder social, incluso como factor de presión en parte público, pero frecuentemente tras bambalinas, oculto. *La historia argentina se desarrolló en el secreto*. Ambos bandos en pugna trabajaban en secreto y eso seguramente *condicionó negativamente* el desenvolvimiento de la democracia.

Pavón, por ejemplo y como no parece existir otra explicación, fue una batalla decidida fuera del campo de batalla por los masones que comandaban ambos ejércitos “enemigos”. Urquiza y Mitre, eran simultáneamente masones y miembros del Club del Progreso cuyo propósito principal era generar condiciones y ámbitos de *diálogo entre las elites* europeizadas con distinta intensidad bajo las distintas perspectivas políticas dentro del amplísimo marco de la ideología liberal. A Urquiza esa adscripción probablemente le costó la vida pues existía una clara contradicción entre su condición de masón y caudillo de una provincia patriarcalista y pastoril que tenía más de feudalidad que de modernidad.

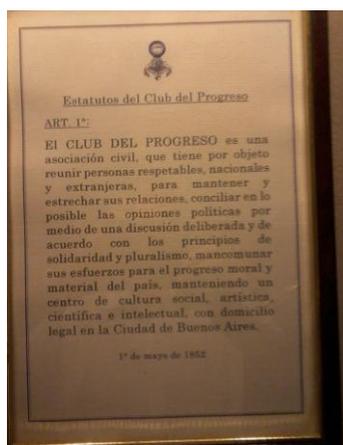
Cierta vez en una reunión con masones interesados en integrarme a la masonería (en realidad supuse que el encuentro tenía otro propósito), me aseguraron que en el marco de la masonería se fundaron los partidos políticos históricos, es decir los partidos Conservador, Socialista y Radical, que en el devenir de la historia se dividieron y recombinaron en muy diversas formas. Ese origen es consistente con el desenvolvimiento de la historia posterior, especialmente la aparición del peronismo.

Todos estos tenían una común impronta europea, en el marco de las ideas de la Ilustración, que como se sabe fue muy rica en la producción de nuevas y diferentes ideas, que estaban representadas en la masonería.

No es casual que los fundadores de los partidos preexistentes al peronismo fueran masones o miembros del Club del Progreso, eso me hace muy creíble, por no decir cierta, la información que ellos me dieron, pero que por no poder liberar todavía sus archivos al acceso público, no lo pueden probar. Es que todavía existen masones que no pueden hacerse a la idea de que el mundo de la persecución religiosa ya no existe por lo que bien pueden abandonar por completo sus prácticas ocultistas. No parecen ser capaces de comprender que el poder católico basado en el fanatismo, el ocultamiento, la presión político-espiritual y la hoguera, ha terminado. La Iglesia Católica es una iglesia más, a la defensiva, acorralada por la información y el conocimiento expandidos globalmente y las iglesias herederas de la Reforma.

Me explicaron los masones, dicho en mis palabras, que los partidos políticos formaban parte, como era obvia, de la estructura del país republicano, pluralista y democrático que después de la caída de Rosas se propusieron fundar y fundaron, al margen de la ideología y la significación de esos valores. Aunque estoy convencido que el límite a su pluralismo y republicanismo democrático fue la incorporación de los hispano-criollo-aborígenes, los posteriormente llamados “cabecitas negras”. Es que los masones eran portadores de sus propia ideología, formada en la Ilustración, es cierto, pero ideología al fin, y por ende de sus prejuicios inherentes.

Creo que la organización de *superficie* de la masonería fue el Club del Progreso, mientras la organización secreta (discreta, según dicen los masones) era la Gran Logia Masónica. En realidad compartían buena parte de sus integrantes, sino todos.



Fotografía del art. 1º de los estatutos del Club del Progreso. Obsérvese la fecha de creación, cuatro meses después de la Batalla de Caseros, ocurrida el 2 de febrero de 1852. El artículo dispone: “EL CLUB DEL PROGRESO es una asociación civil, que tiene por objeto reunir personas respetables, nacionales y extranjeras, para mantener y estrechar sus relaciones, conciliar en lo posible las opiniones políticas por medio de una discusión deliberada y de acuerdo con los principios de solidaridad y pluralismo, mancomunar sus esfuerzos para el progreso moral y material del país, manteniendo un centro de cultura social, artística, científica e intelectual con domicilio legal en la Ciudad de Buenos Aires”.



Nómina de presidentes argentinos que fueron socios activos del Club del Progreso se ve en esta placa de bronce donada por la entonces Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires. Justo José de Urquiza, Bartolomé Mitre, Marcos Paz, Domingo F. Sarmiento, Nicolás Avellaneda, Julio A. Roca, Carlos Pellegrini, Luis Sáenz Peña, Manuel Quintana, José Figueroa Alcorta, Roque Sáenz Peña, Victorino De La Plaza, Hipólito Irigoyen, Marcelo T. De Alvear, José F. Uriburu y Roberto M. Ortiz. Tomé las fotografías con la cámara de mi teléfono celular en el hall de entrada de la institución, una vez que fui a comer al restaurant del Club, oportunidad en que lo conocí. La historia está a la vuelta de la esquina.

San Martín, representante de la lucha entre monarquía feudal y un imposible liberalismo burgués (no había industria, y por ende burgueses) que atravesó todo el Imperio Español, era masón. Obviamente, pese a la historia oficial, de patriota *específicamente* argentino debía tener muy poco. Está claro que para él, la independencia de la actual Argentina debía ser sólo un capítulo de un conflicto infinitamente *más grande* que incluía la aparición de un nuevo imperio y un orden global correlativo. Ese escenario era el dado por el Renacimiento, las revoluciones burguesas anti-absolutistas, la Ilustración y la irrupción de los nuevos imperios nacidos al calor de esas revoluciones. Y no digo que San Martín y otro masones fueran agentes anglo-franceses ocultos, sino que seguramente se aliaron o sumaron a todo lo que implicaba luchar contra el subsistente feudalismo, anclado en el ya arcaico Imperio Español, que sin embargo duró hasta el último cuarto del siglo XX.

También lo eran Miranda y la Gran Logia Americana que se desenvolvía entre Europa y América, Bolívar... Belgrano... Sarmiento... también Beethoven y Mozart... Diderot. También lo eran George Washington y Benjamín Franklin, entre muchos otros, de uno y otro lado del Atlántico y del sur al norte de América.

Recientemente y gracias a mi primo Luis Bories, descubrí muy cerca de mi pueblo –en la localidad de Arroyo Corto, a menos de dos leguas<sup>36</sup> de Pigüé por ferrocarril o por el camino real paralelo– los restos de esa lucha entre católicos y masones. En ese pequeño pueblo, que acabo de averiguar en Internet, fue fundado por italianos de Turín, están las ruinas, convenientemente tapiadas –escondidas– de lo que se conoce como el Templo Masón. Como ya dije, seguramente debió ser un centro masón comarcal.

En su interior sobrevive una cátedra con balaustrada y unas columnas de tipo ornamental, pero lo más importante es que sobre la puerta de entrada están el compás y la escuadra, unos instrumentos de pedreros y albañiles, devenidos en símbolo de la razón. Allá por el siglo XVII (seguramente que antes también) se expresaba al *more geométrico* (al modo o método geométrico), pues por esa época se suponía que la geometría de Euclides<sup>37</sup> era pura y elevada expresión de la razón y no lo que sabemos ahora que es: una expresión de la estructura cognitiva del cerebro humano generado en el marco de sus necesidades evolutivas.

En realidad el templo, lo era porque adoraban, a su manera, a la diosa razón<sup>38</sup>, pero lo cierto es que en ese apartado lugar del mundo, a diferencia de lo que ocurrió en Estados Unidos, Europa y en la misma Argentina, los masones perdieron la guerra cultural y política frente a los lasallanos católicos, que han venido educando generación tras generación, cohorte tras cohorte, año tras año, a los jóvenes del partido de Saavedra (Pigüé) y hasta bien entrada la década de 1960 con carácter monopólico.

Más allá de sus innegables logros modernizadores, tanto como que fue uno de los impulsores principales del advenimiento de la Edad Moderna, no es menos cierto que las prácticas ocultas –claramente necesarias frente al impiadoso poder católico e inquisitorial– transformaron a la masonería en una organización no democrática, pues la definición misma de la democracia implica publicidad y crítica en espacios públicos.

Como dije soy un recalcitrante socrático, pues él no sólo llevó la filosofía a las calles de la ciudad, sino que practicó el arte de buscar entre todos la mejor idea sobre los asuntos de la polis, lo que ahora llamaríamos políticas públicas, en el ágora, es decir el espacio público.

---

<sup>36</sup> La legua es –originalmente– una medida hispánica, a la que se le asignaron, dentro del sistema métrico decimal posterior, 5 kilómetros. Todavía me “sale” nombrar las distancias cercanas a mi pueblo en leguas, pues era lo usual en mi niñez. Las distancias que adquirí cuando me fui de Pigüé, en cambio, las mido en kilómetros.

<sup>37</sup> La geometría curva de Lobachevsky, Bolyai y Gauss, por ejemplo, rompe con el sentido común y la razón asociada. Se aprecia su significación en la teoría del espacio en Einstein, para quien el espacio es curvado por la gravedad.

<sup>38</sup> Otra cuestión es saber que significaba para ellos la “razón”. Generalmente no significaba la búsqueda de la realidad mediante la crítica objetiva, es decir desprovista de subjetividades de origen ideológico.

Aunque no es menos cierto, y debe reconocerse, que mediante las prácticas ocultas de la masonería, se instauraron políticas modernas, pero también es cierto que de la misma forma apoyaron regímenes antipopulares y que en definitiva también estuvieron detrás del diseño británico del país. Su pasada influencia nunca deja de sorprender.

Aunque también hay que señalar que la influencia política de su enemigo principal, la Iglesia Católica, también fue oculta y frecuentemente oscura. Quizá la masonería actuó conforme a las prácticas políticas de la época, necesariamente elitistas en la Europa feudal, esa de la sociedad entre la Inquisición y las monarquías absolutas, también debe considerarse que en la etapa de las revoluciones burguesas el pueblo estaba fuera de la política. La Argentina tiene experiencia con la persecución política por lo que es sabido que la supervivencia exige el máximo grado de ocultamiento, como es la clandestinidad, que los masones llaman discreción.

Pero más allá de todo parece claro que la institución, en cuanto oculta y ritualista, ha devenido en anacrónica, especialmente en la *sociedad de la información*.

Quizá ambas instituciones debieran hacer un fuerte mea culpa e integrarse plenamente a la sociedad democrática, que por definición es abierta y criticable. El ocultamiento y la opacidad escamotean la crítica racional y honesta.

La guerra fría llegó al pueblo. Los lasallanos se sumaron decididamente del lado norteamericano, naturalmente, mediante largos y repetidos discursos y clases en los que mezclaban su religiosidad con un furibundo anticomunismo que no entendíamos demasiado bien y que otros, quizá más formados, rechazábamos, por ridículos y, que ahora llamaríamos fundamentalistas.

Decían poco menos que los comunistas se comían a los católicos, olvidando que en Italia muchos comunistas eran católicos, “Dio e Togliatti”<sup>39</sup> era la forma que sintetizaba la superación de la antinomia, mientras Peppone y Don Camilio, expresaban esa convivencia democrática, imposible de trasladar a la Argentina de esa época.

Seguramente muchos chicos de entonces y de otros colegios como ese, motivados por la fe religiosa y su entorno familiar se creyeron que la guerra fría hacía a su futuro espiritual y vital, por lo que se justificaba matar o morir por esa falsa creencia. Para ellos los comunistas eran Satanás y años después actuaron en consecuencia. El rechazo era un acto de fe, una guerra santa. Una guerra que sufrimos pese a que no era nuestra. Por su parte los que creían que la historia estaba de su parte, también se sintieron justificados para matar o morir. En ambos lados la violencia simbólica, que consiste en violentar la realidad, devino en violencia física. Desde esa experiencia de vida me resultó más fácil comprender, años después, que los símbolos son realidad, que “la palabra mata” como creo que sugería Ionesco o que la palabra es un acto que motiva hechos como dicen desde la semiótica. Es que como dicen desde las neurociencias y la comunicología, moviliza los símbolos preinstalados en la memoria por la cultura y la educación.

---

<sup>39</sup> Por Palmiro Togliatti, entonces secretario del Partido Comunista italiano.

Esa relación religiosidad-ideología política-represión-violencia, repetida a lo largo y a lo ancho del país, me explicó buena parte lo que pasó después, en la década de los '70.

## b. La hispanidad feudo-católica o premoderna

Carlos, mi hermano, se fue a estudiar a La Plata luego de un admirable y enorme esfuerzo que le permitió evadir los límites del pueblo y su futuro de tendero, empleado administrativo o bancario –en el mejor de los casos– pues mi familia de artesanos y comerciantes italianos no había accedido a la propiedad agraria. Son tareas honestas y buenas, pero entre mi madre y mi tío Francisco, habían generado en nosotros otras ansias.

En una de sus visitas me habló de una nueva perspectiva que él mismo había descubierto poco tiempo antes y que consistía en considerar a la historia patria, desacartonada, realista y contestataria de la historia oficial. Es decir la de Mitre y la de los manuales de historia que nos hablaban del “santo de la espada”, civilización versus barbarie y de que el “íncito” Belgrano había creado la bandera con los colores del cielo y el sol de la libertad. En esa historia Belgrano no era un esclarecido militante revolucionario, sino un hombre probo y desinteresado (que todo indica que lo era y en grado extremo) que había creado la bandera. Eso era todo Belgrano y si bien era mucho, fue muchísimo más. Fue un militante patriota con una fuerte ética y un no menor compromiso personal, formado en las ideas de las revoluciones liberales europeas. Católico y masón, además.

La misma historiografía que demonizaba a Juan Manuel de Rosas y a los caudillos hispano-criollos del interior por bárbaros. El caso de Rosas patentiza esa antinomia y quizá hasta la torna patética pues está claro que por sus orígenes no era un liberal republicano formado a la francesa o a la norteamericana y mucho menos un integrante del movimiento romántico de la llamada generación del '37, sino un estanciero hispano-criollo tradicional que quizá fue uno de los que sentó las bases para la posterior inclusión de Argentina en la estructura económica del Imperio Británico –el orden estanciero– pese a que lo enfrentó en combate.

No parece casual que este caudillo haya muerto exiliado en la Inglaterra que estimulaba la independencia de Hispanoamérica a través de líderes latinoamericanos, entre ellos el “santo de la espada”, un liberal conservador, que la misma historiografía que puso a esos dos hombres de nuestra historia en escaparates opuestos, uno como demonio, otro como santo.

Rosas demostró que la cultura hispano-feudal era *compatible* con la inclusión de Argentina en el Imperio Británico, en cuanto proveedora de carnes y granos, contrariamente a la idealización usual de su figura por parte de la ideología “criollista” e hispanista. También le generó un fuerte problema de encuadramiento ideológico a los dirigentes liberales que reescribieron la historia argentina después de la batalla de Caseros. La figura de Rosas, al margen de lo que hayan creído sus defensores y antagonistas, estaba más allá de la gran antinomia pues con él ambos polos de la misma estaban a favor de la inclusión de Argentina en el entorno económico global británico. Especialmente a partir de que el Foreign Office se diera cuenta que no era necesario dominarla por las armas –operación harto difícil, sino imposible, según su

propia experiencia— pues los argentinos de la pampa húmeda, unitarios o federales, de la Ilustración o de la hispanidad neo feudal, estaban de acuerdo en venderle sus carnes y cereales a cambio de manufacturas. Creo que las diferencias entre ellos al respecto eran ideológicas y luego hasta quizá de matices y no de esencias, como es el modelo económico del país.

Pero la historia argentina fue una “historia de diseño” creada por positivistas y masones para amalgamar las culturas que portaban los variopintos inmigrantes europeos que masivamente arribaban al Río de la Plata. La historia de nuestra bandera es un buen ejemplo. En el 2004 llegué a Potosí, luego de recorrer puntillosamente la quebrada de Humahuaca desde Catamarca y pasando por Tucumán. En ese viaje revelador, descubrí que la cantidad de próceres bolivianos fundadores que firmaron el Acta de la Independencia eran casi igual (5) a la de los representantes de Buenos Aires (6), pese a ser la capital virreinal. Claro que por ese entonces no eran bolivianos, sino habitantes del Virreinato del Río de la Plata.

Otra constatación fue que la bandera de Argentina no obedeció a la súbita y patriótica inspiración de un protoargentino, sino que se encuentra de alguna manera en la iconografía colonial diseñada para el control social simbólico de las provincias del Alto Perú, el núcleo duro de la riqueza hispánica, hasta la disolución del imperio. El descubrimiento de los orígenes de la bandera en realidad lo hice a fines de los ‘70 o comienzos de los ‘80 cuando encontré de manera enteramente casual una foto de un cuadro de la familia real española, casi todos con una banda igual a la que usan nuestros presidentes de la Nación.



Copia del Acta de la Independencia. Este documento no es copia del acta original pues según se me informó en el Museo de la Casa de Tucumán, se perdió, por lo que debió ser reconstruida. Este documento lo puede obtener cualquier visitante al predio histórico.

Esos datos no puede significar sino que el centro político del entonces virreinato y el del naciente Estado que lo sucedió, estaba repartido entre Buenos Aires y el Alto Perú, básicamente la actual Bolivia. Más concretamente, en la riquísima Potosí

y su cerro de plata el Sumaj Orko y en la ciudad abajeña<sup>40</sup> de Charcas (ahora Sucre), que durante cientos de años sustentó, sobre los cadáveres de enormes<sup>41</sup> cantidades de aborígenes, al Imperio Español.

Éste fue un imperio cultural y económicamente feudal pues no hizo ni su revolución industrial ni su revolución antiabsolutista, como Inglaterra y Holanda, primero, y Francia, después y para nombrar los más conocidos. El experimento del Despotismo Ilustrado que intentó algún desarrollo industrial no perduró, muriendo con Carlos III y el vendaval que generó Napoleón, que redundó en una suerte de restauración conservadora. España carecía de industria y la riqueza de Potosí al final fluía hacia los países industriales de Europa en plena expansión, mientras el imperio feudal español decaía sin pausa, manteniendo una apariencia de poder y riqueza infinitos. Creo que aún esa falsa creencia anida en lo profundo de la cultura española, o al menos en algunas de las nacionalidades que la conforman.

Los hispano castellanos trajeron su cultura feudal, que además de ser una cultura que de manera muy *básica* consideraba que la riqueza consistía en poseer bienes físicos visibles y palpables valiosos (piezas de metales preciosos, principalmente), consideraba al trabajo físico como una tarea propia de siervos y esclavos por lo que era despreciado. *Era de hidalgos hacer la guerra no trabajar o ejercitar una industria. Portaban la ética del guerrero, no la del industrial creativo, del industrial o del artesano.* Esa ética era arcaica y por ende enemiga de la modernidad. Yo la he visto viva en las elites de mi patria, especialmente en la Argentina hispano-criolla.

Con ello no estoy diciendo que los españoles o sus valores fueran mejores o peores que las nuevas potencias capitalistas, eso está prohibido hasta para mí, un historiador improvisado. Simplemente, creo que en esas nuevas potencias globales, las revoluciones burguesas implicaron liberar enormes fuerzas sociales –por eso fueron llamadas revoluciones– pues más allá de los feroces procesos de explotación humana que conllevaron<sup>42</sup> y el no menos feroz individualismo, implicaron sentar las bases para la posterior alianza entre la persona y la sociedad, que quizá recién ahora está comenzando a corporizarse.

La España conquistadora vino con la impronta dominante de los castellanos que entre otras cosas impusieron el idioma y eran probadamente afectos a las feroces degollinas, aunque en definitiva esas prácticas de lucha política y militar no definían el atraso de España, pues otros países y culturas solían practicarlas. El atraso estaba definido por el hecho de que no vivió el Renacimiento, el humanismo y la Reforma con la intensidad que los hicieron otros países europeos, si es que los vivió. En esos país, la modernidad fue instalándose paulatinamente sobre la idea del individuo, los derechos “naturales” del hombre como protección jurídico-política de los burgueses, la racionalidad, el laicismo e incluso la antirreligiosidad, el conocimiento

---

<sup>40</sup> Potosí está a la increíble altura de 4100 metros, mientras Sucre está a 2700, una altura más confortable para los españoles. Ese patrón urbanístico de fundar asentamientos españoles abajeños se ve en otros lugares como en Iruya, Salta.

<sup>41</sup> Entre uno y cuatro millones según las fuentes que conozco, aunque por lo que he leído, tengo la impresión que deben haber sido mucho más que un millón.

<sup>42</sup> A diferencia de otras relaciones históricas de producción, en el capitalismo el patrón no tiene ninguna relación con el trabajador libre fuera del trabajo. Son conocidos el hacinamiento, la explotación infantil y miseria absoluta sin responsabilidad alguna del patrón. Por el contrario el amo esclavista, generalmente debía cuidar si inversión, es decir al esclavo, que era un bien de producción.

científico, la tecnología y en general, la idea generada por los griegos de que el pensamiento y la creatividad de cada persona, podía cambiar al mundo.

España no produjo hombres como Descartes, Bacon, Erasmo, Leonardo, Beethoven, Newton, Kant, Galileo, Mozart, Hume, Locke, Hegel, Montesquieu, Franklin, Rousseau, Copérnico, Bruno, Leibniz y miles más. En España los Borbones intentaron instaurarla desde arriba, durante el conocido como el “despotismo ilustrado”, pero sus efectos, como he mencionado, no perduraron. Perduraron, en cambio, los *santos* y los *guerreros* como arquetipos centrales de la hispanidad castellana. Se ve en la toponimia y en los nombres de calles y ciudades desde el cono sur de Sudamérica hasta el centro sur de América del Norte, incluso en los Estados Unidos en los territorios arrebatados a los mejicanos.

No es de extrañar, entonces, que hasta 1974 (sí, fines del siglo XX), luego de una ferocísima guerra civil, España, fuera gobernada en alianza con la Iglesia Católica (una conjunción ciertamente feudal) por un militar al que llamaban “el caudillo por la gracia de Dios” o “el generalísimo” y que en su mesa de noche guardaba como reliquia religiosa una mano de Santa Teresa. Masones, socialistas, comunistas y marxistas, en general los hijos de la Ilustración, debieron huir de Franco y su restauración medieval, luego de que las fuerzas franquistas, llamadas “nacionales” derrotaran el intento republicano. Claramente, *un enfrentamiento entre la modernidad y la feudalidad, pero con varias centurias de atraso* respecto a los británicos, franceses y nórdicos, regiones de Europa que fueron influenciados intensamente por la cultura de los germanos, pueblos denominados “bárbaros” por los restos del decadente Imperio Romano, pero que sin embargo trajeron las “células madre” de la modernidad. No parece ser casual, que en el seno de esas sociedades hayan ocurrido las revoluciones burguesas, la revolución industrial, la reforma religiosa y se haya desenvuelto la teoría política.

España, que como dije en los años de la conquista de América era producto sustancial de Castilla, en cuanto potencia militar que sometió a las otras nacionalidades, sustentó su imperio en la codicia (como todo imperio), en la doctrina medieval de la formulación mercantilista de la acumulación de metales preciosos, en la acumulación de *señoríos* y *vasallos* y en la inigualable violencia de sus soldados, muchos de ellos inicialmente hidalgos (apócope de hijos de algo, de ahí viene la palabra) de la pequeña nobleza sin tierras, los que, terminada la llamada “reconquista”<sup>43</sup>, quedaron sin guerras y por ende sin nuevas tierras que ganar, ni botín que tomar, por lo que, aparentemente, luego de prestar servicios como los más feroces guerreros de Carlos V, debieron buscar otros horizontes.

Debo decir, como si hiciera falta probarlo, que la explotación de los siervos en la época hispánica se hizo en la región andina utilizando los sistemas jurídicos de explotación humana implementados por el Tahuantisuyo, tal como se autodenominaba el *Imperio de los Incas*. Sobre esa base los españoles constituyeron buena parte del llamado “derecho indiano”. Basta recordar también que la práctica del mitimae de los Incas fue utilizada por los españoles con los indios Quilmes, que pagaron su resistencia viniendo a morir al lejanísimo y ajeno paisaje del Río de la Plata. Para

---

<sup>43</sup> Difícilmente se pueda llamar así a la expulsión de los árabes luego de 800 años de haberse establecido, que además fundaron una civilización avanzada tanto como que recuperaron y tradujeron a los griegos y, por lo que se sabe, tolerante para su tiempo.

los argentinos actuales, Quilmes es una ciudad y una cerveza, *no el nombre de un horrible y triste genocidio*.

Pero más allá de todo lo innegable es que al fin de la llamada “reconquista”, lo que luego se denominó España, nuestra fundadora, era un país guerrero y que sus guerreros estaban formados en la mística de su origen hidalgo y los principios de la religión que le dio identidad y los guió al combate. Aun hoy es dudosa la existencia y el alcance de la nación española pues alberga tensiones nacionales centrípetas bastante intensas. La España integrada a palos aún muestra identidades nacionales muy fuertes, llamadas eufemísticamente “autonomías”.

El hidalgo, debe señalarse, era un hijo decadente de la Edad Media, pues era hijo de un señor que no podía legarle señorío probablemente porque no había más tierras por conquistar en la Península Ibérica. Aunque también debe señalarse que ese guerrero formado en las tradiciones culturales de su origen y la guerra contra el Islam, tenía originalmente una mística de servicio a su dios y a su rey que se fue degradando con el correr de los tiempos.

Ya no es más un soldado que trabajaba honorablemente para su rey. El saqueo y la codicia entran a formar parte del nuevo perfil militar. Basta con ver las crónicas de la conquista de América.

La Iglesia Católica, pese a algunas resistencias por parte de algunos de sus hombres operó como poder moral legitimador. Tal función, *típicamente medieval*, se continuó en Argentina, por lo menos *hasta el autoproclamado proceso de reorganización nacional*, pues, en efecto los movimientos políticos y militares si querían conquistar el poder y mantenerse en él, debían contar con la aquiescencia de las jerarquías de la religión Católica argentina.

Los gobiernos, de distinto signo han buscado, en instancias políticas importantes el apoyo, expreso o tácito de la Iglesia Católica. Aún ahora es así. En el fondo (o no tanto) el poder en Argentina siguió buscando su legitimidad en “la gracia de Dios” hasta el final del siglo XX. Una muestra de nuestro atraso histórico relativo y los vestigios de la feudalidad hispano-castellana presentes en nuestra cultura, incluyendo la cultura política.

Los gobiernos que han ignorado ese dato han merecido el ataque ostensible o sordo de las jerarquías eclesiásticas. El ejemplo quizá más dramático lo dio el peronismo y su caída, que se produce, curiosamente, cuando rompe con las jerarquías, obligado por éstas cuando optan por las oligarquías conservadoras que enfrentaron feroz e impiadosamente la fenomenal transferencia de poder social y político que implicó el gobierno peronista.

La Iglesia Católica operó aquí como en las regiones del mundo donde se expandió, como administradora del azar y el natural temor de los guerreros (la guerra es inherentemente imprevisible, azarosa, y Dios es en casi todas las religiones sinónimo de administrador de lo desconocido o misterioso, es decir el azar), mientras que en otros lugares de Europa, florecía el humanismo<sup>44</sup> y la búsqueda de la ciencia,

---

<sup>44</sup> Hubo sacerdotes que adscribieron al humanismo, pero la Iglesia Romana, especialmente en España, sacó al hombre del centro y puso en su lugar a Cristo, es decir a Jesús ungido como hijo de Dios. Ya no se trataba de desarrollar las potencias humanas del hombre real, sino a un hombre definido mediante un dogma religioso administrado por la Iglesia Romana. Un giro no menor.

que por *definición intenta predecir el comportamiento del mundo*, que por definición es contingente, y por ende evitar el azar. Un dato que diferencia a la feudalidad católica de la modernidad en sus variantes religiosas o ateas, es que el catolicismo confiaba en la sabiduría de un dios-padre creador de todo el universo y por ende el origen de todas las respuestas, siendo los sacerdotes sus “representantes”. En la modernidad, en cambio es el hombre en cuanto individuo el que sale a transformar el mundo, haciéndolo previsible a través de la acción y del conocimiento. Esa perspectiva fue inaugurada por los griegos. El hombre moderno, si religioso, debió también forjar otra religiosidad, una que le permitiera transformar la vida en una humana en una perpetua búsqueda evolutiva sin tutorías míticas administradas por otros seres humanos.

Esta constante política creo que como ninguna otra expresa como más claridad los resabios feudales de nuestra cultura política: la alianza entre la oligarquía terrateniente original con la jerarquía católica legitimadora, es decir poder territorial y el control social mediante el poder simbólico de la Iglesia Católica al servicio del poder terrenal. Quizá el intento más serio y consistente de romper con los resabios feudales fue el de Sarmiento, que quiso imitar el ejemplo norteamericano de repartir tierras a granjeros que la habitaran y no entre terratenientes ausentes, pero hasta donde conozco fue derrotado por el mitrismo. También fue Sarmiento uno de los principales impulsores de la educación libre de religiones.

Fue así que Argentina devino en oligárquica y neo feudal, estructura sustentada por el poder británico al cual le interesaban nuestras carnes y nuestros granos a bajos precios, no el desarrollo humano, el desarrollo político, la ocupación del territorio y la industria. Por el contrario el orden oligárquico resultaba funcional a sus intereses. Eso sufrió un vuelco con la crisis de los años de 1930 y que explotó con el advenimiento del peronismo y su condición sincrética de culturas, ideologías y momentos históricos.

Vuelvo a la conquista española y sus componentes humanos. Creo que el grueso de los soldados y pobladores debieron ser andaluces, que en buena medida eran los árabes vencidos y humillados, privados de su idioma y de su religión. Deben haber sido los andaluces quienes nos dejaron el chambergo paisano, el facón y algo de su forma de hablar, incluso a mí, un descendiente de italianos “criao”<sup>45</sup> en una colonia francesa. Probablemente también dejaron su tristeza y fatalismo de pueblo vencido.

Sobre esa matriz histórica, política, ideológica y cultural se fundó la patria argentina y sembró la semilla de las luchas civiles y políticas. La sustitución de la cultura hispánica y su forma de vida incluyendo la economía, por la de la Ilustración liberal y la importación de manufacturas anglo francesas y la distribución de las rentas de aduana, devino en el primer gran conflicto argentino, que llamaré la *gran antinomia*.

Aprendí que la historia irredenta, el conflicto irresuelto, vuelve. Siempre vuelve. No pocas veces con un mayor grado de violencia y dolor, realimentado por las frustraciones y el tiempo, que suele agigantar y deformar la significación del pasado, al

---

<sup>45</sup> En español, criado, de crianza. Infinidad de palabras se hablan así: poblao, poblado; ladeao, ladeado, etcétera. Es una forma “paisana” de hablar heredada de los andaluces. En Chile el criollismo es más claramente andaluz, como se ve en lo que ellos denominan el “rodeo chileno”.

que con frecuencia se lo evoca como un tiempo feliz o de grandeza, merced a la idealización mítica, propia de la condición humana, al menos en una etapa de su evolución.

El presunto heroísmo y la “hidalguía” (entendida como elitismo caballeresco) de “la raza” comenzó a resonar ya en mis oídos juveniles de la manos de literatos y poetas hispanizantes, que habían construido una imagen de lo hispánico, que, además de falsa e irracional, fortaleció la dureza de la antinomia que atravesaría nuestra historia nacional. El monumento al Cid Campeador (curiosamente hecho por una escultora norteamericana), es una buena muestra de esa construcción simbólica.

Por otro lado creo que la cultura de la violencia nos acompaña desde nuestras etapas fundacionales. Hay que reconocer que la violencia, como lo demuestra nuestra historia política, ha estado siempre presente en nuestra cultura. Y ya no es una cuestión de hispanismo feudal versus liberalismo modernizador, pues ambos bandos utilizaron la degollina, expresión de barbarie, terrorismo y odio. Unos –quizá– cantaban “la refalosa”<sup>46</sup> mientras sus degollados morían resbalando en la sangre propia y ajena, explícitamente y sin pudor; otros la practicaban mientras se autoproclamaban civilizados, mientras sus degollados, invariablemente del bando “bárbaro”, no eran reivindicados por ningún bardo romántico al estilo Echeverría. Sarmiento, es cierto que en el marco de una horrorosa guerra, aconsejaba no ahorrar sangre de gauchos, a la que le atribuía la condición de abono de la tierra.

Vuelvo a mi viaje de descubrimiento a Potosí. Ahí descubrí porqué Buenos Aires y el Río de la Plata comenzaron a interesar a los británicos y su imperio en plena expansión, proceso que como es conocido condicionó de manera notable nuestro desarrollo como país independiente. Se puede tomar como hito de ese giro histórico a las invasiones inglesas que seguramente fueron motivadas, en lo inmediato, porque Buenos Aires se transformó en puerto de embarque de plata y otros minerales preciosos. Es que el estuario del Plata era más seguro, por su lejanía y la amplitud del Atlántico Sur, frente a los ataques piratas, que el Mar Caribe, por el que España embarcaba y transportaba desde los comienzos de la conquista, los metales preciosos de México, Perú y Potosí. Por otro lado creo que para ese entonces la ciudad ya se había consolidado como puerto de ingreso al virreinato –no sólo a la ciudad– de las manufacturas inglesas a través del contrabando o de formas legales.

Respecto a la bandera de mi patria. Descubrí en la Casa de la Moneda de Potosí una pintura de la Virgen del Cerro, cuyo manto es el mismo Cerro Bonito, el cerro de la plata que sustentó al Imperio Español, cuyo nombre aborigen es Sumaj Orko (Cerro Bonito, traducido) y en cuyos costados están los colores celeste y blanco y las representaciones de la luna y el sol, que en quechua es Inti. Me quedó claro que el sol de nuestra bandera (y la de Uruguay) no es una figura producida por un pintor europeo naíf, sino un fruto de nuestro pasado prepatrio, como efectivamente ocurrió, más allá de quien fuera su autor oficial.

---

<sup>46</sup> Desconozco si el relato de Hilario Ascasubi, un notorio antirrosista, era generalizado, pero como práctica bélico-política, el degüello era muy común en la Argentina colonial y poscolonial y las crónicas europeas de su uso por parte de los soldados castellanos de Carlos V, son ciertamente reveladoras, según he leído. En ellas se informa que el grito “¡santiago!” implicaba precisamente que no se tomaban prisioneros y que *todos* serían pasados a cuchillo.



La Virgen del Cerro. Pintura anónima de comienzos del siglo XVIII. Los colores borbónicos. Inti y Quilla, el dios sol y su hermana y esposa, la luna. El poder divino custodiado por ángeles guerreros y el poder terreno, el Papa y el emperador custodian la riqueza de España y el sustento del imperio. El manto de la virgen es el cerro Sumaj Orko, agujereado por los socavones y los trabajos de indios custodiados por españoles (Museo de la Casa de la Moneda de Potosí).

Como se ve, la historia argentina está estrechamente vinculada a la plata de Potosí. Muchísimo más de lo que nos enseñaron y enseñan en escuelas, colegios y universidades. Obviamente no puede ser casual nuestra denominación nacional, es decir que el nuestro sea un país “argentino” ribereño de un río llamado “de la plata”, que pasemos nuestros veranos en Mar del Plata y que la capital de la provincia de Buenos Aires se llame La Plata. No parece casual que la independencia se hubiera declarado en las puertas del Alto Perú –Tucumán–, ni que gran parte de los que la declararon fueran altoperuanos (casi la mitad).

También se puede suponer que las invasiones inglesas estuvieron asociadas a la riqueza de Potosí, pues parece bastante claro que los británicos vinieron por la plata que se embarcaba a España desde Buenos Aires, quedándose muchos invasores aquí como prisioneros bien tratados por la sociedad invadida, siendo ellos y sus anfitriones el puente con el Imperio Británico. Seguramente esa mutación comenzó a transformar a la pequeña aldea olvidada del Imperio Español, en lo que fue la “gran aldea”, cuando los ingleses volvieron, ya con la independencia consolidada, por ganaderías y trigales y con el consentimiento de sus elites. Consentimiento pleno y expreso de los comerciantes contrabandistas y de la oligarquía terrateniente que hasta ese momento producía ganados, carnes saladas y cueros. Debo suponer que al menos las elites de las provincias “interiores” no podían desconocer ese comercio, que incluía productos industriales que no se producían ni en España ni en el Virreinato. Claro que eso también debió destruir las industrias artesanales del Virreinato, como lo atestiguan diversas manifestaciones durante las guerras civiles.

Sin embargo esa estructura de producción e intercambio que se amplió y consolidó durante los siglos XIX y XX naturalizándose, al punto que fue aceptada incluso por los descendientes no conservadores de la Ilustración. Así se fue comenzando a conformar la representación de la economía de la Argentina *neoeuropea*, en la que ni el intercambio desigual con Gran Bretaña, ni la industrialización formaron parte de

la agenda crítica de la política argentina sino hasta casi mediados del siglo XX. La cuestión se centró en ver cómo se repartían los ingresos provenientes de esa desfavorable relación de intercambio. Primero la discusión entre Buenos Aires y el interior, es decir el reparto *territorial*, luego fue alcanzada por las corrientes sociales del pensamiento que llevaron a la agenda política nacional la cuestión de la distribución *social* del producto de esa relación. Pero la generación de recursos mediante la industria no formó parte de la agenda nacional hasta bien avanzado el período peronista.

La plata de Potosí fue sustituida por cereales y carnes como instrumento de cambio por la importación de manufacturas. Así se instauró una matriz considerada como *natural* y aceptada tanto por conservadores como progresistas: *intercambio de materias primas por manufacturas*.

Potosí explica porque tanto Belgrano como San Martín, cada uno a su manera, pensaran en tomar el Alto Perú como núcleo de la conducción de la guerra independentista. Tampoco es casual que la guerra de la independencia, ahora conducida por Bolívar, terminara en el Alto Perú ni que la ciudad abajeña de Potosí, la antigua Charcas, hoy se llame Sucre.

Es que España sin la plata de Potosí no tenía capacidad de conservar América del Sur, aunque creo que tampoco la hubiera tenido aún conservando el Sumaj Orko, pues se trataba de un imperio anacrónico en el contexto europeo y global de las revoluciones burguesas de Gran Bretaña, Francia y la independencia de las colonias anglosajonas de América del Norte, sin olvidar a Holanda. Quizá sin San Martín, Bolívar, O'Higgins y Sucre y la estrategia continental seguramente establecida en el marco de la masonería, sólo hubiera durado un poco más, no mucho.

Es curioso pero he descubierto algunos potosinos, que en pleno siglo XXI poco menos que odian a Manuel Belgrano porque –dicen ellos– se robó 700 mulas cargadas de plata. Olvidan o quizá nunca descubrieron, que se trataba de una guerra en la cual era necesario y lícito privar a los enemigos de recursos. No se qué habrá de verdad en eso de la plata “robada”, pero recuerdo la sorpresa de una guía de la Casa de la Moneda de Potosí y algunos visitantes, mayoritariamente bolivianos, cuando con cierta ofuscación les dije que el militante totalmente entregado a la causa independentista que fue Belgrano, murió en la miseria.

Pese a todos esos antecedentes, los argentinos de Buenos Aires y la Pampa gringa se olvidaron de los bolivianos y de la Confederación Peruano-Boliviana a fines del siglo XIX. Aunque hay que tener presente que la región noroeste de la actual Argentina, y creo que especialmente Salta, tuvo una relación con España muy distinta a la de Buenos Aires. Los argentinos actuales no tienen claro, creo que en general no tienen idea, porqué nos llamamos como nos llamamos y porque es lícito según la constitución, denominarnos Provincias Unidas del Río de la Plata.

Mientras Buenos Aires crecía sobre la base del contrabando, es decir la violación de la legislación del imperio monopolista español, las familias “patricias” salteñas, dueñas de grandes extensiones y mercedes, debían su fortuna al comercio y cría de mulas, imprescindibles para cualquier actividad en las montañas del Alto Perú, en particular la minería potosina, sin olvidar su condición de instrumento estratégico desde la perspectiva militar pues vituallas, parque y artillería sólo se podían mover a lomo de mula.

Ello explica porqué se opusieron a la independencia, al punto que se enfrentaron con Martín Miguel de Güemes siendo aparentemente un factor significativo en su asesinato, pues un miembro de ese “patriciado” criollo-hispánico habría facilitado a los españoles realistas información para encontrarlo y asesinarlo. Esa elite hispanizante, aún existe en Salta, aunque ahora cultiva alubias y seguramente soja y algunos despuntan el vicio criando alguno que otro caballo pasuco o sobrepaso, como creo que llamaríamos en la pampa húmeda al caballo de trote peruano, aunque no estoy seguro.

Aquí vale una digresión. Cierta vez, luego de una conferencia que di sobre radiodifusión en una universidad en la segunda mitad de la década de los ‘90, fui invitado a cenar en el Club 20 de Febrero, que como es conocido nuclea a lo más representativo de la elite salteña. Provocativo, pregunté acerca de quién fue el que entregó a Güemes, pues había escuchado que sin un informante local los españoles no podrían haber atentado contra su vida. Algunos de los comensales, casi todos salteños y miembros del club, intercambiaron miradas de cómplice incomodidad. Nadie contestó de inmediato, estableciéndose un breve e incómodo silencio que me ratificó que mi pregunta había sido imprudente, fuera de lugar, pero muy certera conforme a mis propósitos.

Ante mi insistencia, pues el silencio multiplicó mi interés y me pareció que era el momento justo para la irreverencia, quien me había llevado a dar la conferencia y organizado el encuentro en el club, me respondió en un tono diplomático, que intencionalmente contenía valiosa información: “ese es un tema sensible pues quien participó de esa circunstancia es antepasado de una familia muy importante en la historia salteña y también argentina, algunos de cuyos miembros actuales incluso integran y dirigen este club”. Palabra más palabra menos.

Todos asintieron con su silencio. La tensión se relajó sensiblemente. Seguimos comiendo, mientras de un salón cercano se escuchaba el piano del “Cuchi” Leguizamón, inveterado parroquiano-pianista del club con su infaltable vaso de Whisky y su maravilloso y elegante folclore.

Mientras tanto pensé: “más de ciento setenta años y la historia grande de Argentina está viva en Salta, pero oculta. Como un chisme de elites pueblerinas, como un secreto a voces”. Luego, revisé la lista de autoridades del club y encontré a un Patrón Costas y no pude dejar de pensar que algún otro miembro de ese linaje colaboró con la muerte de uno de nuestros fundadores, con quien, por otro lado estaban emparentados.

En realidad casi todos lo estaban entre el “patriciado” salteño. Aún en la actualidad siempre se repiten los mismos apellidos, infinitamente recombinados. Tal modelo sirve para entender la oligarquía porteña, aunque recombinada y aliada a los británicos. La mezcla de hispanismo con fuerte impronta medieval sirviendo al Imperio Británico y su liberalismo conservador, una de las ideologías que aparecieron. Curiosa mezcla de la medievalidad post hispánica al servicio del nuevo imperio nacido bajo los valores de la modernidad.

El liberalismo oligárquico obviamente no era lo mismo que el liberalismo republicano krausista de los radicales o el liberalismo socialista, tenían sus contradicciones pero las podían resolver dentro de los encuadres del positivismo y la masonería,

que implicaban una misma cultura política básica basada en la Ilustración, que aquí denominaron civilización.

El límite, para todos ellos era, inicialmente, el “maximalismo” y el anarquismo, también europeos y frutos de la Ilustración pero contradictorios con “el derecho natural de propiedad” y el orden burgués-positivista. Luego, el límite para las elites emergentes del período británico, fue el peronismo, que también lo era porque implicaba que el poder pasara a la población mayoritaria, que era el pueblo, básicamente cacecitas negras o “negros”, que en argentina no era tanto una referencia racial, como cultural, aunque los ibéricos fundadores incluía rasgos oscuros, mediterráneos. No era tanto un asunto de la colorística sino de la cultura, división o criterio de discriminación que atraviesa toda la historia argentina y que recién ahora comienza a ceder.

Vuelvo a la relación Buenos Aires-Alto Perú. Más específicamente fue durante el gobierno de Mitre y a través de Rufino de Elizalde, su canciller, que explícitamente manifestó que el Alto Perú no era importante para la Argentina.

Es que la urgencia era vincularse a Europa, más precisamente a Gran Bretaña y Francia. Probablemente ese fue un hito que marcó el perfil estratégico y cultural de Argentina diferenciante del resto de la América hispánica y para su conformación interna, marcada por la división intestina en bandos, formados por perfiles culturales e ideologías que fueron inconciliables.

Esta es época de síntesis, recombinación y encuentro. Espero vivir lo suficiente para ver superado ese crucial problema, aunque tengo mis dudas y no solamente porque soy bastante viejo sino también porque nuestro nivel de beligerancia y nuestra *incapacidad de establecer políticas de Estado*, o sea comunes, son notorias. Pensar juntos y negociar no parece ser un rasgo de nuestra identidad, quizá porque aún no está formada y a veces la intolerancia demuestra inseguridad.

Pero en esa época, conjeturando libremente, creo que comenzamos a suponer que el sol ingenuo de nuestra bandera representaba el amanecer de la libertad y no una divinidad andina. Como decía Julio César, creemos fácilmente lo que queremos que sea cierto.

Vuelvo, desordenadamente, a la revisión de la historia argentina oficial. Quizá mi hermano no lo sepa pero ese libro de Jorge Abelardo Ramos, que leí de a ratos y salteado (en algún momento, posteriormente, lo leí completo) mientras duraban sus visitas a Pigüé, me abrió el mundo pues descubrí no sin preocupación que todo lo que creía saber sobre la historia de mi país podía ser falso, e incluso una mentira armada por el poder político-educacional.

Al punto me preocupó que, juntando moneda sobre moneda, llegué a comprar libros por correo de las editoriales La Siringa y Coyoacán. El Martín Fierro adquirió, en ese contexto, un nuevo sentido: Dejó de ser un libro de aventuras “en verso”, pasando a constituirse en un relato histórico de cómo el nuevo diseño de la Pampa Húmeda, en el contexto del Imperio Británico, expulsó sin ningún miramiento ni respeto, al gaucho, pese a que su danzas y lenguaje de fuerte influencia andaluza, bailábamos y representábamos en la escuela sarmientina, que sin embargo decía respetarlo. Claro, es fácil respetar al vencido y al marginado, siempre y cuando se mantenga en ese lugar. Aunque en justicia debo decir que Sarmiento, ya en los 80,

se preocupó para que todos accedan a la educación, incluyendo el paisano del interior y el gaucho de la Pampa Húmeda.

### c. La búsqueda de la identidad. “Orden y progreso” versus “el ser nacional”

En la escuela, el gaucho y el kolla<sup>47</sup>, en cuanto representantes del paisano y el aborigen respectivamente, de cualquier región del país eran tenidos en cuenta en las manifestaciones escolares de las fiestas patrias. El pericón nacional y el carnavalito. Eran, en las palabras, la esencia de lo vernáculo, pero en la realidad sus expresiones artísticas eran repetidas sin convicción ¿Cómo íbamos a vivenciar esas expresiones los nietos de extranjeros, aquellos que habíamos tenido abuelos europeos? Aquellos nacidos y criados en la pampa gringa, la pampa que recogió al sobrante poblacional de los países europeos.

Muchos de nosotros, a diferencia de nuestros padres, fuimos los primeros argentinos descendientes de inmigrantes con abuelos extranjeros y eso no es poco considerando que los abuelos eran transmisores directos de su propia cultura original. Con más razón en la vejez, época en que por desaparición del presente el pasado vuelve y se vuelca en el nieto, especialmente en los ámbitos donde el abuelo convive, o poco menos, con el nieto. Probablemente mi generación de descendientes europeos tiene más cultura italiana, por ejemplo, que la que tuvieron mis padres y su generación. Es que nosotros ya éramos argentinos, nuestros padres, en cambio, si bien también lo eran, debían asimilarse al entorno, para lo cual debieron diferenciarse de sus propios padres, que a su vez no tenían tanto tiempo libre para dedicarles a ellos.

Aún se ve a los descendientes de la Pampa Húmeda, habitantes de las ciudades europeizadas viajar por el noroeste argentino, viendo a la cultura, el arte y las artesanías de sus compatriotas con ojos de extranjeros. Yo mismo una vez asistí a la fiesta de “Nuestra Señora de Copacabana” de la comunidad boliviana en el barrio de Flores, en Buenos Aires y al poco tiempo me di cuenta que mi interés, mis curiosidades y mi presencia no diferían mucho de la de un verdadero europeo. Esa reveladora experiencia me ayudó a reconocer a mis “otros” compatriotas y a conocerme a mi mismo.

Sobre la necesidad de uniformar al país desde una perspectiva cultural diferente a la liberal-positivista-masónica muchos de nuestros intelectuales imaginaron un “ser nacional” una especie de molde que nos haría a todos iguales. Para ello nos quisieron imponer un criollismo que por el entorno de nuestra crianza neoeuropea, no podía ser sustentable. Es que en realidad los hijos de los emigrantes nacidos y criados en la Pampa Húmeda o en otros lugares, éramos criollos, pero claro la ideología del hispanista “ser nacional” nos despojó de esa denominación, pues pretendió imponernos una cultura que no era la del criollo de raíz hispana, con lo que creo que operó como factor de división más que de integración.

Eso implicó una fuerte contradicción que viví intensamente durante largos períodos de mi vida. Obviamente, el país todo fue atravesado por ella.

---

<sup>47</sup> Los aborígenes pampeanos y patagónicos no integraban el estereotipo. Es que la “guerra contra el malón” había sido reciente y los aborígenes habían sido asesinados u obligados a refugiarse en sus territorios cordilleranos ancestrales.

Los liberales, positivistas y masones, no pensaban tanto en la formación de una cultura nacional coherente como en buscar coherencia social instalando símbolos formales (bronce, bandera, himnos, etc.) y a la ideología del *progreso*, al que imaginaban infinito y lineal, impuesta desde el poder, mediante la represión o el sistema educativo, según hiciera falta.

Ese pensamiento y esa representación de la modernidad, obviamente era sostenida por el poder político y la estructura económica agroimportadora, que no ha cambiado demasiado, porque hasta muchos políticos que se proclaman pertenecientes al “campo popular” tienen una mentalidad “agroimportadora”, en la medida que no son capaces de imaginar claramente una fuente alternativa para sostener el empleo y la promoción de los desfavorecidos por el azar de su nacimiento. Conservadores y populares tienen la misma representación de que la riqueza nacional radica en la producción de *commodities* alimentarias. La cultura y por ende las representaciones del mundo inducida por lo británicos aún sobrevive, incluso en los que militan y piensan desde una perspectiva progresista, nacional y popular, en todas sus variantes.

El problema quizá consista en que la palabra progreso no tiene un significado específico. Debo recordar que Augusto Comte, que fue el filósofo de la revolución industrial, estableció como máxima central la frase “orden y progreso”<sup>48</sup>, pero ni orden ni progreso significan nada concreto y específico pues, por ejemplo, para el liberalismo positivista el orden era el del *Laissez faire et laissez passer, le monde va de lui même*. Es decir una apariencia de orden no *establecido*, sino “natural”, lo que en sí mismo es un orden, aunque implícito u opaco.

Olvidaban que las cosas no ocurren solas *ni el mundo va donde él mismo*, sino que en cualquier sociedad, el poder predominante *hace que las cosas ocurran* y el mundo va en un sentido establecido por una ideología dominante autocumplida, pues está basada en las relaciones sociales reales. Respecto al progreso, implica ir de una situación *peor a una mejor*, aunque es ese mismo poder el que define *qué es mejor y para quién*. Esas palabras eran unos lugares comunes o tópicos, cuyo significado real –la realidad implicada, como me gusta decir– lo ponía el que disponía del poder.

Recuerdo que Comte calificaba de subversiva a la crítica, menospreciándola falazmente al calificarla genéricamente de metafísica. En Argentina esa falacia se aplicó reiteradamente, cuando la pax británica comenzó a fallar y políticos “democráticos”, muchos de ellos adscriptos al liberalismo republicano francés, para decirlo de una manera menos directa, ponían la “mosca en la oreja” a los militares para que hicieran golpes inconstitucionales, para preservar la constitución. Ja ja.

Fue así que frente a la cultura liberal sostenida por el poder se alzó una línea de pensamiento sostenida por intelectuales conocidos como nacionalistas que suponía la existencia de un “ser nacional”, que debía ser reconstruido y afianzado. Su autoritarismo de base medieval es claro: sólo podía haber *un* ser nacional, una fe verdadera y esas cosas...

---

<sup>48</sup> Mientras en la Argentina se manifestaba como “paz y administración”, en Brasil pasó a formar parte de su bandera, cuyo símbolo central contiene la expresión “*ordem e progresso*”.

Tal ser nacional reconocía una proyección hispánica<sup>49</sup>, folclórica y católica, pues el catolicismo era un dato cultural central, al punto que la justificaban como religión del Estado diciendo que la Argentina era un país sociológicamente católico<sup>50</sup>. Algunos de ellos seguramente estaban apoyados en la filosofía romántica alemana irracional del “espíritu del pueblo” (*volkgeist*), que me parece mitad romántica y mitad hegeliana, no lo tengo claro, pues en derecho se utilizaban nociones tan vagas y peligrosas como esas, de origen diverso.

El peligro es que como constituye una frase tópica, al igual que su “frase enemiga” el o los que tengan el poder le asignarán un significado, que puede ser cualquiera. Luego con la llamada doctrina de la seguridad nacional, desde la que se mataba y se hacía desaparecer a los izquierdistas porque atentaban contra el “ser nacional” al que definían como “occidental y cristiano”.

Recuerdo cuando, ya en la universidad, cada vez que alguien (y era frecuente) te espetaba de manera agresiva y ridiculizante un ¡¿y vos qué sos?!, poniendo cara dialoguista y seria y ocultando la sorna, me definía como “chinófilo preconiliar”, expresión que según había experimentado los dejaba perplejos situación que yo a veces aprovechaba para decirle que si tenía una intención verdadera de conocer mi pensamiento se lo podía explicar. A veces era menos amable. Era mi respuesta a una polarización sin sentido y que unos años después condujo a una violencia inimaginable. O pertenecías al “ser nacional” o eras un enemigo “apátrida”. Que lo parió.

Vale decir que los jóvenes de mi generación crecimos “tironeados” por dos ideas antitéticas: progreso e ilustración, por un lado, hispanismo católico-criollo, por el otro. Curiosamente, el folclore musical y bailable era impulsado por ambas líneas ideológicas, aunque con distinto sentido. Para el sistema oficial –sarmientino, laico, positivista y masón–, además de reconocer la base agraria de nuestra economía y por ende nuestra cultura, el folclore constituía un símbolo ideológico para la cohesión social, al más puro sentido de la sociología funcionalista de Parsons.

Para los promotores del “ser nacional”, que es una categoría óptica, es decir originada en una filosofía muy diferente, el folclore y lo hispánico era una “esencia”. Ambos se olvidaban que una persona no es una simbología ni una esencia inmutable, sino un devenir en interacción con el entorno, es decir con otros devenires. Una persona es una complejidad de interrelaciones.

En esa lucha producto de mi origen europeo y una tensión hacia el folclore, sentí que debía encontrar mi identidad. En realidad era el sentimiento de millones de argentinos que *no sabíamos qué éramos*, o cuál era nuestra identidad. Creo que hasta nos llegamos a sentir culpables de algo indefinible, por no sentirnos encuadrados en el “ser nacional”. Esa fue la base de la expansión fenomenal del folclore del noroeste, el “folclore chalchalero”, dicho de modo simplificado.

---

<sup>49</sup> Hasta el mismo Juan Bautista Alberdi, el mismo que construyó la Constitución Argentina, sobre la base de la norteamericana comenzó a pensar así, ya en su vejez.

<sup>50</sup> La Constitución nacional dispone que el Estado nacional sostiene el culto católico, apostólico y romano, que en términos de realidad quiere decir que paga el sueldo de los obispos y otros favores, obviamente discriminatorios y arcaicos.

Mientras ello ocurría rechacé, al igual que muchos, al rock, al rock nacional y los Beatles. Me costó muchos años, hasta mediados de los '70, comprender que la imposición del folclore era una estupidez, por irreal, porque un joven urbano, no convivía con cerros, caballos, ni “coyuyos violineros”, ni paisanos.

Es decir, que su mundo era otro, en la sociedad mediática, y que era genuino y justificado que buscara expresarse a través de formas culturales diferentes. Por otro lado el rock nacional expresó una identidad, la del argentino joven y urbano, de manera creativa, sin excluir la crítica social y política. El rock norteamericano, que luego devino en anglosajón, violento y a veces convulsivo, comenzó a transitar un camino de transformación, hasta ganarse el nombre de “rock nacional”.

Antes de eso y como muchos chicos de esa época me sumé al folclore y con unos amigos formamos un conjunto: “Los troperos del Pi-hue”, se llamaba. Tres guitarras, un bombo y dos dúos vocales. Un nombre medio araucano, una estructura musical simple y efectiva tomada de Los Chalchaleros, unos chicos de origen europeo reciente, una ex colonia francesa y un repertorio del noroeste argentino con su extraordinaria explosión de creatividad poética.

Además de buscar mi identidad, sabía que un coyuyo era un grillo, conocía algunos paisanos, horizontes, montañas y llanos; sabía carnear un cordero, aprontarlo para el asador y asarlo y, además, era un aceptable jinete. Curiosamente a nadie le gustaba el riquísimo, aunque sentencioso y algo depresivo folclore “surero”, que no sólo lo es, creo, por la influencia andaluza, sino porque la llanura es algo triste, especialmente en invierno, aunque bellísima y misteriosa.

“Vieras, hermano,  
que está triste el campo...  
Nublao...  
y en invierno.  
De las patas del caballo  
salen volando cachirlas<sup>51</sup>  
como queriendo juirse<sup>52</sup>  
p'a tierras mejores,  
pero que siempre se quedan  
detrás de un pajonal cualquiera,  
haciéndole la pata' ncha al frío<sup>53</sup>.”

Así comenzaba el recitado de unos aires de milonga que yo mismo había compuesto y que nunca me animé a cantar en público, sólo lo hice con mis amigos más íntimos.

Cantamos varios años, incluso cuando ya en la universidad convergíamos en el pueblo para cantar y festejar la vida. Debimos hacerlo decorosamente pues supimos actuar como “teloneros” de los grupos grandes que pasaban por Pigüé. Después de

<sup>51</sup> Es un pequeño pájaro, de vuelos cortos y pegados al suelo para evitar el viento, que en invierno parecía que se escondían del viento detrás de una mata, a la que sólo abandonaban cuando las patas del caballo estaban amenazadoramente cercanas.

<sup>52</sup> De huir. Irse. Escaparse.

<sup>53</sup> Actitud de resistencia, que implica afirmar los pies para enfrentar al enemigo.

tocar solíamos ir a la peña del Club Arsenal<sup>54</sup>, donde cantábamos y tomábamos vino (muchísimo, pero alegre) y comíamos empanadas, locro o asado. El “ser nacional” gastronómico.

Una de esas noches, mientras cantaba una parte bagualera de la hermosísima “Vidala del nombrador” de Jaime Dávalos, dedicada al cantor y al poeta, que le ponen significado a las cosas, tuve un clic, una perturbación o fluctuación mental, como el lector quiera llamarla. Quizá, una iluminación, utilizando libremente a Rimbaud.

“Yo soy quien pinta las uvas  
Y las vuelve a despintar  
Al palo verde lo seco  
Y al seco lo hago brotar”.

En esos versos –exactamente– me vino una duda, algo me inquietó. Terminé la canción, pero ni el vino ni el resto de la noche fueron iguales a otras noches y otros vinos. ¿Porqué canto esto?, alcancé a pensar, tratando de que no se notara. En días sucesivos agregué preguntas y respuestas. Yo no soy eso. Soy otra cosa. Fue un poco obsesivo, atenzador.

¿Qué soy? ¿Soy menos argentino que Guevara, un criollo domador que pasó por mi pueblo? ¿Qué un kolla? La duda duró un tiempo pero luego fue tapada por otras ansias y otras búsquedas, aunque no desapareció. Al punto que, luego de años de introspección, llegué a la conclusión de que esa búsqueda condicionó el desarrollo íntimo de mi personalidad hasta en la búsqueda de pareja. Fue así que vivencí en la intimidad los problemas de la interculturalidad, que pensaba que sólo afectaban el plano político-sociológico. Encontré la respuesta unos treinta años después.

En algún momento de los ‘90 me invitaron a dar una conferencia en el Hotel Alvear (vaya lugar) para empresarios, naturalmente. No recuerdo como se llamaba la institución, aunque sí que tenía un nombre en inglés, para hablar sobre producción radial y televisiva y por ende de las industrias culturales. Preparé mi conferencia desarrollando una tesis bastante sencilla y que aún no ha sido asumida y eficazmente por poder político alguno, aunque en los últimos años se ha avanzado bastante.

Argentina tiene una riquísima cultura, es América y es Europa, como ningún otro país hispano parlante. Su historia la hizo así, no es un mérito ni un demérito, pero no es menos cierto que Argentina es quizá la *máxima expresión de la diversidad cultural de la Iberoamérica* pues estamos conectados intensamente con ambos continentes, particularmente con España e Italia. Somos Iberoamérica pero también, como le escuche decir a mi entrañable amigo brasileño el profesor Dino Magnoni, medio en broma y medio serio y que además adora Buenos Aires y a la Argentina, somos unos italianos que hablamos español, vestimos a la inglesa y pensamos a la francesa. Esto último lo hacemos ahora con un claro relativismo “posmoderno” a la francesa, tan provocativo como irracional y hasta peligroso, agrego.

---

<sup>54</sup> No era casual porque su origen era de la unidad militar llamada “Arsenal Ángel Monasterio” y es sabido que el ejército tiene presencia en todo el país y que sus cuadros bajos tienen un origen hispano-criollo muy marcado.

Y la diversidad en el campo de la producción de la industria cultural es una *ventaja comparativa*, así como lo es la tierra llana, el clima templado y las lluvias adecuadas en el campo de la producción agrícola y ganadera. Sobre esa base deberá producir cultura para integrar al país desde la diversidad y además exportarla.

Eso implica aceptar el pluriculturalismo. Preliminarmente.

En la citada conferencia sus asistentes mandos gerenciales altos y medios de la radiodifusión, las telecomunicaciones, además de productores de programas y de publicitarios. En la ocasión sugerí que la industria cultural debía ser desenvuelta como un promisorio campo de inversión. No creo que me hayan dado mucha importancia los CEOs y gerentes, que estaban ocupados en los entonces novedosos *power point*, en ver y ser vistos y en comprar y en vender cosas concretas. Pragmatismo.

Una vez, viajando en colectivo por la Ciudad de Buenos Aires, leí en una pared una frase pintada “La patria es el destino compartido. Perón”. Revisé bibliografía y discursos, también pregunte y sí, Perón dijo eso. Pero, ¿qué quería decir? Podía querer decir varias cosas, entre ello una expresión de romanticismo irracional, pero aplicando, sin saberlo entonces, el principio metódico de “la navaja de Occam”, busqué la explicación más sencilla.

Más allá de qué tipo de cultura hayamos “mamado”, los que habitamos un mismo país, estaremos influenciados por las cosas –buenas o malas– que le ocurrirán. Eso es un dato central, aún que un mismo suceso favorezca a unos y perjudique a otros *no necesariamente debe ser un juego de suma cero*, recurriendo a la teoría de los juegos.

Después descubrí que se trata de la holicidad, del todo y la parte. No hay sociedad sin personas ni personas sin sociedad, pues las sociedades se enriquecen y viven del aporte creativo y la vitalidad de las personas pues la conjunción y recombinación de sus mentes individuales forman el acervo cultural social, mientras que las personas son tales, en tanto estén en interacción con otras personas, especialmente en los momentos o ventanas<sup>55</sup> esenciales del desarrollo evolutivo. Su condición personal será fruto de las interacciones, buenas o malas, enriquecedora o empobrecedoras, civilizadas o brutales.

En otras palabras la separación o incluso la antinomia entre individuo y sociedad es pura y anacrónica ideología. No tiene un gramo de verdad.

La conclusión. No importa cómo seas ni donde vivas, ni cómo hayan sido tus ancestros, estamos todos vinculados, nadie es mejor, somos distintos y diversos, pero nuestro futuro debe ser solidario, ese pasó a ser el propósito de mi “militancia”, que ya había dejado de ser política, para canalizarse hacia lo social y luego a lo académico.

En otra ocasión, a fines de los ‘90, fui invitado a dar una conferencia sobre derecho a la información o algo así, por la Cámara de Diputados de la Provincia de

---

<sup>55</sup> Los individuos hijos de padres sicóticos que los criaron en aislamiento tienen una fuerte disminución cognitiva y se sabe que muestran muy serias dificultades para desenvolver personalidad. Hay mucha y muy seria biografía neurocientífica, especialmente claro es el caso de Genie. También películas como la extraordinaria “El extraño caso de Kaspar Hauser” de Werner Herzog.

Buenos Aires. Mientras los conferenciantes esperábamos en una habitación contigua, antes de comenzar, alguien introdujo la cuestión de la cultura, el folclore y –¡todavía!– la cuestión del “ser nacional”.

Recordé al abuelo Giuseppe Notararigo y la primera canción folclórica que aprendí “*Lo latso e podreto marenaro nesse paso*” pedí permiso para cantarla y luego pregunté a los presentes, ¿soy menos argentino que uno de ancestros criollos o aborígenes sólo por haber aprendido folclore italiano antes que el argentino? Silencio y perceptible sentimiento de culpa en el imprudente que sacó el tema, que hasta dónde me acuerdo no se planteó en el panel.

Esa ocasión me permitió concluir que la identidad nacional argentina es el multiculturalismo y que si la Argentina se desarrolla en la diversidad no sólo será más democrática, sino que también alguna vez seguramente desenvolverá una cultura más homogénea, pero aquí y ahora lo importante es saber que compartimos el futuro. También será más rica y creativa, pues la creatividad surge de la diversidad y la recombinación, como ya dije. Creo que eso está ocurriendo, aceleradamente.

Fui formando mi identidad musical, como parte de la identidad cultural, de la misma forma que Argentina fue formando la suya, superponiendo, recombinando, folclore del interior, tango, folclores extranjeros, música académica, rock, rock nacional... Me gustarán más o menos, pero ninguno, en sus formas puras o recombinantes, me es ajeno. Lo mismo pasa con la lengua y con las comidas, para citar otros ejemplos.

Lo importante no es que conservemos inalterables el idioma, la música, las costumbres, las comidas. Además, eso es imposible pues la flecha del tiempo es indetenible. Todo cambia, las mutaciones se acumulan. El universo, en cualquier dimensión, de ese modo se hace más complejo. Lo importante es saber quienes somos y desde allí *identificar nuestros intereses y planear nuestra evolución* como nación.

En el plano de mi identidad personal, fue merced a esas vivencias que encontré la respuesta a la pregunta que se me planteó mientras cantaba la Vidala del Nombrador, en la Peña Folclórica del Club Arsenal de Pigüé. Pero lo importante es que descubrí que no tengo culpa alguna por ser nieto de sicilianos y de haber nacido en un pueblo fundado por franceses sólo dos generaciones antes y que soy tan argentino como Guevara –el jinete– Loncopan o Vilca. Ni más, ni menos.

Al fin y al cabo los italianos formaron la cultura nacional argentina, especialmente en la Argentina predominante, es decir Buenos Aires y la Pampa Húmeda, con rasgos muy marcados, casi más notorios que los españoles. Claro que también trajeron el código del silencio de la “omertá” de la mafia, la que califica a quien hace público o denuncia –al que “canta”– una violación a la moral o a la ley como “canarino” (canario), mientras nosotros lo llamamos “buchón” en referencia al palomo.

Cuando pienso en la conjunción de cultura hispánica traída por los conquistadores<sup>56</sup> e italiana que caracteriza gran parte de la cultura argentina no puedo dejar de pensar en Erasmo<sup>57</sup>, quien a comienzos del siglo XVI dijo:

---

<sup>56</sup> No hablo de los gallegos, hablo de nuestros entrañables “gayegos”.

“En el pasaje donde paso revista a las formas del amor propio que son peculiares a cada país, atribuyo *la gloria militar a los españoles*, la cultura y *la elocuencia a los italianos...*, etc.; es decir, todo lo que cada uno puede reconocer en sí mismo sin desagrado o lo que realmente puede oír con una sonrisa”.

Ambos componentes culturales venían de la Europa a la que no había llegado ni la Ilustración ni el desarrollo socio-económico burgués, que visto en perspectiva fue un gran salto evolutivo en la historia humana. Aunque Italia, más precisamente el norte italiano, fue la cuna del Renacimiento, basado en la repotenciación del mundo griego, ese que los romanos olvidaron y distorsionaron luego de conquistarlo y destruirlo, de la misma forma, quizá, que el papado distorsionó y persiguió la creatividad científica y artística del Renacimiento, representada quizá como nadie por Leonardo. No parece casual que el genio se refugiara bajo el humanismo renacentista de Francisco I de Francia.

Por ese tiempo los castellanos y sus aliados estaban terminando de construir un nuevo espacio nacional al terminar de expulsar a los árabes y acabar, a veces a sangre y fuego, con su cultura. Luego con la que creo es mal llamada Reconquista, la Iglesia Católica que fue bandera de identidad en la lucha contra los árabes, ocupó en la Península Ibérica los espacios, que en otras regiones de Europa estaba comenzando a perder de la mano de la Reforma y otras nuevas formas de pensamiento. Como señalé, las principales armas de la contraofensiva del papado frente al Renacimiento y otras manifestaciones que anunciaban la modernidad, fueron la creación de los jesuitas, del Index y de la Inquisición. Fueron los instrumentos “modernos” para detener el tiempo y simultáneamente consolidar su poder sobre los reinos católicos, pues estos tres instrumentos eran *transnacionales*.

El mejor ejemplo fueron los jesuitas, que en América instauraron un poder supranacional al punto que mereció que la España de Carlos III y el Portugal del Marqués de Pombal se aliaran para expulsarlos. Claro que ambos era parte del “despotismo ilustrado” que como se sabe fue un impulso modernizador frustrado en dos países feudales, aunque sus efectos quizá hayan sido más perdurables en Portugal que en el Reino de España. Es que ese despotismo de la Ilustración, creo, intentó imponer verticalmente una modernización que en los otros países era impulsada por las fuerzas sociales emergentes, inmaduras y quizá inexistentes en la península Ibérica. Pedro El Grande, con mucha más continuidad y éxito, inició esa tarea modernizadora en Rusia, que completaron los Bolcheviques, dos siglos después, siempre imponiéndola de arriba hacia abajo, es decir despóticamente.

El sentido hispánico de la heroicidad, la gesta y la gloria se nota en la política argentina hasta en su versión más minúscula, incluyendo la sórdida, a la que suelen presentar como una gesta gloriosa. Adornada con muchas palabras dichas en voz alta, quizá a la italiana. Como todo es una gesta heroica, nuestros políticos se sienten autorizados a cometer trampas incluyendo el fraude y la violencia simbólica y física y otras formas de escamotear la realidad y las intenciones. Es que al “héroe” y a la “causa heroica” se le pueden permitir algunas imperfecciones.

En ese entorno los políticos serios, los estadistas, los no dados a los floripondios retóricos, no impresionan a los ciudadanos y hasta suelen ser considerados

---

<sup>57</sup> Se encuentra en la carta de Erasmo a Martín Dorp, publicada en el *Elogio de la locura*, al menos en la edición de Alianza Editorial.

ideológicamente sospechosos. Prácticamente han desaparecido, siendo sustituidos por “constructores” de imagen y cuantificadores de la opinión pública circunstancial.

Si tuviera que agregar algo, sería la capacidad de intriga conspirativa de los florentinos, también italianos, que pareciera estar presente en la política argentina. Claro que la intriga ocurría en la Florencia del siglo XVI y en una Italia fragmentada.

Los estudiantes, especialmente los de derecho, la aprendíamos en la política estudiantil y muchos de ellos, ya de adultos (en el sentido etario y biológico), nos han gobernado.

Aunque hay algo que ha unido a las dos culturas predominantes, italiana e ibérica, y eso es la desconfianza o la prescindencia del Estado, aunque aparezcamos como “estatistas”. Quizá porque los españoles, que luego formaron nuestra oligarquía “patricia” eran hijos del contrabando pues España pretendió tapar el sol con el dedo prohibiendo la importación directa de bienes manufacturados extranjeros a pesar de que no los producían, dado que España era una imperio “subdesarrollado”, feudal y por ende sin industrias. Mientras que los italianos del sur recelaban del Estado por otras razones: el Estado en cuanto poseedor de la fuerza estuvo generalmente en manos de extranjeros (griegos, romanos fenicios, bereberes, normandos, franceses, españoles, etc.) o del poder indiscutible, por sacralizado, del Papado. ¿Cómo se puede discutir el poder del representante de Dios en la tierra?

#### **d. No volví a silbar en las noches sin luna**

Entre los años 1960 a 1962 mi entorno cotidiano cambió radicalmente aunque en ese momento no supe interpretarlo. Sólo lo tomé como un hecho de la naturaleza, pues estaba ocupado con el folclore y la identidad, mi visión proto socialista del mundo, mi ateísmo, la poesía y la literatura, la historia revisionista, la supervivencia de mi identidad entre los lasallanos y los ecos lejanos de la lucha “libre o laica”. Además comencé a pensar en mi futuro, luego del bachillerato.

Desde ese entonces adopté el punto de vista laico y sigo pensando que si alguien quiere mandar a sus hijos a una escuela privada, que la pague íntegramente o que la subsidien los que sostengan una idea o religión específicas en materia educativa, o lo que es frecuente, un nivel educativo superior al público. Fue un punto de tensión íntima durante mi posterior militancia desarrollista. Ahora pienso que el Estado debe brindar la mejor educación e ir a buscar a los niños y jóvenes pobres y marginados y contenerlos, enseñándoles la capacidad de elección real en la vida, es decir ser creativamente libres, además de capacitación profesional. En caso contrario la democracia es una ilusión peligrosa. Una broma dolorosa.

Vuelvo a las mutaciones de mi entorno cotidiano. Sólo lo disfruté pues comencé a vislumbrar como era eso del modernismo y el futuro, pero no reflexioné entonces sobre sus causas. Recuerdo que en un anochecer íbamos caminando por la calle España, rumbo a nuestras casas, con mi entrañable amigo y vecino desde muy chiquitos y a su vez director de “Los Troperos del Pi-Hué”, Juan Carlos “el mono” Sánchez, cuya memoria siempre recuerdo con intenso afecto.

De pronto, toda la calle se iluminó con una luz blanca que nos pareció cegadora. Tan intensa, sorpresiva e instantánea fue la impresión luminosa, que creo que la

tengo registrada como un sonido explosivo, en mi imaginación, claro está. Caminamos las avenidas y allí estaban esas portentosas luces blancas, poderosísimas, cada 100 metros. Jugábamos a que, mágicamente, la noche se iluminaba a nuestro paso. Fue una experiencia mágica y gozosa.

Entre el asombro y la alegría habíamos descubierto la “luz a gas de mercurio”, ya nunca más llevaríamos una linterna si volvíamos a casa después de las once de la noche, aunque también se cortaba imprevistamente en cualquier momento, lo que ocurría frecuentemente. Nunca más la luz amarillenta interrumpida en medio de la noche, que es el momento propicio para las luces, como todo el mundo sabe.

Pero lo más importante era que no tendríamos que recurrir al silbido para exorcizar el miedo a la oscuridad. Habíamos dominado la noche, que adquirió una *nueva dimensión en los planos de la imaginación y en el de la sociabilidad*. La sombra tenebrosa del tamarisco paso a ser una rama intensamente verde con tonos sutilmente rosados en la época de floración, agitada por el viento. Podíamos hacer fiestas y quedarnos leyendo hasta tarde.

Pero por esos días ocurrían otras mutaciones. En mi casa debimos cambiar la heladera y el motor de la bomba de agua, pues a diferencia de mis amigos, era un afortunado, en tanto que ellos debían llenar el tanque con una bomba manual. Frecuentemente les ayudaba, en parte por solidaridad y en parte para terminar más rápido e ir a vagar y discurrir. Ahora la corriente eléctrica era alterna. Hay que tener mucho cuidado, decían, pues puede matar de una “patada”.

También cambiaron las bombitas de luz. Es que, según se nos dijo, habían conectado la red eléctrica a una línea de alta tensión que venía, no recuerdo bien, si de Ing. White o de Necochea. Adiós a la vieja usina cooperativa y al grueso ronroneo de su enorme motor, que en el fondo era familiar y cálido, especialmente para los que no vivían demasiado cerca.

Aparecieron calentadores, planchas y estufas eléctricas. Desaparecieron las velas, los Petromax, las planchas a carbón o a bencina y los candiles, aunque por costumbre o prevención, se mantuvieron un tiempo. El agobiante y perpetuo olor a kerosén sólo pasó a ser un soportable olor invernal.

Es que por esa época, no se en qué año exactamente, en Pigüé apareció el gas natural envasado, consistente en unas enormes garrafas llamadas “tubos”, traídos por el comisionista desde Bahía Blanca, que se ponían en una caseta en el patio. Mis padres lo instalaron y fue extraordinario no tener que cargar kerosén en el depósito de la cocina, ni bombearle aire manualmente para que el kerosén gasificado saliera a presión y quemara en las hornallas.

Pero eso no fue todo. Aparecieron unos extraños y pequeños automotores, con nombres no menos extraños al punto que se llamaban “ratones”, no autos, coches o automóviles. Algunos cometían la osadía de contar con sólo tres ruedas. Eran los Messerschmitt, Heinkel, Isetta, De Carlo, Isard y otros que no recuerdo. Todos eran minúsculos. Uno tenía un techo que era una burbuja transparente, otro una puerta delantera. Echaban mucho humo pues eran impulsados por motores de 2 tiempos de motocicletas.

Eran los “ratones alemanes” y otros inventos europeos de posguerra tendiente a poner en marcha su industria devastada. De uno de ellos, creo que el Mes-

serschmitt, se decía que el techo era la carlinga del avión de guerra alemán de esa marca, y debía serlo nomás, porque los ocupantes iban sentados uno tras de otro, como en un avión de caza.

La generación de los enormes y negros autos norteamericanos de la pre y posguerra Ford, Chevrolet, Studebaker, Chrysler, De Soto..., parecía llegar a su fin.

Pero no fue así, pues allá por 1962 o 1963 comenzaron a aparecer unos extraordinarios (para nosotros) autos importados, aunque poco después comenzaron a fabricarse en Argentina. Eran los Falcon y los Chevrolet 400. Al comienzo sólo unos pocos podían comprarlos, pero me mostraron que había autos modernos y que no todos eran Ford modelo T o modelo A, autos modelos '35, '45.

Aunque, por esos años, mi padre pudo comprar un Chevrolet Champion modelo '27, transformado en una camioneta donde llevaba andamios y herramientas. También íbamos a pescar a la laguna de los chilenos o al Puente de Crozes, hogar de crotos desde la primavera al otoño, algunos por filósofos autosegregados del mundo, pero los más por desencanto e incapacidad de integración. Luego compró una flamante moto Puma y posteriormente un Citroën 2 CV, industria nacional, al igual que la moto. Los nuevos autos pronto poblaron las calles, los pocos y extraños ratones alemanes, desaparecieron silenciosamente, pese a ser muy ruidosos.

Pero quizá el fenómeno menos visible, pero más importante, como siempre ocurre, fue la efectiva construcción del tramo de la Ruta 33 que une Pigüé con Tornquist y por ende con Bahía Blanca por asfalto. No sólo nos conectó cotidianamente con una ciudad grande y de fuerte comercio, sino que dejaron de morir innecesariamente personas enfermas o accidentadas por el simple hecho de que la ambulancia no podía llevarlas durante los temporales de lluvia y viento, que solían durar varios días. El agua y el barro los privaba de un nivel mayor de atención y complejidad médica.

En síntesis, nuestra vida cotidiana cambió radicalmente.

Mi hermano, que habiendo superado su radicalismo inicial, estaba convertido en un intenso militante desarrollista de Frondizi y Frigerio, hacía grandes esfuerzos, cuando volvía a casa, casi hasta el enojo, para explicarme que esas mutaciones las había producido el gobierno de desarrollista tanto nacional como provincial.

También recuerdo que la gente no derramó lágrimas por Frondizi. Radicales y socialistas, al menos que yo recuerde, tampoco salieron a defender "las instituciones de la república", como tampoco lo habían hecho con el derrocamiento de Perón. La apatía e incluso la alegría demostrada ante este hecho tan grave se había justificado previamente con dichos tales como "Frondizi maquiavélico", "Frigerio ladrón", "prope-ronista", "vendepatria", "negociados".

Con los años fui aprendiendo que cuando alguien está a favor de algo que él mismo considera inmoral, ilegal o incoherente, *la contradicción se resuelve descalificando al otro*, declarándolo inmoral o ilegal. Sólo así se puede soportar la contradicción de saberse él mismo un inmoral y no hacer nada al respecto.

Por mi parte, además de ser un adolescente en ebullición, estaba muy condicionado por la influencia socialista y seguramente por el accionar masón y algo por mis nuevas lecturas de la llamada "izquierda nacional" y, naturalmente, por mis hor-

monas adolescentes y la fenomenal confusión de ansias e ideas que producen. Pero también recordaba lo de la laica y la libre, cuyos ecos seguían resonándome negativamente, quizá porque tuve la necesidad de estudiar en un arcaico colegio confesional católico.

Otra cosa que aprendí años más tarde es que las ideologías deforman la percepción de la realidad. Con el transcurso del tiempo me convertí en un anti ideología pues me di cuenta que recortan el mundo conforme los intereses de quienes sustentan las respectivas ideologías. Los que gozábamos de la corriente alterna, el asfalto, la luz a gas de mercurio, del gas en tubo y de los autos no lográbamos vincular esa fenomenal mutación en nuestra vida cotidiana con el golpe cívico-militar que depuso al gobierno que las había producido. Muchos años después –unos cuarenta– me dedique encarnizadamente a tratar de entender el mundo a través de la epistemología y tratar de saber cómo es que los seres humanos forman sus representaciones sobre el mundo.

Vuelvo atrás. Varios años más tarde –1965– abracé el desarrollismo<sup>58</sup> y en 1972 tuve la fortuna de ir a trabajar en la “usina” de Frigerio y Frondizi. Un día, en la casa-oficina de este último, unos jóvenes militantes estábamos con él por razones de trabajo.

Por alguna razón surgió el tema de la industria automotriz, que es de recordar que había sido iniciada por Perón y ridiculizada por la propaganda del golpe cívico militar de 1955 y liquidada por el gobierno emergente. Frondizi estaba relajado y rodeado de jóvenes respetuosos –entre los que me contaba– y conectados con el líder mediante un flujo emocional de admiración intensísimo. “Don Arturo” habló y nos dijo lo que a continuación procuraré recordar, luego de casi cuarenta años. Pueden faltar o sobrar algunas palabras, algunas pueden estar cambiadas, pero el sentido y el desarrollo del discurso fueron así, sin dudas:

“Una vez los mandé a llamar a los presidentes de la Ford y la Chevrolet de Argentina (mencionó sus nombres, pero no los recuerdo) y les dije, ustedes tienen que fabricar autos en el país, que como saben, ellos importaban. Me respondieron que era imposible por la economía de escala, dado que el país tiene poca población, por lo que solamente podían ensamblarlos aquí.

Yo les respondí, ¡muy bien, vamos a cerrar la importación y vamos a promover a quienes quieran venir a fabricar autos en el país! Y efectivamente, así lo hicimos y al poco tiempo comenzaron a circular esos autitos europeos de la posguerra. No pasó mucho tiempo sin que los presidentes de Ford y Chevrolet me pidieran una entrevista y esas empresas acordaron que luego de un tiempo de importación y ensamblado, los fabricarían acá. Lo que ocurrió incluso cuando yo ya había sido depuesto ilegítimamente. Aquellos autitos –dijo con una sonrisa mezcla de piedad, picardía y pudor– prestaron un gran servicio al país”.

Ese episodio me explicó lo de los “ratones alemanes” y lo que quizá haya sido una manifestación de la causa de fondo por la que echaron a Frondizi: quiso hacer

---

<sup>58</sup> Aunque en 1975, me retiré críticamente, como seguramente lo explicaré dentro del marco temporal o temático de referencia, según me parezca más conveniente.

un país industrial, al igual que Perón<sup>59</sup>, quién corrió la misma suerte. El resto de los que participaron de su expulsión del poder desde la política partidista y la universitaria creo que integraron un coro de voces en el que los coreutas cantaban sin entender la letra.

### 3. La Plata, el pasaje al mundo exterior. Pluralidad y cambio de época

En mi familia no había dudas que iría a la universidad pese a que por esos tiempos no era fácil hacerlo para una de recursos módicos. Mi hermano fue el primero del linaje siciliano de los Zaffore (a)-Notararigo-Gennuso-Randazzo de Pigüé que accedió a un título de grado, siendo un valor sobreentendido que yo fuera el segundo. De modo que allá por mis diecisiete años comencé a pensar en el asunto de manera natural.

Por ese entonces era un chico de intereses múltiples, al que todo le interesaba y que en todo se metía. Iba al secundario, leía a raudales, tocaba la guitarra, asistía a fiestas, reuniones de lectura y discusión con amigos y con mayores, exploraba la serranía, hacía grandes bicicleteadas por los caminos del partido de Saavedra y algún otro municipio vecino, ayudaba a mi padre, pesca, caza, larguísimas truqueadas... partidas de ajedrez... algo de atletismo. Tenía vitalidad sobrante para ser, además, crítico y contestatario organizador de grandes líos en el colegio, quizá como manifestación de protesta y desajuste con esa realidad. Una adolescencia plena.

Años después en la cátedra Derecho Político de Silvio Frondizi aprendí una frase que sintetizaba esas ansias y que aún ahora sintetiza mi personalidad, *nihil humanum a me alienum puto*, si mal no me acuerdo y que traducido, pese a las apariencias, quiere decir “nada humano me es ajeno”, conforme decían los humanistas y que creo que el joven Marx también utilizaba, habiéndola tomado de Terencio, si no recuerdo mal. Nunca me abandonó.

O sea que el arco de posibilidades de elección era enorme, lo que la hacía muy difícil. Me interesaban la historia, la política e incluso la medicina, que analicé desde la perspectiva del buen samaritano. Me confundía más aún el hecho de que en mi ansiedad, a una carrera no la veía como una profesión y una forma cotidiana de vida, sino como una exploración permanente. Todavía practico esa quizá inmadura perspectiva profesional, pues cuando me aburro cambio de vida y ocupación. Es difícil, hasta doloroso, pero nunca pude evitarlo pues obedece a una compulsión.

Deseché la medicina porque había un médico que hacía del silencio y la lejanía con los pacientes, emocionalmente vulnerables por su condición intrínseca, un instrumento de poder y hasta creo que de goce secreto. Se notaba que disfrutaba de ser objeto reverencial, propio de la relación médico-paciente en los pueblos del interior de esos años. Creo que era un buen médico y una buena persona, pero temí convertirme en él, en un ser autocomplaciente.

---

<sup>59</sup> Carlos Pellegrini, según he podido saber, también fue un industrialista pero formaba parte de la estructura liberal de poder en el marco del Imperio Británico, interesado en que Argentina le compre sus manufacturas en un intercambio económicamente asimétrico, circunstancia que probablemente le impidió concretar esa idea.

No quise ser profesor de historia, ni de literatura, ni de geografía, no me interesaba la ingeniería pues erróneamente la vinculaba a las matemáticas, a la que en esos años no se las enseñaba como un lenguaje sino como un dogma mítico. Ni siquiera consideré la contaduría y la escribanía, que junto con la de tendero se me antojaban profesiones impropias para la condición humana, que según creía ¿entonces? estaba diseñada para llevar una vida poblada de grandes propósitos y creatividad infinita.

La agronomía y la veterinaria no eran opciones para un hijo de albañil, nieto de italianos campesinos de una tierra miserable, además de ajena. En esos años, en un país agroganadero, los estudios no estaban muy diversificados, sino limitado a las “grandes” profesiones liberales imprescindibles para una sociedad intrínsecamente simple. Unos años después, ya estudiante avanzado, con experiencia política y experiencia universitaria comprendí que el desarrollo económico implicaba incremento de la complejidad productiva y social y también la académica.

De modo que por descarte fui pensado en la abogacía, aunque también debo haber sido influenciado por el cine norteamericano –¿Doce hombres en pugna?, quizá–, ignorando por completo que el derecho anglosajón es muy diferente al nuestro, pensé que podía ser un luchador por la justicia. Mi hermano estudiaba derecho y pude ir viendo sus libros. Seguramente no debo haber visto los aburridísimos textos de derecho civil, sino los de derecho político, historia constitucional o sociología del derecho.

La ventaja de ser hermano menor de un muy buen hermano mucho mayor (para aquellas edades, ya no) me permitió avanzar en mi decisión. Por otro lado él ya se había organizado lo que facilitó mucho mi ulterior implantación en La Plata.

Fui descubriendo que un abogado, podía hacer muchas cosas con su título. Los presidentes eran (y siguen siendo) abogados (o militares, aunque por suerte ya no); los políticos, los legisladores, los gerentes, los embajadores, los ministros eran casi todos abogados.

Y eso es peligroso, como comprendí casi 50 años después pues un abogado está entrenado para *persuadir* a su público a favor de lo que ni siquiera él a veces entiende, pues está formado en la más pura retórica aristotélica y la técnica sofística. El asunto es conseguir adhesiones y apoyos sin que implique obligatoriamente *ningún compromiso intelectual ni moral con la verdad*, o sea como lo reconoce el mismo Aristóteles (expresamente) la argumentación está *al servicio del poder*, de *cualquier* tipo de poder y la ideología concomitante.

Así fue que comencé a comprender que mientras los militares en cuanto gobernantes ilegales imponían su subjetividad y su ideología por la violencia física, los gobernantes abogados imponían su arbitrio mediante la *violencia simbólica*, llamada persuasión. Ella consiste en captar la voluntad de cualquier forma, incluso mediante el ocultamiento, la desinformación y la falacia sofística, que no es otra cosa que el *engaño cognitivo*. Adueñarse de la voluntad del otro como dice Gorgias en los Diálogos de Platón.

Por eso, como probablemente lo explicaré más adelante, estoy tratando de enmendar mi error y ahora dedico casi todo mi esfuerzo intelectual y académico a plantear al *derecho como conocimiento*, mediante una teoría que construí haciendo

mi doctorado, en La Plata, y desarrollé en la UNLaM, en el enriquecedor proceso de enseñanza-aprendizaje. Fue el marco teórico de mi tesis doctoral, aunque en esa ocasión no dije que estaba planteando una nueva teoría del derecho para evitar el prejuicio, de modo que defendí dos tesis en una.

Al igual que los médicos, se hacían (y se hacen) llamar “doctores” y a los padres les encantaba (y les encanta) tener un hijo “doctor”, como bien nos lo hizo saber Florencio Sánchez, pues entre otras cosas era un *certificado* de movilidad social y esfuerzo familiar, en un *maravilloso país con educación universitaria pública gratuita y de buen nivel*. Pocos países sostienen esa política.

Cuando volví a la universidad para hacer el doctorado, treinta años después de recibirme de abogado, descubrí porqué los abogados (y los médicos) se hacen llamar doctor, simplemente para persuadir a sus clientes o pacientes –falsamente– de que poseen el más alto grado de conocimiento como forma de ganar un respeto, frecuentemente inmerecido, si se considera su verdadera aptitud profesional y sus reales conocimientos académicos.

En este desafío intelectual, que se transformó en una vorágine de descubrimientos, terminé de comprender *porqué en la Argentina había tantos abogados y tantos militares*. También porqué eran seleccionados-aprobados<sup>60</sup> como presidentes por la estructura del poder agro-importador instaurado por los británicos. Además forma parte de la herencia cultural hispánica, en cuyas universidades americanas se estudiaba intensamente derecho canónico y civil, asignaturas claramente denotativas de la condición feudal del sistema productivo y del sistema político. Muchos de nuestros próceres eran abogados, aunque por sus estudios pudieron acercarse a las nuevas ideas de los constitucionalistas norteamericanos y la Ilustración europeas, que habiendo nacido en Europa se encarnaron en las colonias americanas de los británicos y volvieron a la Francia revolucionaria.

Los abogados ¿éramos? formados en el más crudo iuspositivismo o mejor dicho, como diría Carl Schmitt, en el más puro legalismo, lo que es pura ideología, un “arma envenenada” que se arroja al enemigo político. Recuerdo que en las escaleras que llevaban a la Facultad de Derecho de la UNLP estaba escrita una frase del positivista<sup>61</sup> y masón Joaquín V. González que decía algo así: “La esclavitud a la ley es la única esclavitud a la que yo y todos los argentinos nos sometemos gustosos”. Mientras tanto la estructura académica como tal no sólo justificaba la llamada “doc-

---

<sup>60</sup> Una forma opaca de selección es la aceptación de los candidatos propuestos por alguna parte de la estructura de poder.

<sup>61</sup> Seguramente ampliaré la referencia sobre el positivismo, pues sobre esa base filosófica fue refundado el país después de la batalla de Caseros. El positivismo, en esencia estaba hecho sobre el molde empirista británico. Mientras que el iuspositivismo fue formulado por Kant en su *Introducción a la metafísica del derecho* y ampliado por Hans Kelsen. Es decir son dos líneas distintas de pensamiento, pero ambas reducen, es decir simplifican, el mundo en función ideológica. Ambas resultan en perspectivas funcionalistas, es decir que explica como funcionan las cosas, pero no la realidad implicada en el funcionamiento. Y eso es un error muy grave, especialmente en las ciencias del hombre. Sin embargo el empirismo tiene la ventaja que Hume, quizá su mejor y último expositor, se declaró escéptico, es decir que no podía asegurar la condición de dogma o absoluto de las conclusiones. En cambio, Kant con su conocimiento a priori, es decir independiente de la experiencia y los positivistas con su verificación empírica, que implica que si una teoría es verificada experimentalmente tiene validez universal, conducen al conocimiento a la metafísica, pues ni en uno ni otro caso, la teoría es fácilmente revisable críticamente.

trina de facto”, sino que además habían aceptado o aprobado, la destitución ilegal y la persecución no menos ilegal al peronismo. Ja.

Pese a ello bajo los gobiernos de facto cívico-militares se seguía enseñando derecho constitucional como si nada estuviera ocurriendo –una ficción–, mientras muchos liberales y no tanto, formados en la “esclavitud a la ley”, eran ministros y altos funcionarios de tales gobiernos, sin que se les “moviera un pelo” por su incoherencia pues creían ser unos patriotas defensores de la democracia. Repito: creemos fácilmente lo que queremos que sea cierto.

Es decir que, en general, estábamos formados para respetar la ley, cualesquiera sean su contenido y cualquiera sea el grado de abuso y violencia que haya desplegado el usurpador-detentador. Claro que respetábamos la ley si éramos partidarios del régimen que la impuso, mostrando claramente que nuestra cultura política contenía tanto elementos premodernos, como modernos. Por un lado tolerábamos la subjetividad del poseedor de la fuerza, por el otro clamábamos por el respeto al orden constitucional.

Los militares, por su parte, no fueron programados tanto para defender la soberanía como para preservar el orden británico, aún que ellos se representaban a sí mismos como nacionalistas, lo que se ve claramente si se considera que las principales guarniciones del ejército estaban en las proximidades de la Capital Federal –el centro geográfico del poder–, como una suerte de guardia pretoriana.

Además fueron formados para rendirle culto (formalmente) al valor y al honor, formalmente al menos.

Originalmente formados en la tradición militar española y su culto al valor y a la muerte pasaron por la formación prusiana, que privilegiaba la obediencia ciega sobre el comando y el servicio consciente. Luego, sobre ese molde acrítico, fueron programados ideológicamente en la Escuela de las Américas de los norteamericanos. Allí prendieron también las más eficientes técnicas para asesinar compatriotas, que se atrevieran a traspasar las fronteras ideológicas, que ellos mismos habían establecido, dentro de nuestras propias fronteras geográficas. Lamentablemente muchos miles de jóvenes, entraron en la dinámica de la violencia, que era objetivamente conveniente a la política exterior norteamericana, que se propuso polarizar el mundo en el marco de la guerra fría.

Invariablemente, políticos abogados y militares declaraban que destruían las instituciones para “restaurar” y “reponer” la democracia “mancillada” por el gobierno elegido en elecciones. El último gobierno de facto se propuso “reorganizar” la democracia asesinando de la manera más cruel y cobarde entre unas 10.000 personas, según la CONADEP<sup>62</sup> y 30.000 personas según algunos organismos que aducen que muchos casos no fueron denunciados. Eso de “reorganizar” significó forzar la palabra al extremo, pero así fue y muchos les creyeron.

Los abogados, por su parte, habían construido un monumento jurídico a la hipocresía, llamada “doctrina de facto”, que en pocas palabras justificaba los golpes cívico-militares, al legalizar las decisiones de gobierno tomadas ilegalmente. Fueron

---

<sup>62</sup> Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas. Es un organismo oficial que registró una cantidad aproximada a la mencionada en el texto, según denuncias de particulares.

educados en el legalismo y probablemente para preservar su “salud” moral inventaron ese engendro conceptual. Afortunadamente la reforma constitucional de 1994 (art. 36), ya impide toda triquiñuela jurídico-moral.

Vuelvo a mi carrera de abogado. Recuerdo que a fines de 1970 aparecí sin aviso previo en casa de mis padres en Pigüé con la novedad de que me había recibido. La alegría de mi madre era manifiesta y contagiosa y luego de los momentos de intensísima emoción en la intimidad corrió a compartirla con sus hermanos, todos vecinos. La de mi padre también era intensísima, pero sólo evidente para mí y mi madre, que lo conocíamos.

No me olvidé jamás el tono levemente intencional con que me dijo, luego de la explosión de alegría, “el viernes tengo que llenar una loza, ¿podés venir a ayudarme”?, no dijo “podés ahora en tu nuevo status”, pero en nuestro imperceptible código, fue así como lo dijo. Me recordó quienes éramos y de dónde veníamos. Tampoco lo olvidé.

El viernes por la tarde me invitó, por primera vez, a acompañarlo a jugar al truco en el Club Sarmiento con sus amigos de toda la vida, como todos los sábados por la tarde. Quería mostrar su hijo y su logro, que era el propio. Sus dos hijos eran “profesionales” (universitarios). Quería mostrar que con esfuerzo se puede y que su “hijito”, el frecuente confidente de su disconformidad o su felicidad con el resultado del trabajo del día y que sus amigos ya conocían de sus obras, era un tipo adulto y “doctor”.

Recuerdo que la charla entre mi padre y sus amigos, casi todos del gremio (carpinteros, albañiles, herreros, mosaístas, etc.) y algún eventual chacarero “franchise” versó sobre sus padres, casi todos inmigrantes italianos, cuando no italianos ellos mismos. Agnoluzzi, Sirimarco, Malgeri, Masobrio... se llamaban algunos de sus amigos, aunque también había algún apellido francés, como Oustry o Issaly. El discurso implícito fue la movilidad social, aunque ellos no sabían que ese era el nombre del tema.

Pero corresponde volver al principio. Recuerdo y aún me conmueve recordarlo, la noche en que en un tren con vagones (y asientos) de madera, pintado de marrón me fui a La Plata, previa escala por Plaza Constitución. La tristeza, los interrogantes y la esperanza eran infinitos. Es que albergaba la intuición del adiós definitivo al pueblo y a la niñez.

En esos años no había muchos planos pese a lo cual no tardé mucho más que una semana para entender el trazado básico de la ciudad, aunque tardé varias décadas para terminar de darme cuenta del significado histórico del trazado de la ciudad. Proceso que contaré algunos renglones más abajo.

*Todo en La Plata estaba en su lugar.* Una impresionante y modernísima ciudad. En realidad tenía un diseño racional, porque tenía formas geométricas, pues todavía en esos años, como en el siglo XVI, la geometría era sinónimo de racionalidad. Todo estaba ahí. Una extraordinaria y completísima universidad pública y gratuita, una gran catedral gótica inconclusa, una municipalidad que se me ocurrió digna de la Europa de hace varios siglos, la legislatura neoclásica, la gobernación, el Museo de Ciencias Naturales, las bibliotecas, comenzando por la biblioteca central de la ciu-

dad, el teatro de la provincia (que luego fue destruido por un incendio), el bosque, las plazas cada seis cuadras, las avenidas, tilos y naranjos por todas partes.

Todo había sido hecho en un “solo trazo” a fines del siglo XIX, cuando la provincia de Buenos Aires había perdido su capital, en 1880.

Por esos años yo ya sabía quien era Descartes a quien y sobre quien había leído, supongo que en la Biblioteca Popular Sarmiento de Pigüé. También conocía a Euclides pues a diferencia de la actualidad, en las escuelas secundarias se lo mencionaba cuando se enseñaba lo que ahora llamaríamos la geometría plana y el espacio tridimensional. Gracias a eso, dicho sea al pasar, pude comprender a fines de los 70 que la física relativista y la geometría de la curvatura explicaban mejor al mundo fuera del sentido común. Y gracias a esa cadena de descubrimientos personales, a comienzos de la segunda mitad los 2000, ya dedicado a pleno a la actividad académica, pude emprender la crítica a la filosofía cognitiva del sentido común que desarrollaron desde ángulos muy diversos los empiristas y los kantianos.

Esos conocimientos previos me permitieron discernir que La Plata era una ciudad cartesiana, racional, comprensible y hecha al “more geométrico”, literalmente. Además tenía una dimensión humana pues uno podía encontrarse con amigos y conocidos todos los días, caminando por el centro de la ciudad.

Vuelvo al diseño urbanístico de La Plata, aunque no comenzaré por esta ciudad, sino por la de Washington. A mis 23 años gané una beca en Estados Unidos para jóvenes dirigentes, lo que fue extraordinario para comprender el mundo de esos años (1969) y a la potencia que ordenaba nuestro mundo, por ese entonces. Pero lo que viene a cuento es que durante mi estadía en Washington, a veces, en vez de cumplir una atareada agenda de visitas guiadas a lugares “turísticos” (en realidad ningún lugar es sólo turístico, sino que tiene mucho que decirle a la cultura y a la antropología) junto con mis compañeros becarios, pese a mi malísimo inglés, me largaba a vagar sin plan, al puro descubrimiento casual.

El mall, el obelisco imperial, que marca el centro del imperio por lo que concluí que nuestro obelisco es un remedo sub imperial, ambos seguramente de origen masónico porque a los masones les gustaban los símbolos egipcios como los obeliscos, al punto que instalaron uno en Buenos Aires. Sus calles me llamaron la atención. Un día descubrí que la capital norteamericana, al igual que La Plata, tenía diagonales, siendo la más notoria para mí la Pennsylvania Avenue. Un cubano exilado –un gusano<sup>63</sup>– muy formal y engolado que conocí casualmente, me señaló que el trazado original es un cuadrado en la parte de la ciudad que no es ribereña con el Río Potomac y que el diseñador había sido un francés.

Me parecieron dos sorprendentes y no casuales coincidencias, tanto como que La Plata, la “ciudad de las diagonales”, fue diseñada por Pedro Benoit, hijo de un francés y que también su planta urbana original es un cuadrado. Asocié lo francés en ambas ciudades a Descartes y al modo geométrico y que ni La Plata ni Washington fueran ciudades históricas, esas que se forman a lo largo del tiempo sin plan al-

---

<sup>63</sup> Así llamaban en diversos lugares de aquella Norteamérica contestataria de los movimientos anti Vietnam y hippie, a los cubanos que habían abandonado su patria para refugiarse con sus enemigos sitiadores.

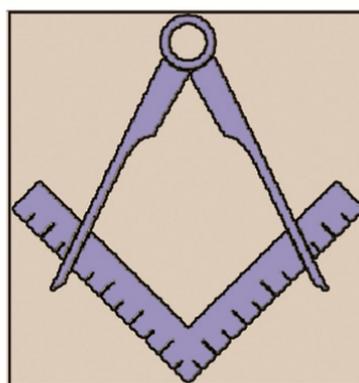
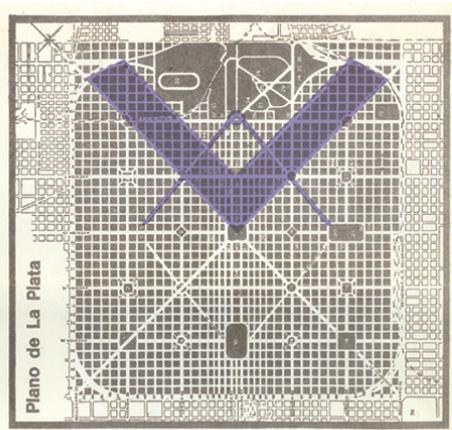
guno, sino producto de la decisión política de crearla. Pero ahí quedó la cuestión. Otros intereses, otras necesidades...

Muchos años después, viviendo ya en Buenos Aires, un dirigente desarrollista, que hace poco me enteré de manera fidedigna que era masón y que como falleció, respetaré su decisión de mantener oculta su pertenencia, dijo en una charla circunstancial que los fundadores de La Plata eran positivistas que el diseño de La Plata contenía la simbología de su origen, aunque no le di importancia. Otros intereses, otras necesidades, otra vez. Ahora me doy cuenta que de alguna manera se refería a los masones, pues una gran parte de ellos eran positivistas.

No hace muchos años –tres o cuatro– en un canal de cable norteamericano de documentales escuché decir que Washington tiene diseños con simbología masónica. Eso me trajo a la memoria consciente lo que acabo de referir, el diálogo con el cubano de voz engolada y me hizo buscar en Internet el trazado de La Plata. No encontré nada. Luego vinieron otras urgencias, literalmente, pues debí ocuparme de consolidar el trabajo que hicieron los médicos que salvaron mi vida en las Pascuas del 2009, además de trabajar, claro está.

En un viaje a Pigüé a fines de agosto del 2011, me encontré con las ruinas de un templo masónico en Arroyo Corto, retomé el asunto. Como pretendo que mi querido pueblo encuentre toda su identidad, es decir su historia, sería bueno que lo restauraran, recurrí por Internet a la Gran Logia Masónica, cuyas autoridades, en una entrevista que me dieron, entre otras valiosísimas cosas, me dijeron que el diseño de La Plata tiene la firma de los masones y que tanto Dardo Rocha como Pedro Benoit también lo eran.

Les muestro mi “descubrimiento”, que no lo es en realidad, pues con seguridad ya está descubierto. Lo muestro no por su novedad, sino en cuanto testimonio de una búsqueda personal.



Símbolo de los Masones

A la izquierda el plano de La Plata. A la derecha el símbolo básico de los masones. Fuentes, respectivamente: [www.google.com.ar/search?hl=es&tbm=isch&q=la+plata+argentina+mapa&revid=1018109086&sa=X&ei](http://www.google.com.ar/search?hl=es&tbm=isch&q=la+plata+argentina+mapa&revid=1018109086&sa=X&ei) y [http://es.wikipedia.org/wiki/Simbolog%C3%ADa\\_francmas%C3%B3nica](http://es.wikipedia.org/wiki/Simbolog%C3%ADa_francmas%C3%B3nica).

Reorienté el plano para poder compararlo mejor con el símbolo masónico, el que, por su parte ha sido despojado de la G central para mayor claridad visual. Además esa letra no siempre aparece.

En el plano se puede observar que las diagonales principales configuran ángulos de 90°, mientras existen avenidas diagonales menores que forman un rombo es decir con ángulos menores a 90°. En efecto las avenidas diagonales 73 y 74 se interceptan en 90°, lo mismo que dos diagonales de menor tamaño, esto es, las avenidas diagonales 79 y 80, que son a su vez paralelas con las anteriores. Ese diseño configura una escuadra. En cambio, las diagonales 77 y 78 se interceptan en un ángulo menor a 90°, lo que es una anomalía pues dentro de la geometría del cuadrado deberían también configurar un ángulo recto. En realidad parece representar al compás. Aletheia, la verdad, también quería decir desocultamiento para los viejos griegos.

Como la masonería parece creer que el secreto aún es necesario<sup>64</sup> para protegerla de la hoguera<sup>65</sup> de la Inquisición católica, frecuentemente asociada a la calvinista y a la anglicana, y ambas también a veces asociadas a las monarquías absolutas, sólo puedo especular fundadamente.

Espero que abra pronto sus archivos, esenciales para la memoria y la identidad nacional argentina, además de ensalzar sus logros, la apertura la introducirá en la democracia, que en esencia implica el no ocultamiento. El poder democrático debe ser explícito. La democracia es conocimiento.

La Plata era todo brillo y magnificencia, al menos para mí, un chico criado en un pequeño y lejano pueblo rural, entre albañiles y verduleros. El diseño racional, los edificios, el aparente rigor académico del profesor de Introducción al Derecho y sus multitudinarias clases magistrales desarrolladas en salones que contenían más personas que los poblados de origen de algunos de los alumnos. Nuevos amigos... un mundo nuevo.

Pero La Plata que en esos años era una ciudad estudiantil, toda vez que contaba con unos 200.000 habitantes, de los cuales unos 40.000 eran estudiantes, casi todos del interior del país y no pocos de Iberoamérica.

Salteños, cuyanos, jujeños, correntinos, misioneros, chaqueños, entrerrianos, pampeanos, cubutenses, neuquinos... La Argentina toda estaba allí. Junto con el Chango Almazán, jujeño, contestatario, inteligentísimo, con fenotipo de mestizo hispano-aborigen y muy querido amigo, estaba algún salteño "patricio", algún Saravia, algún Cornejo... El Tape, liberal conservador y divertido de Entre Ríos. Junto a Carolina, correntina, hija de arroceros, estaba Beti, otra correntina de origen humilde, que vivía en una pensión no menos humilde. Junto a los mendocinos de apellidos italianos, estaban los sanjuaninos, criollos de posible origen andaluz, lo mismo que los riojanos, de ojos y pelo retinto. La Galesa de Madryn, en realidad de ancestros judíos y el Mutón de Trelew, junto a Arturo que en verano era maestro de chicos

---

<sup>64</sup> Se me ha dicho en fuentes muy confiables que sólo una cuarta parte de la estructura de conducción de la masonería argentina sigue sosteniendo la necesidad de mantener el secreto de los archivos.

<sup>65</sup> Procedimiento que evitaba el derramamiento de sangre.

aborígenes en la veranada<sup>66</sup> neuquina y, en invierno, estudiante de derecho. Ahí estaban y eran algunos de mis amigos.

En la cola de comedor universitario nos dábamos cita todos: pitucos, cajetillas, chetos y “patricios”, descendientes de inmigrantes europeos y de algunos, relativamente pocos, criollos de clase media alta y media de todo el país. No había casi descendientes de la amerindia argentina, si en cambio los había de Bolivia y Perú, es que la argentina mestiza no llegaba a la universidad por esos años. Fue una experiencia humana y cultural maravillosa, pese a esa limitación.

Debo decir que ese fenómeno integratorio sólo ocurrió muchos años después de manera masiva e intencional en la Universidad Nacional de La Matanza a la que tengo el orgullo de pertenecer.

La brutalidad del 76, basada en la mentalidad de “Estado de sitio” cerró el comedor, seguramente para evitar la interrelación y la circulación de información entre los estudiantes y porque la educación de los menos pudientes seguramente no era una prioridad para los mentores del golpe y sus militares ejecutores.

La Plata hacía accesible la universidad para mucha gente del interior. Comida casi gratis, alojamientos en casas de provincias y de municipios, pensiones estudiantiles de bajo costo, bibliotecas de acceso libre, alquiler de libros y otras alternativas económicas. Los chicos de interior, en una época en que no conocíamos ciudades importantes por la televisión, emprendíamos juntos la aventura. Hermosísimo país el nuestro. Claro que básicamente era una universidad que acogía básicamente a estudiantes de clase media y cultura neoeuropa.

Fue una experiencia extraordinaria encontrarme con un lugar donde estaba resumida buena parte de la cultura vital del país. En las denominadas “casas de provincia” y “casas de municipios” que eran albergues casi gratuitos o directamente gratuitos para sus respectivos hijos estudiantes incorporé nuevo folclore al bagaje de folclore chalchalero que traía de Pigüé, pero principalmente hice muchos amigos y amigas y tomé mucho vino alegre, una vez que comprendí el funcionamiento del nuevo universo en el que estaba. Las mujeres, por su parte, se hospedaban en “pensionados” católicos, que garantizaban a los padres que sus hijas se iban a “portar bien”, término que en esos años implícitamente significaba ausencia de sexo prematrimonial. Ja. Otros chicos y chicas se hospedaban en departamentos alquilados por sus padres.

Esos eran tiempos confusos y de transición para la moral sexual. Estaban los jóvenes que dejaban en sus pueblos a sus “noviecitas” vírgenes, desdoblado su sexualidad prohibida con prostitutas o otras chicas a las que no consideraban “bien” porque “si se acostó conmigo se puede acostar con cualquiera”, lo cual implicaba una cierta indignidad y una cierta imposibilidad mandataria de amarlas.

Las chicas por su parte venían con el mandato cultural católico –aún que no fueran practicantes del culto– de la virginidad, que con harta frecuencia, como era inevitablemente humano, la perdían. Luego solía venir el sentimiento de pecado y culpa, aunque por suerte me parece que no duraba mucho.

---

<sup>66</sup> Así se llama la migración veraniega de los mapuches-araucanos de Neuquén y Río Negro hacia las alturas donde crecen los mejores pastos para sus majadas, tropas y tropillas. Las escuelas suelen ser móviles pues se traslada todo un grupo comunitario, incluyendo los chicos.

Íbamos con nuestros mandatos morales, mientras los chicos y chicas “liberados” generalmente de izquierda y estudiante de humanidades, estaban más avanzados en la adopción de la nueva moral de la revolución “antimandato” que se daba en Europa y en Estados Unidos.

Más o menos rápidamente, según la personalidad de cada quién fuimos descubriendo la estupidez del mandato y la consecuente libertad. Muchos descubrimos que, además de no ser pecado, era divertido. Claro que eso no fue fácil. Nada fácil.

La estudiantina...ahhh!!!.

En la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales no había cursadas, ni promoción ni obligación de asistir a clase. La educación era libresca, enciclopédica y muy exigente por lo que existía la institución del “compañero de estudio” con el cual uno convivía muchas horas diarias durante uno o más meses (según el porte de cada materia), leyendo y discutiendo la bibliografía consistente en uno o más tratados.

Fue así que entre mate y mate, en los descansos, nos hacíamos amigos (también nacían amores, claro) describíamos nuestros pueblos, sus costumbres, personajes e historias locales, a veces ensalzadas por nuestro amor pueblerino. A lo largo de nuestras carreras nos formamos el mapa oral de la Argentina.

Pero principalmente, discutíamos de todo: de nuestras provincias, de política, de filosofía, de ideología, de religión y de cuanto tema surgiera en una época que, en todo el mundo, comenzaba a mostrarse crítica y altamente ideologizado en el marco de la guerra fría. El estallido argentino de los 70 comenzaba a manifestarse. Quizá haya tenido alguna incidencia el movimiento hippie norteamericano o el mayo francés, pero no demasiado, pues creo que las tensiones estaban a flor de piel en una Argentina despedazada por el odio en la secuencia agonística de civilización-barbarie, peronismo-antiperonismo, confundida con la antinomia EEUU-URSS.

Aunque sí es cierto que mientras en Estados Unidos los hippies se revelaban contra la cultura calvinista y todo el fundamentalismo religioso y belicista, fenómeno que también caló en Gran Bretaña, mientras que en Francia, el “mayo francés” cuestionó muchas cosas entre ellas la cultura del mandato y la amenaza del castigo eterno de la religión católica. La década del 60 fue la década de la rebelión contra el mandato religioso y por ende moral, contra la división artificial entre los seres humanos. La revolución anti mandato, como la llamé más arriba.

La onda expansiva de esas corrientes llegó a la Argentina, pero creo que tomó otro signo. Mientras la pisada de la paloma era un símbolo anti bélico formado en la miseria de la guerra de Vietnam, en la que morían –en serio, no como en las películas de Hollywood– los jóvenes norteamericanos aquí, creo, fue algo más pintoresco y divertido. La marihuana, el amor libre, las baladas Folk y la pisada de la paloma devino un extraño diseño más decorativo que simbólico, al punto que he podido constatar que en general se desconoce su origen y no sólo por parte de los jóvenes de ahora, sino también por los jóvenes de entonces, ahora viejos.

Así fue como amplíé súbitamente mi identidad nacional, así fue como comencé a tener *la intuición clara de la argentinidad como diversidad y pluriculturalismo*. Es que mis amigos me “contaban” sus provincias, incluso amigos de distintos orígenes socio-económicos de la misma provincia. Así fue como creo que construí un mapa etnográfico, cultural, ideológico y político de Argentina.

En esos años vivencíe y luego comprendí en toda su dimensión que la Argentina no era sus libros de historia oficial, ni la provincia de Buenos Aires, ni Buenos Aires. Era otra cosa, aunque no sabía aún qué era. Con los años me di cuenta que tenía una cultura sincrética y es sabido que el sincretismo puede albergar la diferencia *no armonizada*.

También me hice amigo de muchos extranjeros, principalmente peruanos, bolivianos, paraguayos y de algún brasileño escapado del golpe militar. Conocí peruanos de la costa y bolivianos paceños, que preferían hacerse de amigos argentinos antes que frecuentar a sus compatriotas serranos de clara genética y fuertes influencias culturales aborígenes. Estaban Pepe, rubio de ojos claros y el Zambo, de ojos “rubios” y pelo negro, entre otros de color criollo claro, pero “estándar”.

Ahí comencé a aprender a reconocer los efectos del trasplante cultural y la marginación y automarginación que puede implicar. También de las dificultades cognitivas que acarrear tanto una alimentación pobre en proteínas en la primera infancia como la cultura no estimulante, aquella formada entre la necesidad de guardar silencio y mantenerse impávido frente al abuso grosero y la crianza de altura, pastoreando llamas y chivos. Muchísimos años después lo terminé de comprender en la Villa 15 de la Capital Federal, Ciudad Oculta.

Pero lo terminé de entender en la altura cercana a Iruya. Cuando vi a los niños pastores, niños *sin infancia*, sin rostros humanos en los que reflejarse. Sin estímulos y sin espejos a su propia humanidad. Sin gestos, sólo *expectativas vacías*. Acostumbrados a esperar, sin saber qué.

Pero fue en La Plata donde comencé a descubrir los contrastes. La América conquistadora y la América conquistada. Y simultáneamente la Argentina europea versus la Argentina olvidada o mejor, despreciada, pues no se olvida lo que se aprecia. Descubrí el contraste y sus largos resentimientos y odios que el peronismo comenzó a superar, pero que terminaron envolviéndolo y arrojándolo del poder. La espiral del odio. El bombardeo de la Plaza, ¡Viva el cáncer! Un horror, pero eso sí, europeo y civilizado. Civilización y barbarie, pero al revés, pues *creerse civilizados les justificaba el ejercicio de la barbarie*. Creemos fácilmente lo que queremos que sea cierto, vuelvo a recordar lo que decía Julio César. Los bárbaros se creían civilizados. Ja. Ese artificio mental les permitió bombardear una plaza colmada de seres humanos indefensos e inocentes, sin sentir culpa, no sólo a los militares sino también a las fuerzas civiles y políticas que los motivaban, entre ellos dirigentes de partidos políticos civilizados.

Aunque creo que antes del peronismo y un tiempo después, debió haber tres categorías humanas, con perdón de la sociología y los sociólogos. Por un lado, los miembros del agrupamiento de productores de granos y carnes para la estructura global británica y la correspondiente estructura socio-cultural; por el otro, los excluidos por no producir bienes para ese intercambio o por su condición étnica. Sin embargo, ambos sabían quienes eran.

Finalmente, estábamos nosotros los argentinos “recientes”, los miembros de la “tercera” Argentina o sea los hijos y nietos de europeos, que desde niños escuchamos y bailábamos (la tarantela en las fiestas familiares) otros folclores y a los que el italiano, el alemán o el francés nos resultaban idiomas familiares al menos al oído, mientras que el castellano era una adquisición reciente y que en consecuencia no le

guardábamos mucho respeto. Por ende, podíamos estropearlo “a piacere”, sin culpas.

Es así que nunca comprendí qué significaba el 12 de octubre ese *engendro miserable* llamado el día de la raza. Afortunadamente fue cambiado por el Día de la Diversidad Cultural. Hay una sola raza y es la humana, pues los colores y las formas de los rostros y los cuerpos de las personas, son un mero recurso adaptativo, que no impide que un africano tenga hijos con una china y que la hija de ambos tenga un hijo con un esquimal y que el hijo de ambos tenga hijos con la hija de un quechua y que el hijo de todos esos ancestros tenga hijos con mis hijos, mezcla de mediterráneos, españoles y aborígenes andinos. Y que cualquiera de ellos tenga aptitud para transformarse en un físico cuántico o presidente de la Nación.

Y nada impide que el hijo de todos esos hijos gane un premio Nobel, pero principalmente nada impide, si se apartan ideologías y creencias, es decir subjetividades, que mentes de personas en apariencia muy distintas entiendan la realidad, que es única, y la describan de la misma manera. Es decir nada impide que la razón vincule la mente de todos los seres humanos, excepto que se interpongan las ideologías, claro está.

Y recuerdo que según la genética, una especie es tal cuando ya no puede engendrar hijos fértiles con la raza “parecida”, con un fenotipo, o sea apariencia similar. Los españoles confundieron, además, la genética con la etnia en esa palabra tan ominosa y lo siguen haciendo en el diccionario del estado español.

Afortunadamente se suprimió esa conmemoración ridícula y racista, que sólo se mantuvo como premio consuelo a España y sus arcaicos remanentes imperiales premodernos. A veces pienso que ese país es una entelequia. Hay gallegos, leoneses, asturianos, catalanes, andaluces, pero no se quiénes se sienten españoles, pues hasta el gentilicio “español” se originó fuera de España, en la actual Francia, según creo saber.

Lo que si recuerdo, con alegría del “día de la raza”, era que comenzaba “oficialmente” la temporada de barriletes y el cielo se llenaba de colores, lo que justificaba el feriado del 12 de octubre. Es que por esa fecha, con el aumento de la temperatura, comenzaba un período de vientos estables y sostenidos.

No sabíamos muy bien qué éramos por lo que buscábamos nuestra identidad.

En La Plata descubrí las raíces de la gran contradicción entre laicismo y catolicismo, ese que me había enseñado mi tío negro y que enfrentaba a la Argentina positivista, liberal, masónica, con la Argentina institucionalmente católica. “Sociológicamente católica”, como la definían los católicos para justificar sus privilegios. La del solemne te Deum, la del indigno pago del sueldo a los obispos con el impuesto de todos, incluyendo los no creyentes. Ya volveré sobre eso, pero quiero mencionarlo en este punto, que es parte sustancial de mi descubrimiento del país real.

Por eso, antes de continuar debo realizar una aclaración “metodológica”. La Plata en cuanto fue el punto desde el cual se abrió el mundo ante mis ojos, en el cual me lancé a su descubrimiento, incluyendo el de la historia de mi país, será utilizada como un pivote, un punto de partida desde el cual comencé a desenvolver mi vida, que como toda vida contiene múltiples dimensiones, bifurcaciones y perturbaciones. Igual que la historia de mi país, que es mi historia.

### a. El desarrollismo. Adscripción y disenso

La experiencia platense fue abrumadoramente rica. Fue el mundo del descubrimiento y el asombro continuo durante unos dos años. Además, inmediatamente, sin pagar el usual derecho de piso, me transformé en un estudiante efficacísimo pues mientras mis compañeros estaban tratando de entender cómo se estudiaba en la universidad, yo rendía mis primeras materias –“Introducción” y “Romano”– al punto que al terminar mi primer año, en sólo cinco turnos de exámenes, había aprobado cuatro materias. Lo que era una anomalía, tanto como que mis amigos platenses, cuando iba a sus casas, me obligaban a mentir ante la infaltable pregunta maternal formulada al desgaire: “¿Qué materia estás estudiando?”, a la que invariable y obedientemente respondía: “Introducción”.

Incidieron dos cosas sobre ese rendimiento, en primer lugar porque con frecuencia recordaba a mi padre volviendo de la obra, cansado y sucio de cal o cemento y a mi madre, “afilando el lápiz”, por lo que asumí que estudiar era ahora mi trabajo, ya que no podía ayudar a mi viejo en la obra. En segundo lugar, mi inusual y masiva dedicación a la lectura desde muy niño, que de docente, muchos años después, comprendí que es esencial para un buen rendimiento intelectual pues brinda vocabulario y capacidad de comprensión.

Es que tanto la filosofía como la buena ficción brindan *modelos explicativos* de la realidad y de las mismas lecturas y la capacidad de crear, es decir *inventar*, representaciones es la base del conocimiento, tanto de la vida como científico. También entrenan la capacidad mental de relacionar. Es que la creatividad es la capacidad de relacionar y cuanto más modelos e informaciones se encuentren en las memorias de la mente y cuantas más emociones se hayan experimentado y vinculado a esas memorias, más creativa será la mente. Más respuestas a los requerimientos del entorno producirá.

Por otro lado, no había abandonado mi interés por los asuntos políticos y sociales, originadas en mi visión filo socialista y, además, el primer lugar donde fui a vivir con mi hermano fue un comité del entonces MIR, que a poco cambió a MID (Movimiento de Integración y Desarrollo), su actual nombre. Era básicamente un comité radical, partido por el que no había desarrollado simpatía alguna pues me molestaba su inconsistencia y su palabrerío pseudo democrático, pues su republicanismo venía siendo una declaración hueca. Sólo respeté –mucho después– a Raúl Alfonsín que fue capaz de abandonar la ética del principismo y la idealización vacía de la democracia para adoptar la ética de la responsabilidad, como diría Weber, pues como presidente supo salvar vidas y a las instituciones democráticas, en esa ya lejana Semana Santa, que gracias a él no devino, probablemente, en una nueva “semana trágica”.

Además era un comité seccional, de “punteros” que acopiaban fichas de afiliación como se acopia dinero. En realidad ambos son *valores nominales de poder* en la vieja política caudillística. Eso era incomprensible para un adolescente pueblerino, cartesiano, algo socialista y criado en el universo que describí más arriba. Además me sentía un extraño en mi propia casa, un departamento “chorizo” muy venido a menos.

De modo que no sólo no prioricé la toma de posición o adscripción política, sino que además resistí la presión del entorno, incluyendo en él a mi hermano y sus amigos, especialmente Paulino Pena, a quién llegue a admirar como militante y a querer como un gran amigo, amistad que terminó tempranamente con su muerte, pues su fervor militante le hizo explotar el corazón a los 38 años, allá por el 74. Quizá el desarrollismo habría tenido una evolución diferente si no hubiera muerto de manera prematura.

Pero en 1965 asumí un compromiso político y militante con el MID. Por un lado porque ya estaba asimilándome a La Plata y por el otro porque “levanté la cabeza” de los libros y me puse a mirar alrededor y comencé a preguntarme, si me interesaba realmente la abogacía como foco vital. Este proceso ocurrió más o menos de la manera que relato seguidamente.

Recuerdo que una amiga de Tandil me recordó un cuento que había escuchado en versión algo diferente en mi pueblo, no recuerdo en boca de quien. Se trataba de un minero, quién cavó intensa y profundamente durante largo tiempo y cuando levantó la cabeza, el cielo y el horizonte habían desaparecido. Sólo quedaba, sobre su cabeza, un pequeñísimo y lejano agujero celeste en el medio de la oscuridad. Temí transformarme en eso y lo que es peor en un abogado focalizado en el mundo formal del derecho.

Esa cuestión fue una espina intelectual que en realidad sólo comencé a quitarme 30 años después de recibirme de abogado, cuando volví a la UNLP en el año 2000, para hacer un doctorado, lo que me llevó nuevamente a una vorágine de descubrimiento intelectual que aún me dura y que seguramente en algún momento referiré. Siempre me preguntaba más o menos lo mismo: ¿Si el derecho regula la vida humana, qué tienen que ver con la vida humana el formalismo, el doble discurso y el legalismo que nos enseñan? La vida es realidad, no formalidad, no doble moral, no palabrerío.

El tema de mi vocación por el derecho se transformó en problema que estalló de manera concreta mientras estudiaba derechos reales, es decir la regulación de la propiedad. En particular, me resultaba emocionalmente imposible incorporar unos saberes tan arcaicos e individualistas, curiosamente, enseñado por una mentalidad medieval. Rendí la materia tres veces.

Fui a mi pueblo, le conté de mi angustia a mis padres, a quienes les importaba tanto un título universitario. Me mostraron, pese a eso, una extraordinaria comprensión, sintetizada por mi viejo que me dijo algo así: “hijo, la profesión te acompañará durante la vida, pensalo bien y si tenés que cambiar de carrera, cambiá”.

Fue una liberación que me permitió pensar sin angustias. Luego de un balance descubrí que no tenía otra preferencia vocacional, que lo mío era la frase de Terencio adoptada por Marx, “*nihil humanum a me alienum puto*” y que el título de abogado podía ser el comienzo de muchas búsquedas y muchos encuentros y que fue lo que he venido haciendo desde entonces. De modo que pude dimensionar bien la cuestión y así descubrí que derechos reales y el obsesivo y medieval titular de cátedra, eran un accidente insignificante. Aprobé la materia y algunos años más tarde me recibí de abogado.

En el camino profesional, entre muchas otras cosas, me encontré, además de la política, con el complejísimo mundo de la radiodifusión y desde ahí el de la información masiva en general, con el de las telecomunicaciones y la tecnología; más tarde con el de la epistemología y la investigación científica. He venido avanzando progresivamente en la comprensión abstracta del mundo humano, que es el de la complejidad. Todo ello desde el derecho.

Ya con la tranquilidad espiritual que me dieron mis padres, me abrí a la posibilidad de militar en política, habiendo adoptado las ideas del desarrollismo. Había leído bastante material desarrollista, tanto en la versión “frondo-frigerista” como en la de Prebisch y la CEPAL. Por otro lado el grupo de militantes platenses al que pertenecían Paulino Pena y mi hermano era muy formado y consistente, al punto que leían y se autocriticaban sistemáticamente y sin complacencias, además tenían una entrega completa a la militancia.

Las discusiones y las críticas feroces, pero honestas y amistosas no me eran nuevas para mí, formado en las de la sastrería de Dómina y sus feroces discusiones, claro que ahora con un altísimo nivel teórico. El grupo practicaba lecturas sistemáticas de textos marxistas y de cuanto se editaba en castellano sobre el desarrollo económico, social y político y sus interrelaciones. Me sumé a él no sin ciertas reticencias, que años después me di cuenta que se originaban en el fuerte dogmatismo, que a mi juicio mostraba el grupo.

Recuerdo que me llevaron a una entrevista colectiva de los militantes platenses con Arturo Frondizi, recientemente liberado de la detención a lo que lo había sometido el golpe cívico-militar que lo depuso. Era evidente, aunque no declarado, el propósito de ellos de incorporarme a la militancia, que pese a todo no asumí hasta el año siguiente.

Fue una vivencia humana extraordinaria, no sólo porque Frondizi tenía una personalidad fascinante, mucho más para un chico de Pigüé, pero también porque me consideraba en presencia de la “historia”.

Aunque debo decir que conocer a un ex presidente protagonista de tantos hechos históricos, también me produjo algo de desazón al permitirme vivenciar que los personajes históricos eran seres humanos, criticables e imperfectos, más allá del rol o la pose que su celebridad los obligara a llevar. Esa experiencia incrementó mi irreverencia ante las celebridades y el correlativo incremento de mi capacidad crítica, pero principalmente mi madurez. Más tarde, cuando conocí los flancos débiles del desarrollismo “central” la conclusión que saqué fue que no había que admirar acriticamente ni a las personas admirables. La admiración reverencial inmoviliza.

Más allá de las presiones del entorno desarrollista en el que vivía cotidianamente, lo cierto que ese desarrollismo con sus dos postulados esenciales – Integración social, política, geográfica y económica, por un lado, y desarrollo económico integral, por el otro– era intelectualmente muy atractivo.

Es que pese a mi juventud ya había visto la violencia militar contra el gobierno de Perón y la fractura social, allá en mi infancia pigüense. Recordaba a mi tío negro y su revolver; al gringo Spinozzi, su tristeza y su bicicleta; el sobrevuelo de aviones y los cañones antiaéreos.

Mis experiencias recién adquiridas en La Plata habían agregado otras antinomias al rosario de odios y estupideces con efecto violento y suicida para la sociedad. Entre civilización y barbarie, entre interior y Buenos Aires, entre europeos y criollos, entre peronismo y antiperonismo –quizá la síntesis de todas las anteriores– y la agregada por la guerra fría, aunque no disociada de la historia del desencuentro nacional, entre “comunistas ateos” y “occidentales y cristianos”. También fui descubriendo las larvadas diferencias culturales y la marginación resultante de ella.

Pero creí ver la totalidad del problema de la desintegración social, política y cultural de manera descarnada, ya sin el velo de mi propia inexperiencia adolescente ni el velo de la vida desenvuelta en la “quietud de la nativa aldea”<sup>67</sup> en la que las contradicciones se suavizan u ocultan.

De modo tal que, naturalmente, la integración y la “alianza de clases” propuesta por el MID me parecieron imprescindibles, pese a que la antinomia “laica o libre” seguía siendo “una mosca en la oreja” para mí, pero en el marco de un programa político más amplio lo fui dejando de lado.

También recordaba la luz de gas de mercurio, la corriente alterna, el asfalto de la ruta, el gas en tubos, los ratones alemanes y los Falcon y los Chevrolet 400, pues si bien aún no conocía la historia que adelanté, era obvio que esos autos eran parte de un mismo proceso de modernización, pese al previo derrocamiento de Frondizi. De modo que la idea de desarrollo económico integrado, en cuanto implicaba modernización social y bienestar cotidiano, me pareció extremadamente atractiva.

Intuí que el desarrollo propuesto por el MID constituía un concepto *sistémico*<sup>68</sup>, es decir inclusivo de todas las variables, sean económicas, culturales, sociales y políticas poniendo el partido particular énfasis en separarlo del mero crecimiento, noción esencialmente referida al incremento cuantitativo del PBI. El desarrollo, según puedo definir ahora, era concebido como un *incremento de la complejidad en la estructura social* y un nuevo equilibrio en la satisfacción de necesidades sociales mediante la multiplicación de fuentes productivas y por ende de formas humanas de vida. Los desarrollistas éramos contrarios a la idea empirista-positivista-utilitarista que pensaba el desenvolvimiento económico en términos de crecimiento cuantitativo del producto bruto interno, el PBI, como también pude definir muchos años después.

Claro que la perspectiva compleja era inentendible para los que se sustentaban en algún dogma ideológico –de izquierda o derecha– pues la simplificación del mundo es inherente al dogma.

Argentina sigue siendo un país agroimportador y por ende dependiente, pues compra al exterior casi toda la tecnología incluida en los bienes modernos y vende, básicamente productos primarios –commodities–, más algunos industrializados. Y los que se fabrican aquí, por ejemplo autos, no incluyen casi ningún desarrollo tecnológico nacional y buena parte de sus componentes son importados.

Ahora, en la era de la irrupción mundial de China, se vende soja y aceite de soja preponderantemente, mientras que cuando el comprador principal era Gran Bre-

---

<sup>67</sup> “Hallo mas dulce el habla castellana/que la quietud de la nativa aldea”. Así comienza el poema de un cubano (Bonifacio Byrne, es su autor, según recordé a través de Internet) que me enseñaron en la escuela primaria, creo.

<sup>68</sup> Palabra que entonces no conocía pero que imaginaba como totalidad de conexiones.

taña, vendíamos granos de la cosecha fina y carnes de ganado europeo, principalmente. Cambió el atractor de las importaciones primarias y se incrementó relativamente la producción industrial, en unos procesos llenos de marchas y contramarchas, y eso es todo, según creo.

Si bien es cierto que el antiguo “deterioro de los términos del intercambio” aparentemente se ha modificado con las nuevas tecnologías electrónicas que exportan los países centrales, creo que esa idea del desarrollismo aún tienen vigencia, pero en lugar de ser explorada a la luz de las realidades de la globalización actual, aunque con nuevas armas conceptuales y epistemológicas, ha sido abandonada por el pragmatismo. Es un debate pendiente.

El disenso. El grupo platense hizo pié en la estructura central del MID, concretamente en la llamada “usina” de Frigerio, donde se afirmó deviniendo en el grupo más sólido de militantes. Dos años después de recibirme me convocaron a integrarme al grupo de Frigerio. Fue un privilegio trabajar al lado de las que probablemente fueron las mentes teóricas más sólidas de la política argentina. Además de Frigerio estaban Marcos Merchensky, Ramón Prieto, Isidro Ódena, Juan José Real y otras mentes rigurosas y riquísimas. Además veía con frecuencia a Frondizi. Al joven de Pigüé se le abrió, otra vez, un mundo inimaginable, de una riqueza y un crecimiento humano e intelectual extraordinario. Una de las grandes vorágines positivas de mi vida, que la cambiaron sustancialmente.

Ahorraré detalles, pero una vez que comencé a salir del estupor admirativo, de la parálisis reverencial que ello provoca, lo que ocurrió a medida que me daban más y mayores responsabilidades militantes, comencé a ver otras cosas. En realidad el partido estaba fraccionado en dos componentes: frondizismo y frigerismo, encabezados por dos personalidades muy distintas.

Frondizi, un político de una inteligencia superior y con capacidad de cambio y simultáneamente un radical con claras influencias kantianas, mezclado con dosis de las teorías políticas de Hegel y Macchiavello. No me parece, visto desde el ahora, que haya sufrido la influencia krausista, aunque seguramente que sí algunos de sus seguidores, del “viejo tronco” radical. Estaba rodeado de militantes jóvenes equivalentes, que también confundían las formas con las realidades, en los que frecuentemente se veía más a politólogos que a cuadros políticos y cuando se metían en la política partidaria de la “trenza”, parecía que la vivían como una picardía. Otros integrantes de su entorno eran maduros dirigentes radicales, que formados en la dinámica irigoyenista-comiteril con fuertes componentes krausistas, confundían las fichas de afiliación, básicas para dirimir la elecciones internas, con la voluntad electoral del pueblo y por ende con la democracia representativa, pero cuando el pueblo prefería al peronismo, se inclinaban por descalificarlo y hasta dirigir su mirada al “golpe democrático”.

Frigerio, un hombre con fuerte formación marxista desde su juventud, que había desenvuelto, curiosamente, una sólida y creo que exitosa, actividad empresarial en diversos rubros. Vivía en Belgrano en un departamento que a mi se me ocurría propio de “bacanes”. Era amigo de empresarios de diversos rubros. Tenía una capacidad de gestionar las cosas muy pragmática y ágil, muy norteamericana, creo.

Ahora eso no me sorprende pues al fin y al cabo el empirismo<sup>69</sup> –pragmatismo– utilitarismo y el marxismo tienen más puntos en común de lo que a los marxistas les gusta escuchar. Para ambos la realidad se refleja en la teoría como representación de la percepción, lo que con frecuencia lleva a los marxistas al dogmatismo y a los pragmatistas a fraccionar la realidad conforme con sus intereses e ideologías. Los que lo rodeaban eran hombres con una gran formación intelectual provenientes del socialismo, el comunismo y el anarquismo, aunque había algunos que denotaban ser claros hijos de clases altas conservadoras. Los del primer grupo eran militantes dedicados y comprometidos de manera plena y vital. Alguno de este grupo era masón, según me enteré no hace mucho de fuente muy confiable.

Todos los del grupo platense especialmente, teníamos una fuerte afinidad con ellos. Marcos Merchensky, hombre cuya humanidad estaba mal escondida tras su aparente dureza, me enseñó a escribir, entre otras cosas. Todos, al igual que Frigerio, eran dogmáticos, algunos parecían soberbios porque eran enfáticos; otros, simplemente porque lo eran, como suelen ser los que creen que tienen la historia a su favor. En general tenían un fuerte desprecio por los radicales, incluso los del propio desarrollismo.

Frigerio creía que podía repetir la teoría leninista del partido, pero parecía ignorar, por un lado, que la Rusia de Lenin, no era Argentina, pues en Rusia las condiciones de lucha contra el feudalismo era terribles y la sociedad era pobrísima. La Argentina de Frigerio, en cambio, era una sociedad capitalista agro importadora pero capitalista al fin y al cabo. Por el otro, dentro de ese entorno, era que los integrantes de la “vanguardia revolucionaria” desarrollista, en cambio compraban heladeras y departamentos en cuotas y antes de marchar para tomar el Palacio de Invierno, seguramente lo habrían conversado con sus esposas.

La conclusión me pareció inevitable: esos militantes se transformaban en unos gerentes, una especie de administradores del dogma para conservar sus empleos de integrantes de la “vanguardia revolucionaria”. Así, la declinación del MID, pese a la fuerza de sus ideas, era inevitable, pues los alejaba de toda posibilidad de comunicar sus ideas al pueblo, siguiendo el comportamiento del propio Frigerio. Eso, más allá de cuáles sean las ideas que se manejen, es elitismo –simplemente– pues no basta con imaginarse popular para serlo realmente.

Puedo aparecer irónico, pues exactamente esas cosas son las que puse en un memorándum de renuncia al partido MID que por respeto le entregué en mano al propio Frigerio, antes de comunicarle mi decisión a mis queridísimos compañeros, entre ellos mi respetado y querido hermano. Mis queridos compañeros de militancia no lo comprendieron y marché al ostracismo. Fue muy duro perder la inocencia que nos hace militantes, filósofos o poetas. No me vanaglorio pero desgraciadamente mis pronósticos se cumplieron, el MID desapareció, o poco menos.

Tanto Frondizi como Frigerio cometieron el error teórico, que también expliqué en mi memorándum de alejamiento, de suponer que existía una burguesía nacional ligada a la industria en la Argentina. Creo que confundieron el hecho de que se manejaban en ambientes empresarios con el dato sociológico e histórico de que pese a

---

<sup>69</sup> Hume, probablemente, el empirista que llevó la escuela al más alto nivel era, sin embargo escéptico pues sabía que la experiencia no es un modo infalible de conocimiento.

que por imposición británica la actividad agroganadera era capitalista, la Argentina no lo era y mucho menos industrialista. Los industriales invertían sus ganancias en comprar campos, demostrando una mentalidad más rentística que industrialista. Ninguna burguesía nacional intentó seriamente evitar el derrocamiento de Frondizi.

Ambos partieron del supuesto falso de que los empresarios y los obreros coincidían naturalmente<sup>70</sup> y que por ende la “alianza de clases”, era objetiva y clara, aunque sólo en sus cabezas, porque en burgueses y trabajadores anidaban otras representaciones: la de Argentina como una cornucopia de riqueza infinita, de espacios infinitos, administrados por un Estado benefactor y benevolente. Los argentinos todavía siguen creyendo que *gobernar significa repartir el excedente producido por el capital agroganadero*.

Pero lo que me resolvió finalmente a alejarme del MID era su elitismo, es decir su incapacidad de entender la política real y a las personas. No vi que sus dirigentes principales comprendieran la necesidad de que las personas entiendan a los dirigentes, lo que incluye una conexión emocional, puesto que sólo pueden abrirse a sus ideas si primero no les abren su corazón. Eso también lo dije en mi memorándum de renuncia. Muchos años después, en el marco de mis estudios de neurociencias terminé de comprender el error cartesiano, que se representaba a la razón al *more geométrico*, es decir sólo como capacidad lógica y de cálculo, prescindiendo de la emoción. Aprendí en este nuevo vuelco de mi vida que la razón está integrada por ambas funciones pues la emoción, conectada a la lógica, entre otras complejísticas conexiones, conforma la inteligencia racional.

Su elitismo también se expresaba en el ejercicio de la racionalidad política-maquaviática, que no es otra cosa que una racionalidad conforme al fin de mantener el poder, desarrollada en los Estados renacentistas y bajo la indefinible idea de la “razón de Estado”, que en definitiva no es ninguna razón. No comprendieron que el cambio de frente de alianzas, al margen de su racionalidad conforme a los fines u objetivos políticos, pueden generar en el pueblo sensación de imprevisibilidad y por ende de inseguridad y desconfianza. Un político conectado con su pueblo no puede ignorarlo. La oposición utilizó e incrementó la desconfianza popular.

Con el tiempo me fui dando cuenta que Frigerio no quería hacer un partido político, sino una estructura de cuadros militantes aptos para ejercer el poder que otra estructura tomara, si era el peronismo mejor. Llegué a decir que la idea subyacente era la de parasitar en las fuerzas políticas exitosas.

En el 83, luego de un fortísimo fracaso electoral, tal como suponía, el Comité Nacional anunció el comienzo de un período autocrítico profundo. Ante la insistencia de que era en serio volví a la militancia, recorriendo los barrios y reconectándome con los viejos militantes y dirigentes. Me conocían, sabían lo que pensaba y no me fue mal. Pero la autocrítica no fue tal, el viejo elitismo estaba intacto en las cúpulas... nunca más volví.

1) *El síndrome de la cornucopia*. Aquí me parece oportuno intentar explicar con algún detalle algo que he necesitado explicármelo a mi mismo y no me viene resul-

---

<sup>70</sup> Creo, sintéticamente, que los empresarios crean trabajo, lo que produce obreros y salarios, es decir empleos, pero no creo que, como suponen los liberales conservadores, que exista una coincidencia natural.

tando fácil. Se trata del hecho sorprendente de que a lo largo de su historia, nuestro país ha rechazado —sí, rechazado, bien dije— las políticas de industrialización. Prueba de ello es que ninguno de los tres presidentes que pensaron seriamente en industrializar al país o que fueron declaradamente industrialistas, pudo llevar a cabo sus propósitos.

El primero, Carlos Pellegrini, tuvo poco tiempo de gestión y probablemente, su industrialismo fue opacado por el sistema liberal agroimportador en que se hallaba inserto, pese a su pertenencia filosófica al positivismo. Los otros dos, Juan Perón y Arturo Frondizi, fueron depuestos *ilegalmente* por sendos golpes *cívico-militares*. El primero mediante la más extrema y sangrienta violencia imaginable, que llegó al hecho de que aviones militares bombardearan una plaza pública atestada de personas, seres humanos, compatriotas de sus pilotos. Un acto de horror y terrorismo de Estado<sup>71</sup> que ha quedado impune y castiga la conciencia jurídica y moral argentina.

Los “argumentos” de los sectores antidemocráticos que los depusieron fueron diversos en uno y otro caso, pero el factor común en ambos fueron los intereses y sus respectivas ideologías anti industrialistas forjadas por los ingleses, que penetraron hasta en la cabeza de los militantes de los partidos que se consideraban populares. El hecho concreto es que en ambos casos también, la consecuencia de la violación constitucional fue el desguace de esas políticas y sus logros concretos. Ese es un dato real que parece explicar cuáles eran los intereses ocultos tras las palabras: mantener la economía Argentina dependiente de las importaciones de bienes industriales y exportador de bienes rurales. Mientras tanto el pueblo no peronista pensaba que todo se trataba de la democracia, la libertad y la justicia abstractas, formales, especialmente el pueblo radical seguidor más o menos consciente de las ideas de la ilustración y el krausismo. El pueblo peronista, en tanto, pensaba en términos de justicia social distributiva.

La otra fuerza objetivamente anti industrialista fue el caudillismo y el clientelismo político, pues un país sin industrias hace a los votantes depender el puesto público o de la ayuda social, que los hace clientes, no ciudadanos. Mientras en uno con industrias y sin más desocupados que las tasas normales, los ciudadanos no dependen de los caudillos políticos para tener ingresos, sino de las buenas decisiones de los gobernantes. En general se puede decir que unos apostarán a la preservación del caudillo que les da puestos públicos, otros a la preservación del gobernante que genere políticas de pleno empleo.

Aunque tampoco hay que olvidar que la fuerza militar más fanáticamente anti-peronista estaba organizada bajo la doctrina de la marina real británica y sus hombres formados en su ideología y tradiciones, incluyendo la vestimenta de los marineros. En tanto el ejército era más pluralista por su naturaleza de milicia dispersa en la geografía y su entorno social.

Además muchos jefes militares fueron industrialistas no ya por adscripción al positivismo industrialista, sino principalmente porque desde su formación profesional comprendieron la imposibilidad de formar unas fuerzas armadas para un país sobe-

---

<sup>71</sup> Los que los perpetraron eran funcionarios del Estado que usaron armamento provisto por el Estado.

rano sin industria pesada propia y sin autoabastecimiento energético. Presa vía lo entendieron antes que una inexistente burguesía industrialista.

Parece claro que en el marco del diseño británico de la estructura económica argentina, la industrialización de nuestro país era contradictoria con los intereses del imperio, que consistía, precisamente, en exportar industria a precios relativamente altos a los países de los que importaba materias primas a precios relativamente bajos. Aún cuando la dependencia de los británicos se fue diluyendo junto con el imperio, la Argentina contenía un entramado de intereses alimentados por tal flujo de intercambios y que se oponía a la industrialización, que de manera inherente atacaba los intereses de los importadores de combustibles y bienes industriales. Tanto el desarrollismo de la CEPAL como el que llegó a ser mi partido de adscripción, denominaron a esa relación de dependencia agro importadora como “deterioro de los términos del intercambio”.

Pero tal constatación, si bien constituye una explicación necesaria, es sin embargo insuficiente. Especialmente, luego del derrumbe del Imperio Británico y las consecuentes y recurrentes crisis económicas y sociales argentinas.

Algo más que la permanencia de la memoria debe explicar esa pertinacia en el rechazo de la industria y creo que eran varios los factores que conformaron nuestra cultura y que como fenómenos que eran perceptibles, siguieron formando nuestras representaciones por su apariencia de realidad.

El período “británico” de nuestra historia produjo símbolos y representaciones de la cultura predominante, principalmente mediante la educación pública, delineada, precisamente, de manera *funcionalista* para instalar símbolos que implicaran cohesión social mediante la adhesión al sistema de valores y al estado de cosas existentes. Así, los abogados fuimos formados en el legalismo formalista y luego en el iuspositivismo, que implica aceptar el poder, *cualquiera* que sea. La Argentina de esos años habría sido un gran gabinete experimental para el funcionalista Talcott Parsons. Voy a recurrir a alguna explicación semiótica.

Así fue que se instalaron dos ideas, quizá centrales. Por un lado, que Argentina era el país de la infinita abundancia *natural*, representada con frecuencia por el “cuerno de la abundancia”, del que salían a raudales cereales, espigas y ganaderías. En algunas representaciones, se les agregaba a las cornucopias algún modesto engranaje, en representación de la industria, especialmente me parece, en las originadas en la primera parte de la década del ‘50.

La idea –claramente– era que si la riqueza surgía a raudales, ¿porqué no distribuirla? Esa es una representación que aún nos persigue.

La otra era la idea del progreso ilimitado, tomado de la ideología positivista bajo la cual también se organizó el sistema educativo. Claro que en el interior del país, es decir la Argentina marginada por el positivismo y el diseño británico, no había ni riqueza ni esperanza, sino estancamiento, al punto que sus habitantes venían (y vienen) a Buenos Aires detrás del espejismo de la abundancia y el progreso que sus respectivas sociedades y sus valores tradicionalistas y patriarcalistas, resabios de la España feudal fundadora, no le ofrecen. Aunque muchos de ellos terminaron (y ter-

minan) ocultos “detrás del largo muro”<sup>72</sup> y que Perón intentó derribar con su “justicia social”, que era la expresión ideológica de una política pública de inclusión social, económica y política. Esa fue probablemente la principal causa del odio de los herederos ideológicos del europeísmo excluyente y de la formación social heredada de los británicos por los beneficiarios de la estructura socioeconómica que generaron.

Pero lo cierto que esas dos ideas, la de la riqueza inagotable e infinita y el modelo positivista del progreso infinito no sólo anidaron en la mente de los políticos liberales de cualquier signo, sino también en las corrientes que se proclamaban “nacionales y populares”, de manera implícita o explícita.

Una de las ideas que más me atrajeron del desarrollismo era la de integrar los espacios económicos, mediante la creación de polos de desarrollo industrial en el interior del país, que sirvieran como factor de ocupación plena del territorio, de educación y desarrollo humano y social.

Es sabido que los símbolos –el “mobiliario de la mente” al decir de Abraham Moles–, una vez “instalados” en la memoria de largo plazo en cuanto estructuras neurales persistentes, pasan a formar la identidad de las personas por lo que el fenómeno de la *persistencia de la memoria* puede explicar la supervivencia de esas representaciones, pese a ser inadecuadas para comprender y operar sobre el posterior devenir de la realidad.

La Argentina ha sufrido sucesivas y muy prolongadas crisis económicas e institucionales que ni la simbología de la libertad y la democracia ni la idea del progreso indefinido podían ni pueden explicar. Pese a ello, los que propusieron modelos económicos que además de dotarla de mayor independencia y en consecuencia estabilidad a través de políticas industrialistas, han sido sistemáticamente expulsados, duramente escarnecidos o simplemente pasados a la insignificancia del olvido.

El mejor ejemplo, quizá sea Perón, a quién se lo recuerda –y está bien que así sea– por su política social “justicialista”, pero casi nada se dice de su política industrialista, que fue muy intensa y esforzada, en el mundo de la posguerra donde la tecnología no estaba fácilmente disponible.

Se dirá que Perón pudo hacer esas cosas, entre otras que  *eligió no hacer*, porque encontró reservas financieras, logradas, por otro lado mediante un *acuerdo de neutralidad bélica* –tácito y sobreentendido, supongo– que nos permitió seguir exportando alimentos a Gran Bretaña en plena guerra mundial sin que los barcos de bandera argentina –así, un país neutral– fueran hundidos por los submarinos alemanes.

En una entrevista televisiva Torcuato Di Tella me ratificó algo que por largo tiempo sospeché, pues me resultaba inexplicable que Gran Bretaña no hubiera exigido una alineación a un país que integraba su estructura de intercambio económico imperial al momento del estallido de la Segunda Guerra Mundial.

Contrariamente a lo que muchos piensan, la neutralidad continuada por Perón hasta último momento fue muy inteligente y me cuesta imaginar, que los Estados Unidos, a quienes se suponen como adversarios de nuestra neutralidad, desconocieran ese dato que le permitió al pueblo británico y a sus fuerzas armadas acceder

---

<sup>72</sup> Me refiero a la conocida película “Detrás del largo muro” de Lucas Demare, una denuncia de la marginación oculta.

a alimentos de probada calidad. Aunque también es probable que los norteamericanos quisieran extender la dependencia británica del equipamiento bélico que ellos proveían, también al plano de la supervivencia alimentaria.

Es frecuente escuchar de las mismas bocas, generalmente liberales conservadores, que Brasil, en cambio, tuvo una política “inteligente” pues envió a miles de sus ciudadanos (siete u ocho mil) a morir en tierra europea, a cambio del favor de los norteamericanos, quienes en pago –es cierto– les regalaron Volta Redonda, es decir la base de su industria siderúrgica.

Creo que nadie quería seriamente que Argentina entrara en la guerra, pero sin embargo buena parte del *doble discurso* político de esa época y mucho más tarde aún, pues en realidad Perón desarrolló sus políticas después de la Segunda Guerra, calificaba con llamativa asiduidad a Perón y al peronismo de fascista.

Pero lo cierto es que Perón se lanzó a la industrialización con lo que pudo y con lo que tenía, mediante lo que sus opositores, sarcásticamente, denominaban industria “flor de ceibo”<sup>73</sup>, desconociendo que todos los países privados de tecnología e incapaces de importar bienes industriales hicieron eso, siendo la URSS, Japón y China sus ejemplos emblemáticos. Siempre se comienza por algún lado, el que se pueda, conforme a un viejo dicho norteamericano que aprendí de ellos mismos.

Esa política, al igual que la de Frondizi, fue *discontinuada* por los golpes cívico-militares cambiando el rumbo histórico del país. El golpe de gracia lo dio la dictadura instaurada en 1976 que cerró miles de fábricas con el pretexto de que eran obsoletas, en vez de dedicarse a modernizarlas y hacerlas competitivas.

No pude ver los esfuerzos de desindustrialización producida por el golpe cívico-militar de 1955, pero sí vi los de 1962 y 1976. De un viaje realizado en la segunda mitad de los ‘60 recuerdo enormes cantidades de equipos petroleros modernos y costosísimos oxidándose en el desierto patagónico producto de la anulación de los llamados contratos petroleros dispuesto por el gobierno radical de Illia, beneficiario emergente de un golpe militar que proscribió al peronismo. También recuerdo que, más tarde, durante el autoproclamado Proceso de Reorganización Nacional, a las fábricas del Gran Buenos Aires, abandonadas, mientras eran desguazadas como hierro viejo. Menem, a quien voté la primera vez por creer en sus palabras y la segunda por disciplina en el marco de mi militancia de trabajo social<sup>74</sup> completó la inclusión plena de Argentina en el Consenso de Washington.

Lo cierto es que pese a contar con capacidades humanas calificadas y variadas materias primas, la industrialización no se ha constituido en una política nacional permanente. Como *si no fuera necesaria, sino contingente*. Parece que subyace la representación colectiva de que Argentina es un país rico por la riqueza de su suelo y su clima, dos factores *adventicios* pues depende del azar climático y de que haya países consumidores con poder de compra. Correlativamente y por lo general tales

<sup>73</sup> Así llamaban los opositores a ciertos productos “Industria Argentina”, que eran de baja calidad relativa, pero que eran el comienzo y de un proyecto de desarrollo tecnológico y productivo.

<sup>74</sup> Discutimos duramente en el seno de “Por amor al niño” y por mayoría se tomó la decisión por puro pragmatismo, aún a costa de una clara contradicción. Como imaginaba y que mis compañeros pese a su experiencia, nuestro apoyo barrial no fue tenido en cuenta en una política que ya no daba margen para la esperanza de cambio. Ese desgarró me llevó a una especie de “nunca más personal”, que implica votar a quién me parezca mejor o no votar a nadie si la falencia es a mi juicio muy notoria.

países tienen poder de compra porque tienen industrias, cuya producción deben exportar. Circularmente.

Aún en las épocas de bonanza, es decir cuando coinciden producción y demanda internacional, esa estructura productiva muestra debilidades tales como la acumulación de mucho más que la mitad de la población en la región de la Pampa Húmeda, particularmente en Buenos Aires y los partidos del conurbano. Si bien el cultivo de soja y las tecnologías genética y agroquímica implicadas, han expandido las anteriores fronteras agroganaderas e incrementaron la producción y la riqueza nacional, ello no implica un efecto “derrame” natural sobre la población y el territorio y su efectiva ocupación, sino todo lo contrario, pues la existencia de personas hasta pueden quizá interferir con el uso de agroquímicos.

La eficiencia productiva, por el contrario ha implicado la expulsión de habitantes del interior, con todos los problemas que el hacinamiento demográfico acarrea en el plano de la educación, la salud, la infraestructura, el medio ambiente, la seguridad, etcétera.

La distribución de la riqueza es muy desigual y la ocupación del territorio también. Y eso es un *signo de subdesarrollo*, que, por el contrario, implica desarrollo humano horizontal y ocupación del territorio, lo que sólo lo puede posibilitar la industria, no la explotación rural capital-intensiva. La soja gorda, que en el pasado fue “la época de las vacas gordas”. Pero eso no se obtiene sin políticas de Estado permanentes y un cierto esfuerzo, pues creo que conforme a la experiencia histórica no hay riqueza y bienestar estables, ni independencia política, social y económica duradera, en un país insuficientemente industrializado.

En cambio, la permanencia del “síndrome de la cornucopia”, en cuanto representación mágica o mítica de la riqueza que fluye sola, naturalmente, *sin plan* –al azar– parece subyacer en la representación de buena parte de la población argentina y sus dirigentes, abogados persuasivos, casi todos autores de discursos fervorosos, llenos de lugares comunes, estereotipos y falacias sofisticadas. También subyace, aún en las izquierdas y en el propio peronismo, la idea liberal de la *mano invisible*, “*le monde va de lui même*”. En esa representación la Argentina es un país rico y la riqueza fluye, se derrama, dicho de otra forma. Para qué crear riqueza, entonces.

Claro que a veces se expresa en la idea de origen religioso de “la divina providencia”. También parece claro que en la versión liberal clásica, la suposición de que el mundo va donde el quiere puede ser un justificativo del poder real pero implícito, mientras que en las representaciones argentinas, está más referida al azar. Dios proveerá, incluso es argentino, según un viejo y frecuente dicho. La vida social no es una cuestión de políticas de Estado y modelos a perseguir metódicamente, basta mirar “las aves del cielo y las flores del campo”.

Aunque también se debe recordar que el azar, canalizado en la creencia en un Dios administrado por la Iglesia Romana, es una idea medieval. La mente de la España medieval no pensaba tanto al futuro desde la racionalidad y la ciencia –cuya función principal es hacer al mundo predecible– como desde la valentía y el pedir a Dios y los santos por la suerte en la batalla o en la empresa a emprender, cualquiera sea. Voluntarismo puro. Si todo salía conforme a lo deseado, agradecían, de manera circular, al santo al que se habían encomendado. De lo contrario, seguía siendo sabio y por tanto su voluntad inescrutable. Eso se llama providencialismo y constituye

una representación pre moderna del mundo. El providencialismo es el alimento de la política basada en la personalidad del jefe, el caudillo, pues en ese marco cultural se espera a un dirigente providencial enviado por la divina providencia para salvar al pueblo. Valga el juego de palabras.

El Renacimiento, la Reforma, la modernidad y la Ilustración implican todo lo contrario, precisamente, al hombre *adueñándose del diseño de su destino*. Claro que eso no es mágico pues se trata de una meta a la que no parece que los seres humanos hayamos llegado en ninguna parte del mundo, aun en los países con democracias más avanzadas y humanas.

Después que conocí lo suficiente de la cultura norteamericana, comencé a ver mi propia cultura desde una nueva perspectiva al ampliar mi marco de referencia.

Aclaro que la cultura estadounidense no me resulta atractiva pues si bien está cambiando aceleradamente en la medida en que el país pierde ostensiblemente su condición de potencia hegemónica y gana en pluriculturalismo, linda frecuentemente con la deshumanización. Ese rasgo, que lo ha llevado a la guerra de agresión permanente desde la invasión a México a la actualidad y en el plano interno a una notoria segregación racial y cultural.

Segregación que quizá se expresa ahora mediante la enorme población carcelaria –la cárcel es la suprema segregación social pues el delito es producto de los problemas de la sociedad– totalmente desproporcionada a su población e incomprendible, si se considera su alto desarrollo económico y tecnológico. Probablemente es producto de su cultura británica original, altamente represiva también, agravada por el *fundamentalismo religioso* de los colonos fundadores, para quienes la preservación de la pureza de sus creencias era esencial para la supervivencia de su fe. Sus creencias fueron en gran parte originadas en el calvinismo cuya doctrina de la predestinación es más angustiante como instrumento de control social, quizá, que la doctrina del pecado y el infierno eterno.

Es sabido que para el calvinismo y algunas de sus derivaciones, el futuro post mortem de cada persona esta determinado por Dios, soberanamente, y que la persona está predestinada a la salvación o a la condenación, sin que su albedrío pueda cambiar las cosas. En esas religiones el *control social* se basa en la *angustia* y en la búsqueda de un indicio de salvación. El éxito económico puede ser el tan ansiado indicio.

A su vez debe considerarse que la cultura norteamericana sustenta representaciones del mundo muy fuertemente expresadas por la filosofía empirista, que si bien otrora implicó una alternativa revolucionaria frente al escolasticismo medieval, sus derivados, el *utilitarismo* y el *pragmatismo*, implican una brutal *reducción o simplificación del mundo*. Simplificación que conduce frecuentemente a la violencia social interna, la guerra y la exclusión, que son las respuestas lineales a las que nos tienen acostumbrados y que han redundado en su actual desprestigio moral, especialmente en la era de la información global en tiempo real.

Un viaje a Norteamérica, del que con seguridad hablaré más adelante, me dio otra perspectiva para comprender a mi patria, para tomar conciencia de sus virtudes y defectos. Recuerdo un dicho que escuché en ese país y que más o menos decía “más extraño que alguien te de una comida gratis”, mientras acá había escuchado

decir “donde comen dos, comen tres” en alusión al hecho de compartir la comida. También me impresionó el estricto individualismo (“eres dueño de tu propio funeral”, decía otro dicho que creo recordar más o menos literalmente) y la permanente necesidad de marcar límites (incluyendo algunos comportamientos fóbicos).

También me impresionó la preocupación lineal y casi obsesiva por la verdad formal es decir como supuesto o determinación pragmática; el tiempo, las metas y el control, el éxito medible en dinero quizá una manera de medir el éxito y por ende las posibilidades de ultratumba, los *estereotipos* de los que posteriormente descubrí en Walter Lippmann (*american dream, american way of life*, la carga del hombre blanco, la tierra de la democracia, etc.) y el cumplimiento de las obligaciones y mandatos. “Hay que hacer lo que debe hacerse”, decía John Wayne en su papel de cowboy o soldado. Siempre *duro, violento, lineal y moralizador*.

La experiencia me sirvió para valorar las cosas maravillosas que tiene mi país, pero también para descubrir que se desenvolvía bajo el “síndrome de la cornucopia” y la improvisación, pues en la cultura anglosajona, como toda cultura originada en inviernos duros, la previsión y por ende el conocimiento es una capacidad que hace a la adaptación y por ende a la supervivencia. “No te calentés, con dos buenas cosechas se arregla”, “nos vemos tipo (aproximadamente) las 4 de la tarde” o “al mediodía” que puede ser entre las 12:00 y las 14:00), “si no lo hacemos por los amigos, ¿por quién lo vamos hacer?”, y debo indicar que el hacer algo por los amigos, podía ser legal o no y todos sus intermedios. Dios es argentino, además.

Otra manifestación del síndrome es la creencia en que los bienes públicos son apropiables por todos pues no son de nadie en particular, dicho en latín: la confusión entre *res publicae* (cosa pública) y *res nullius* (cosa de nadie). Confusión que probablemente tenga un origen medieval, pues el Estado, la cosa pública, el bien común y otras nociones adyacentes, si bien creadas por los viejos griegos, pertenecen al campo de la modernidad, especialmente en la versión republicana, cuya misma etimología latina está referida a eso: *res*, cosa; *publicae*, lo referido a todos, al pueblo. La idea de república, tiene adheridos otros valores, principalmente la igualdad, mientras que la apropiación voluntarista, es una expresión de poder y por ende de la subjetividad ilimitada del poderoso.

El Estado, pese a nuestro “estatismo”, probablemente mal aprendido del liberalismo estatista francés, no encuentra una representación social como una organización imprescindible para la vida común. Quizá aprendimos mal la perspectiva de los franceses, para los cuales la función pública administrativa ha sido una forma de servir al pueblo de la república con estabilidad y permanencia, incluso contra los avances indebidos de los gobernantes electivos, que por definición son adventicios e inestables, conforme a la cultura de ese país. Por el contrario, existe una fuerte propensión a violar o ignorar la ley, desde la pequeña norma a la norma esencial. Desde pasar el semáforo en rojo hasta violar o ignorar la constitución. Nuestros burócratas, con su accionar, en cambio, han transformado el sustantivo en un adjetivo insultante. Es que son hijos del clientelismo y no de una selección meritocrática republicana seriamente arraigada.

La conclusión a la que puedo llegar es que la nuestra ha venido siendo una cultura de los límites espacio-temporales difusos.

Probablemente quien mejor sintetizó la cuestión fue Minguito Tinguitella, un querible personaje de pueblo, despreocupado, inocentemente crítico, divertido y principalmente *fatalista* desde la aceptación de que él no podía cambiar el mundo ni la decisión de los poderosos, que protagonizaba el no menos querible actor Juan Carlos Altavista.

Minguito, ante una oportuna y adecuada corrección puntual, invariablemente respondía “s’egual” (es igual, lo mismo). El problema de Minguito consistía en que se negaba a hacer algo por cambiar el mundo. Creo que Minguito era la expresión “*light*” de Discépolo, que se quejó amargamente porque todo fuera igual, que la mediocridad enterrara al mérito y que “nada es verdad”. Y no es que yo crea en verdades absolutas pues me parece que la verdad es una *una búsqueda permanente* por mentes unificadas por el mecanismo de la razón crítica con que nos dotó la evolución a los seres humanos para adaptarnos al entorno y sobrevivir.

He llegado a pensar que la cultura argentina cultiva el “segualismo”, como me gusta llamarlo, y que no es otra cosa que un intenso relativismo que significa que no existe la verdad, pues existen tantas verdades como personas. Cada persona construye su relato de la verdad, como se dice en esta perversa ideología “posmo” académicamente nutrida en franceses y en alemanes irracionalistas previos, sin olvidar algún nórdico. Por ende cada persona construye su propia verdad y por ende sus *propios límites* o, lo que es peor, los *elimina*. La verdad deja de ser una búsqueda social *unificada* y se transforma en una construcción personal, *subjetiva*.

Esa visión de corto alcance, relativista y subjetiva, olvida que la verdad que terminará prevaleciendo es la producida por la subjetividad y los intereses de los poderosos. Frente a ello, la persona, en cuanto ciudadano, tampoco está capacitada para criticar, pues el “segualismo” implica renunciar a la crítica y por ende a la capacitación para ejercitarla. Eso lleva, cuando la inequidad *supera a la capacidad fatalista de absorción*, a la respuesta violenta.

Creo haber encontrado unas explicaciones en los orígenes de nuestra población y en el marco del país como cornucopia. Si bien el orden y el respeto casi religioso a la ley formal es el dato distintivo de los positivistas y masones que refundaron la Argentina en la segunda mitad del siglo XIX, sus habitantes, es decir los que practicarían o no, ese objetivo, no fueron los europeos franceses y anglosajones que ellos tuvieron en mente, al punto que escribieron la Constitución pensando en la inmigración europea y quizá, más específicamente, anglosajona. Claro que, simultánea y contradictoriamente con la cultura y religión de los inmigrantes que se pensó en atraer, estableció a la católica como iglesia sustentada por el Estado, una rémora del arcaico y medieval regalismo hispánico, aún inexplicablemente vigente. Nuestro sincretismo tiene consagración constitucional.

En realidad las corrientes culturales que la conformaron estaban originadas en regiones o países de Europa que *no tuvieron sus revoluciones burguesas antiabsolutistas liberales*. Además está de por medio el papel político y cultural de la Iglesia Católica. Sean criollos, italianos o españoles.

Por otro lado era pueblos vencidos y ocupados por otros pueblos, cuya única respuesta “sabia” era el fatalismo que no es otra cosa que la aceptación de lo que es impuesto por una fuerza irresistible. Que otra cosa son los criollo-andaluces y lo aborígenes de nuestro interior. Que otra cosa eran los sicilianos, napolitanos y cala-

breses, sino pueblos con una larga historia de ocupación extranjera, al punto que me parece que crearon organizaciones propias como la “cosa nostra” o mafia, para regir su vida comunitaria, al margen del ocupante, incluyendo entre ellos a algún que otro impiadoso guerrero castellano como Gonzalo de Córdoba.

Creo que todos eran “pueblos del azar”, pueblos dominados y como tales privados de la posibilidad de autorregularse, por lo que debieron recurrir a los dos métodos tranquilizantes que utilizan los pueblos sujetos al azar de la voluntad ajena o a fenómenos imprevisibles. El *fatalismo directo o la religión*, que es una forma de fatalismo consistente en suponer que el bien o el mal suceden por voluntad de un ser superior, mítico y por ende superior y cuya voluntad –por misteriosa, aunque sabia– evade toda capacidad de previsión y prognosis. Aunque debo decir que según mi experiencia los militares, incluso los vencedores, son gentes del azar también, pues no sólo suelen justificar en la presunta voluntad divina la agresión a otro pueblo, sino que utilizan a un Dios para enfrentar el imprevisibilidad del combate. Casi todos los combatientes necesitan de una ideología fuerte para enfrentar el azar.

Pero vuelvo a mis ancestros. Que otra cosa eran los italianos, que constituyeron uno de los núcleos de nuestra cultura, que un pueblo ocupado y dividido por los austríacos (antes también por franceses y castellanos) y el Papado hasta fines del siglo XIX. A diferencia de lo que ocurrió con los italianos insertados en el seno de la cultura anglosajona de Estados Unidos que implicaba un poder culturalmente ajeno, aquí no fueron necesarias las organizaciones secretas pues *moldearon* la cultura de nuestro país. Apropiándose en parte, proceso en el cual introdujeron sus prácticas que en general consisten en prescindir del Estado en cuanto estructura de poder y orden social. Ahí aparecen mis ancestros y sus propios aportes al país del “segualismo”, entre ellos la elocuencia, claro.

Y aquí debo hacer una digresión para manifestar que estoy persuadido que Buenos Aires fue un lugar importante en la gestación de “*il resorgimento*” y la independencia italiana, especialmente en el diseño del retorno de Garibaldi a Italia, según la iconografía que observé en la Gran Logia Masónica argentina y los datos que sus dirigentes, en apariencia consistentes, me brindaron. Como es conocido Garibaldi vivió en el Río de la Plata y Mazzini, parece haber estado también en Buenos Aires según algún testimonio de masones que he recogido. Lo que es innegable es que el retrato de Garibaldi, uno de los padres de la independencia italiana, ocupa un lugar central en el gran salón de la logia, según constaté en la visita que hice al lugar.

Vuelvo al eje del asunto. Además de otros factores debe computarse que la cultura de Buenos Aires debió también ser influida por el hecho de que como centro urbano era un producto de un imperio que no había sido capaz de superar la Edad Media, pues si bien había formado un Estado nacional, no se introdujo en la Ilustración y en la modernidad de manera estructural. Al comienzo fue una pequeña e intrascendente aldea, luego fue la puerta de entrada y salida (de la plata de Potosí, como ya dije) del Virreinato del Río de la Plata, pero en cualquier caso el monopolio de la metrópoli en la introducción de bienes industriales no podía sino generar la “industria” del contrabando y una *moral concomitante*.

Es que el contrabando implica, por un lado, una práctica *contraria* a la existencia del Estado y, simultáneamente, la necesidad de encontrar un justificativo para el

hecho inmoral de la violación de la ley y en consecuencia de la soberanía del Estado. Lo que conduce al *dualismo moral* en un país en el que no necesitaba de una ideología basada en la ética y la moral capitalista para la industria, el comercio y la regulación de la conducta para la disciplina del ahorro, inversión, trabajo, producción y comercio. La *feudalidad premoderna no requiere de esa ética*, que en la Europa de la modernidad en cuanto la riqueza monetaria como acumulación para el préstamo y la circulación capital había sido esbozada inicialmente por los judíos en cuanto protocapitalistas. Luego, los protestantes la desarrollaron detalladamente vinculando el capitalismo a las creencias religiosas y las prácticas de vida. Buen ejemplo de ese capitalismo brutal son los calvinistas, que bajo diversos formatos aparecen en las colonias norteamericanas.

Aunque por otro lado el monopolio tenía su propia cuota de inmoralidad<sup>75</sup> y España era un imperio con fuerte impronta medieval, decadente y desprestigiado y no sólo como suelen decir los hispanistas, por la propaganda de su rival de entonces, el Imperio Británico. Sus conquistas se debieron a la ferocidad de sus soldados, al caballo, la pólvora y al acero, tanto como a la debilidad de los aborígenes (incluyendo sus mitos y creencias), la que incluía luchas intestinas y conquistas precolombinas<sup>76</sup>.

Su condición medieval era real, su atraso económico era real, la inexistencia de industrias era real, el poder feudal de la Iglesia era real, lo mismo que la Inquisición y la censura, al punto que muchos de los autores intelectuales de la modernidad y la Ilustración nos fueron negados en idioma castellano hasta muy entrado el siglo XX.

En efecto ese paso evolutivo nos fue retaceado a los hispano parlantes. Locke fue traducido al castellano en la década de 1970 y Milton, el fundador de la doctrina de la libertad de expresión mediante su *Areopagítica*, 297 años después, siendo traducida en 1941 por el Fondo de Cultura Económica, creado por los españoles que huyeron de Franco, una mente claramente feudal y por ende premoderna. Muchas obras no han sido traducidas pese a que más allá de su posterior superación, en su momento constituyeron aportes muy importantes en la evolución de la cultura humana, y las que fueron traducidas, lo fueron cuando ya estaban en plena revisión por otras nuevas ideas.

Por otro lado, ¿sobre qué bases se reconvierte la actividad agroganadera para el Imperio Británico? Sobre la base de un estanciero, casi un señor feudal que algunas veces por año recogía de su extenso campo el crecimiento vegetativo de sus rodeos, producto más de la buena tierra y del buen clima que de factores organizativos y del conocimiento aplicado a la producción. Luego vino el alambrado, la siembra, las trilladoras y el ganado “refinado”, como se solía llamar al ganado europeo, principalmente británico, producto de la selección artificial<sup>77</sup>.

---

<sup>75</sup> Impedir a una comunidad de personas buscar su conveniencia comprando bienes donde quisiera y que España generalmente no producía, parece, entonces y ahora, un forzamiento notorio de la realidad.

<sup>76</sup> Es sabido que en México confundieron a los españoles con la llegada de una deidad, conforme a una profecía mítica. Un ejemplo de las pujas y luchas en la América precolombina fue el de los indios Charcas, que vieron en los españoles una oportunidad para liberarse de los Incas, hasta entonces sus conquistadores.

<sup>77</sup> Es decir sistemáticamente buscada en el entorno de la modernidad y que inspirara el nombre a Darwin para su teoría de la “selección natural”. Está más claro si considero que “selección natural” es una frase contradictoria, dado que seleccionar implica intencionalidad, no naturalidad.

Pero esas perspectivas, con ser bastante consistentes, quizá puedan explicarse de manera aún más abstracta y general. El sentido común, que es un “sentido” sumamente engañoso porque en este caso puede hacer confundir la relativa abundancia de alimentos –que es algo perceptible o fenomenológico– con la riqueza, especialmente en un país cuyos habitantes provienen de ancestros –incluyendo a los europeos arribados desde fines del siglo XIX– que frecuentemente sufrieron hambre<sup>78</sup>.

Pero esa perspectiva lineal, quizá fue alimentada por el pensamiento *empirista* y *positivista* de nuestra “segunda fundación”, que como es sabido confunde la percepción sensorial de la realidad –el observable– con la realidad misma, pues lo percibido sólo es una parte de una realidad más amplia y contextual. Aunque también –seguramente– fue promovida por los británicos, para quienes la industrialización les habría dado a los argentinos una independencia y una autonomía económica contradictoria con sus intereses de potencia industrial. Ideología que se mantuvo pese a la sustitución del imperio por otro –el norteamericano– que a diferencia del británico, no necesitaba de nuestra producción agroganadera, pues además de exportador de industria, tenía autonomía y excedentes alimentarios.

Se perciben los campos, los sembradíos, las ganaderías y las tierras feraces, pero no era sensorialmente perceptible la dependencia, la disminución de la soberanía, ni el deterioro de los términos del intercambio. La desigualdad y el despilfarro eran también percibidos, pero la percepción era ocultada por la violencia simbólica o física, o ambas.

Pero hay otros datos que deben traerse a colación para explicar los factores que conformaron la cultura nacional predominante. Para ello vuelvo a mi experiencia juvenil en Estados Unidos. En primer lugar fuimos producto inicial de un colonizador medieval, España, básicamente interesado en extraer metales preciosos, atesorarlos en la metrópoli y preservar su imperio y en consecuencia administrar los territorios con un criterio centralista, como dije.

Como ya adelanté, los norteamericanos, en cambio, fueron producto de la revolución burguesa que arrasó con la monarquía feudal absolutista, que estalló pocos años después del primer arribo de los colonos y el poder de la iglesia estatal y condujo a la Revolución Industrial. Al punto fue así que tomaron la teoría política europea, la aplicaron y desarrollaron y la *reexportaron* como ideología jurídico-política a Europa, nada más y nada menos que la que motorizó la Revolución Francesa<sup>79</sup>, que a su vez la reexportó al mundo<sup>80</sup>, incluyéndonos. Además, llevaron a las colonias norteamericanas la ideología protestante, que implicaba en ciertos casos que el pueblo debía saber leer la Biblia, con lo que como los judíos, los cristianos protestantes se transformaron en “pueblo del libro”, dejando de necesitar así, la intermediación de la burocracia religiosa (católica o anglicana) y que no existían sacerdotes,

---

<sup>78</sup> Recuerdo a los europeos de la generación de mis abuelos comer casi vorazmente, pese a haber realizado varias comidas en ese día, protegiendo la comida en el plato con el propio cuerpo.

<sup>79</sup> Parece no haber duda que la Declaración de los Derechos del Hombre y el Ciudadano, francesa se basa en la Declaración de la Independencia de los Estados Unidos de América y sus antecedentes inmediatos.

<sup>80</sup> La segunda globalización de la ideología liberal norteamericana se produce después de la Segunda Guerra Mundial y los juicios de Nüremberg, mediante la Declaración Universal de los Derechos Humanos de la ONU.

en cuanto representantes de Dios, sino ministros o pastores generalmente elegidos por los fieles. Al punto que algunas colonias fueron unas verdaderas “democracias”, dentro de la respectiva iglesia, claro.

Se ve también claramente las diferencias en el sistema educativo. Mientras la universidad colonial era curialesca, estudiosa de los padres de la Iglesia –la patrística y los dogmas que construyó– y el derecho canónico, las colonias norteamericanas fundaban universidades para la producción de tecnología, como el que con el tiempo se conoció como el Instituto Tecnológico de Massachusetts.

Otra cosa que en ese viaje revelador entendí –viviéndola<sup>81</sup>– fue la cultura del frío y su implicancia principal, que no es otra que la *necesidad de medir* el tiempo y adoptar previsiones, entre ellas la de acumular recursos y alimentos. Pues el invierno nórdico, si previamente no se acumula comida, abrigo y leña, es mortal. Simplemente. En cambio la cultura del grueso de nuestra población, la cultura dominante, está originada en proximidades del Mediterráneo y desenvuelta luego en América del Sur en climas subtropicales o templados. Quizá eso haya hecho alguna diferencia en la representación del tiempo y su significación en la vida humana.

Leí en algún lugar que el invierno extremo configura la representación del tiempo, pues lo *discontinúa*<sup>82</sup>. En cambio en los climas templados o calurosos el tiempo es analógico –una *continuidad*– pues en general la vida no sufre alteraciones vitales pese a la alternancia de las estaciones, mientras que en los países nórdicos el tiempo es *digital*, es decir *discreto* y medible. Las urgencias y las necesidades son diferentes, y por ende las representaciones.

Otra cuestión es la representación del espacio y su influencia en la formación de la cultura de un pueblo. Parece claro que no pueden tener la misma percepción del espacio un habitante de La Pampa que uno del microcentro de la Ciudad de Buenos Aires o un argentino que un japonés. Esa cuestión estuvo tempranamente entre los objetivos de los hombres que refundaron Argentina, después de Caseros. “Gobernar es poblar” decía Alberdi, mientras que si me acuerdo bien, para Sarmiento el mal que aquejaba a la República Argentina era su extensión. Por tal razón, seguramente, propuso que la tierra se distribuyera entre pequeños productores que vivieran en sus tierras, al estilo de los granjeros norteamericanos, productos del *homestead*.

Un matemático amigo me contó que había leído, aunque no recordaba su autor, una perspectiva matemática del asunto, que se puede expresar en *grados sexagesimales de libertad*. En efecto, según esta perspectiva, un gaucho habitante de la llanura pampeana hasta el siglo XIX, podía inicialmente llegar a tener los 360° de la rosa de los vientos para encaminarse y montar nuevamente su vivienda, el rancho. Es sabido, además que en esos años, en la llanura pampeana los ranchos se construían básicamente de adobe, paja y cuero pues no sobraban ni la piedra ni la madera utilizable. La comida, como es conocido no constituía una limitante, pues en gene-

---

<sup>81</sup> Nací y me crié en un pueblo de inviernos muy crudos y era común la acumulación de encurtidos y dulces y la acumulación de algunos recursos extras, probablemente como remanente cultural europeo.

<sup>82</sup> La discontinuidad puede ser producida por otros fenómenos anuales como las lluvias y las inundaciones.

ral se trataba de “cazar”, es decir desjarretar<sup>83</sup> y faenar una vaca, tomar los cortes más apreciados y el cuero para usar como pared, abrigo o lazo o canjearlo por yerba y otros productos básicos en la pulpería más cercana.

Si algo los incomodaba, incluyendo la autoridad o el reciente propietario del suelo, tomaban sus escasas pertenencias, se establecían unas cuantas leguas más allá, fuera del alcance de ellos, perdidos en la inmensidad pampeana. Fue así que el gaucho fue catalogado como matrero y vago por los dueños del nuevo escenario productivo, que se propusieron “domesticarlo” por sus habilidades con los rodeos o sustituirlo por extranjeros. Hicieron ambas cosas. Por esos tiempos, o poco después, entraron mis ancestros en escena.

Esa situación y la cultura concomitante era un problema para la nueva Argentina, construida sobre la política de apropiación de tierras del diseño británico, ferrocarril incluido. Ésta, necesitaba de una política de afincamiento forzado, ese que ocupó a José Hernández en su fantástico “Martín Fierro”. El arbitrario juez de Paz o el nuevo propietario de la tierra eran los operadores de ese doloroso proceso de orden tendiente a obligar a una población habituada a los 360° de libertad, a vivir limitados por las estancias y los alambrados y aceptar la ajeneidad del ganado, tal como lo pintó Atahualpa Yupanqui.

Los Estados Unidos de América también se encontraron con el problema del “exceso” de tierras luego de asesinar o expulsar a sus indígenas, pero ellos, en parte, lo resolvieron mediante la ley del *homestead*<sup>84</sup>, destinada a afincar familias mediante el otorgamiento de una granja donde construir y vivir de la explotación de una chacra de unas 50 hectáreas, más o menos.

Esta descripción, inclusiva tanto de la historia –Argentina fue producto de la España feudal premoderna y precapitalista– la geografía, la ideología y la educación, como también de modelos abstractos originados en otras disciplinas, parece explicar el voluntarismo y la incapacidad de ver la realidad total de los argentinos, incluyendo su contexto internacional, por todos los sectores ideológicos, incluso enfrentados entre sí.

Quizá todo lo dicho ayude a explicar porqué la cultura argentina y en particular la cultura política tenga tantas dificultades para generar pensamiento discreto y por ende planes, modelos y políticas públicas de largo plazo.

Todo ha venido siendo posible en la Argentina de la cornucopia, incluso que cada quién piense como quiera sobre un mismo asunto y que todos crean tener razón, sin necesidad de ponerse de acuerdo sobre la realidad, que es una sola, pero que debe ser buscada entre todos y sin prejuicios. Si todo es posible ¿para qué esforzarse en prever el futuro?

En ese contexto histórico-socio-cultural, se explica, entre otras cosas, que de buenas a primeras, ejercitando un completo voluntarismo, Argentina entrara en gue-

---

<sup>83</sup> Método ciertamente cruel pues consiste en cortarle los garrones, es decir la unión del tendón con el hueso del talón, como método para inmovilización. Luego viene la “faena” propiamente dicha, sea por degüello o por apuñalamiento en el corazón. Seguidamente el animal es eviscerado sobre su propio cuero. He visto muchas veces “carnear a campo”, como se llama al procedimiento descripto.

<sup>84</sup> Que Sarmiento quiso impulsar en Argentina, pero que no pudo imponer porque mereció la oposición de los porteños conservadores, según creo recordar.

rra con una potencia militar global, su antigua metrópoli. También que haya venido siendo muy difícil que el pueblo y sus dirigentes se representen claramente la necesidad del desarrollo industrial y la planificación económica con metas discretas en cuanto tiempo, espacio y conocimientos tecnológicos. Fueron pulsos, pulsiones, voluntades y voluntarismos, en un sentido o en el contrario.

Hoy Argentina está frente a una disyuntiva a la que la ha conducido su voluntarismo y su insuficiente identidad nacional real y consecuentemente la inexistencia de una dirigencia incapaz de pensar y modelizar un futuro distinto al agro importador y llevarlo adelante mediante una política de Estado, es decir una política *transpartidaria*, sostenida en el tiempo<sup>85</sup>. Los gobernantes, aún los civiles se han venido manejando con un fuerte subjetivismo, que a veces los pinta como unos pequeños niños dictadores. Unos caprichosos que piensan en el poder como instrumento *para pasar ellos a la historia y no un instrumento para construir la historia de todos*.

La disyuntiva es encarar un desarrollo industrial integral, que incluye el *desarrollo integral de la sociedad*, no un mero crecimiento cuantitativo del producto bruto, sustento de la independencia o aceptar ser el socio minoritario de Brasil, un país al que lo persigue, además de su pasado esclavista, su peligroso pasado imperial, que lo tienta, a medida que crece, a decirnos cómo deben ser nuestras políticas internas.

2) *La militancia universitaria. Política y universidad*. Como dije, en algún momento de 1965, finalmente, decidí militar en el MID, convencido de que “integración” y “desarrollo” implicaban conceptos y razones poderosas, sintéticamente dicho. El grupo militante platense, como era usual en ese tiempo, me destinó a trabajar en la universidad, donde el desarrollismo se expresaba mediante una agrupación cuyo nombre, para esos ámbitos y épocas tan pasionales, era bastante anodino. Descafeinado. Acción Universitaria Nacional (AUN), se llamaba. En perspectiva, también fue contextualmente descafeinado su accionar.

Fue una militancia muy intensa y dio algún fruto, pues en un momento ganó las elecciones para conducir la denominada cooperativa del centro de estudiantes de derecho, sustituyendo a los liberales conservadores. Fue festejado como un gran triunfo, aunque, a decir verdad, no pude encontrarle utilidad política alguna a eso de vender cuadernos, biromes y apuntes. Pero, disciplina mediante, acaté la decisión de la conducción del grupo.

Pero lo cierto es que además de aburrirme, siempre pensé que eso *nos hacía parecer a los liberales conservadores* que habíamos desalojado. Por otro lado era una tarea forzada pues nuestras ansias no pasaban por el gremialismo estudiantil puro, al que, esquemáticamente, los dirigentes del núcleo militante imaginaban como un instrumento eficaz para acceder a la voluntad de los estudiantes de derecho. Comprendí rápidamente que en ese contexto, vender biromes y apuntes era vender biromes y apuntes y no otra cosa, y no un instrumento para abrir las mentes a la “lucidez” desarrollista.

Recuerdo que como militante relativamente nuevo intenté plantear mis reservas, de un modo balbuciente pues la seguridad y la intensidad emocional, el dogmatismo, de la respuesta de los dirigentes no se hizo esperar y la disciplina militante,

---

<sup>85</sup> He propugnado desde el libro y otras publicaciones la fijación de políticas de Estado para la radiodifusión y las telecomunicaciones. Sin éxito hasta el momento.

como tantas otras veces, se sobrepuso a las dudas. Sólo en los '90 descubrí la trampa que encierra eso de la "disciplina militante", trabajando en Ciudad Oculta, una villa miseria, desde el peronismo y me prometí no seguir jamás ninguna disciplina.

Aunque debo señalar que ahora dudo que yo haya tenido una personalidad y una mentalidad política. Es que muchas veces acepté la disciplina pero siempre planteé previamente mis discrepancias, camino en el que aprendí que las discrepancias, aún en el marco de la disciplina, no son bien toleradas en nuestra cultura política predominante. Quizá debí aprender a callar, aptitud para la que creo haber nacido discapacitado.

Aunque también debo decir que las críticas que fui planteando a mi entonces partido y desde adentro de la militancia se cumplieron con bastante regularidad. El MID desapareció hace muchísimos años como fuerza política significativa.

El MID –y AUN, su brazo universitario– intentaban por ese tiempo esparcir su visión del país y del mundo que pese al paso del tiempo y su fracaso como opción política real, creo que constituía un diagnóstico certero sobre la realidad y su discurso una permanente *apelación a la racionalidad*. Pero como siempre ocurre en el plano social, la realidad termina siendo la conducta que adopte la sociedad. Si acierta con la realidad, todo está bien. En caso contrario la inevitable consecuencia es el dolor y la confusión de las personas, cuando no la violencia en sus diversas formas. Los argentinos hemos sufrido demasiado e innecesariamente, pero así funcionan los procesos sociales y así es como parece ser que moldean las sociedades sus respectivas identidades.

El entorno socio-político no estaba en sintonía con el discurso de integración social, política, cultural y geográfica del país y el desarrollo económico como instrumento del desarrollo humano. Mientras tanto el país y el mundo estaban juntando tensiones ideológicas desde hacía décadas. La vida política y social era una caldera sin válvula de seguridad y la economía, insuficiente, situación no propicia para un discurso explicativo y racional como era el desarrollista en ese entonces. Como diría un retórico, el discurso no estaba de acuerdo con el auditorio, o dicho al modo del lingüista, el texto no se correspondía con el contexto.

La vida política universitaria era muy intensa en parte por la tradicional y no siempre feliz conjunción de inexperiencia y hormonas. La política era un discurso inflamado seguido de una "trenza", es decir una componenda. La chicana, el recurso sofisticado, el palabrerío, el peronismo irredento, el anticomunismo creciente, el izquierdismo renaciente... Oh!! Qué confusión!!!

Aún veo a muchos abogados, puestos a políticos con cargos de gobierno, que me demuestran claramente que todavía llevan adentro al militante del centro de estudiantes de derecho (de cualquier universidad pública). Aunque debo acordar que la política "adulta" ha llevado sus prácticas "florentinas" a un nivel muy alto, a un juego de poder digno de esgrimistas, más que de políticos responsables.

Me viene a la memoria, y me hace gracia recordarlo, a un amigo de ese entonces, casi al final de mi vida estudiantil, "el gordo Villalobos", que irónicamente decía –palabra más, palabra menos– que en una asamblea del centro de estudiantes "siempre queda muy bien citar el 54,17% de algo, total nadie se va a fijar y un núme-

ro siempre es irrefutable en esas condiciones”. Los políticos actuales, en su afán de aparecer informados, serios y eficientes, siguen utilizando esa técnica comunicativa.

En realidad, creo que era porque *nadie escuchaba a nadie*, todos llevaban una posición inalterable y una claqué de respaldo, para aplaudir o abuchear. Se era *orador o aplaudidor*, según alguien lo había dispuesto. Esa mecánica aún sigue siendo utilizada, incluso en actos formales.

Casi todos hablaban “*pour la galerie*” como se solía decir en esa época, en una refinada cita de la Asamblea de la Revolución Francesa, lo que en lenguaje coloquial descarnado era equivalente a “hablar para la gilada”. Se sigue haciendo, cotidianamente. Además los oradores románticos, idealistas y encendidos conquistaban a las estudiantes más lindas, lo que me daba algo de celos, pues con nuestro discurso desarrollista descriptivo, mi competitividad en ese terreno quedaba muy reducida. Ja.

Como sugerí, en esos años se estaba acelerando la generación de las fuerzas que condujeron a la más sangrienta dictadura militar de la historia argentina. La punta del fusil comenzó a ser vista como una opción política. Luego dejó de ser una opción y devino en una práctica excluyente de la militancia conceptual.

Una vez, creo que a fines del '67, fui al comedor estudiantil, feliz por haber aprobado un rato antes la materia derecho constitucional. Iba con un saco liviano (había que ir con saco y corbata), el día, era soleado, como mi estado de ánimo. Llevaba en mis manos el programa de la materia y una Constitución nacional (Oh!). Despreocupadamente, pues las protestas estudiantiles eran un ejercicio casi cotidiano pero relativamente inocuo. De vez en cuando rompían las vidrieras del diario El Día, casi ritualmente, y la cosa no pasaba de ahí.

Recuerdo esta fotografía: estoy almorzando de espaldas a los ventanales, de pronto... vidrios rotos... gases lacrimógenos... explosiones... gritos aterrorizados, estampida en busca de aire. A la salida esperaba la policía montada, esa que pegaba con el plano de la espada de caballería, aunque a veces –errar es humano– el filo producía algún corte.

Con la espalda amoratada, chichones en la cabeza y sin la constitución, me encontré en un calabozo de “la Primera”, donde era visible que los agentes tenían instrucciones de hacer todo lo posible para lastimar nuestra dignidad, “para que aprendan zurdos hijos de puta”, seguramente. Aunque también tenían sus propias broncas, al margen de unas ideologías que seguramente no entendían, pues por culpa de “esos pendejos de mierda” estaban siempre acuartelados.

Unos cuarenta o cincuenta jóvenes estudiantes encerrados en una celda de cinco por cinco, más o menos. A la media tarde, cuando, muy maltrecho, me pude sentar en el piso con cierta relajación, pues a medida que nos fichaban nos iban soltando (maldecí que mi apellido comenzara con zeta). Me puse a meditar, pues la etapa del consuelo mutuo y el enojo ya habían pasado, sustituida por el cansancio y el dolor por los golpes, que se multiplica cuando el cuerpo se enfría y el cerebro adquiere consciencia del dolor.

Fue ahí cuando me puse a pensar en la enorme cantidad de odio e incompreensión y fue la primera vez que me pregunté ¿cómo llegamos a esto? Y pensé algo así como “esto va a terminar muy mal, sin vuelta atrás”, lo que manifesté a mis amigos

que me fueron a esperar. Mis queridos compañeros no me tomaron muy en serio “date un baño, y vamos al médico”, o algo así, me dijeron con afecto y algo de preocupación, especialmente mi hermano, por mis moretones. No fui al médico, los golpes eran bastante dolorosos, pero recuerdo vívidamente que la angustia por el futuro de mi país, a la que ahora puedo describir como algo enorme, oscuro, difuso e imparabable, era más acuciante. Es lo que aún siento cuando recurro a la memoria de esas emociones. El chico de Pigüé, el hijo del ama de casa y el albañil nacido entre serranías, trigales y amor, había recibido un baño de realismo, corpóreo.

Con los años pude ir comprendiendo cómo se armaron las fuerzas que estallaron en los 70 para lo cual, después de algunas parrafadas previas, intentaré vincular sucesos, indicios e interpretaciones. Antes de ello, agregaré otros datos sobre mi militancia universitaria desarrollista.

La facultad de derecho, tal como dije, tenía las virtudes, pero también los vicios de una universidad positivista y masónica, descendiente de la Ilustración europea. Los estudiantes, básicamente pertenecían a unas cinco categorías: unos se consideraban de “izquierda” en sus diversas variantes (comunistas, comunistas “revolucionarios”, etc.), incluyendo una “nacional”. Es sabido que las izquierdas son así.

Otros nos representábamos a nosotros mismos como “nacionales y populares”, etiqueta correspondiente a una variopinta pluralidad que incluía a peronistas de izquierda y derecha, incluso algunos fascistoides que terminaron colaborando con la dictadura el '76, hasta el desarrollismo, pasando por algunos católicos tercermundistas y demócratas cristianos.

En esa categoría obviamente me contaba yo, aunque seguramente debía haber muchos “nacionales y populares” que se asignaban a sí mismo la categoría de “legítimos” que probablemente no estarían de acuerdo conmigo.

Lo bueno de los dogmas es que los mote se pueden poner y sacar a voluntad, lo malo es que la gente se mata por ellos.

Como estudiantes de derecho solían tener un enorme dilema pues cómo conciliar el hecho de considerarse populares, mientras la educación universitaria básica en la que habían sido formados pivoteaba sobre el Código Civil<sup>86</sup>, el que consagró lo que quizá sea la más arcaica formulación de la propiedad privada. La mayoría lo resolvió pensándose así mismos como abogados laboristas y defensores de presos políticos. Yo mismo me sentí muy feliz cuanto fui abogado del SOEME (Educación), UPCN (Personal estatal), ATSA (Sanidad) y algunos años después, del Sindicato de Vidrio, Seccional Berazategui, parte durante el gobierno peronista y parte en el de la dictadura.

Otros eran los *reformistas*, en general liberales de izquierda de impronta francesa republicanista y estatista, principalmente radicales y socialistas, herederos, como tales y como adscriptos a dos de los tres partidos políticos tradicionales, productos del positivismo y la masonería fundacional. Aunque creo que no eran demasiado conscientes de sus orígenes.

---

<sup>86</sup> Su atraso radica en que el capitalismo no piensa a la tierra con criterio rentista, sino como inversión y rentabilidad.

Formaban parte de una línea política muy consistente con la de la universidad, integrada, además por algunas variantes del anarquismo “pacífico”, aunque muy minoritarios.

Los otros eran liberales conservadores, algunos militantes del tercer partido tradicional –el conservador– y otros porque provenían de familias culturalmente conservadoras, quizá con demasiados esquemas cerebrales rígidos, mandatos, elitismo y también positivismo jurídico, que como es sabido es la ideología del orden predominante, cualquiera que sea.

Muchos de ellos eran adictos al Jockey Club y sus bailes luminosos –al menos así me lo imaginaba en ese entonces– con lindas chicas de vestido largo, a las que mirábamos de afuera cuando entraban a las fiestas, bajando del auto de padre o novio. Ahí escuche decir, que los concurrentes, hijos de la “burguesía platense, eran como los ombúes que parecían árboles pero que constitucionalmente eran hierbas, pues no eran comparables con los ricos del Jockey Club de Buenos Aires, pues esos lo eran en serio. Tiene aires de ser una de esas ocurrencias de Jauretche, pero creo que la escuché de boca del Toro Leguizamón, un frontal y querible militante “nacional y popular” o quizá del Chino De la Cruz un entrerriano, peronista más clásico.

La quinta categoría, seguramente mayoritaria, estaba compuesta por jóvenes que sólo querían estudiar y en su mayoría volver a sus pueblos y disfrutar del estatus socioeconómico ganado con tanto esfuerzo y lejanía de los afectos del pago chico, que frecuentemente incluían una noviecita virgen, o poco menos.

Tenía buenos y queridos amigos en todos los sectores descriptos, exceptuando a los fascistoides (que desde que me acuerdo me asquearon) principalmente por mi personalidad pero también por desarrollista, pues mi partido de entonces hacía de la integración uno de los puntos esenciales de su doctrina. He llegado a pensar que eso en realidad nos hacía incomprensibles, en una época de personas “etiquetadas” conforme con la cultura política argentina, pues sin etiquetas no se puede desenvolver la lógica amigo-enemigo, incrementada por las fronteras ideológicas impuestas por los norteamericanos, que llevaron esa lógica al marco global. En otro contexto, quizá el desarrollismo podría haber sido un puente entre distintas corrientes. ¿Vos que sos? Era la pregunta agresivamente formulada, que sintetizaba la cuestión.

Esa apertura ideológica y humana me significó mucho dolor, pues cuando en 1983 con el retorno de las instituciones constitucionales comencé a hacer el balance –a contar las bajas, literalmente– encontré que muchos amigos de la izquierda o del peronismo habían sido muertos o desaparecidos y muchísimos, los que tuvieron suerte, debieron escapar al exilio para salvar sus vidas.

Entre fines de 1983 y 1985 me fui encontrando con varios de ellos de manera casual en el microcentro de Buenos Aires y luego de los abrazos y algún llanto, café por medio, intercambiábamos información. Yo conservaba las viejas libretas de direcciones desde que comencé a estudiar. Con ellas supe revisar los datos obtenidos de los amigos que retornaban al país y otras relaciones que rearmé con ellos. El balance de muertos y desaparecidos fue terrible, al punto que allá por el ‘85 o el ‘86 las tiré, lo que quizá no debí haber hecho, pero la presión emocional me resultaba insostenible.

Vuelvo a mi militancia en AUN. El mundo vivía en una contradicción fortísima, por un lado en occidente los jóvenes anglosajones y franceses se manifestaban contra la guerra y el mandato (generalmente religioso, sea el calvinista o el católico) y sus mensajes culturales llegaban aquí; por el otro, la guerra fría se endurecía y tomaba su rostro más duro y también llegaba a estas latitudes. Dos tensiones originadas en y por los países centrales, cargaron de tensiones a mi país, al que no le sirvió ser un país periférico y lejano para ellos. Aunque también era y es un país sin clara conciencia e identidad y por ende frecuentemente incapaz de reconocer sus verdaderos intereses nacionales y humanos.

Mientras en la universidad, los futuros dirigentes políticos de todo el arco ideológico hacían discursos “para la gilada”, henchidos de ansias, dogmas, incompreensión, odios y soberbia, mientras se ejercitaban en el arte florentino de la política, que estúpidamente aún ejercitan nuestros políticos, ahora mayores (en edad). No comprendían (ni comprenden) que el arte que Macchiavello enseñó era producto de una Italia fragmentada en Estados independientes por la presencia del Papado y que probablemente ayudó a mantener así por 350 años. La razón de Estado, no es ninguna razón, sino una apariencia para esconder las verdaderas intenciones. Además nuestros aprendices de florentinos creían y creen que, además las “historia” los apoya, es que la historia se ha objetivado bajo un significado variable en función del dogma ideológico de cada quien.

Pero el dato central era que la universidad de la reforma universitaria estaba descubriendo al peronismo, al que en su momento enfrentó de la manera más dura y que en la lógica del enfrentamiento a la brutal y elitista reacción del arco ideológico preexistente<sup>87</sup>, condujo al desafiante aunque desafortunado “alpargatas sí, libros no”. Es que el peronismo produjo una fuerte redistribución de la riqueza, que permitió que los beneficiarios de su política comenzaran a enviar sus hijos a la universidad y los jóvenes que ingresaron traían en su identidad las luchas, creencias y beneficios obtenidos por sus padres, muchos de ellos obreros o ex obreros.

Ese descubrimiento y aceptación del peronismo por la universidad de la reforma fue traumático, pues ésta fue el producto de la decisión de la masonería liberal de terminar con la universidad curialesca y arcaica, al igual que la creación de los partidos mayoritarios que la fogonearon, y que por su origen cultural fueron violentamente antiperonistas, movimiento al que no entendían. Es que partidos políticos y reforma universitaria –ambos– fueron producto de las ideologías europeas originadas en el liberalismo antiabsolutista y la Ilustración tendientes a terminar con los resabios del poder feudal premoderno preservados por la Iglesia Católica, su legitimadora. Pero esa misma visión, trasplantada al nuevo mundo, los llevó a ignorar e incluso hasta despreciar a la otra Argentina, esa que fue ocultada por la Argentina “ilustrada”, pero que hizo eclosión y salió a luz e ingresó al mercado económico y adquirió fuerza política con el peronismo, con el que dio un enorme salto hacia su integración al conjunto nacional, del que “la gran antinomia” los había marginado. Claro que ese proceso fue durísimo, incluso sangriento, aunque menos de lo que pudiera haber sido.

---

<sup>87</sup> Hay que recordar que un conocido dirigente radical calificó de la manera mas inhumana imaginable de “aluvión zoológico” a los argentinos hispano criollos migrantes en Buenos Aires. Y hasta donde conozco no mereció el repudio de su partido ni del arco antiperonista de entonces. Es más recuerdo que muchos lo festejaban como una “ocurrencia”.

Y debo señalar que la universidad argentina, si bien pública, era crudamente elitista hasta la reforma y luego, si bien amplió sustancialmente su pluralismo académico y su base social, aunque en medida infinitamente menor, en la realidad lo siguió siendo. Es que preferentemente ingresaban los hijos de la clase media, que además de practicar una cultura política generalmente antiperonista, tenían incentivos sociales y culturales para aspirar a la movilidad social a través de la educación universitaria.

Eso lo terminé de comprender trabajando en la ONG Por amor al niño, en la villa miseria conocida como Ciudad Oculta o Villa 15 (en la denominación oficial) y en el ejercicio de la docencia en la Universidad Nacional de La Matanza, caracterizada por la heterogeneidad social y cultural de sus estudiantes. Ahí aprendí que es necesario acompañar emocional e intelectualmente a los pibes que provienen de sitios socioculturales a los que la pobreza los hace inevitablemente poco estimulantes pues la creatividad está dirigida a la supervivencia cotidiana, por lo que su horizonte está inevitablemente reducido.

Si eso no se hace, el resultado es que esos chicos o bien no se matriculan o bien desertan, con lo que la “igualdad de oportunidades” se transforma en una abstracción reificada y no en una práctica. Simplemente porque nadie les muestra las aptitudes y las *actitudes* necesarias para usar las facilidades que tienen disponibles de manera gratuita, como en pocos lugares del mundo.

Por eso creo firmemente que la democratización de acceso a la universidad no se agota con los postulados formales de la reforma universitaria de gratuidad, libertad de cátedra y cogobierno, pues cuanto el acceso a la universidad no forma parte de las representaciones mentales de un joven, simplemente no es para él una opción a tener en cuenta. Aunque sea gratuita no estará a su alcance porque no forma parte del bagaje de sus representaciones y por ende para él no es una elección, con lo que el círculo vicioso de la pobreza y eventual marginación se mantiene.

Retomo el asunto de la irrupción del peronismo en la universidad. Se produce, creo, desde comienzos de los '60, donde los hijos del formidable cambio puesto en marcha por el peronismo, arriban a la universidad. Ellos traen la historia de muchos de sus padres, que incluye la ilusión perdida, el odio, la resistencia y también la revancha.

Es que, el movimiento cívico-militar que depuso ilegalmente a Perón, pese a su autoproclamada condición democrática y republicana, no escatimó *ningún grado de violencia*, como lo demuestran el bombardeo a Plaza de Mayo, los fusilamientos, la persecución, la proscripción y la cárcel. Mostraron un odio que, a su vez demostró su escaso grado de civilización, es decir la barbarie subyacente tras del barniz ideológico anglo-francés, “fino” y elitista, cuando no racista.

Muchos otros no habían heredado esas vivencias, pero sí conocieron la violencia y el odio, casi directamente proporcionales a los logros sociales de Perón y el peronismo. En todos los casos se sumaron la vitalidad y la entrega de la juventud. Por otro lado fueron horriblos *crímenes impunes de lesa humanidad*, y la impunidad en algún momento y de alguna forma, pasa a cobrar la deuda y no de manera amable. Eso pasó, ¿o sigue pasando? Creo que en el segundo decenio del siglo XXI la impunidad, la represión social y el resentimiento que generaron, siguen expresándose, aunque por suerte sólo mediante la violencia simbólica.

Mientras eso ocurría, Perón, continuaba irredento y en el exilio, recordando todos los días, que la herida social y política seguía abierta y sangrante.

Todo ello se daba en el entorno de la guerra fría, cargada de tensiones y maniqueísmos, al punto que ese enfrentamiento global anidó en el propio peronismo. Tanto como que junto a los peronistas de izquierda, los que devinieron en los “imberbes” que hasta llegaron a la lucha armada, estaban entre muchos otros, los de la Concentración Nacional Universitaria o del Comando de Organización, de una fuerte impronta fascista-católica-medieval llegaron a enfrentarlos de la manera más violenta. No sólo en Ezeiza al regreso de Perón, sino también durante la dictadura, con la que muchos de ellos se alinearon.

Las fronteras ideológicas también dividieron al peronismo, dentro de un país dividido. La gran antinomia se reproducía y recombinaba infinitamente. Fue un lío incomprensible, al que sólo terminé de comprender, bien o mal, muchos años después. Para los extranjeros Argentina era y en parte aún es, un galimatías; los argentinos agravaron el problema al intentar comprenderlo, simplificándolo en base al más elemental y brutal sentido común, lo que los llevó al maniqueísmo o a la inacción. El maniqueísmo conduce a la violencia y la contra violencia y la inacción a la aceptación pasiva, de cualquier cosa. Así fue cocinándose el caldo sincrético nacional y su resultado, el pragmatismo.

Pero no quiero adelantarme. Antes que ese proceso se desarrollara debo decir que la universidad –y la sociedad en general– estaban con otras cosas... la reivindicación de Perón, el odio atravesado, la representación fenomenológica de la riqueza... no era momento de estadistas ni de proyectos económicos de desarrollo y paz e integración social, política y económica a largo plazo. Quien los hiciera estaba en la *dimensión espaciotemporal equivocada*. Los desarrollistas de entonces estábamos en otro país y cuando algunos años después planteé la necesidad de cambio, el silencio de nuestros líderes me obligó a dejar a ese partido, simultáneamente lúcido y soberbio, al punto de desconocer la realidad.

Era idealismo y voluntarismo puro en la tierra de los 360° de libertad y el tiempo analógico –continuo– y relojes algo innecesarios. Es más, el reloj había quedado atascado en el '55 mientras el desarrollismo imaginaba *un país que no era*.

Así hice un derrotero intelectual. Nunca fui un ideólogo y dudo –como dije– haber tenido una personalidad apta para la política, o al menos para el modo como se ejerce la política en Argentina. Me doy cuenta ahora que no terminaba de entender el lenguaje ideológico, lo mío siempre ha sido el de escuchar, hablar, comprender y hacer, no ahogar al otro, pese a que soy un crítico entusiasta y apasionado con la adrenalina siempre dispuesta. Aunque reconozco que he debido lidiar con una tendencia a ser asertivo, que mis estudios epistemológicos y metodológicos, por suerte, han atemperado bastante.

Aunque ahora soy peor “enemigo” pues gracias a Aristóteles y a la lógica y la epistemología modernas, aprendí a detectar las falacias lógicas y a formular preguntas en apariencia simples e inocentes, pero en cuanto tales, difíciles de responder pues implican la complejidad. Tal comportamiento saca de quicio al ideólogo, muy a mi pesar. No hay nada peor para un ideólogo lleno de dogmas y por ende de limitaciones intelectuales o para un político cargado de compromisos y ansias de poder

que hacerle notar sus falacias de circularidad, de autoridad o de pregunta compleja. Es peligroso, uno se suele quedar sin trabajo, pero es divertido. Ja.

Ahora, en este tramo del camino de vuelta, redescubrí a Sócrates por lo que tengo mis esfuerzos vitales concentrados en ver qué puede hacerse para que el derecho y la política se introduzcan en la racionalidad, que no es otra cosa que buscar entre todos la mejor idea de manera crítica, criticable y pública. O como me imagino que hubiera dicho Sócrates, buscar la mejor idea para resolver entre todos los problemas de la Polis, en el Ágora. Como adelanté en mis críticas al relativismo posmoderno.

Las ideologías –reitero– siempre me han resultado una *reducción del mundo* y aún cuando todavía no me había puesto a estudiar y desenvolver la epistemología de la holicidad y la complejidad en las ciencias del hombre, no me resultaban aceptables porque ya en ese entonces pensaba, que las ideologías implicaban una simplificación y una distorsión de la realidad. Creencias que se expresaron de maneras algo iconoclastas. Después, muchos años después, lo entendí desde la filosofía, la epistemología y la transdisciplinariedad científica, que en síntesis consiste no sólo en utilizar conocimientos de diversas ciencias sino, modelos explicativos utilizables transversalmente en varias de ellas.

Es que no se pueden criticar, ni siquiera desde “adentro” porque se asientan sobre uno o más dogmas, los que impiden establecer relaciones libremente. Razón (sinrazón, en realidad) por la cual el ideólogo raramente está dispuesto a cambiar de opinión, pues no escucha las ajenas. La ideología se fundamenta en sí misma, *circulamente*. Lo que la “inmuniza” artificialmente a la crítica racional.

Por ello no se puede discutir creativamente con un ideólogo. Una ideología versus otra. Es decir *violencia simbólica* y *contraviolencia simbólica*, que fácilmente deviene en violencia física. Es así que se inicia el círculo de la violencia y la contraviolencia acrecentada, en la pura lógica brutal del sentido común, esa que Gandhi venció con la no violencia. Fue así que dejó al conquistador europeo dando golpes al aire, agotándose moralmente por nada.

Así nos ocurrió, mientras la realidad pasaba por otro lado –indiferente– y cuando un país ignora la realidad la consecuencia es el desencuentro, el llanto y el dolor. Eso ocurrió y eso aprendí, durante mi vida universitaria y los años siguientes.

a) *La gran antinomia*. Creo que en la universidad argentina de las décadas de los ‘60 y los ‘70 se dieron con la mayor claridad las contradicciones de la sociedad en general pues reflejó los problemas de integración cultural, política y económica de un país dividido en dos polos básicos. La Argentina premoderna, criolla-aborigen, continuadora de la feudalidad hispano-católica y la Argentina de la Ilustración y la emigración neoeuropea, es decir posterior a la castellano-hispánica fundacional, realizada bajo el molde ideológico republicanista francés, pero controlada por el Imperio Británico.

No sólo por el hecho conocido de que las universidades eran un sitio que reunía a miles de espíritus jóvenes provenientes de todo el país<sup>88</sup> ávidos de descubrir

---

<sup>88</sup> En esos años, había pocas universidades nacionales y todas bajo el molde cultural de la reforma, en más o en menos. Actualmente la educación universitaria se ha expandido geográficamente y con modelos académicos fuertemente impulsados por la visión peronista.

miento y asombro, plenos de nuevas ideas, ideologías, idealismos y hormonas. Sino también porque en ella confluían multiplicidad de experiencias personales, hechos y tendencias sociológicas y culturales internas y externas como probablemente en pocos momentos de la historia académica debió ocurrir.

Por ello pivotaré en el marco universitario para la descripción de una etapa de nuestra historia patria porque sus correlatos universitarios son muy representativos, aunque no me quedaré en él. Ya dije que esta relación no reconoce método alguno, más allá del propósito de ser veraz y de hacerlo lo mejor que pueda.

Además las vivencias y experiencias políticas que se generaron en esos años y en ese ámbito, se manifiestan en el presente, tanto como que muchos de nuestros dirigentes se formaron en esos tiempos, tan intensos, apasionados y frecuentemente insustanciales. Aunque también es cierto que muchas de esas pasiones se originaron en las realidades muy diferentes de los países centrales o en vías de serlo, razón por la cual aquí con mucha frecuencia se manifestaron frívolamente al carecer de encarnadura local.

El país, como todo en el universo, está siendo lo que fue, incluyendo la confusión, la frivolidad y el permisivismo intelectual señalado precedentemente, mientras se reformula en un nuevo momento. Un momento entre el pasado y el futuro, cuya proyección obviamente desconozco.

La universidad que conocí, al igual que el país “pre peronista” dominante, era fruto de la cultura de la Ilustración liberal, de izquierda o derecha, conservadora o “progresista”, republicana en más o menos, pero siempre un subproducto de las *revoluciones burguesas y de la Ilustración europeas*. Claro que ese fruto de la historia europea sufrió muchas modificaciones pues cayó en una sociedad que no había desarrollado fuerzas y madurez para abandonar por completo las representaciones culturales de la feudalidad. Fue un proceso de implantación de ideas generadas en otra realidad y por ende extrañas. También la universidad fue campo propicio para el sincretismo.

También antes de continuar debo recordar, y seguramente volveré sobre el asunto, que la Ilustración y las ideas liberales traídas de Europa con las que se reorganizó la Argentina no constituyen un movimiento único, ni siquiera coherente. Al punto que el peronismo, en cuanto pensamiento socialmente reivindicatorio también se construyó sobre las variantes que de una u otra forma plantearon la cuestión de la igualdad jurídico-política como precondition de la justicia social, especialmente en Francia, donde en la misma revolución burguesa, aparecieron signos del “cuarto estado”, es decir las masas desposeídas, como le escuché decir a Silvio Frondizi. Otras variantes europeas, sin embargo, también contribuyeron a la formación de su cuerpo doctrinario fundacional.

Es así que además de la influencia institucional norteamericana, la influencia francesa fue muy grande. Basta recordar que el nombre de nuestra Confederación General del Trabajo, la CGT, creada por partidos de izquierda de origen europeo en 1930, es la traducción de su homónima francesa, la *Confédération Générale du Travail*, también CGT, creada a fines del siglo XIX. Al punto que nuestra CGT es “de la República Argentina”, probablemente para evitar confusiones en el marco del internacionalismo proletario de esos años.

O tener en cuenta que al igual que en Francia, un componente central de la política argentina fue el radicalismo, partido también de esencia liberal republicana, aunque aquí tocado por el krausismo y la previa presencia hispánica. También el socialismo, que llegó, a tener muchas variantes, tuvo ese origen.

Tanto la CGT como el radicalismo y el socialismo son precedidos por movimientos similares en Francia.

Claro que, como adelanté, ni las revoluciones capitalistas ni las ideas de la Ilustración se quedan en estado “puro”. Como todo producto cultural, cuando entra en contacto con otro, en nuestro caso la hispanidad, su desarrollo histórico y sus ideologías concomitantes se *recombinan* de distintas formas, a veces sincréticamente. Cuando digo que la diferencia de Argentina con otros países de Iberoamérica radica en la influencia del capitalismo y la cultura británica y la ideología iluminista y republicana francesa, no estaré afirmando que Argentina es eso, sino que su desarrollo fue fuertemente *condicionado* por tales factores, constituyendo una anomalía dentro de Iberoamérica. Por otro lado el capitalismo británico original, además de financiero era industrial, mientras que aquí se manifestó como un capitalismo agrario, *compatible* con prácticas sociales y políticas heredadas de la España feudal.

Sólo diré aquí que la ideología de la Ilustración y el liberalismo implicó liberar la mente humana del inmovilismo del pensamiento feudal, que obviamente también vino de Europa de la mano de la España castellana, mientras que *el control simbólico de la sociedad era ejercido por la Iglesia Católica*, sus mandamientos, doctrinas, cánones y artes<sup>89</sup>, pero principalmente con la administración terrena del cielo y el infierno por parte del cuerpo sacerdotal, jerárquicamente organizado, como en toda *estructura de poder*. Además de ese formidable instrumento de control social que es la confesión de los pecados<sup>90</sup>.

Qué puede ser más medieval y arcaico –premoderno–, en cuanto instrumento de control social, que el control del acceso al cielo o la condena a las torturas del infierno, mediante instrumentos tales como la auto atribuida capacidad de perdonar los pecados de la Iglesia Católica, junto con la confesión, las indulgencias, la excomunión y la extremaunción.

Tal pensamiento contenía en ese entonces del orden socio-económico feudal y sus respectivas ideologías y representaciones de sustento, en las que el ser humano estaba *incluido* en el sistema productivo, sea como accesorio a la tierra del señor o como integrante de una corporación artesanal. Desde esa posición, con la modernidad devino en individuo y luego en persona. Ese paso comenzó a darse con el Renacimiento, que fue la recuperación de la idea griega de la persona individual como actor de los procesos creativos y que en cuanto integrante de la polis integraba una comunidad política de iguales.

---

<sup>89</sup> Se ve muy claramente el papel de custodio simbólico ideológico de la Iglesia Católica en América en la pictografía colonial. Quizá el mejor ejemplo lo constituyen los “ángeles arcabuceros” que se encuentran generalmente en iglesias y conventos católicos del noroeste argentino, por ejemplo en Casabindo, aunque hay reproducciones también en Yavi, localidades ambas de Jujuy. La misma Virgen del Cerro de Potosí mostrada más arriba, multiplicada en diversas versiones, es una muestra del control simbólico eclesiástico-medieval. Son claramente imágenes del mundo medieval y su imaginaria.

<sup>90</sup> Si bien es un instrumento tranquilizador de la condición humana, no es menos cierto, que pese al secreto de confesión, institucionalmente, es un instrumento de control sobre la feligresía.

En el mito griego, tanto dioses como héroes, que mostraban claros rasgos humanos, forjaban su propia divinidad mediante su voluntad y esfuerzo sin un dios padre, que como en el cristiano y otros, fuera el creador del cosmos de una sola vez y para siempre, conteniendo un conjunto de esencias inmutables. Creo que sobre la idea griega del poder del individuo recuperadas en el Renacimiento por la naciente burguesía industrial, comercial y financiera de la Italia germanizada, se desarrollarán las nuevas tendencias que se expresarán en la Era Moderna. Es que el burgués era un individuo, no un siervo de la gleba, accesorio a la tierra.

Al punto eso es así, que el anti burgués marxismo es un producto inmediato de la modernidad –sin la cual no se lo entiende– o mejor dicho, quizá, un componente de la misma Ilustración burguesa, pues sus postulados básicos, son derivados de ella. Es que bien vistas tales ideologías intentaron hacer realidad las garantías y los derechos humanos abstractos creados por las revoluciones antiabsolutistas.

Se puede buscar liberalismo e ilustración en los precedentes filosóficos y económicos de Marx, pero las revoluciones rusa y china explican el asunto con la contundencia de los hechos y situaciones en las que derivaron. El actual capitalismo chino y ruso parecen dar razón a los que pensábamos que sus respectivas revoluciones comunistas, simplificando en extremo, no eran otra cosa que revoluciones nacionales, *anti feudales* y en el fondo capitalistas<sup>91</sup>, pero que más allá de la conciencia de sus líderes implicaban recuperar el tiempo histórico con 400 años de atraso respecto a Europa y *continuar evolucionando*. Con perspectiva me fui dando cuenta que fueron revoluciones llevadas a cabo mediante ideologías de la Ilustración. En esos países las revoluciones marxistas también fueron, en consecuencia, “occidentalizadoras”<sup>92</sup>, pues el marxismo es *européo y occidental*, además de un desarrollo dentro del entorno de las ideas de la Ilustración.

Creo que los norteamericanos se opusieron a soviéticos y chinos no ya para enfrentar a la ideología anticapitalista, sino para evitar que surgieran potencias industriales capitalistas rivales. Claro que quizá esa idea era hilar muy fino, aptitud para la cual no están demasiado preparados los norteamericanos, aunque también es cierto que el solo hecho de que fueran potencias industriales ya constituía una amenaza a su liderazgo de posguerra, al margen de su ideología de sustento. Al fin, al enfrentarlos los obligaron a crear cortinas de hierro y de bambú, a costa del ahorro y el trabajo forzado. Ahora, desde esa acumulación de capital, los están desalojando del liderazgo capitalista mundial. Las burlas de la historia.

En Argentina no se produjo una revolución anti feudal en el sentido clásico, que en sus aspectos más visibles se ha manifestado como industrialización y acumulación de capital<sup>93</sup> por instituciones especializadas –la banca– pero que implica una renovación estructural de la sociedad, incluyendo el desarrollo de la ciencia y la tecnología, de las instituciones jurídico-políticas y una ética consistente con esas innovaciones, originadas en diversas formas ideológicas como la religión y la filosofía.

---

<sup>91</sup> No sólo reprodujeron estructuras productivas originadas en el capitalismo (la empresa), sino también que pensaron el cambio histórico en función del *capitalismo estatal*.

<sup>92</sup> Rusia era claramente feudal formado en la ferocidad de la lucha multiseccular contra los mongoles. China, también lo era, fragmentada, además, por los llamados “señores de la guerra”.

<sup>93</sup> En la URSS y en China y otros países socialistas la acumulación de capital la realizó directamente el Estado.

Ese proceso se puede describir desde otra perspectiva teórica como una extraordinaria complejización de la sociedad, probablemente como consecuencia de la diversificación propia de la división del trabajo, tanto manual como intelectual, producida a su vez por la reivindicación del individuo y su multiplicidad de intereses y capacidades, mientras que en el medioevo el trabajo esta compartimentado corporativamente.

Es que su inclusión en el Imperio Británico como proveedora de materias primas alimentarias se hizo sobre la base de grandes explotaciones de tipo capitalista –la estancia, de origen colonial– pero que precisamente por su gran tamaño permitían la supervivencia de prácticas culturales y políticas e incluso productivas, hispano-feudales. Tales prácticas se expresaban en la relación con la peonada, atravesada por el caudillismo, y otras tales como el *puestero*, que era un habitante de la tierra del patrón a la que debía cuidar y en la que vivía con su familia, dándole hijos que frecuentemente pasaban a engrosar la peonada e hijas que se transformaban en empleadas domésticas o “chinitas” todo servicio.

Mucha de esa gente, formalmente libre, en realidad pasó a formar parte de la tierra de patrón, particularmente cuando luego de la ocupación del desierto y la distribución de tierras se acabó con el criollo libre, que a veces era “matrero”, es decir excluido o autoexcluido de toda ley gubernamental. Las enormes extensiones de tierra frecuentemente pertenecían a un terrateniente ausente, que vivía en Buenos Aires<sup>94</sup>, lugar en el que se concentraba el poder y en donde, por ende, *ejercitaba fuerte influencia política* en las decisiones nacionales o provinciales, apoyado en su gran fortuna y sus relaciones. La supervivencia de esa estructura cultural tuvo una significativa influencia en el desarrollo político argentino, siendo otro de los componentes esenciales de la gran antinomia. También dio lugar a un marcado elitismo conservador, que he observado frecuentemente en la campaña bonaerense.

Ya dije que la universidad que conocí era el producto de la reforma<sup>95</sup> universitaria, impulsada por la masonería quien a ese fin unió a los partidos políticos que ella misma había ayudado a fundar, para erradicar la universidad curialesca, hispánica y conservadora, con claros rasgos medievales.

Ese origen y ese propósito explican también la dimensión sudamericana que adquirió la reforma pues la masonería, como quedó claro desde la época de la independencia, tenía un alcance continental e incluso global, si se considera su origen europeo. No puede ser casual que la reforma se diera en diversos países americanos más o menos en los mismos tiempos, sincronismo que también se dio en sus respectivas independencias. La coordinación de ambos procesos es tan evidente como opaca: evidente por su cronicidad, *opaca* porque nadie reivindicó públicamente su impulso coordinado a nivel continental. Tal sincronismo y tal opacidad recuerdan, inevitablemente, al de los procesos independentistas.

Es cierto que la independencia de Hispanoamérica se dio por la decadencia imperial de la España aún medieval, mercantilista en lo económico y asociada a la vieja Iglesia Romana, mientras que el cristianismo de la Edad Moderna había adoptado la Reforma. Pero no lo es menos que en ese entorno operaron fuerzas que

---

<sup>94</sup> Cuando no en Londres.

<sup>95</sup> Desde que estudié derecho político y leí sobre la reforma protestante nunca pude dejar de pensar que había una extraña *conexión lingüístico-política* con nuestra reforma universitaria.

apuraron la decadencia, sea constituidas por españoles partidarios de la Ilustración y el liberalismo, sea aquellas impulsadas por la emergente Gran Bretaña y la Francia post revolucionaria. La fuerza coordinadora e impulsora de ambas tensiones fue la masonería, a veces directamente a través del trabajo coordinado de sus logias y otras por la acción diplomática o militar de las dos potencias por entonces con intereses contradictorios con España: Inglaterra y Francia. Miranda, San Martín, Bolívar, O'Higgins, Belgrano –para citar los más prominentes– eran masones, lo mismo que una buena parte de los fundadores de los Estados Unidos de América del Norte, una potencia masona.

La universidad de la reforma albergaba a radicales, socialistas, comunistas, liberales conservadores e incluso anarquistas, todos ellos directa o indirectamente hijos de la Ilustración, pero excluía al peronismo. Era preferentemente un exponente de la Euroamérica no hispánica, pues el componente intelectual europeo era preferentemente francés y en menor medida británico, con un cierto desprecio por el aporte hispánico que en realidad era poco significativo, como lo sigue siendo en la actualidad.

Consecuentemente también soslayaba a un componente principal de la realidad, es decir la Argentina hispánica, criolla y aborigen, subyacente pero viva. A esa Argentina excluida luego se le unieron los inmigrantes y sus descendientes también excluidos –no hay que olvidar que la mayoría de los inmigrantes europeos, incluyendo mis ancestros, no pudieron acceder a la tierra<sup>96</sup>– y muchos de ellos confluyeron, en cuanto trabajadores y excluidos, en el peronismo. En mi caso, como en muchos otros, el factor de movilidad social era la universidad. M'hijo el doctor.

Esas contradicciones estaban vigentes en la universidad reformista, que pese a todo era también la universidad de las clases altas y medias de origen europeo que excluía a los marginados por la generación del '80 (criollos hispánicos, aborígenes y su multiseccular mestizaje genético y cultural) que junto con los nuevos inmigrantes europeos integraban la clase obrera formada al calor de emprendimientos industriales antiguos o recientes y encuadrados por la legislación laboral de Perón.

Cabe agregar que durante el peronismo también se procuró integrarlos al proceso educativo mediante las universidades obreras, base de la actual Universidad Tecnológica Nacional, una alternativa a la universidad enciclopedista que sólo preparaba profesionales para la sociedad agro-importadora pero inadecuada para una sociedad en proceso de industrialización.

La mutación universitaria implicada en la plena irrupción y reivindicación del peronismo y las consecuentes tensiones, formaban parte de un marco más amplio, el marco que alegremente el golpe cívico-militar del '55 había dado por superado, suponiendo con total voluntarismo que con la mera proscripción y represión del peronismo el problema quedaba resuelto. Puro voluntarismo e ideología sin realidad pues el país real difícilmente puede ser suprimido. Las personas y las representa-

---

<sup>96</sup> Giuseppe Zaffore/Zaffora tenía una huerta de verduras, era un quintero, establecido como todos ellos en la periferia de los pueblos. También, conforme a relatos de mi madre, acopiaba y vendía leña, la que recogía en los montes pampeanos (piquillín, caldén, etc.) y traía esforzadamente a Pigüé en un enorme carro. Giuseppe Notararigo era acopiador de "frutos del país", como se llamaba a los lo que compraban y vendían cueros vacunos y lanares y lana de oveja, además de cueros de liebre europea y zorro pampeano.

ciones del mundo que portan en su identidad –sus memorias–, son reales, como ya dije.

Pero la contradicción que se vivió en la universidad con mayor claridad y virulencia, tenía raíces históricas muy profundamente hundidas en la historia del país. Argentina como todo el resto de Hispanoamérica fue erigida sobre la base de la cultura hispánica, que, como adelanté, a su vez tenía una notoria asincronía histórica respecto a la evolución de la cultura europea occidental.

Eso me obliga a realizar una nueva digresión sobre la medievalidad hispano-castellana, que la ausencia de método de esta relación me permite realizar impunemente, o más o menos. Mientras países como Inglaterra, Francia, Holanda, Alemania<sup>97</sup>, el norte italiano y los nórdicos se lanzaban de lleno a la modificación de sus estructuras ideológicas mediante movimientos tales como la reforma religiosa, el Renacimiento y el Humanismo, movimientos –los tres– que preanunciaban la irrupción de nuevas fuerzas sociales superadoras del feudalismo, España estaba tratando de adquirir identidad y unidad nacional reafirmando su catolicismo, que no podía sino ser el del orden feudal, luego de la expulsión de los musulmanes omeyas pues se trataba de ocupar sus tierras. La llamada “reconquista” parece ser el componente ideológico central del relato en tono de gesta, aunque es dudoso que tenga un claro componente de verdad, luego de tantos siglos del establecimiento árabe cuando aún España no existía.

Al igual que otros pueblos, España, principalmente sobre la base de Castilla, utilizó a la religión, en este caso la Católica Romana, como factor de identidad y unidad nacional, de manera equivalente al hecho de que mil años antes fue esa iglesia la que de alguna manera mantuvo la unidad de la Europa Occidental que integró el Imperio Romano desde su caída hasta la Reforma y las revoluciones burguesas.

Tales movimientos, al poner al individuo –sea como creyente, comerciante o industrial– como actores de toda obra y toda creencia humana *la desalojaron de la modernidad*, en cuanto la Iglesia Católica, como sostén del orden feudal, no podía brindar ni estructuras funcionales ni representaciones ideológicas a las nuevas fuerzas sociales emergentes. Es así que España surge y se unifica como Estado nacional bajo los símbolos culturales y las formas de producción que comenzaban a ser cuestionados y abandonados en los otros nacientes Estados europeos modernos.

Me parece que el medioevo fue un tiempo sin un sistema de orden férreo como el del Imperio Romano, que albergó grandes calamidades –pestes e invasiones feroces– en el que las personas poco podían hacer, *sólo encomendarse a Dios*. Y Dios es una forma de administrar psicológicamente el miedo al *azar*, a lo desconocido y el terror a la anomia. Fue la Iglesia Católica la que lo mantuvo unido en gran parte administrando el miedo por el castigo al pecado y lo hizo también como control social. *Generó el pecado y –circularmente– su propia capacidad de perdonarlo*, in-

---

<sup>97</sup> En Italia la influencia Papal no permitió su desarrollo, aunque Florencia fuera la cuna del Renacimiento, como es sabido. Alemania tuvo un desarrollo particular pues si bien fue uno de los motores de la Ilustración, en realidad no parece haber incorporado una formulación política consistente con las ideas liberales burguesas, como parecen demostrarlo su desarrollo económico y su evolución política a lo largo de los siglos XIX y XX, nazismo incluido, que tiene claros componentes premodernos.

cluso de ser indulgente ante el pecador, que así debía quedar en deuda y agradecido.

Claro que esa mentalidad medieval no era apta para el desarrollo del individuo, ni la planificación del futuro individual y social, es decir el *conocimiento* y la *innovación*. Esa cultura –la del *azar y su administración*– fue traída a las Américas por los castellanos e ibéricos en general, que además de medievales eran guerreros, que son los que por su profesión inherentemente azarosa, estiran al máximo los hilos del azar. Esa cultura enfrenta el azar mediante el ruego procesional, no a través del conocimiento, que pone el futuro en manos de los seres humanos y no de superestructuras de poder ideológico.

Luego, lanzada de lleno a la conquista y expoliación de un nuevo imperio global creyó no necesitar ni de nuevas tecnologías ni de nuevas ideologías, ni de nuevos sistemas productivos. Se trataba de tomar las riquezas del Nuevo Mundo, principalmente el oro y la plata. Y esa fue una tarea de *guerreros, feudatarios, abogados y sacerdotes, no de científicos, tecnólogos e inversores*.

Es así que la denominación de nuestras calles y nuestra toponimia está llena de generales y santos, seguramente heroicos y valientes, tanto en el combate como en la defensa de la fe romana. Es un dato cultural de primer orden que pasa desapercibido en la cotidianeidad, pero que muestra cuáles fueron los *paradigmas fundacionales*.

La economía del imperio hasta su caída era mercantilista, no liberal burguesa y mucho menos industrialista. Su riqueza o mejor dicho su poder, consistía en la acumulación de metales preciosos, que como todo recurso no renovable se acaba. No radicaba en la industria, el comercio y la banca, cuyos respectivos crecimientos en teoría son ilimitados y reproductivos. Probablemente, la minería esclava de las Américas preservó a España de la necesidad de ponerse a tono con modernidad y, lejos de ello, mantuvo su atraso relativo, que de alguna manera aún se manifiesta con relación a otros países europeos actuales.

Si bien no es un dato totalmente confiable, es ilustrativo de la cuestión: Argentina, un país periférico y dependiente, tiene más laureados con el Premio Nobel que el Reino de España, un país situado en la Vieja Europa.

En ese entorno histórico signado por la búsqueda de una identidad, que recién en este siglo XXI pareciera estar encontrando, España no estaba en condiciones de generar científicos, filósofos, filósofos políticos y humanistas en cantidades significativas. La minería esclava lejos de requerir la liberación de fuerzas humanas, debe justificar la opresión de unos seres humanos por otros con formas no racionales de control social –violencia simbólica– como las religiones, sumada a la violencia física y la crueldad. Ningún conocimiento ni ninguna filosofía humanista puede crecer. En ese proceso la sociedad que sostenga esas formas de dominación también se degrada o al menos su evolución se detiene, retrocediendo con relación a otras sociedades. Eso le pasó al Imperio Español.

Lejos de eso, desaprovechó uno de los grandes aportes a la cultura europea realizado por los árabes mediante la acumulación y recirculación de la cultura mediterránea previa, especialmente la griega, sin olvidar el aporte de los judíos ibéricos a

los que obligaron a negar su identidad o emigrar<sup>98</sup> enriqueciendo otras culturas. Pues su religión, a diferencia de la cristiana romana, les permitió sentar las bases de la acumulación de capital, diferencia en la que fueron seguidas por las iglesias cristiano-reformadas que permitieron el préstamo de dinero con intereses. Además algunas de estas iglesias, como lo han hecho notar diversos autores, generaron también una ideología para el ahorro, la inversión y la actividad empresarial, basados en el esfuerzo y la innovación.

La España castellana acababa de emerger de tiempos muy duros donde se forjó una cultura guerrera del heroísmo más impiadoso. Es sabido que los hidalgos castellanos –hijos de algo, hi d’algos– descendientes de la pequeña nobleza sin tierra, una vez expulsados los árabes, muchos de ellos volcaron esas capacidades a los ejércitos de Carlos V, siendo proverbial su fiereza, al punto de ser temidos aún entre los más aguerridos soldados mercenarios del resto de Europa, pese a que peleaban en el mismo bando, como los lansquenets suizos y alemanes. Quienes leímos algo de historia europea sabemos del horror y la ferocidad que llevaron los soldados españoles a los Países Bajos en los siglos XVI y XVII. Un amigo argentino que vivió muchísimos años en España, me contó que en ciertos lugares de Holanda supo del uso de la palabra “español” como nosotros usamos el “cuco” o el “hombre de la bolsa”. De sus insólitos y sistemáticos niveles de violencia en América no hay duda.

Luego, muchos de ellos, canalizaron su condición guerrera y sed de conquista de riquezas y tierras hacia el oeste y al continente americano, pues el Mediterráneo no era un espacio vacante en esos tiempos. Era una fuerza bélica desocupada y un pueblo duro y sufrido en busca de nuevos horizontes.

Colón y Vesputio<sup>99</sup>, dos italianos renacentistas con conocimientos astronómicos modernos y muy probablemente, masones y conectados a Leonardo y a la astronomía científica, les abrieron esos horizontes tanto a España como a Portugal. Eran nuevas potencias marítimas para las cuales la expansión en el Mediterráneo ya no era una opción dado que era el espacio en el que ejercitaban su gran poderío potencias marítimas y comerciales previamente establecidas, como por ejemplo algunas repúblicas italianas. Muchos de ellas eran fuertes potencias comerciales pre-capitalistas, al punto que habían desenvuelto la banca y los negocios financieros,

---

<sup>98</sup> Quizá el mejor ejemplo sea el de Spinoza, cuyos ancestros si bien van de Portugal a Holanda, aunque según algunos indicios bastante sólidos sus ancestros pueden provenir de España.

<sup>99</sup> Existen elementos que me ha brindado algún testimonio masónico calificado en el sentido de que ambos fueron discípulos de Paolo Toscanelli, que como es sabido pensaba que la Tierra era redonda, recuperando una idea griega que el Medioevo había olvidado. En gran parte el Renacimiento consistió en eso, en recuperar viejas ideas griegas. Según ese testimonio, los dos habrían integrado la misma logia con Leonardo. Hasta tanto la masonería abra ilimitadamente sus archivos esto sólo es una especulación bastante consistente, si se consideran las épocas, los lugares y las personas involucradas. Lo cierto es que la relación Colón-Toscanelli parece estar históricamente acreditada, mientras la de Vesputio se puede inferir sólidamente. Lo que también es cierto que la relación de los italianos Colón y Vesputio con los reinos de España y Portugal está rodeada de cierto halo de misterio, que es bastante frecuente cuando en un mismo hecho confluyen masonería y catolicismo. Lo que también es cierto es que ni la España castellana ni en Portugal existía el conocimiento acerca de la forma de la Tierra y sus implicancias en las empresas de descubrimiento. Fue un conocimiento importado.

siendo un buen ejemplo la Florencia de los Medici quienes fueron impulsores del Renacimiento, sin olvidar a Génova ni a Venecia.

Y aquí vale completar la digresión procurando dar respuesta a la pregunta que con frecuencia se formulan ciertos argentinos, frente a las recurrentes dificultades del país. Concretamente, se preguntan cómo Argentina, una nación que adquirió su independencia relativamente poco después que Estados Unidos y antes que otras ex colonias británicas como Canadá y Australia, va a la zaga de ellos en aspectos de su desarrollo industrial y sus consecuencias sociales y culturales.

A diferencia de los españoles, que en tanto guerreros “conquistadores” de riquezas, llegaron sin mujeres o con muy pocas<sup>100</sup>, los colonos anglosajones de Norteamérica arribaron a las nuevas tierras con sus familias pues estaban dispuestos a establecerse en colonias permanentes, pues escapaban de la persecución a las nuevas ideas religiosas y políticas que portaban, en gran partes nutridas en el calvinismo.

Así fue que llevaron a esas tierras su individualismo y sus respectivas creencias político-religiosas, junto con la industria y el comercio. Es decir, portaban las nuevas ideas del cristianismo reformado, las del antiabsolutismo y la ideología del naciente capitalismo, basada en el individuo y en el individualismo. Y su antipapismo, en cuanto el papado era para ellos el símbolo máximo de la concentración de poder absoluto, al punto que era el único que administraba la interpretación de los textos religiosos, junto a su antiabsolutismo individualista, los hicieron antiestatistas, es decir contrarios al poder centralizado. Bajo esas directrices construyeron el nuevo país y *es sabido que las representaciones del mundo, sean o no verdaderas, en tanto implican memoria e identidad, son reales en tanto son producto de nuevas conexiones neurales de memoria*. Realidad que además se exterioriza haciendo actuar a los hombres que las portan de maneras específicas y repetitivas, no menos reales<sup>101</sup>. Por eso ambas formas de ocupar América fueron tan disímiles como distintas eran las mentes de ambos grupos humanos. Además de sus cuerpos, ambos trajeron sus memorias y por ende sus identidades, es decir sus mentes respectivas, construidas en entornos culturales muy diferentes.

Los anglosajones llevaron a América del Norte su individualismo –frecuentemente extremo– y su criticidad, tanto como que podían interpretar críticamente la Biblia sin la intermediación de un sacerdote y la estructura jerárquico-política que estaba detrás de él, es decir de alguien que se arrogaba la representación de la divinidad y que dependía de un poder central transnacional, es decir el Papado.

Lo cierto y concreto es que según recuerdo haber leído en algún lado, ya en el primer cuarto del siglo XIX una parte significativa (10 o 15%) de las manufacturas que importaba la incipiente Argentina, ex colonia hispánica, eran de origen norteamericano, ex colonia británica.

---

<sup>100</sup> Quizá uno de los ejemplos más cercanos y significativos sea Paraguay. Se dice que así comenzó la práctica cultural de la poligamia, reforzada siglos después por el exterminio de hombres practicados por la masacre perpetrada por Argentina, Brasil y Uruguay, con el impulso británico.

<sup>101</sup> Cuando se desconoce la realidad, si bien las representaciones son realidad, incluso neural, la realidad del mundo generalmente se manifiesta, de manera dolorosa.

Los españoles, en cambio, vinieron con su vieja cultura reconquistada aunque fracturada, a hacer fortuna de la manera en que se la hace en períodos convulsionados de guerra. Eran líderes, eran *caudillos* militares capaces de las más extraordinarias, heroicas, feroces y sangrientas hazañas, pero no eran comerciantes, ni industriales, ni financistas.

Eran *gentes del azar*, no del conocimiento, en cuanto intento de predecir el comportamiento del mundo.

Mientras que en la América anglosajona, como en casi todos los países de influencia germánica, el individuo se fue construyendo como el centro de la acción política, en la América hispano castellana el caudillo militar o político y las jerarquías católicas eran los factores de acción política.

Vale decir que la idea de *individuos con creencias político-religiosas específicas y diferenciadas, agrupados en colonias independientes* fue una distinción sustancial con la ocupación hispano-castellana. Luego, ya en la independencia, esas diferencias se expresaron institucionalmente de diversas formas jurídico-políticas como por ejemplo en la noción de federalismo. Si bien la Constitución argentina se construyó bajo las ideas del individualismo y el federalismo como forma de superar la antinomia puerto-interior, europeísmo liberal-feudalismo hispánico en la práctica adquirió una marcada divergencia.

En Norteamérica significaba una gran autonomía jurídica y económica pues cada ex colonia quería seguir conservando su identidad, mientras que en Argentina la concentración de la riqueza se dio en el puerto, al que luego se le agregó la riqueza generada por la explotación capitalista de la tierra, mientras que el interior quedó paralizado no sólo porque por su conformación geográfica y climática no fue incluida en el sistema agroimportador estatuido por los británicos y sus asociados porteños.

Es que tal situación no sólo produce un empobrecimiento relativo de la Argentina hispano-criolla y un correlativo incremento de su dependencia del puerto de Buenos Aires, sino que, además, cristaliza esa región en las viejas estructuras culturales hispánicas originadas en el feudalismo y sus respectivas representaciones del mundo, tal como las he relatado. Esas dos circunstancias cierran el círculo de la pobreza: una economía marginal, incapaz de generar acumulación y circulación e inversión de capital y por ende movilidad social y la imposibilidad de generar innovación y por consecuencia cambio social, cultural y político. En ese entorno el federalismo es frecuentemente utilizado como instrumento de defensa del *statu quo* local y sus significancias, simultáneamente en vez de ser un símbolo de autonomía, oculta la dependencia de las provincias interiores de la subvención de la Capital Federal y el poder político que alberga.

Y esos tan diferentes rasgos culturales en los dos *modelos* coloniales, se expresaron también en las formas que adquirió el capitalismo en unas y otras colonias, luego de sus respectivas independencias. En Norteamérica el capitalismo era financiero, comercial e industrial, que luego se sumó a la Revolución Industrial ocurrida en su respectiva “madre patria”, a la que poco menos que un siglo y medio después dobló y suplantó en el dominio global.

En el virreinato y luego en Argentina, en cambio, el capitalismo en gran parte fue *rentístico y prebendario*. Y quizá en parte lo siga siendo. No debe olvidarse que

en la América hispano-castellana las tierras eran atribuidas al señor americano por una merced, es decir una *gracia* del soberano, vale decir un acto de pura voluntad y arbitrio de la corona, una prebenda. La tierra y los inmuebles en general, eran un instrumento que garantizaba riqueza y a veces poder político. El terrateniente ausente que arrendaba sus tierras o el que periódicamente se limitaba a recoger las haciendas acrecentadas por la multiplicación vegetativa, constituyó un molde cultural persistente, como la memoria. Quizá eso explique, en parte, nuestra mentalidad rentística, que se expresa en la acumulación de divisas extranjeras y en la adquisición de inmuebles. Ese hábito, por su parte, tiende a retroalimentarse y a manifestarse sociológicamente en el comportamiento de la economía.

Luego de la “conquista del desierto”<sup>102</sup> y el arribo, esta vez pacífico, de los británicos, el asunto cambió pero no demasiado, pues éstos no tenían interés alguno en que la acumulación de capital se volcara a la industria, la tecnología y la innovación porque eso hubiera roto la ecuación del sistema imperial. La crónica de la vida de las grandes familias oligárquicas, esas que pasaban gran parte del año en Europa, especialmente París, son muy explicativas, ellas no trabajaban de empresarios ni estaban incluidos en una estructura ni una ética productiva. Simplemente recogían unas rentas fabulosas y vivían fastuosamente. Pocos eran propiamente empresarios capitalistas.

Como en todo sistema rentístico, la riqueza se atesoraba, se invertía en propiedad inmueble o se gastaba, pero no se invertía en actividades productivas locales. Cronistas de la Argentina positivista fundada por la generación del ‘80 como José María Miró (Julián Martel) o Lucio V. López dan cuenta también de los extremos a los que derivó una economía y una sociedad en las que las finanzas no estaban al servicio de los grandes emprendimientos industriales, sino frecuentemente de la especulación, cuando no del delito.

Esos rasgos culturales hispano-feudales originados en nuestro pasado colonial también contribuyen a explicar porqué Argentina no ha contado con un capitalismo y una burguesía industrial modernas. También porque los modelos industriales que propugnaron y pretendieron establecer, dirigentes como Pellegrini, Perón y Frondizi han sido llevados casi al fracaso total y se ha desenvuelto una cultura del atesoramiento rentístico de bienes y valores. A diferencia de los países capitalistas desarrollados en los que la inversión bursátil y la financiera, tradicionalmente se han volcado en porcentajes muy significativos a empresas industriales. Es sabido, además en que la bolsa fue en esos países un instrumento que canalizó<sup>103</sup> gran parte del ahorro interno, mientras aquí, como dije, fue con harta frecuencia pura especulación.

Aún si se los ve con criterio histórico, España era un anacronismo en la Europa renacentista que comenzaba a producir en el mismo marco temporal revoluciones científicas y técnicas junto con revoluciones filosóficas, políticas e ideológicas. Don

---

<sup>102</sup> Acabo de darme cuenta que la “conquista del desierto” es un despropósito pues un desierto no se conquista, solamente se ocupa. Si se conquista es porque había un ocupante, es decir un conquistado. O sea que o no se conquistó o no era un desierto. No parece que la palabra conquista sea utilizada metafóricamente. Las crónicas y la pictografía de la época hablan de conquista militar, en el sentido claramente español de la “conquista” de América, a su vez heredera de la “reconquista” de Iberia.

<sup>103</sup> Es sabido que en las últimas décadas el capitalismo financiero salvaje no responde a esa descripción, ahora bastante desactualizada.

Quijote, el patético y triste caballero andante, que lanza en ristre vagaba por los caminos imaginándose como un hombre justo y repartidor de justicia, fue desalojado de la escena histórica por el arcabuz y la pólvora. Ese personaje tan carismático como representativo, ejemplificó magistralmente esa transición, que a diferencia de otros países no condujo a la modernidad, sino a una proyección de la feudalidad a otro plano, donde el caballero murió asfixiado en su arcaísmo.

Aunque también vinieron a poblar estas tierras los pueblos vencidos en la propia España, como los andaluces, el último resabio de los árabes y el Califato de al Ándalus. A ellos se los ve tanto en las expresiones lingüísticas, en su pelo y ojos renegridos y su tez, como en sus vestimentas aunque y no tanto en los “chambergos” de nuestros paisanos “sureros”<sup>104</sup>, sino en los de nuestros paisanos norteros. Se los ve en sus facones, originados en las facas ancestrales. En la pelea a cuchillo, que en mi infancia aún era una práctica no infrecuente<sup>105</sup> especialmente en los boliches de campo y en los de los márgenes de los pueblos. Se los ve en sus hermosas y tristes canciones. Se los ve en el idioma, como dije. Pero también se lo ha visto en el fatalismo y en la entrega, frecuentemente incondicional, al caudillo.

Pero probablemente la historia de la España de la derrota de los árabes y la España de la conquista, también incidió en nuestra cultura política. Es que esas dos historias era narradas como gestas, pues ambas historias del valor en la batalla y la sed de conquistas más que de otras cosas. Y uno y otra *dependen de la voluntad*. Dependencia que muy probablemente incidió sobre el voluntarismo que esos españoles dejaron en la cultura argentina, voluntarismo que se hizo posible por el clima relativamente templado, la abundancia de comida y de espacio.

Creo también que es posible que ese *sentido de gesta* que con frecuencia muchos políticos argentinos le dan a su actividad, tenga el mismo origen a pesar de que la política generalmente está más cerca de la “patética miserabilidad”, de la “avivada”, la chicana y el oportunismo que del heroísmo memorable y sostenido, que es lo que constituye una gesta. Creo que por eso, aún ahora nuestros dirigentes, más que discursos con fines comunicativos de proyectos y políticas públicas, hacen *arengas*, para las que, claro está, necesitan inventar un enemigo, pues *sin enemigo no hay ni heroísmo ni gesta posible*.

Así creo que se puede describir la gran antinomia la Argentina hispano-criolla posfeudal y la Argentina neoeuropea de la Ilustración.

Todo esto me lleva a concluir que en Argentina, como en el resto de la América hispánico-castellana están pendiente al menos dos grandes mutaciones políticas, inescindibles una de otra: la primera, integrar la población aborigen e hispano-criolla marginada con la de origen europeo; la otra, producir revoluciones mentales que nos incluyan en la modernidad, claro que ya no pueden ser revoluciones capitalistas o socialistas salvajes, ni es necesario que sean. Ya está siendo un arcaísmo la perspectiva que veía al desarrollo económico y social como un juego de suma cero, en el

---

<sup>104</sup> Aunque ya casi no los usan pues el viento sureño hace del chambergo –por sus anchas alas– una molestia.

<sup>105</sup> Recuerdo la conmoción de un día en que andaba en bicicleta por las playas cerealeras del Ferrocarril Roca: A un obrero que “hombrea” bolsas de cereal, es decir las llevaba sobre los hombros, lo habían acuchillado en el abdomen en una pelea a cuchillo, seguramente por alguna disputa menor aunque agigantada por el orgullo “macho” y el alcohol.

que unos ganan y otros pierden. La historia de otros pueblos y de nosotros mismos nos ha enseñado lo suficiente.

b) *El peronismo en la universidad de la Ilustración.* En ese marco histórico, la universidad pública, que después de la reforma se asienta claramente sobre ideologías europeas no hispánicas, comienza a hacerse eco de las contradicciones, mientras recibía al peronismo en su seno, peronismo que resultó ser integrador de culturas a partir del sincretismo y que ahora comenzaba a ser visto hasta por sectores no peronistas como necesario para estabilizar a un país que desde 1955 había vivido en la inestabilidad política. Pero, inevitablemente, lo que había ocurrido había dejado huellas.

Los fusilamientos y los bombardeos habían ocurrido, la tristeza y la bronca del gringo Spinozzi también habían ocurrido y, linealmente, volverían. La historia de odio y contra-odio que comenzó en 1955 o quizá antes –un siglo antes– no había terminado. La escalada del odio, la expresión más destructiva y lineal del sentido común, sólo admite redoblar la apuesta.

El sentido común aconsejaba devolver la trompada, no poner la otra mejilla o dejarse golpear y que el asesino sea víctima de su propia carga moral. Gandhi fue asesinado una vez más en Argentina. El sentido común del animal que anida en el hombre como hace notar Conrad Lorenz, se impuso: *debía haber vencedores y vencidos*, dialéctica en la que todos morimos un poco.

No quedaba espacio para la integración y los proyectos compartidos. Matar y morir comenzó a ser una opción en un mundo polarizado entre capitalistas norteamericanos y comunistas soviéticos, en un país donde se estaba demostrando que la “tercera posición” era un imposible.

Ni el propio Perón, envejecido en el exilio, pudo evitar la revancha en el contexto de la polarización de la guerra fría, ni siquiera en el seno de su propio partido. La simplificación, en cuanto reducción del mundo, nos vino de afuera y la compramos alegremente, sin comprender que en el mundo simplificado nuestros intereses nacionales no tenían lugar. Era sólo un actor menor en la escena mundial.

La guerra fría le agregó más saña a la antinomia, aunque parezca contradictorio, más confusión a las grandes disyuntivas nacionales de civilización contra barbarie, de hispanidad católica contra liberalismo ateo, del interior contra la Pampa Húmeda y Buenos Aires, de nacionales contra cipayos, de peronismo contra antiperonismo, de patria contra antipatria. Ahora se sumaba la contradicción de lo occidental y cristiano contra el comunismo ateo, el trapo rojo contra la bandera celeste y blanca.

Esas confusiones alimentaron y se realimentaron en los odios, potenciándose en la universidad, una caja de resonancia que reunía a miles de jóvenes idealistas, ansiosos y valientes. Algunos de mis más queridos amigos de la izquierda y el peronismo entraron en la lógica perversa que relataré seguidamente.

Además muchas perspectivas ideológicas diferentes e incluso enfrentadas de la manera más irracional y brutal se lanzaron sobre el peronismo. Todas se atribuían el carácter de “representantes del genuino peronismo”. Todas lo querían copar o cooptar. Los aspirantes a quedarse con las banderas del histórico movimiento popular, al que imaginaban como una herramienta de sus ideas parciales podían ser naciona-

listas de izquierda o de derecha. Eran marxistas o “todo lo contrario”, incluyendo grupos nacionalistas católicos, pero todos en el marco de la violencia que desplegaron militares y civiles para derrocar y perseguir al peronismo, sólo pergeñaban salidas irracionales y violentas. Poco a poco el peronista de barrio, carnal, el de las gentes sencillas, el del gringo Spinozzi, entró en otra dimensión, la del olvido. Su espacio fue ocupado por militantes ideológicos apasionados, que luchaban para darle su propio significado al peronismo.

La izquierda peronista tuvo quizá su más claro representante en John William Cooke, dirigente que tuvo una gran significación, por lo que se merece algún párrafo específico en esta escueta historia. Perón, en las épocas iniciales de su exilio, signado por la resistencia a las tropelías de la autoproclamada revolución “libertadora”, lo designó su representante y sucesor, aunque ese hecho no significó un giro a la izquierda de Perón, pues en los sucesivos momentos y contextos políticos argentinos designó representantes con matices ideológicos y personales acordes con ellos, algunos enfrentados entre sí.

Cooke era un hombre duro frente al golpe cívico-militar, que comprendió al peronismo como la fuerza que encarnaba a los argentinos marginados por la cultura política y los intereses económicos dominantes y que emprendió un camino hacia el foquismo ejemplificado en la revolución cubana de Castro. Quizá fue un buen ejemplo de los efectos del sangriento e impiadoso golpe cívico-militar “libertador”.

Fue quién introdujo, probablemente, otras formas de lucha, incluyendo la lucha armada y la insurrección en el peronismo, cuyo líder era en realidad un hombre de orden, como lo demostró permanentemente a lo largo de su vida política, cuya ideología distaba de la izquierda, pues pretendió formar un movimiento ideológicamente pluralista, inevitable desde el sincretismo pragmático con el que fue armando su movimiento. Cooke murió en 1969, pero su influencia ideológica fue muy grande en los tiempos que le siguieron.

El pueblo peronista –como todo pueblo– albergaba distintas visiones del mundo: podía ser católico o contrario al poder de los “curas” o incluso ateo o agnóstico, podía ser más de derecha que de izquierda o viceversa, podía ser más tradicionalista o menos, más o menos militante. Podía tener ancestros criollo-aborigen o europeo. Podía discutir de política o simplemente confiar instintivamente en sus creencias. El éxito de Perón se basó seguramente en que supo interpretar esa *cultura política sincrética* que caracteriza a la Argentina y que los partidos formados en el entorno ideológico europeo –positivista y masón– no supieron interpretar adecuadamente. Quizá porque Perón, como creo que lo ha demostrado mi amigo Hugo Chumbita, es un hijo del sincretismo cultural y genético argentino, en tanto descendiente de italianos, hispano-castellanos y aborígenes, quizá aonikenks<sup>106</sup>.

Es que el peronismo encarnó como ninguna otra fuerza política, el sincretismo entre la Argentina post hispánica-medieval y el la Argentina de la modernidad neo europea y un partido así no podía ser otra cosa que pragmático, pues el pragmatismo es la única forma de superar, en cada caso, las contradicciones lógicas. Eso hizo que deviniera en un *movimiento*, es decir en una fuerza política que reunía ideologías

---

<sup>106</sup> Según las investigaciones de Chumbita la madre de Perón tenía ancestros aborígenes, probablemente tehuelches, tal el nombre de los aonikenks, rebautizados así por sus primeros conquistadores, los mapuches.

incompatibles. Esa probablemente ha venido siendo la causa de su éxito en el contexto de la gran antinomia, mientras que los partidos políticos de ideologías de límites precisos y puntuales no pudieron soportar las contradicciones. Allí radica el rol histórico evolutivo e integrador del peronismo.

El pueblo peronista simplemente vivía y convivía con compañeros o con quienes tuvieran otras ideas. Extrañaba a Perón y recordaba a Evita. Recordaba los buenos tiempos, los logros y apretaba los dientes ante la represión y la marginación. Estaba dispuesto a luchar y a expresar su lealtad mientras ejercía su vida, cotidianamente.

Pero sus hijos ya *estaban en la universidad*, que era el resonante natural de un mundo convulsionado por Vietnam, la revueltas populares contra el militarismo y la rigidez del mandato religioso y moral en Estados Unidos, Gran Bretaña<sup>107</sup> y Francia, las nuevas estéticas y las nuevas identidades que venían del exterior. Los hippies, mayo francés.

Pero más allá de eso estaba la guerra fría que obligaba a tomar partido, arrastrando con esas buenas intenciones. El escenario era nuestro país, un país con una fuerte propensión a las palabras fuertes, al enfrentamiento ideológico feroz en el que las concesiones o el intento de comprender al adversario era una traición o una debilidad, en el que se exaltaba al valor y en el que las tensiones y los abusos se habían ido acumulando y diversificando a lo largo de su vida independiente.

c) *La guerra fría y su trágica expresión argentina*. La competencia global entre el occidente angloamericano-europeo-capitalista y el oriente ruso-soviético-marxista estalla luego de la Segunda Guerra Mundial, como es sabido. Pero creo que sus orígenes son menos claros y más ocultos que lo que el maniqueísmo usual de la propaganda de guerra, fría en este caso, lo planteó en la ocasión. Especialmente en un país como la Argentina, por completo “invadida” primero por el cine y luego también por la producción televisiva norteamericana. Seguramente es por eso que “compramos” la guerra fría y hasta llegamos a pelearla, en caliente, matándonos entre nosotros los argentinos, que no éramos ni norteamericanos ni soviéticos. Eso demuestra, otra vez, la necesidad de asumir nuestra identidad, defendiendo nuestro espacio audiovisual, en la era mediática global.

Recuerdo que una vez estábamos en un bar de La Plata tomando café, comentando la llamada “crisis de los misiles”, todavía en desarrollo y considerada en ese momento como una situación previa a una guerra nuclear entre USA y la entonces URSS. No recuerdo bien si estaba terminando los trámites de inscripción a la universidad o ya había comenzado mi vida universitaria. Estaba en esa transición, seguramente.

De pronto llegó un amigo del grupo visiblemente nervioso, con el rostro descajado. Se sienta, prende un cigarrillo con el pucho del que estaba fumando y dice, más o menos: “¿Están locos? ¿Va estallar una guerra nuclear y están tan tranquilos como si nada estuviera pasando? Estos rusos son un peligro, qué están haciendo en

---

<sup>107</sup> Quizá The Wall, a fin de la década siguiente, fue la mejor síntesis, de la búsqueda de una libertad que era bloqueo por mandatos morales religiosos rígidos e insoslayables, presiones económicas, militarismo como forma de resolver los conflictos, etcétera. El mundo comenzó a buscar, evolutivamente, formas menos destructivas de resolver los problemas.

Cuba (no se preguntaba qué estaban haciendo los norteamericanos en las proximidades de la URSS, ni porqué se tenían que involucrar los norteamericanos). ¡Tendríamos que pensar en ocultarnos en una cueva en la Cordillera o en cualquier lugar donde no llegue la radiación nuclear!”

Los que tenían una mejor formación política que yo, entonces un adolescente, le respondieron que se quedara tranquilo que no iba a pasar nada pues ni yanquis ni rusos eran estúpidos porque la guerra nuclear significaba la destrucción mutua. Que las armas nucleares terminaban con las guerras. ¿Pero Hiroshima? Eso fue porque los japoneses no tenían “la” bomba. Que nosotros los argentinos no teníamos que comprar esa pelea que no era ni por la libertad individual ni por el socialismo, sino por intereses nacionales concretos y que no eran los nuestros.

La ansiedad del recién venido se fue distendiendo ante tales argumentos y la forma masculina argentina de contención emocional, que frecuentemente consiste en hacerle bromas al afectado, algunas muy pesadas, incluyendo algunos insultos, pero unas y otros afectuosos y cordiales. El esfuerzo de defenderse de bromas e insultos cordiales<sup>108</sup> desvió su tensión emocional e intelectual y se fue tranquilizando de a poco y creo que los rusos dejaron de ser los malos de la película para él y a mi me tranquilizó bastante, debo reconocerlo, pues la perspectiva de una guerra nuclear me intranquilizaba. Al punto que por esos días tenía muchas ganas de volver a mi pueblo, mi refugio afectivo.

Con los años me di cuenta y el recuerdo de esa experiencia me ayudó a comprenderlo mejor, que el miedo es un *polarizador* de voluntades, circunstancia que produce dos efectos básicos útiles al *control social*, los racionales y escépticos quedan neutralizados, mientras que los neutros son inducidos a aceptar el *statu quo* para evitar lo desconocido atemorizante. Es que ante el miedo es mejor lo malo conocido que lo bueno por conocer, como dice el viejo dicho.

Pero ese episodio tragicómico me introduce en los modelos exógenos que contribuyeron a llevar al país a la violencia más extrema, incluyendo el terrorismo de Estado prohijado y estimulado por USA. El modelo lo brindó la revolución cubana, considerada un tentador modelo de una revolución marxista antiimperialista triunfante, a sólo 100 km de las costas norteamericanas.

Lo que no se tenía en cuenta era que en realidad la revolución cubana se desarrolló triunfante como una revolución liberal progresista, que alzó la bandera de la democracia formal, el constitucionalismo, la lucha contra la corrupción del régimen de Batista, un pequeño dictador de un país convertido en un paraíso turístico fuertemente basado en el juego y la prostitución, a sólo 100.000 metros de USA.

Algunos liberales<sup>109</sup> norteamericanos veían con beneplácito y simpatía que se limpiara de corrupción, juego y prostitución al “patio trasero cercano”. Imagino que algunos de ellos consideraban que con Las Vegas –la ciudad del pecado– creada a tal fin en el desierto sudoccidental tomado a México, lejos de calvinismo fundacional

---

<sup>108</sup> Es sabido que en Argentina, un insulto, que en cualquier otro país hispanoparlante sólo puede ser un insulto, puede ser desde un elogio hasta una manifestación de afecto, según el contexto.

<sup>109</sup> A la norteamericana, que tiene una connotación diferente, pues en general se los considera progresistas.

del noroeste, era suficiente. Además, los revolucionarios reivindicaban la democracia y las instituciones.

Los liberales y algunos religiosos no podían sino estar más o menos de acuerdo. En caso contrario hubieran mandado inmediatamente a los marines aplicando la política del *big stick* de Theodore Roosevelt.

Ya lo habían hecho otras veces en ese país (y en otros del Caribe) por el que habían librado una guerra contra España, la que iniciaron hundiendo un barco propio<sup>110</sup> para culparla de beligerancia y motivar a su pueblo, práctica que luego usaron en Pearl Harbor y en el Golfo de Tonkin. Cabe recordar que como producto de esa guerra Cuba se “independizó”, mientras que Puerto Rico terminó como Estado asociado a los Estados Unidos; como “socio asociado en sociedad” al decir de Nicolás Guillén. Es decir, no se hubieran andado con chiquitas, si hubieran sospechado que iba a pasar lo que pasó.

Fue así que la revolución fue tolerada hasta que planteó temas irritantes para los intereses norteamericanos concretos desatándose simultáneamente una lucha política en la que triunfan los que quieren profundizar esa revolución. Como siempre ocurre, ese rumbo que tomaba la revolución alimentó a los sectores norteamericanos más conservadores y belicistas junto con la CIA y probablemente el FBI de Hoover, aunque legalmente no pudiera actuar. Pero Cuba era casi USA y seguramente la mafia estuvo tras del problema pues perdió sus negocios en juego, prostitución y otros vinculados y como se sabe la mafia tuvo fuertes vinculaciones con el “clan Kennedy”. Otra vez la dialéctica de la escalada lineal, tan norteamericana.

Esa dialéctica en la que los partidarios de ideas extremas de un contendiente justifican a los extremistas del otro fue un modelo de interacción político-social que comencé a entender por esos años y profundicé durante mi paso por el desarrollismo. En estos años actuales le he encontrado un fundamento epistemológico más preciso en la dialéctica del sentido común, que contrariamente a lo que parece, no es virtuosa.

El punto de quiebre de esa relación creo que se produce cuando en 1959 el gobierno revolucionario proclama una reforma agraria que afecta de manera concreta a los intereses norteamericanos y que conduce a una escalada de presiones al presidente Eisenhower que lleva a la ruptura diplomática con Cuba y a la expulsión del país de la Organización de Estados Americanos, una creación de USA, que por esos años la manejaba de manera desembozada. Tal reacción lineal propia de la política exterior norteamericana, a la que se opuso el presidente Frondizi pese a las presiones militares, condujo a la Revolución a aliarse a la URSS.

A comienzos de 1961 la norteamericana CIA arma una invasión de cubanos exiliados y que el presidente Kennedy, recién asumido como tal, convalidó, que des-

---

<sup>110</sup> Se trató del Maine, que estalló en el puerto de La Habana. Si bien fue el pretexto para declarar una guerra que privó a España de sus posesiones en el Caribe y Filipinas, las investigaciones posteriores demostraron que la explosión fue interna al barco. Lo cierto es que las declaraciones españolas en contrario, no evitaron la guerra. Esa práctica de generar una falsa situación de provocación fue utilizada en Vietnam, con el barco estadounidense Pueblo. La de Irak fue iniciada con la conscientemente falsa acusación de poseer armas de destrucción masiva, pues se arrogan el derecho de que sólo un selecto grupo de naciones puede tenerlas.

embarcó y es derrotada en Bahía Cochinos<sup>111</sup>. Ese hecho no hace más que profundizar la alianza de Cuba con la URSS, que incluye su afiliación directa como integrante del bloque socialista-comunista. Típica torpeza de la política exterior norteamericana nacida de la prepotencia del poder asimétrico en el marco de una cultura simplista, lineal y fundamentalista.

Fue así que a fines del año 1962 y comienzos de 1963, en la transición de mi inscripción en la UNLP y el comienzo de mi vida en La Plata, estalló la crisis de los misiles, que en síntesis y a posteriori podría sintetizarse de la manera siguiente.

Los Estados Unidos habían instalado misiles nucleares –muy lejos de casa– en la “occidental” Turquía, país estratégico por ser lindante con la URSS y, además la llave del ingreso al Mar Negro, mar principalmente soviético, tanto como que los dos principales países de esa desaparecida unión, Ucrania y Rusia, tienen costas en ese mar.

Por su parte la invasión de Bahía Cochinos y el bloqueo norteamericano, llevó a Cuba a tomar la decisión de aliarse de manera plena al bloque soviético, del que comenzó a fluir dinero, alimento, medicinas, maquinarias y otros insumos esenciales. Claro que nada es gratis en el mundo de la política internacional, que pertenece al de la “*real politik*”, no al de la idealización ni el de la poesía.

Los soviéticos vieron la posibilidad de equilibrar la ventaja estratégica de los misiles norteamericanos en Turquía y no hay que olvidar que la guerra se mantuvo “fría” merced al denominado “equilibrio del terror” que aseguraba la destrucción mutua de ambos bloques.

Los norteamericanos, en una época en que los satélites espías eran rudimentarios, habían desarrollado el espionaje aéreo a través del avión espía U2. Fue así que detectaron emplazamientos misilísticos en Cuba y transporte de misiles en barcos soviéticos en navegación a la isla.

Luego de algunos meses de tensa negociación llegaron a un acuerdo. La URSS levantó los emplazamientos en Cuba y USA en Turquía. La URSS seguiría asistiendo a Cuba y USA se comprometió a no invadirla. Una clara victoria soviética que pagamos todos con temor y sufriendo las consecuencias del recrudecimiento de la guerra fría, que además pagamos con sangre. Los cubanos también, pues debieron pagar su deuda con la URSS peleando sus guerras en África, Angola más específicamente, si no me acuerdo mal.

Con ello la guerra fría quedó formalmente instalada en Iberoamérica y los norteamericanos, no sólo comenzaron a preocuparse, sino que de pronto descubrieron un justificativo para el intervencionismo, que de manera oculta o manifiesta ejerció en la década siguiente con la instauración de feroces dictaduras. Tal proceso comenzó con el derrocamiento de Allende en Chile, un socialista con una trayectoria de liberal socialista de izquierda, más que de socialista-comunista revolucionario.

Arturo Frondizi, quien había bregado ante Kennedy y los países de la OEA para que Cuba no fuera aislado del sistema interamericano, al punto de recibir al Che

---

<sup>111</sup> También conocida como Playa Girón. Dado los vínculos del llamado “clan Kennedy” con la mafia no constituye una hipótesis descabellada suponer que el mantenimiento de la aventura por parte del presidente recién asumido pudo reconocer los intereses de ésta en la isla.

Guevara, perdió la partida. Tanto como que en marzo de 1962 un golpe cívico-militar lo derrocó bajo el argumento, entre algunos otros, que esa actitud lo calificaban como “comunista”, que por entonces era un calificativo que comenzaba a ser peligroso y que luego devino en mortal.

En ese entorno global de polarización, el más valeroso voluntarismo floreció en diversos lugares de Iberoamérica. La personalidad más fuerte y ejemplar de esos años extremos fue la del Che Guevara, un médico argentino lanzado a recorrer el mapa de la injusticia en nuestro continente, que recala en la entonces embrionaria revolución liberal cubana contra Fulgencio Batista, un títere corrupto y brutal sostenido por el Departamento de Estado, la CIA y la mafia norteamericana, la misma que, aparentemente, y conforme a algún tipo de acuerdo con su padre, Joseph Kennedy, habría contribuido a hacer presidente a John Kennedy.

Luego de unos cuantos años de participar del gobierno de la triunfante revolución, de pelear incluso en África una guerra soviética, emprende su cruzada liberadora, estableciendo un foco guerrillero en Bolivia. Esa experiencia pone de manifiesto que este valeroso luchador estaba afectado de un extremo voluntarismo, diría que muy argentino. La teoría era que si se instalaba un punto de acción bélica y simultáneamente social y cultural, un espacio liberado, el foco se expandiría al igual que un incendio de pastizales. Pura voluntad, puro idealismo. Poca realidad.

La teoría partía de presupuestos falsos originados probablemente en la experiencia cubana y en su trasplante mecánico. En Cuba el pueblo estaba harto de la presencia y la prepotencia norteamericana y la degradación de su sociedad y su cultura por obra de la mafia y los terratenientes, muchos de ellos norteamericanos, degradación con la que convivían por lo menos desde el fin de la guerra hispano-norteamericana y la derrota de la decadente España.

El Che es capturado y asesinado por el ejército boliviano en 1967 luego de pelear valerosamente en condiciones de patético abandono. No sólo fue abandonado en ese año por el foquista intelectual francés Régis Debray, quien según se dijo, tenía miedo a morir, sino que también fue abandonado o mejor dicho, quizá, ignorado por el campesinado boliviano.

¿Qué les podía importar, si es que lo entendían, el foquismo intelectual de un europeo y un argentino guerrillero internacionalista? ¿Cómo iban a entenderlos? Ellos habían aprendido a temer y desconfiar del europeo luego de centurias de brutal sometimiento. Su vida real era su tierra, su cultura ancestral, su comunidad y la pequeña tierra que trabajaban desde siglos atrás.

Unos tenían una vida ancestral, dura y sufrida pero real, otros, universitarios de clase media enamorados de sus propias ideas y las ideologías en cuanto modelos dogmáticos de la sociedad y la historia. Al punto que confundían sus ideas e ideales con la realidad del mundo.

Por eso seguramente estos heroicos y voluntaristas guerrilleros ignoraron que durante la Guerra del Pacífico, que algunos llaman de modo más prosaico Guerra del Guano, los campesinos bolivianos desertaban del frente para atender el ciclo de vida de sus sembradíos y sus majadas.

La conclusión que saqué es que sin pueblo, es decir sin ciertas condiciones de vida reales negativas y conciencia de las mismas por parte del pueblo, no se puede

hacer una revolución, pacífica o violenta, al punto que el desarrollismo en su versión frigerista también cayó en ese error. En este caso, creer que había una burguesía nacional industrial y que los trabajadores, entendían naturalmente, por el hecho de serlo, la necesidad de la industrialización. La coincidencia es “objetiva” imaginaban nuestros líderes desarrollistas con lo que parecían querer significar que la alianza de clases era inevitable. Lo que para los marxistas clásicos era la inevitable lucha de clases y el triunfo del socialismo.

El voluntarismo foquista en Bolivia, dejó como saldo la presencia militar y la inteligencia norteamericana encubierta instaladas “de pleno derecho” en un país vecino.

Lamentablemente los partidarios de la revuelta armada no entendieron el mensaje y, al igual que el valeroso y voluntarista Che, creyeron que el triunfo estaba en la boca del fusil y en sus propias ideas. Como diríamos en epistemología, la conjetura teórica fue contrastada por la realidad, al costo de mucha sangre.

Para ese entonces las izquierdas ya habían inventado la falacia que dice que “la única lucha que se pierde es la que se abandona”, un disparate lógico que impide reconocer y analizar la realidad fuera de las creencias ideológicas. Las luchas se siguieron y la sangre continuó fluyendo.

Detrás de esas creencias casi religiosas estaba lo que algunos llaman historicismo, que en la perspectiva marxista se expresa en la hipótesis de que luego del capitalismo sobreviene –ineluctablemente– el socialismo y luego la secuencia histórica conduce al comunismo. Ese tipo de ideas alentaban a Frigerio, aunque invirtiendo el dogma marxista al suponer que si obreros y empresarios tenía intereses comunes (acrecentar el capital y tener empleo, respectivamente) deberían coincidir. No comprendía que si el pueblo no tiene consciencia de ello y no existe una burguesía industrial mínima, es imposible. Me precio de haberlo comprendido rápidamente.

La concepción historicista del marxismo suponía que la historia era secuencial y a veces se expresaba de manera voluntarista en una frase arquetípica, que hoy sueña risueña y en ese entonces por lo menos dogmática: “la revolución está en marcha y nada ni nadie podrá detenerla”. Para enojo de mis amigos marxistas sectarios, ejercitaba con ellos toda mi socarronería sobre esa frase que me sonaba a consigna escolar.

Si embargo en la teóricamente avanzada Europa también aparece la violencia política, incluso apelando a tácticas terroristas urbanas, como las Brigadas Rojas italianas hacia fines de la década de los ‘60 y la denominada Fracción del Ejército Rojo (Banda Baader-Meinhoff) que operó a comienzos de los ‘70.

Las Brigadas Rojas asesinaron al primer ministro italiano Aldo Moro en 1978, en momentos en que encaraba un acercamiento con el partido comunista italiano, circunstancia que abrió muchas especulaciones no suficientemente aclaradas, que incluyen el accionar de la CIA y la derecha italiana. Hay algunos indicios que parecen indicar que pagó con su vida por el intento de despegar a Italia de la lógica feroz de la guerra fría. En todo caso, otra vez quizá el voluntarismo de izquierda sirvió a los intereses que quería combatir.

En ese entorno internacional marcado por la guerra fría la violencia política en Argentina se profundizaba la confrontación política. Después del golpe cívico militar

que expulsó a Frondizi de la presidencia. El gobierno emergente de ese hecho fue presidido por un tal Guido que los militares y las fuerzas “cívicas” vergonzantes y que operaban tras bambalinas, habían puesto como *simulación de democracia* pues me parece que debían procesar psicológicamente el hecho de que con pretexto de democracia y republicanismos, dos lugares comunes sin significado, habían derrocado de una manera sangrienta y brutal al presidente Perón. Y todos sabemos que el adjetivo “brutal” no es una exageración.

Por esas cosas de la política, el tal Guido terminó presidiendo “los destinos de la República” (otro estereotipo impúdico de esos años), pues en cuanto presidente provisional del Senado, debía sustituir al presidente cuando éste y el vicepresidente faltan por “causas naturales”, claro que la deposición de Frondizi por la violencia armada no había sido una de ellas.

Lo cierto es que la ficción democrática se consuma el año siguiente –en 1963– cuando los detentadores del poder cívico militar, convocan a elecciones, obviamente con el peronismo proscripto. En tales condiciones, son ganadas por la UCR, quien a la postre resulta beneficiaria del antirepublicanismo intrínseco en un golpe militar, del que muchos de sus militantes no había permanecido ajenos. El presidente, electo con poco más del 20% de los sufragios emitidos, resulta ser Arturo Illia, un médico del interior, krausista y poco conocido fuera del radicalismo y que todo indica que fue elegido como transacción en la disputa entre los dirigentes importantes de la UCR.

No fue, como era de esperar, un gobierno políticamente significativo. Los radicales solamente lo han podido exaltar por ser honesto y en teoría todos los somos, hasta que no se demuestre lo contrario.

Eso me ha hecho acordar una conversación que escuché en mi pueblo entre dos vecinas que hablaban de las novias de sus respectivos hijos, competitivamente. Doña Celia contaba que su candidata a nuera –Norma– era un dechado de virtudes, que trabajaba en Casa Boo<sup>112</sup>... que decoraba tortas maravillosamente... que había aprendido corte y confección (Sistema Teniente, con diploma encuadrado incluido)...

Margarita, mientras tanto, con la escoba en la mano (la charla se dio mientras barría la vereda) se removía nerviosamente, inquieta, como si con ansiedad esperaba turno para hablar... y Celia, impiadosa, continuaba,... que la profesora la elogiaba y ponía como ejemplo... que cosía la ropa de la familia... que cuidaba a su anciana abuela...

¡Basta! Margarita tensó su cuerpo. Tenía que proteger el honor de su hijo y el de su novia, Irene. Se apoyó en la escoba tomándola con las dos manos, tomó aire y cortando en seco a la malvada, dijo: “¡Hay, viera lo limpieta que es la novia de Gerardo!” La conversación terminó. Derrotada, Margarita siguió con sus quehaceres, quizá preguntándose si la elección de Gerardo era la correcta. Exaltar a un presidente por honesto para hacerlo aparecer comparable con presidentes que hicieron de la inclusión social y el desarrollo industrial pesado, es decir grandes políticas de Estado, a las que debieron ponerlas en juego venciendo intereses nacionales e internacionales poderosísimos, me hace acordar a Margarita. Cuando pienso, que además el krausista honesto y su partido, resultaron beneficiarios, de la ilegal destitución de esos dos presidentes con grandes propósitos nacionales, me da tristeza.

<sup>112</sup> Una cadena de tiendas que existía en la provincia de Buenos Aires, según creo.

Lo que es cierto es que el gobierno de Illia se dedicó a desmontar la política petrolera de Frondizi, entre otros logros, bajo el manto de un nacionalismo ciertamente declamador, pues con la pérdida del autoabastecimiento de petróleo, el país volvió a importarlo, para beneplácito de los que se beneficiaban de ese negocio. La retórica principista lo llevó a producir mucho daño pues a diferencia de su correligionario Alfonsín 20 años después, no supo distinguir la ética de los principios de la ética de las responsabilidades, Weber mediante. Cincuenta años después estamos pensando cómo recuperar el autoabastecimiento perdido con el aporte del capital extranjero. Argentina podría ser, hoy, un país industrializado, en el cual la justicia social y la soberanía se basaran en la realidad y no en el voluntarismo militante.

Aunque sí debo rescatar que durante su presidencia parece que se comenzó a pensar en abandonar la política de proscripción al peronismo sobre la que su partido había medrado. Debo ser justo.

El gobierno emergente de ese golpe cívico-militar no completó su mandato pues otro golpe cívico-militar lo depuso en 1966. El resultado fue, esta vez, un general como presidente, desembozadamente y sin guardar las formas. Juan Carlos Onganía, se llamaba.

Militar de caballería, se lo conoció como un nacionalista católico sin muchas luces pero tenaz, arcaico y autoritario. Fervientemente anticomunista. Por esos años empieza a filtrarse como política de Estado la *doctrina de la seguridad nacional*, promovida por los norteamericanos principalmente a través de la Escuela de las Américas donde se adoctrinaban militares latinoamericanos. Uno de sus principales teóricos fue un general llamado Osiris Villegas.

Onganía, creo que no veía al peronismo por lo que era sino lo que *no era*, no era un movimiento de izquierda; “comunista”, ya se comenzaba a decir. No sólo no era una amenaza, en su lógica binaria de amigo/enemigo, sino que podía ser una contención al comunismo, para él “ateo y apátrida”. El peronismo como “anticuerpo político”, también se decía.

Pero en mayo de 1969 en la ciudad de Córdoba estalló una violenta explosión política y social que conmocionó al país y por supuesto a los norteamericanos. Nadie se la esperaba, ni siquiera el peronismo y mucho menos la denostada “burocracia sindical”.

El “cordobazo” fue un movimiento político, social y sindical que rebasó al peronismo, pues sus dirigentes provenían de distintas variantes de la izquierda y contaron con el apoyo de los trabajadores mejor pagos de algunas de las principales industrias metalmeccánicas más modernas del país, además de estudiantes y militantes de la izquierda tradicional. Era una visión culturalmente distinta de la política y la actividad sindical.

Sus principales dirigentes fueron René Salamanca y Agustín Tosco la represión fue muy dura y en pocos días se restauró el orden pero, fue un hito del que todos tomaron nota, Departamento de Estado incluido. Salamanca fue asesinado, según parece, al comienzo de la cruelísima y horrorosa dictadura instaurada el 24 de marzo de 1976. Se la tenían jurada. Tosco, según creo saber, murió en la clandestinidad, de muerte natural.

El peronismo, en cuanto movimiento *integrador y pluricultural* que albergaba una gran variedad de ideologías en su seno, no pudo quedar al margen de esta nueva forma de hacer política, aunque en realidad cada vez era menos acción política y más guerra civil.

Por un lado, peronistas de derecha, muchos de ellos influenciados por la ideología política fascista; otros, unos católicos fanáticamente anticomunistas, debiéndose señalar que comunista podía incluir cualquier perspectiva, desde el liberalismo de izquierda al trotskismo. El resto eran simples “anticuerpos” es decir tipos que se oponían difusamente el “comunismo”. A todos parecían dominarlos la voluntad, el “viva la muerte” y el falso heroísmo más estéril e idiota.

Por el otro, de izquierda, muchos nutridos en John William Cooke, la Revolución Cubana, el Che, las ideologías, pero todos motivados por el resentimiento provocado por el golpe cívico militar contra Perón y las hormonas y la inexperiencia de la juventud. Ideales y volutarismo: todo podía hacerse. La voluntad era fuerte, las ideas (dogmas en realidad) eran “claras” y la moral revolucionaria, además de la historia, estaban de su parte, como siempre ocurre en estos casos.

Ambos estaban dispuestos a dar “la vida por Perón”, incluso matándose entre ellos, peronistas. El escenario interno del drama del peronismo y del país entero, estaba preparado, dentro de un escenario infinitamente más amplio, de magnitud global.

Según las revistas políticas y los comentarios que se escuchaban por ese entonces, el cordobazo habría desgastado a Onganía, lo que en apariencias motivó su remplazo a mediados de 1970. Yo había cumplido con el servicio militar obligatorio en 1968, situación en la que viví una experiencia que me hizo intuir, por la razones que explicaré más adelante, que ese episodio estaba siendo utilizado como un mero argumento justificativo para echarlo por parte del ala liberal del Ejército, justificativo que la izquierda se creyó, porque la hacía sentir una actora de la historia. Para mi la cruel verdad es que detrás de su derrocamiento estuvieron los norteamericanos, seguros de que nadie iba a defenderlo.

Fue sustituido luego del interregno de un oscuro general, por otro general calificado como liberal, con lo impreciso que el término es en Argentina donde se confunde liberalismo con conservadorismo, como se ha dicho, que se llamaba Alejandro A. Lanusse y se autoproclamaba “democrático”, manifestación que no le impidió a éste liberal y al liberalismo que integraba, participar en diversos golpes de Estado violatorios de “las instituciones de la República”, como de manera tan pomposa como hipócrita se solía decir en esos tiempos.

Tenía sus propias ambiciones políticas, pero su centro motivacional era terminar con Perón. Obviamente no pudo, como no pudieron los dirigentes de la “revolución libertadora”, que intentaron llevarlo al olvido por decreto, incluyendo cárcel y fusilamientos sumarios.

En ese entorno de enfrentamientos, pues cabe recordar que hasta los militares estaban divididos al punto que se habían enfrentado entre ellos poco después de derrocar a Frondizi, en setiembre de 1962 entre liberales y nacionalistas, aunque imitando un juego de guerra se bautizaron como colorados y azules. Aunque no fue un juego pues muchos militares y soldados habían muerto en varios puntos de la

Ciudad de Buenos Aires y el conurbano, Magdalena y Punta Indio. Otra cruenta manifestación de la gran antinomia.

En su plan de terminar con Perón y el peronismo, Lanusse de quien se decía que era una mezcla de azul y colorado, pergeñó un plan que desembocaría en elecciones, en las que él mismo se veía como elegido o al menos como gran elector. Incluso luego de muchas fintas con el Perón exiliado, no pudo evitar que éste volviera al país.

Es que además de su propia debilidad política, Lanusse no pudo dejar de tener en cuenta que la apreciación de Perón y el peronismo había cambiado en la sociedad en los 18 años transcurridos desde su derrocamiento. Varios factores se daban.

Por un lado una generación, en la que me incluyo, había madurado bajo la omnipresente e irredenta sombra de Perón. Muchos de ellos eran los hijos de los peronistas que vivieron el ascenso y derrocamiento del gobierno peronista y su obra, esos que emergieron a la política y a la sociedad. Otros eran hijos de antiperonistas formados en la cultura política del liberalismo y la Ilustración en sus infinitas variantes.

Estos orígenes, tal como me pasó a mí en mi temprana adolescencia, no brindaba respuestas a las inconsistencias del relato de la autoproclamada revolución libertadora. ¿Cómo es que tiene tantos fieles, pese a la persecución? ¿Es democrático echar por las armas y la violencia más brutal a un dirigente elegido por el pueblo? ¿Es coherente proclamarse republicano y democrático y estar de acuerdo con golpes cívico-militares? ¿Estuvo mal la incorporación de millones de argentinos a la vida política y económica? ¿Es mala la justicia social? ¿Es malo defender la soberanía? ¿Es malo llevar la proclamada igualdad a la práctica social, política y económica?

El país, sin respuestas, ingresó en una espiral de violencia y contra violencia insólitamente impiadosa. Impiadosa y cruel como una guerra civil no declarada, no admitida, oscura pero real.

Una guerra civil que sintetizó los desencuentros, ancestrales unos, modernos otros y todos los que se desarrollaron entre unos y otros. A los viejos odios, y donde hay odios hay antinomias, se le sumó una antinomia repotenciada, que no había sido muy significativa, al menos en nuestro país: nacionalismo versus comunismo, nacionales versus comunistas. Nadie sabía qué significaba, pero no importaba. Ambos amaban a su país, pero eso tampoco importaba. El sucio trapo rojo versus la celeste y blanca, eso sí se entendía, eso “explicaba” odios inexplicables.

Lo cierto es que la espiral de violencia y brutalidad, como casi siempre ocurre, potenció a los más fanáticos y crueles, condenando al ostracismo político y militante a los que nos representábamos a la política como un espacio de discusión basado en la racionalidad y desembocó en la más traumática experiencia de la historia argentina, el autoproclamado proceso de reorganización nacional. La brutalidad lineal se apropió por completo del país. La sangre, el voluntarismo “progre” o no, que por idealista no era menos sangriento, el fatalismo, el “viva la muerte”, la hispanidad, la izquierda idealista, el miedo inducido, el miedo persuadido, los yankees, Marx, el foquismo, represores franceses desocupados desde Di Bien Phu y Argelia. La Biblia junto al calefón en una danza de muerte y horror.

A mediados de 1970 la organización político-militar Montoneros asesinó al General retirado Pedro E. Aramburu, “liberal” y “democrático” que había sustituido como presidente a Eduardo Lonardi, quien inocentemente pretendió que luego del golpe que depuso a Perón no debía haber “ni vencedores ni vencidos”. Aramburu encarnaba como pocos la hipocresía pseudo democrática de muchos argentinos, pues era una pura apariencia constitucionalista y republicana que ocultaba un feroz antiperonismo y un fuerte rechazo a las conquistas populares. Fue asesinado luego de un remedo de juicio jurídico formal, obviamente clandestino, que en su momento me pareció que mostraba que sus asesinos eran unos liberales confundidos porque hicieron un remedo del debido proceso. En realidad eran simplemente tan asesinos como Aramburu. Algunos de ellos fueron sospechosamente útiles a fuerzas que decían combatir.

Pero esa muerte, que pudo entenderse claramente –aunque no aceptarse, claro está– había que considerarla en el contexto de otras muertes, cuya autoría no está clara pero que quizá puedan enmarcarse en las luchas internas del peronismo. Un año antes Montoneros había asesinado a Augusto T. Vandor, quien mostraba una cierta independencia con respecto a Perón. Un año después fue asesinado otro gremialista, en este caso José Alonso. El caldero de la violencia juntaba más presión y la cultura de la violencia como opción política se iba afianzando un poco más.

Perón, aún formalmente proscripto, designa como candidato a presidente a Héctor J. Cámpora su representante político, un hombre que para muchos –incluyéndome– insólitamente se volcó hacia la izquierda peronista. Su perfil previo no parecía ser ese, pero lo cierto es que gana las elecciones, asumiendo la presidencia, acompañado como vicepresidente por Vicente Solano Lima, que por esas cosas curiosas de la política argentina era conservador y además “popular”. “Cámpora al gobierno, Perón al poder” fue la consigna electoral más usada. Cámpora - Solano Lima ganan las elecciones y el 25 de mayo de 1973 asumen.

El país entra en ebullición inmediatamente después de la victoria, la izquierda peronista acompañada por otras izquierdas copa las calles y las plazas y en un acto de enorme significación para el antiperonismo fuerza la liberación de los presos políticos de las cárceles, aunque también en el desorden se escapan algunos presos comunes.

Eso le dio un gran argumento a los antiperonistas, que pese a su condición de liberales –conservadores, socialistas y republicanos– ni se les ocurrió justificarlo comparándolo con el hecho central de la Revolución Francesa. Es cierto que para los que manteníamos la calma no se trataba de ninguna revolución, lo que el tiempo confirmó, pero no es menos cierto que la liberación de los presos políticos fue también una pequeña Toma de la Bastilla. Más allá de la enorme diferencia de la proyección histórica de uno y otro acto liberatorio. En ambos casos se trataba de romper con el vejamen, la persecución inicua y la discriminación como actos de violencia política gubernamental sostenidos durante casi 18 años contra el pueblo peronista.

Un mes después el 20 de junio de 1973 Perón regresa definitivamente al país luego de casi dos décadas de exilio. Se pensó en recibirlo en el camino al Aeropuerto de Ezeiza, pero no pudo ser pues la derecha peronista más irracional y agresiva, la “nacionalista”, principalmente del Comando de Organización, copó el palco levantado para que el líder retornado dirigiera un discurso a su país.

Desde esa posición recibieron a tiros a miles de jóvenes militantes de Montoneros, FAR y una gran cantidad de agrupaciones estudiantiles peronistas iban a recibir a su líder *imaginado*, casi todos ellos llenos de entusiasmo por la nueva era de esperanza, aunque creo que sus cuadros dirigentes debían saber “como venía la mano” pues ya habían perdido la inocencia.

No sólo hubo centenares de heridos y un número de muertos que nunca pude conocer con exactitud, hubo horror a raudales y en muchos de esos jóvenes esperanzados comenzaron dudar sobre su líder soñado. Me acuerdo vívidamente el horror, la furia y la tristeza de mis amigos militantes peronistas. Recuerdo la terrible angustia de una amiga de un pueblo cercano al mío con la que me encontré circunstancialmente en La Plata, mientras me contaba lo que vio en Ezeiza. Pero lo que más recuerdo son sus interrogantes. Por ese entonces, tenía una confusión muy intensa pues simultáneamente a mi completo rechazo a la violencia, vivía un drama familiar producto de la violencia.

Es que ya había alcanzado a mi familia. La espiral de violencia me costó muy cara pues a comienzos de 1973 en un atentado contra al diario Clarín, donde trabajaba en el área de obra civil –construcción y albañilería– mi padre, don Francisco, el riguroso y afable albañil de Pigüé, sufrió quemaduras en gran parte de su cuerpo, incluyendo el rostro. Estuvo 55 días en terapia intensiva de quemados, la más horrosa de las terapias intensivas, pese a la fantástica y penosa labor que realizan los médicos del Instituto del Quemado. Era un hombre de cordialidad y entereza calladas, pero ya no fue el mismo, pues el episodio le dio tristeza y le quitó calidad a su vida, quebrantó definitivamente su salud, conduciéndolo a una muerte temprana, luego de mucho sufrimiento, algunos años después.

Se dijo que el atentado habría provenido de sectores vinculados a la CGT de José I. Rucci por las críticas del diario, entonces bajo control frigerista, a la política económica de José B. Gelbard. Nunca me preocupé por saber, no sólo porque ese conocimiento no le hubiera devuelto la salud a mi padre –al que sólo podía asistir y acariciar– sino porque no quise correr el riesgo de odiar. Y el odio no era bueno para el joven militante político que era yo por esos años, en que comenzaba desembozadamente la espiral de odio y sangre que duraría algo más de una década. Debía estar lúcido en esa locura, un verdadero vómito de la historia.

Sólo recuerdo que cuando los montoneros asesinaron a Rucci, Francisco sentado en su sillón favorito y con las manos aún sin curar apoyadas sobre el bastón, pues el fuego que dañó sus oídos le hizo perder el sentido de equilibrio durante bastante tiempo, sólo dijo irónica y lacónicamente algo así como “entre ellos se entienden”. Aún lo veo, cuarenta años después. ¡Que infinita tristeza me produce recordar el momento!

Mientras describo todo esto tomo consciencia acerca de porque estoy siendo tan remiso a escribir sobre este fragmento de la historia argentina y porqué no me produce placer alguno hacerlo.

Creo que la masacre de Ezeiza marcó el comienzo del fin para Cámpora aunque no fue la causa de su recambio por parte de Perón. Cámpora fue visto como un mero instrumento para mantener la militancia juvenil durante su exilio, que además de carecer de poder e iniciativa propios, le aseguraba un comportamiento leal.

Aunque había fuertes indicios que “el tío” se afianzaba con la izquierda peronista como la tendencia revolucionaria y los grupos armados, en especial Montoneros. Con Perón en el país era innecesario y podía prescindir de sus servicios. Supe, durante mi militancia, que Perón le dispensaba un trato algo socarrón, de esos que no revelan mucho respeto por la persona. También recibió de él un fuerte maltrato cuando, ya presidente, fue a visitar a Perón, aún en España. No recuerdo bien si es que no recibió o hizo esperar al presidente de la Nación Argentina.

El Perón militar amante del orden y que venía en tren de conciliar con los radicales comenzaba a asomar y en el enfrentamiento interno, comenzó a apoyarse en el peronismo de la derecha nacionalista para contrabalancear la violencia de Montoneros y de organizaciones paramilitares de la izquierda peronista. Y vale mencionar aquí las contradicciones de la organización Montoneros, además de las sólidas sospechas de que algunos de sus dirigentes eran agentes de los militares. Eran fruto claro de la gran antinomia pues su nombre reivindicaba e idealizaba, a las guerrillas del interior hispano criollo y a sus caudillos, pero sus cuadros fueron formados en el entorno de la educación universitaria pública argentina, fruto de la Ilustración. Algunos, pocos, tenían un toque de las derechas europeas, otros, los más, de las izquierdas y por ende ideológicamente también europeas.

A los que estábamos en ese entonces fuera del peronismo y además contábamos con alguna información, no demasiada, ciertamente, nos parecía casi obvio que el viejo líder no venía a hacer una revolución de izquierda y que en algún momento se produciría la ruptura con ese sector del peronismo. En cambio a los jóvenes universitarios y a los hijos del odio desatado por casi 18 años de persecución y represión que se sumaron masivamente al peronismo de izquierda, se les aplica el dicho de Julio César que ya he citado varias veces: creyeron fácilmente lo que querían que fuera cierto y encontrar legitimidad en un Perón al que no conocían demasiado. Creo que sólo se lo imaginaban, desde la ideología y la idealización.

¡Al fin, Perón presidente! Me hice a la idea de que la sociedad argentina lanzó ese grito cuando en setiembre de 1973 ganó las elecciones la fórmula Perón-Isabelita. Claro que no todos se sumaron a esa exclamación por las mismas razones. Estaban los viejos peronistas –los Spinozzi– que lo sentían desde las entrañas. Estaban los ideólogos de izquierda y derecha, que buscaban *legitimarse en Perón*. Estábamos los que creíamos en el desarrollo socio-económico, como factor de justicia social y que pensábamos que constituía una reparación histórica y una prenda de paz y unión nacional y nos integramos al FREJULI, Frente Justicialista de Liberación.

Estaban los pocos que no tenían posición en una sociedad polarizada y que querían que terminara un ciclo de violencia y zozobra. Estaban, finalmente, los anti-peronistas que pensaban que era una buena oportunidad para que Perón, ahora en el gobierno, fracasara desde la gestión, aunque seguramente no llegaron a votarlo.

Lo cierto es que Perón no pudo ser prenda de paz y no sólo o no tanto porque el radicalismo volvió a caer en el antiguo principio de negarse a compartir la fórmula presidencial como prenda de unidad nacional. El asunto era mucho más profundo y extendido. El panorama era de polarización extrema. El contexto nacional e internacional había potenciado a las mentes antinómicas y la mente humana, como ya dije, es realidad, realidad que Perón no podía cambiar.

Por un lado estaban los nacionalistas violentos ahora incrementados en número y en belicosidad por la propaganda norteamericana de la guerra fría. Es que, aunque parezca un contrasentido, esos “nacionalistas”, frecuentemente ultra católicos, compraron la propaganda antisoviética y la doctrina de las fronteras ideológicas, que pretendía sustituir a las fronteras nacionales, que no eran buenas para los intereses norteamericanos que veían a Latinoamérica toda como un único campo de batalla y un único mercado.

Todo era posible en el marco de la irracionalidad que practicaban. Yo lo había visto en mi pueblo, cuando los lasallanos traían a dar conferencias a refugiados ultra católicos de países situados tras la llamada “cortina de hierro” por la propaganda política anglosajona. Recuerdo en particular a un húngaro que asimilaba al comunismo con “el sáttanas” (sic) en una ridícula y teatral conferencia, llena de violencia verbal y simbólica.

Por el otro, los que habían venido desde la “resistencia” y los que venían acumulando odio por los abusos de los bárbaros “civilizados” (también estaban en el otro bando), pero creo que el grueso de los actores y posteriores víctimas, eran los hijos de la clase media, cuyos padres eran peronistas, neutrales e incluso antiperonistas. Algunos habían aprendido peronismo de sus padres, otros llegaron al peronismo a partir de las preguntas sin respuestas, más o menos las mismas que yo me hice. Buena parte de ellos eran universitarios que creían que la revolución era indetenible y estaba a la vuelta de la esquina.

El foquismo, el Che, Trotzky y su internacionalismo proletario, Mao<sup>113</sup> y la larga marcha, la creencia de que Perón era un revolucionario, conforme al modo en que ellos se representaban a la revolución. En fin, el voluntarismo redentorista formado en muchas ideas y en muchas emociones sublimadas en ideologías. Todas esas ideas o casi todas ellas llevaban a pensar que sus propias vidas o la de otras eran poca cosa frente a la riada indetenible de la historia. Matar o morir no era la pérdida de una vida, crimen moral o un delito jurídico, era un símbolo y la violencia la partera de la revolución. La vida perdió dimensión humana y se transformó en una *categoría histórico-política*.

La “tercera posición” no tenía posibilidad alguna de triunfar en ese contexto. Perón por otro lado ya no sólo era un hombre anciano al borde de sus fuerzas vitales, que en las casi dos décadas de exilio se había transformado en una idea, una abstracción, una *reificación* a la que cada quién, honesta o deshonestamente, quería acomodar a sus propias creencias e ideologías, dándole un significación particularista. El Perón objetivado, transformado en un ícono, significaba lo que cada quien suponía que significaba.

En ese entorno las cosas derivaron hacia lo peor imaginable. La intuición de que se venían épocas aciagas que tuve en un calabozo de la Comisaría Primera de La Plata estaba corporizándose. Un hito relevante fue cuando Perón echó de Plaza de Mayo a los “imberbes” y “traidores”, los mismos que habían sido masacrados en

---

<sup>113</sup> La revolución china fue, como ya he dicho una revolución nacional para sacar a ese país del feudalismo e incluirlo en el mundo moderno. Su presunto internacionalismo, al igual que el soviético, fue un instrumento de política exterior del Estado chino para diversificarle los frentes de lucha al expansionismo norteamericano. Los países que no supimos comprender eso, fuimos una pieza en un ajedrez ajeno.

Ezeiza, 1° de mayo de 1974 y que él mismo había alentado en la época de la resistencia. La “juventud maravillosa” había mutado en “imberbes”. El contexto de lucha y resistencia había cambiado al de la conciliación y la deposición de los rencores con otras fuerzas políticas, incluso cerradamente antiperonistas.

Necesariamente, luego de este hecho, tenían que pasar otras cosas y pasaron. Sólo dos meses después murió Perón. Ya no había en quien escudarse, ya no estaba quien había vuelto buscando superar el odio y la guerra civil larvada. Cada quien, dentro del peronismo podía manifestar sin reconocer encuadramiento alguno, sus propias ideas, expectativas y métodos de lucha política.

Por un lado las acciones guerrilleras y los asesinatos políticos comenzaron a aparecer sistemática y vertiginosamente. Un vórtice de violencia se adueñó del país, ya sin freno alguno.

La Triple A, como siempre ocurre en este tipo de organizaciones de represión informal de extrema derecha, era una mezcla de militantes autoproclamados “nacionalistas”, policías, delincuentes y miembros del lumpen proletariado<sup>114</sup>, utilizando una frase-palabra marxista. La ideología anticomunista, el apriete mafioso y la búsqueda del botín y el saqueo al enemigo podían llegar a confluir.

La Alianza Argentina Anticomunista había tenido antecedentes en la Argentina, los más cercanos Tacuara, Comando de Organización, Concentración Nacional Universitaria. El más lejano, la Liga Patriótica. Camisas negras, camisas pardas. “No pasarán”, “no al trapo rojo”, “no al comunismo” (que a comienzos del siglo XX habían sido el maximalismo), “Viva Cristo Rey”, “Tradición, Familia y Propiedad”, Catolicismo tradicional y arcaico, hispanismo criollista, premoderno. Medieval. “La raza”. Antisemitismo y la lucha contra la “sinarquía internacional”. Voluntad de poderío. Nietzsche versión italiana: “*Vivere pericolosamente*”. “Viva la muerte”. En fin... Hitler, Franco y la iglesia legitimadora en su peor versión, esa que no dijo nada cuando debió hablar.

La contraparte no era movida de manera clara por la irracional y fascista “voluntad de poderío” sino por el volutarismo, que en realidad se confunden cuando éste elige la violencia. La “justicia” en la punta del fusil. Las agrupaciones peronistas, esas que Perón había echado de Plaza de Mayo, por “imberbes” y “traidores” se nuclearon en dos organizaciones armadas principales. Por un lado, Montoneros que como su nombre parece indicarlo, querían tener un toque de hispanidad anti porteña y que era un conglomerado de militantes de distintos orígenes ideológicos, incluyendo algunos que estaban en la vereda de enfrente y otros sospechados de ser agentes de quienes más tarde serían sus represores y asesinos. Es que su heterogeneidad los hacía “infiltrables”.

La otra no era tan “imberbe”, pues sus orígenes deben quizá buscarse en el marxismo-leninista y en la revolución cubana, se trata de las FAR (Fuerzas Armadas Revolucionarias), principalmente, a la que previamente se les habían sumado las FAP (Fuerzas Armadas Peronistas). Sus antecedentes están en la resistencia. Las FAR-FAP, ya habían irrumpido, si no me acuerdo mal en el cordobazo, que tuvo

---

<sup>114</sup> Esa conformación parece ser una constante sociológica, que supongo que debe haber sido estudiada científicamente. Se dio, entre los casos más notorios en la España de la guerra civil y en la Francia ocupada por los nazis, para quienes trabajó en la inteligencia y en la represión para oficial.

componentes de guerrilla urbana. La tendencia revolucionaria, por su parte, fue algo así como una agrupación de superficie que, a su vez vinculaba a las distintas agrupaciones de la juventud peronista, principalmente, con las agrupaciones armadas.

Las FAR, finalmente, se funden con Montoneros.

La otra fuerza guerrillera, el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP) no pertenecía a la constelación peronista, sino a la marxista y su partido de origen fue el Partido Revolucionario de los Trabajadores, que como su nombre lo indica se atribuía la condición de representante de los trabajadores, aunque ellos no lo sabían, cosas que ni al ERP ni al PRT, les importó demasiado, pues se sentían obligados con la historia. Supongo que se autorepresentaban como la historia misma. Eso les permitía asesinar y ser asesinados en una macabra dinámica justificada en la historia suelta.

Me imagino que partían de esa creencia marxista-trotskista de que los trabajadores como motor de la historia, como dijo Fidel Castro en una memorable pieza retórica “Y ya se los ve... a ellos los que hacen mover la rueda de la historia”. Más o menos por esos años en Buenos Aires se exhibió una película del cine norteamericano independiente –“Joe”, se llamaba– y que con profundo desazón muestra como los obreros pueden ser muy conservadores y hasta mover la rueda de la historia, pero para *atrás*. Es que Joe tenía trabajo en la industria armamentista, en la época de oro del “complejo militar-armamentista” que fue la Guerra de Vietnam, el mismo que había desnudado el general Eisenhower a fines de los ‘50.

Estos voluntaristas de izquierda se imaginaban Mao Tse Tung y Ho Chi Min, ignorando que ambos fueron unos líderes extraordinarios pues supieron dirigir a unos pueblos en condiciones extraordinarias. La China feudal, los señores de la guerra, la guerra del opio, el imperialismo occidental, la cruel invasión japonesa, las hambrunas del Río Amarillo. Todo ese sufrimiento estaba detrás de Mao. Toda esa historia estaba detrás de Mao.

Detrás de Ho estaban las más crueles invasiones, de China (varias y repetidas a lo largo de las centurias), de Francia que terminó con su derrota en Dien Bien Fu, seguida por la guerra norteamericana de exterminio, un crimen de lesa humanidad, aún impune. Detrás de Ho y de Vietnam estaba también el tablero estratégico del sudeste asiático y un pueblo y una cultura indomable, al punto que soportó entre tres y tres millones y medio de muertos causados por la tecnología bélica norteamericana, napalm y agente naranja incluidos. Pese a todo, derrotaron a los norteamericanos, poseedores de las fuerzas armadas más poderosas del planeta y su impiadosa voluntad de control mundial.

La influencia de esos líderes y esas guerras de liberación constituyeron el manual de operaciones del ERP. El ejército argentino, en el marco de la guerra fría adoptó el manual de operaciones norteamericano en Vietnam, como era obvio, exterminio y tortura incluidos. Primero durante la Masacre de Trelew (22 de agosto de 1972) y luego, masivamente, en Tucumán en el denominado Operativo Independencia, iniciado bajo el desfalleciente gobierno peronista, se realizaron los ensayos de exterminio sistemático, primero de guerrilleros y luego de militantes generales. Con asistencia militar norteamericana y, quizá, aunque informal, francesa, aunque en este caso directamente por ex represores-militares-torturadores.

Dos años después con el autodenominado proceso de reorganización nacional, la tortura y la desaparición forzada de personas se transformaron en un procedimiento cotidiano, protocolizado, como lo acababa de reconocer el asesino imbécil que fue el ex General Videla, desde la prisión donde estaba preso.

Eran unos cobardes e hipócritas que para hacer la tarea sucia para la que los habían programado los norteamericanos en la Escuela de las Américas debían esconder su rostro y asesinar y torturar desde las sombras.

Obviamente el ERP, al que en un momento se le sumó Montoneros fue aniquilado, pese a que los combates duraron, si no me acuerdo mal, unos dos años. El ERP fue un grupo organizado y coherente y dio muchos, importantes y resonantes golpes militares, pero como partió de una perspectiva tan errónea como voluntarista de la sociedad, no supo apreciar el contexto real y, por ende que Argentina no era ni China ni Vietnam.

Y no sólo idealizaron a los trabajadores, sino que, además no consideraron que la producción agroganadera argentina era capitalista, no feudal como en la mayoría de Latinoamérica y en China, pues el Imperio Británico no sólo la formó en ese marco, sino además, asistido por los porteños positivistas posteriores a Caseros, la formó, junto a los franceses, dentro de las ideologías liberales, desde las más conservadoras a las más progresistas.

Por otro lado, la Argentina dominante es una enorme llanura, no una selva donde emboscar al enemigo. Además sus militantes no poseían la cultura asiática tradicional, donde el individuo suele ser considerado más una parte del todo social, y menos una persona, sujeto del derecho producido en el marco de la cultura y la filosofía política del occidente europeo, originadas en la vieja Grecia más el aporte germánico. En nuestra cultura la vida humana y el individuo-persona tienen otra significación. Los soldados norteamericanos nunca pudieron entender eso y fueron derrotados.

El mejor indicador de qué modelos circulaban por los cerebros de los guerrilleros es que iniciaron la guerrilla en la selva subtropical tucumana, lo más parecido a la selva cubana y vietnamita, pero a más de mil kilómetros de Buenos Aires, el centro del poder y de la llanura en que basa su poderío.

Tal supremo y evidente despropósito, tuvo terribles consecuencias en el marco de la escalada del odio. ¡Vaya si las tuvo! ¡Qué épocas negras! ¡Que confusión! ¡Qué terrible desenlace! ¡Qué intelectuales heroicos, voluntaristas, dogmáticos, ingenuos y lineales fueron al hacerle el juego a los peores intereses norteamericanos y a los de los peores argentinos! ¡Fue tan doloroso tener conciencia de esos efectos y del porvenir y no poder hacer nada!

Tengo todavía muy presente y vívida la dolorosa sensación de impotencia, cuando veía que nos encaminábamos exactamente al lugar donde nos querían ver los norteamericanos y cuando se lo decía a mis amigos, su respuesta era la propia de quienes estaban transmutados, alienados, por un *frenesí ideológico*, basado en dogmas. Varios de mis amigos desaparecieron, otros fueron asesinados y muchos otros debieron huir del país.

Fue una guerra civil de “baja densidad”, oculta, artera y por ende más sórdida y cruel. Los militares, que habían estado ensayando sus formas oscuras y cobardes

de represión en Trelew y Tucumán, sólo esperaban que los presidentes posteriores a Perón fueran arrastrados por los acontecimientos.

El 24 de marzo de 1976, llegó finalmente. Un golpe cívico-militar otra vez... pero que con el tiempo demostró que era distinto a los que estábamos acostumbrados a recibir resignadamente. Creo que tal acostumbramiento hizo que muchos lo apoyaran sin percatarse de las diferencias.

### **b. La colimba. Ejército nacional o ejército faccioso antiguerrillero**

La represión se había venido preparando desde mucho tiempo antes, incluso técnicamente, pues las fuerzas armadas debían ser preparadas para cumplir con una política de defensa dictada fuera de nuestras fronteras. En 1968, con 23 años, cumplí con el servicio militar obligatorio, que por ese entonces se hacía a los 20 años, pues por mi condición de estudiante había pedido prórroga. Me enviaron a un regimiento de tanques (caballería blindada) cerca de la ciudad de Magdalena, a algo más de cincuenta kilómetros de La Plata. Fui destinado a un escuadrón donde todos éramos estudiantes a quienes el ejército tenía el propósito de convertir en oficiales de la reserva.

Había sólo cuatro no estudiantes, que tocaban el tambor redoblante en la banda del regimiento. Uno de ellos “el negro” Goullace era un exquisito violinista, concertino de una acreditada orquesta académica. Verlo tocar el redoblante en los ensayos de la fanfarria con su desarrapado uniforme de fajina de diseño prusiano producía una sensación que oscilaba entre lo gracioso y lo depresivo. Era el mismo que en el medio del monte tocaba para todos nosotros un fragmento, quizá el más triste, sensible y hermoso, de Thaïs de Massenet emocionándonos de la manera más exquisita, haciéndonos recordar que la sensibilidad subsiste aún en la precariedad de la vida en el monte y la dura instrucción militar.

La cosa era muy simple, los que aprobaran el curso de oficiales, salían en la primer baja, es decir que en nueve meses o menos, seríamos nuevamente civiles, mientras que los que sólo aprobaran el de suboficiales, tendrían el estado militar por un año y los que no aprobaban ninguno de ellos, estarían “adentro” dieciocho meses.

De modo tal que no tuve elección y ya que estaba ahí decidí esforzarme en la medida de lo necesario para ser subteniente de reserva del Ejército Argentino, por varias razones. En primer lugar y principalmente porque quería terminar de una vez por todas con mis estudios de abogacía; accesoriamente, porque soy de las personas que puestos ante una situación que no pueden evitar, tratan de aprender todo lo posible, agotar la experiencia inevitable y sacar todas las conclusiones posibles, en ese caso sobre el ejército, por entonces un factor de poder y un grupo de presión frente al poder político.

Por otro lado, el país estaba todavía bajo la “pax” de Onganía. Todo parecía estar relativamente tranquilo, el cordobazo no había ocurrido y los guerrilleros y la violencia foquista aún no habían aparecido, de modo que era bastante improbable que el Ejército me convocara a filas como subteniente. Al año siguiente la experiencia fue desactivada pues los que sucedieron a Onganía pensaron que muchos de

nosotros –universitarios– podíamos ser eventualmente guerrilleros a los que les estaban dando instrucción militar, enseñándole, además, la doctrina militar vigente.

Los “aspirantes a oficial de reserva” (AOR, aunque en realidad no aspirábamos a nada, sólo nos habían puesto en ese lugar) teníamos una buena cuadra, camas bajas, con coloridas colchas y los oficiales jugaban a tratarnos como iguales, pese a la dureza del entrenamiento y la instrucción en el uso de los tanques de guerra, unos viejos Sherman comprados como sobrante de guerra, según supe. Lo que ensombrecía el ambiente, era la fotografía de los muertos colgadas en la entrada a la cuadra, aproximadamente una decena, víctimas de los combates entre “azules y colorados”, a los que ya me referí.

Muchos de nosotros éramos gente con una mayor educación que los mismos oficiales, que se mostraron bastante civilizados, aunque se notaba en algunos de ellos la tensión que les generaban unos jóvenes que los podían dejar en desventaja si de hablar de temas más profundos se trataba.

Pero lo arcaico era el Ejército Argentino en sí mismo. El Regimiento 8 de Tanques de Magdalena estaba organizado como una unidad con varios escuadrones de tanques y uno de infantería blindada, una fuerza de tareas o *task force*, conforme a la doctrina militar norteamericana. No sólo era arcaico el armamento, compuesto por tanques y transportadores de tropas de origen también norteamericano y que llegaron a la Argentina ya gastados. Tuvimos mucha instrucción en ese viejo equipamiento y recuerdo que cuando salíamos con los blindados, una buena parte de ellos se quedaban en la mitad del campo, con el motor o las orugas rotas. Se me hizo evidente que sin un fuerte potencial industrial era ingenuo suponer que se podrían tener unas fuerzas armadas modernas conducidas por profesionales de *mentes modernas*.

Pero lo verdaderamente arcaico del ejército que conocí radicaba en la cultura y en la doctrina militar. La perspectiva hispanista del valor providencial estaba en todas las declaraciones y subyacía en toda la doctrina y convivía con la doctrina militar alemana, seguramente prusiana. Ésta consistía en tratar de hacer del soldado una máquina obediente, lo que se pretendía inducir mediante el “orden cerrado”, una práctica consistente en extenuar a la tropa haciendo las más duras, inverosímiles y a veces degradantes actividades físicas. Se procuraba que el soldado perdiera, junto con su dignidad, la capacidad de pensar individualmente, sustituyéndola por la obediencia como un reflejo condicionado y a la desobediencia con el castigo. Claro, Prusia era quizá el arquetipo de la Alemania medieval, pero que contaba con la industria pesada del carbón y el acero, de modo tal que produjo una doctrina militar acorde con el hecho de que sus líderes militares eran nobles terratenientes, los *jun-kers*.

Ese ejército estaba en pleno tránsito a incorporar la doctrina militar norteamericana, muy diferente a la prusiana, incluso desde la perspectiva operativa. Ese tránsito se veía en la ropa de los “colimbas” pues la ropa de “entrecasa”, llamada de fajina era de corte germánico, mientras los uniformes de combate, incluyendo los cascos, eran de corte norteamericano.

Pero el arcaísmo también estaba en un catolicismo institucionalizado que no toleraba ateos. Recuerdo que el primer día de incorporados, antes de que nos raparan y nos dieran la ropa, nos preguntaban datos personales “¿Religión?”. “Ateo. No soy creyente”. “¿Cómo?! ¿No puede ser que no tenga una religión?! ¿Lo bautizaron?”.

“Y... si... de chiquito”. “Entonces es católico”, y como tal quedé asentado para el “glorioso e invicto Ejército Argentino”. Cada vez que recuerdo la experiencia me imagino a los castellanos, que a los vencidos que no degollaban los transformaban en creyentes católicos por decisión de poder.

Esa auto glorificación, escuchada varias veces, escondía un ejército ocioso, que sólo “despuntaba el vicio” en los enfrentamientos intestinos, frecuentemente sangrientos donde generalmente morían soldados y suboficiales. Sus conductores jugaban con la sangre ajena como si estuvieran en una mesa de arena, esas que usaban para simular sus ejercicios militares incruentos. En la mesa de arena, los “fragotes” y los tiroteos intestinos era imposible que el ejército no se mantuviera invicto, pues siempre una parte de él resultaba victorioso.

Una vez casi se puso a prueba con nuestro vecino Chile, en 1978 cuando el gobierno militar decidió incumplir un fallo arbitral adverso sobre el canal del Beagle que el Estado Argentino había consentido. Nuestras fuerzas armadas, entonces en el poder, inventaron que había que ponerle límites a Chile un país con presuntas apetencias territoriales en la Patagonia Argentina. La guerra a punto de iniciarse fue interrumpida por la llegada de un enviado del Papa con el propósito de buscar solución al problema creado por la lineal imbecilidad de nuestros militares que creían que el honor le impedía aceptar el arbitraje. Los militares, católicos declarados al menos formalmente, aceptaron como un deber de creyentes lo que debieron haber aceptado desde la racionalidad.

Me quedó clara la falsedad del presunto expansionismo chileno cuando en la década de los '90 conocí en profundidad el sur chileno. Descubrí que desde su parte continental desde la altura de Chile Chico hasta Cochrane la cultura de los chilenos continentales era predominantemente argentina, que su música era el folclore argentino, el tango y algunos boleros caribeños y centroamericanos. Que tomaban mate amargo y que recibían a los argentinos con los brazos abiertos, mientras en el Chile norteño no éramos bien recibidos por ese entonces y no se si ahora. Es decir una penetración cultural inversa a la que nos contaba la prensa argentina dominante.

Ahora creo que la abortada guerra con Chile incrementó en nuestros militares la necesidad de demostrar que eran valientes y buenos en su profesión. Eso probablemente se manifestó cuatro años más tarde con la guerra, esta vez real, de Malvinas. Claro que esta guerra en serio, con una potencia global con centurias de experiencia militar enfrentando guerras totales, no era un desfile, ni un ejercicio en la mesa de arena.

La guerra por las Islas Malvinas terminó de exponer las debilidades de nuestro ejército, para ello me permitiré una digresión, contando unas vivencias muy intensas, de la que no estoy seguro de haberme repuesto, referida a la presunta invencibilidad (¿o imbecilidad?) del ejército.

Pasé la guerra de Malvinas, impotente y angustiado en mi conciencia de que la perderíamos irremediablemente no sólo por la diferencia de poderío, sino porque conocí íntimamente el grado de improvisación y ausencia de profesionalismo del ejército. Y porque los cursos de oficial de reserva me enseñaron algunas cosas de la profesión militar.

Debí participar, pues la cámara empresaria para la que trabajaba como gerente fue obligada en una época en que no se podía decir no pues las licencias dependían del poder militar, al igual que quizá hasta sus vidas, a sostener una red radiofónica para mentirle al pueblo argentino sobre los combates, aunque claro que eso no lo manifestaron sino que lo practicaron. Los militares imbéciles que manejaban esa acción psicológica se confundieron –otra vez– de enemigo pues en lugar de dirigirla a los británicos, la orientaron a su propio pueblo.

Debo decir que debí dar un duro combate interno contra mi patriotismo, para evitar que confundiera mi conciencia crítica, aunque, lo confieso, por momentos lo hizo. Afortunadamente cuando volvía a mi casa, por la noche, agotado por las emociones vividas, sintonizaba las ondas cortas de la BBC de Londres y de Radio Neerlandia y conocer la verdad de la guerra me centraba emocionalmente. Ese combate interno, altamente emocional, fue durísimo y psicológicamente desgastante. Creo que aún tengo secuelas, pues ciertos actos referidos a la guerra aún me hacen llorar, intensa y literalmente.

En los pocos momentos en que podía estar en mi despacho, un amigo de Radio del Plata me adelantó telefónicamente que ya habían tomado Puerto Argentino. Dejé lo estaba haciendo, tomé un taxi y fui velozmente al Estado Mayor Conjunto y en el trayecto que recordé eso del “glorioso e invicto Ejército Argentino” que escuche por primera vez en la colimba y cuando llegué y me encontré con el oficial que me habían asignado como enlace, el Coronel Arenilla<sup>115</sup>, lleno de furia le grité: “Lamento los muertos al pedo, pero me alegro de que ya no van a poder decir más que constituyen un ejército invicto” y agregué unos insultos que no recuerdo, pero que incluía a la madre de los altos mandos. Estaba desencajado y fuera de control. La tensión acumulada había estallado.

Dos días después volví a retirar unos papeles y aproveché la oportunidad para disculparme por mi explosión con Arenillas, un buen tipo. Éste se levanto con la parsimonia del que está pensando a presión. Cerró la puerta, volvió a su escritorio, me miró a los ojos intensamente, reclamando complicidad y habló: “Doctor<sup>116</sup>, usted tiene razón y su bronca está muy justificada, mi ejército ya no puede llamarse invicto y eso tendrá sus consecuencias”. Ambos nos relajamos.

La influencia hispánica era notoria en la cultura del ejército que conocí pues se pensaba en el combate principalmente como una cuestión de valor, de “huevos”, la tecnología era una cuestión secundaria para buena parte de los oficiales. El combate se reducía al valor y a la suerte –a suerte y verdad, como dice un curioso dicho argentino– o al valor y al favor divino, que es más o menos lo mismo. La planificación y la tecnología, el profesionalismo, dicho de otra forma no eran muy apreciados. En esa perspectiva las tropas no entraban en combate o en contacto con el enemigo, se “lanzaban” al combate. Dios mediante.

La guerra por las Malvinas fue el más claro y doloroso ejemplo de esa cultura, con la salvedad de que muchos “oficiales de desfile”, no honraron la cultura que exaltaban, mientras otros, junto a suboficiales y soldados lucharon fieramente contra

---

<sup>115</sup> Un apellido supuesto.

<sup>116</sup> En realidad sólo era abogado pues se acostumbra llamar a los abogados con un título que no tienen. Mi doctorado lo obtuve 23 años después.

un ejército de alta tecnología, profesional y fogueado en el combate durante siglos, ininterrumpidamente.

Muchos sintetizaban esa perspectiva que definía una clara influencia hispánica diciendo que los militares argentinos eran mucho huevo y poco seso. Creo que esa descripción era certera en punto a la cultura militar pero no quizá respecto al comportamiento real, probablemente por efectos del masivo aporte italiano, cuya cultura parece haber preferido la vida a la gloria militar, lo que no la hace muy confiable desde la perspectiva bélica, aunque sea humanamente inteligente.

Me parece oportuno recordar la cita de Erasmo citada anteriormente y que puede explicar mucho de la cultura del Ejército Argentino de esos años, como también la de los argentinos en general. Españoles belicosos e italianos elocuentes, unidos por el más intenso voluntarismo, posible por la abundancia original de comida y tierras. Pero la guerra implica la realidad más inclemente imaginable y el voluntarismo condujo a la derrota.

Pero me interesa terminar de describir al Ejército Argentino que yo conocí, especialmente a sus hombres. Los oficiales se consideraban a sí mismos “caballeros” y cabe recordar que el santo de la caballería argentina era San Jorge. El toque hispánico-medieval era evidente. Los caballeros miraban con desdén a los infantes, a los que con sorna llamaban “bichos verdes” por el color del uniforme y porque se arrasaban en el combate. Los caballeros, casi sin excepción eran de tez blanca y con ancestros europeos cercanos, casi todos ellos. Algunos eran hijos de generales en actividad, a su vez con ancestros militares.

Casi todos ellos, arriba de un tanque lucían muy poco aguerridos y no se si muy familiarizados con esos trastos viejos mal mantenidos que eran los M4A3 y M4A4<sup>117</sup>. En realidad a mi se me ocurría que salvo uno de ellos, que era el más “mílico”, los oficiales-caballeros desentonaban con esa masa de hierro viejo de 36 toneladas. Pero, en cambio, lucían apuestos, relucientes y aguerridos cuando participaban en las frecuentes demostraciones de destreza ecuestre en la pista de salto, especialmente si entre los presentes había “damas”, pues los caballeros sólo trataban con damas, no mujeres.

Los que realmente sabían de tanques y armamento eran los suboficiales motoristas o armeros. A diferencia de los “caballeros” los suboficiales eran en su mayoría de tez oscura, pelo negro y duro. Es que mientras los oficiales eran de clase media neoeuropea, los suboficiales eran reclutados en el interior argentino hispano-criollo-aborigen. Para ellos el ejército representaba una fuente de trabajo, un uniforme, una pertenencia y mando sobre inferiores, es decir los soldados y los suboficiales de menor rango.

Había suboficiales que patéticamente jugaban a ser oficiales, los que con frecuencia los despreciaban por “negros”, por lo que me resultaban algo indignos. A uno de esos, en un momento de relax durante un fin de semana en que mi escuadrón estaba de guardia, le improvisé una pequeña y burlona pieza satírico teatral, con la complicidad de algún compañero. Como supuse, afortunadamente no

---

<sup>117</sup> Además de la instrucción de oficial, me destinaron a gestionar la reparación y obtención de repuestos de las dos versiones de tanques Sherman, que contaba el regimiento.

entendió la sátira y hasta se sintió halagado, lo que curiosamente mejoró mucho mi relación con él.

Los soldados, por su parte, en general recibían muy poca instrucción militar y eran vistos principalmente como personal doméstico gratis por los oficiales. Muchos suboficiales, descargaban sobre ellos sus frustraciones, que eran muchas.

Los desfiles con “bandera y banda” eran un *colorímetro sociológico* cuando pasaban los cadetes de las distintas escuelas de las tres fuerzas armadas. Los de las escuelas de oficiales tenían un color promedio: tez blanca y pelo castaño claro, de origen europeo. Los de las escuelas de suboficiales, en cambio, tez marrón oscura y pelo negro y un fenotipo marcadamente hispano-aborigen. Por suerte eso ha cambiado bastante, al punto que últimamente he visto oficiales del ejército, que por su color de piel, en mis épocas de soldado, sólo calificaban para suboficiales.

Es que el liberalismo agro-importador que refundó a la Argentina en la segunda mitad del siglo XIX diseñó un ejército comandado por los beneficiarios del sistema, pero la mano de obra estaba reclutada entre los marginados por el sistema. Obviamente había institutos de formación castrense absolutamente diferenciados. Ese diseño no admitía un escalafón castrense unificado.

No fuera a ocurrir lo que ocurrió en algunos países, me acuerdo de Perú, país en que un cholo<sup>118</sup> que se inició como soldado, llegado al generalato, encabezó una revolución popular que depuso a un gobierno liberal vinculado a la oligarquía terrateniente.

Hacer el curso de oficial de reserva implicaba mucha más instrucción de la que recibía un conscripto común, pero tenía sus ventajas, además de salir antes de baja. Aprendí mucho más del ejército, no sólo porque debíamos estudiar teoría y práctica, sino también porque los oficiales inferiores (tenientes y subtenientes) mantenían un relación más de iguales e íntima y eso me permitió conocer más de ellos, especialmente la cultura y representaciones que portaban.

En ese marco de formación castrense diferenciada al que me destinaron, un subteniente, que años después fue jefe de la casa militar de la Presidencia de la Nación una vez restauradas las instituciones constitucionales, viendo probablemente que conocía bastante más que él de política internacional me pidió que le escribiera algunas ideas sobre la relación entre la guerra de Vietnam y la política exterior argentina, pues por eso de la “escalera descendente” le había tocado desenvolver varios temas referidos a esa maldita guerra, donde los norteamericanos asesinaron probablemente a unos 3.500.000<sup>119</sup> de vietnamitas a muchos miles de kilómetros de sus fronteras. En el plano de los derechos humanos eso es un delito de lesa humanidad del que por ahora están impunes.

---

<sup>118</sup> Me refiero al general Juan Velazco Alvarado, quien encabezó un golpe de Estado, que en 1968 depuso al presidente Belaúnde Terry.

<sup>119</sup> He leído publicaciones que afirman que fueron 3.500.000. Algunos norteamericanos afirman que en esa cifra se incluyen los muertos de la “invasión” de Vietnam del Norte al del Sur, olvidando que esa era una guerra civil en la que no debieron entrometerse, especialmente considerando que de ninguna forma estaba amenazada la seguridad nacional norteamericana.

No se si él lo sabía o no me lo dijo, pero con el tiempo me di cuenta que la preocupación militar por Vietnam formaba parte de un proceso mucho más profundo, cual era la de transformar al Ejército Argentino, de ejército nacional, guardián de las decisiones soberanas y de las fronteras geográficas, en un ejército antiguerrillero, guardián de las fronteras ideológicas y de los intereses norteamericanos. O dicho de otra forma, transformarlo de un ejército nacional en una fuerza prioritariamente destinada a la represión interna. Desde Vietnam, nuestros militares, a través de norteamericanos o franceses aprendieron a torturar. Por eso conté esta experiencia, en la medida en que forma parte de un proceso.

Otra vez la suerte me puso en un lugar privilegiado para observar ese proceso de conversión militar acelerada. La mutación me resultó muy clara. Por ese tiempo el Ejército estaba desarrollando el llamado Plan Europa, pergeñado principalmente por un general de apellido Uriburu del equipo de Onganía y que en síntesis proponía sustituir a Estados Unidos como proveedor de armamento, pues condicionaba la provisión de los mismos a los países de la región en función de sus propios intereses, de modo que Europa apareció como el proveedor natural. Asimismo el plan preveía fabricar armamento en el país, bajo licencia europea.

Estoy convencido que ese plan de sustitución de proveedores de armamentos y de sustitución de importación por la producción nacional, de corte claramente nacionalista y desarrollista fue la razón principal para la sustitución del General Onganía como presidente. Estoy convencido también que el “cordobazo”, al que la izquierda reivindicaba como causante del cambio presidencial, fue, otra vez, un *pretexto ideal* para ocultar los intereses norteamericanos, que seguramente incentivaron a los militares liberales para que lo echaran. Recuerdo que antes de su derrocamiento vino al país un importantísimo militar norteamericano, cuyo nombre no recuerdo. Sospechoso, al menos.

A mi me incluyeron en un grupo de soldados AOR para integrar las tripulaciones de tanques a los que utilizaban como blancos móviles para cohetes sin carga explosiva o como portadores de algún instrumental, unos y otros constituían material bélico que los europeos estaban mostrando a nuestros militares para vendérselos. Unos dos meses después, al mismo grupo de soldados –grandotes, creativos, fuertes y dispuestos a una diversión muy violenta– nos transformaron en guerrilleros para enseñar a los cadetes de la escuela de caballería del Colegio Militar el combate contra soldados irregulares en áreas rurales.

“Ganamos” todos los ejercicios motivados seguramente porque en tal caso nos daban un franco doble y además sus oficiales “bailaban” a los cadetes, circunstancia que nos producía placer extra. Disfrutábamos pasar al lado de ellos y mirarlos con sorna mientras sufrían el orden cerrado más intenso. Los militares de entonces, al menos, no sabían que el agotamiento y el sufrimiento no los hacen más creativos e inteligentes en el cumplimiento de su función patriótica, sino solamente más brutos.

La degradación del militar argentino había comenzado. El honor castrense del soldado invicto al servicio de la patria, falso o verdadero, estaba siendo trocado por el de un asesino y torturador impune en nombre del Estado y la patria.

Así fue que me comenzó a “cerrar” lo que intuí principalmente de manera emocional en un calabozo de “la Primera” de La Plata. Seis años después, la intuición inicial y el la experiencia posterior sobre la dirección del ejército, fueron corroborados

por los hechos. Por lo menos unas 10.000 personas murieron, unos cuantos militares, asesinados casi siempre fría y provocativamente por la guerrilla de la heroicidad voluntarista, más o menos de izquierda. El resto fueron masacrados por unos militares, también voluntaristas, que se representaban asimismo como valerosos y honorables pero que en realidad se taparon la cara para matar enemigos generalmente indefensos, pensando que así conservaban el “honor castrense”, porque en Argentina el honor era (¿es?) generalmente un concepto formal, declarativo e inconsistente, en épocas sin honor ni dignidad ni razón.

No se si hemos ganado en honor, pero creo que hemos ganado en cinismo, lo que es un avance, pues ya no escondemos tanto nuestra verdadera condición, tan proclive a la ilegalidad y el atajo moral. El cinismo suele ser la primera etapa de la toma de conciencia práctica.

1) *La colimba y la epistemología*. Aquí debo hacer una digresión teórica pues la experiencia militar me permitió pensar de otra manera la realidad, circunstancia que incidió significativamente en mis desarrollos epistemológicos académicos de 35 años más tarde. Ahora forma parte significativa del “método” con el que estoy escribiendo esta historia. Por eso creo pertinente citarlo con algún detalle.

Dentro de esa instrucción especial como oficiales, cierta vez nos enseñaron el capítulo de la inteligencia militar. Se nos dijo que al entrar en combate debíamos vaciar nuestros bolsillos pues cualquier elemento, en caso de resultar muertos o prisioneros, podía ser utilizado por el enemigo para obtener información sobre nuestras propias tropas. Correlativamente se nos explicó el modo en que se podía sacar partido de la información tomada en esas condiciones del enemigo. O sea que desde un detalle se podía construir una información de más alto rango, es decir una *totalidad de mayor dimensión y complejidad*.

Eso me hizo pensar que con retazos –con partes– de la realidad, se podía reconstruir la realidad total en el que la parte estaba. En ese mismo momento, se me cruzó claramente que se podía recorrer el camino inverso. De la parte al todo y del todo a la parte. Esa idea me viene acompañando desde entonces. Fue así que durante años fui comprendiendo procesos y estructuras generales desde muchos retazos diferentes y triangulados, sin recurrir a la idea lineal de generalizar la experiencia recortada por la percepción, pero repetida. Mis lecturas y experiencias de vida fueron así tomando otra dimensión y me llevaron a pensar que para comprender una totalidad compleja había que tener ideas parciales sintetizadas y luego cotejarlas y contrastarlas. Tampoco supuse que esa práctica personal podía constituir un método. Pero lo cierto es que tales pensamientos, ya en mi etapa académica, me permitieron desenvolver un pensamiento holístico e incursionar en la epistemología de la complejidad, aunque evadiendo la idea del *patchwork*<sup>120</sup> de los positivistas, pues con retazos de información se puede inferir –creativamente– la información faltante para describir la totalidad y luego volver a la realidad para cotejar la inferencia con ella.

---

<sup>120</sup> *Patchwork* (inglés) o pieza formada con parches, es usado por los epistemólogos positivistas para designar una teoría formada con diversas hipótesis “verificadas”.

### c. Estados Unidos de América

A poco de salir de la colimba, mis compañeros de militancia me informaron de que existía la posibilidad de una beca de intercambio para ir a Estados Unidos para jóvenes dirigentes, sean políticos, estudiantiles, de ONGs, cooperativistas, etcétera.

Me presenté junto con otro compañero, rendí un examen, me otorgaron un buen puntaje y gané una plaza para estar en ese país algo más de dos meses, la mayor parte viviendo en casa de una familia norteamericana.

Contaré esa experiencia, no como dato autobiográfico, sino porque la historia de Argentina no se termina de comprender sin un conocimiento mínimo de los Estados Unidos de América. Ese país fue el más grande y sangriento propulsor de la gran antinomia argentina y de la más sangrienta dictadura militar de la historia de mi país. Importa de manera sustancial su cultura, no sólo para entender nuestro pasado, sino también nuestro presente y en particular su influencia sobre nuestros jóvenes. Y creo que comprender a este país es muy difícil y no sólo o no tanto por su complejidad, que si uno no se deja impresionar por las apariencias, no es tanta como parece. Es un país de símbolos y realidades discordantes. Muchos argentinos sienten hacia él una admiración acrítica.

Por otro lado, además de su enorme significación en la historia argentina, es un factor incidente en nuestro actual desarrollo, tanto como que unos ocho millones de hogares argentinos –sí, 8.000.000– se embeben consciente o inconscientemente, incluso de manera subliminal, de cultura norteamericana pues esa es la cantidad de hogares (unas 32.000.000 de personas) cubiertas por la televisión por cable, en el que la inmensa mayoría de los programas principales (Prime, los llaman) son producidos en Estados Unidos. Buena parte de ellos son “reality shows” que son hechos, precisamente, sobre la cultura cotidiana de ese país.

Debo considerar, en síntesis, que la industria cultural norteamericana no sólo es un *instrumento de control social dentro de Estados Unidos, sino también sobre los países, que como el nuestro*, han abierto su mercado audiovisual de manera irrestricta a la producción de ese origen. Nos envían su ideología y su cultura, confundiendo nuestra identidad e intereses nacionales, que están lejos de ser coincidentes. Desde la violencia de nuestras sociedades, nuestro consumismo hasta nuestra alimentación, claras muestras de su influencia. Muchos argentinos creen que los árabes son terroristas y los norteamericanos defensores de la libertad, cuando en realidad se trata de pueblos y culturas que se defienden de la manera que pueden en unas guerras asimétricas de invasión por el control de los recursos naturales, especialmente petróleo.

Además los norteamericanos elaboran sus programas casi con el mismo criterio multilateralista con que han llevado a cabo sus relaciones exteriores con los países hispanos americanos, ignorando las características e identidades de cada uno de ellos. La producción de programas, es decir, cultura, con economía de escala, con sus efectos sobre la identidad y por ende sobre la percepción de sus respectivos intereses, debe ser revertida por políticas audiovisuales nacionales estrictas.

Cuando comencé a trabajar en radiodifusión sólo había unos pocos canales de televisión abierta hasta que durante el gobierno del presidente Menem, sin previsión

alguna, se abrió el mercado audiovisual argentino a la industria audiovisual norteamericana.

Es así que decenas de telefilmes y filmes norteamericanos –cotidianamente– nos inyectan la cultura y los símbolos mientras confunden nuestra identidad y nuestros intereses. Además justifican su política exterior invasiva. Esa industria ha puesto en las pantallas la violencia armada y las adicciones, manifiestas o encubiertas de esa sociedad, como un modelo a imitar por provenir de un país “exitoso”.

Espero que la referencia a la violencia, el control ideológico, las adicciones y el alcohol ayuden a comprender nuestra realidad, nuestro pasado y nuestro futuro. Espero que los que tienen responsabilidad sobre el asunto hagan algo. Yo lo intenté de manera operativa y el sistema me superó, aunque no me venció pues elegí otro camino a través de la enseñanza universitaria y la publicación de mi pensamiento.

El problema para comprender a la sociedad norteamericana radica en que el control social se ejercita principalmente a través del símbolo y por ende la violencia simbólica, es decir la *violación de la palabra* a través de la realidad. A diferencia de la violencia física no es fácilmente perceptible pues se retroalimenta de modo circular. Como muestra Walter Lippmann una gran parte de la cultura norteamericana está constituida por estereotipos, es decir lugares comunes y desde Aristóteles en adelante sabemos que los lugares comunes pueden significar cualquier cosa, incluyendo lo opuesto a lo aparente.

No he conocido otra cultura donde se vea con mayor claridad e intensidad la idea de Humpty Dumpty, el personaje de Lewis Carroll, cuando dice que el significado lo da el que tiene el poder y el poder está claramente en manos de los actores económicos concentrados y los medios masivos, no menos concentrados.

Para descubrir qué hay detrás de las palabras, los símbolos y los signos uno debe tener la sensibilidad “cargada” de semiótica. En la sociedad norteamericana comprendí que *pocas cosas son lo que parecen*, que la educación y la cultura están diseñadas para no mostrar ni para favorecer el pensamiento crítico y que cada norteamericano, en cuanto actor extremo de la acción práctica en la lucha por la vida y en la competencia social cotidiana es naturalmente un censor del pensamiento crítico.

No hay tiempo para “eso” pues el tiempo es oro, no se si vida. Por ejemplo en los restaurantes la “sobremesa” una forma muy latina europea, lo mismo que el café en el bar o en la vereda, ámbitos de diálogo y amistad, está culturalmente limitada en los hechos. No bien el mozo se da cuenta que los comensales terminaron de comer, les llevan la cuenta, clara demostración que quieren que se vaya rápidamente y otros ocupen la mesa. El tiempo es oro.

El café es una pérdida de tiempo, al punto que toman un café lavado o quemado, preparado con anterioridad y lo sirven en un enorme vaso descartable para poder tomarlo mientras se camina o se trabaja. El tiempo es oro. He llegado a pensar que tener tiempo reflexivo parece ser peligroso en esa sociedad. Reitero, el tiempo es oro y por ende sólo puede ser ocupado en pensar y actuar prácticamente desde la perspectiva individual.

Norteamérica es un país de reglas. Todo está regulado, al punto que he llegado a pensar que si, según la idea liberal tradicional, la libertad consiste en hacer todo lo

no específicamente prohibido, el ámbito de reserva es bastante menguado. A veces pienso que esa forma de vida –muy regulada y competitiva– hace que con cierta frecuencia a las personas se les “reviente” la cabeza y con un arma, de las muchísimas que hay en ese país, producen una masacre demencial.

Dentro de la cultura estadounidense pensarse a uno mismo dentro del contexto social y a la sociedad es una tarea “innecesaria” y por ende “subversiva” y creo que así se piensa en USA, pues todo los movimientos críticos, sean sociales, académicos o artísticos, han terminado aislados. Los hippies son uno de muchos ejemplos. Es que la cultura estadounidense predominante está inficionada de *pragmatismo*, *utilitarismo* y *positivismo*, corrientes filosóficas en las cuales el pensamiento crítico es mera metafísica *subversiva*, como decía Auguste Comte, o por lo menos una pérdida de tiempo. Tocqueville, a quien acabo de releer para una investigación académica, detectó tempranamente –en 1831– esos caracteres, afirmando incluso que los críticos nunca son elegidos como dirigentes y que el igualitarismo los lleva a emparejar por lo bajo.

Recuerdo una frase del ex presidente Lyndon B. Johnson que unos 130 años después de Tocqueville expresó la cultura norteamericana del igualitarismo a través de la mediatización, o mediocridad como diríamos en Argentina, más o menos así: “soy un americano típico, pago mis impuestos y he leído seis libros”. Con esa apelación a la mediocridad estaba pidiendo que lo votaran como presidente. En un país verdaderamente civilizado, la referencia a su escasa cultura difícilmente hubiera sido utilizada por su autoridad máxima como instrumento de captación política. Una vez electo ese gobernante profundizó la guerra de Vietnam.

Es así que les resulta difícil sino imposible comprender el efecto dañoso que han causado en el entorno humano y ecológico del planeta, o el efecto humano real de las guerras, los millones de muertes causadas o del significado socio-cultural de su sistema punitivo y sus millones de presos, la pena de muerte, el racismo y la segregación encubiertos... la pobreza segregada y *moralmente estigmatizada*.

Desde su ideología crudamente individualista, cada norteamericano tiende a conocer sólo su pedacito de la realidad y su visión del mundo, conforme a su cultura anglosajona de claro corte empirista y positivista, está limitada a lo que ve y observa. Creen fervientemente en la ciencia y su aplicación tecnológica, lo que los hace peligrosos pues frecuentemente ignoran para qué y que relación tiene con la condición humana, incluso la propia. Cada norteamericano estándar tiende a considerarse una isla. Eso los hace manejables por el poder.

Vuelvo a la beca. El grave problema radicaba en que no tenía el dinero como para pagar los gastos mínimos, esos que no cubría la beca ni Operation Amigo ni la Fundación Juan A. Harriet. Acababa de ser dado de baja del servicio militar, como dije y mis padres acababan de superar un problema de salud de mi padre, que casi le cuesta la vida. Estuvo mucho sin trabajar y obviamente pedirle dinero a él no era una opción. Estaba resignándome a perder la beca que contemplaba viaje, alojamiento y comida, pero no dinero para las necesidades menores, cuando una noche, estando en casa de mis padres, aparece Hugo Carbonet, un amigo entrañable.

“Tomá –me dijo, mientras dejaba cien dólares arriba de la mesa– es para el viaje”. Sorprendido y emocionado le dije que no sabía cuando se lo iba a poder pagar,

pues en diciembre de 1968 era mucho dinero, al menos para mí. En realidad era muy poco dinero para viajar a Norteamérica, aún becado.

“No lo tenés que devolver, a la vuelta nos contás a los amigos todo lo que viste, comiendo un cordero con vino casero que le robaremos a algunos de nuestro abuelos, tíos o padres, ya veremos a quién le toca”.

“Pero...”. “Nada de peros, sos el único de todos nosotros que vas a poder viajar y vos viajás por nosotros”. Fue así que me convertí también en viajero por representación. Un corresponsal de mis amigos de la infancia.

Pude viajar. De pronto aparecí en el aeropuerto de Miami. Era el 20 de enero de 1969. En los televisores color Richard Nixon daba su discurso inaugural de un período que luego de una reelección, terminó abruptamente con Watergate en 1974, cuando todo el mundo estaba harto de él no sólo por sus errores y su conservadurismo brutal, sino y quizá principalmente, por ser el presidente responsable de la vergonzosa pérdida de una guerra, tan atroz como en apariencia inexplicable.

Si bien se la quiso disfrazar como una retirada estratégica, Kissinger mediante, en realidad fue la primera guerra perdida de manera ostensible<sup>121</sup> por la mayor potencia militar. Las fotos de la retirada de Saigón son muy claras.

Me ha parecido sospechoso que Nixon fuera dos veces “primera vez”. El primer presidente norteamericano que renunció y el primero bajo cuya administración Estados Unidos perdió una guerra, además de manera vergonzosa, ante un pequeño país. Sin duda fue un cretino, pero en su destitución hubo bastante de sobreactuación mediática. Creo que fue el “cabeza de turco” en el cual los norteamericanos descargaron su frustración y su vergüenza. Volveré sobre Vietnam.

Desde Miami los becarios (unos diez) emprendimos viaje a nuestro destino final, Berea, a unos cuarenta kilómetros al sudoeste de Cleveland, en el Estado de Ohio donde estaba el Baldwin Wallace College, nuestra aproximación a la cultura académica estadounidense.

El largo viaje fue de descubrimiento y asombro. Todo parecía recién pintado o nuevo, al menos, en los lugares por donde fuimos, como no tardé en darme cuenta. Con los años comprendí que a diferencia de nosotros, *ellos no mezclan la pobreza y la marginación con la “normalidad” y el bienestar*, es decir la dominancia, y mucho menos con la opulencia. Aquellas quedan ocultas, muchas veces tras los muros de las cárceles, muchas y bien pobladas, incluso privatizadas y a cuyos dueños les conviene un Poder Judicial incriminatorio. Esa es una forma de control social.

Al fin, llegamos, agotados por unas cincuenta horas de viaje y emociones. A mi, junto con Federico, un pibe argentino de ascendencia alemana y de la zona norte del Gran Buenos Aires, que hablaba muy bien el inglés, nos destinaron a vivir con la familia de Paul Adams. Federico fue mi principal conexión con este mundo de descubrimiento, aunque por eso de “*traduttore, traditore*”, con frecuencia prefería la observación silenciosa, pues descubrí que pese a que era una muy buena persona, sentía admiración por la Norteamérica blanca, a la que creo que ya conocía. Yo –en cambio– me había propuesto observar y conocer, de manera neutral, críticamente por ende. No albergaba antinorteamericanismo alguno, todo lo contrario, pero estaba

---

<sup>121</sup> La de Corea también implicó una derrota, pero terminó en un armisticio que aún perdura.

formado para no creer en las apariencias ni en la propaganda. Como militante político de un partido que hacia del conocimiento casi un punto de doctrina, tenía buena información sobre el país y quería cotejarla fuera de todo ideologismo. Simplemente no dejaba –ni dejo– que los intereses de ese país se mezclen con los del mío.

Sin embargo me las ingení para relativizar la barrera del idioma, haciendo una agenda rigurosa de temas y conseguir distintas fuentes de traducción y por ende de triangulación de la información que recogía. La necesidad de conocer a la cultura de la gente de un país que condicionaba la historia y la vida del mío y de casi todos los del planeta, me obligó a ser metódico.

Paul Adams era una persona flemática, de pocas palabras, profesor universitario. Su esposa, una mujer menuda y agradable, enfermera, según me tradujo Federico y cuyo nombre no consigo recordar. Tenían dos hijos, Lee de unos 19 y Nancy de aproximadamente 17 y un perro, Toby, de esos de orejas largas y ojos tristísimos, que pese a ser silencioso, parecía ocupar el lugar central en la casa. Lee, vivía en el campus del college, pese a que la confortable y amplísima casa de sus padres, estaba a sólo dos cuadras.

Los Adams habían estado en Argentina, de la que sacaron enorme cantidad de diapositivas (la tecnología “de punta” de la época) pero pocas conclusiones, según me di cuenta a lo largo de mi estadía. El mismo Paul reconoció que yo tenía razón cuando, Federico mediante, le dije –entre el humor y la ironía– que el turismo a Argentina lo habían hecho en el living de su casa mirando la proyección de los *slides*, al regreso.

La impresión que me quedó es que no eran viajeros ni les interesaba cotejar su cultura con la de los países que visitaban. Creían saber que la cultura de ellos era mejor que todas. Los norteamericanos creen eso, incluso los jóvenes actuales y con brillantes carreras tecnológicas. Viajar para ellos, luego lo cotejé con otros norteamericanos, era una pura fenomenología, pues se interesaban sólo por el fenómeno, es decir la apariencia, sobre la que seguramente se forman juicios comparativos que por cortesía no exteriorizaban. Con el tiempo fui dándome cuenta que la cultura norteamericana es una cultura de cosas y objetos materiales. La pura percepción. Es una sociedad llena de cosas materiales y de normas jurídicas, pues *todo está regulado*.

Invierno en el norte estadounidense. Todo cubierto de nieve, hasta donde se podía ver. Todo blanco, pocos días de sol. Cuando el cielo estaba despejado se veía la enorme estela de condensación de los ocho motores de los B52 del Strategic Air Command, que con bombas atómicas en sus bodegas daban vueltas en los cielos norteamericanos y canadienses, esperando la orden del “El doctor insólito”. A través de la película de Stanley Kubrick y me di cuenta que su humor no era una broma y que el Dr. Strangelove<sup>122</sup> vivía en Estados Unidos.

---

<sup>122</sup> La película inglesa y con la actuación de Peter Sellers, había sido proyectada en Argentina bajo el nombre “El insólito Doctor No o como aprendí a amar la bomba” (El título original en inglés: *Dr. Strangelove or: How I learned to stop worrying and love the bomb*). Curtiss LeMay era el jefe del SAC y un militar duro, lineal y un poco psicótico, responsable ejecutivo de Hiroshima y Nagasaki. Buen tipo, ja.

Frío en la tierra, frío en el cielo. En el sótano de los Adams se acumulaba una gran cantidad de comida, mucha más que la que se compra para no ir con frecuencia al supermercado.

Invierno y guerra fría. Un lugar emocionalmente poco saludable.

Cierta vez la amable, aunque distante, cordialidad norteamericana se expresó con una muestra de fotografías familiares. Bisabuelos incluidos. Creo que en todas las generaciones, un ancestro había participado en una guerra, desde la guerra civil. Lee, el chico más joven que yo, no sería una excepción, pues fue a entrenar a Okinawa, probablemente la antesala de Vietnam, según me enteré meses después, a mi regreso. Espero que haya vuelto.

Paul llegaba de su trabajo, al poco rato se establecía en su living, miraba televisión y se tomaba un whisky y no se cuantos más pues siempre tenía la copa a mano. Luego comíamos. Paul volvía al televisor y al whisky. Inmutable, flemático, afable, hermético. Mientras tanto, en Pigüé, mi padre, en cambio, volvía del trabajo y tomaba mates, junto a mi madre, con quien charlaba largamente.

Alarmado, un día en el hall de la universidad, comenté con becarios del mismo grupo de argentinos que pensaba que había ido a parar con una familia de alcohólicos, pero para mi sorpresa varios de ellos parecían estar teniendo la misma experiencia.

También me llamó mucho la atención las cantidades de cerveza que los estudiantes bebían a escondidas y los controles sobre el alcohol, muy extraños. Por ejemplo en los bares ponían un sello en la mano para que en la barra supieran si no tenías edad para tomar alcohol o si podías tomar bebidas livianas o más pesadas. Otra: sólo se podía comprar alcohol a unas cierta distancia de las autopistas. Los Adams nos contaron de la ley seca y como Joseph Kennedy (el padre de John) hizo parte de su fortuna inicial contrabandeando whisky.

El tema del alcohol desde el comienzo mismo de mi estadía me pareció que ocupaba demasiado espacio en la cultura norteamericana, pensé inicialmente que era por el origen religioso de las colonias fundadoras. Luego me di cuenta que el alcohol estaba enraizado en su cultura, por lo que, dialécticamente, también la represión del consumo de alcohol era un aspecto muy significativo. Es decir que sea como propensión al consumo o como intento de su limitación, ocupaba un lugar muy notorio en su cultura.

Me llamó mucho la atención y me propuse saber que pasaba.

Es que yo había comenzado a vincular el alcohol con la depresión por el clima, con la guerra, y su significado, es decir morir o sobrevivir a sus horrores y vivir con sus recuerdos como posibilidad real, además de la de ser herido. Con los ancestros soldados. Con las reservas de alimentos en el sótano. También con “la bomba”, que sobrevolaba sus cabezas, ominosamente. Y con la religión. Y también con el joven hijo que por un extraño mandato cultural no debía vivir con su familia. Claro, un eventual y precoz guerrero debía ser autosuficiente, ¿cómo ir a la guerra a matar y morir, siendo el “nene de mamá”? Varias personas me habían dicho que la competencia laboral era muy dura e individualista, que muchos usaban el alcohol para relajarse y para “animarse”. Después, la droga, naturalmente.

Un día en el espacio verde que rodea al museo de Cleveland me topé con un jardinero con una gorra visera como la de mi abuelo y pensé: “Jardinero y con gorra visera... debe ser italiano”. “*Bongiorno, come va*”, le dije en italiano cocoliche, el idioma que había mal aprendido escuchando a mi abuelo Giuseppe Notararigo. Sintió que podía hablar y hablamos, él en italiano, yo en mi medio italiano. Luego de quejarse amargamente de que los norteamericanos se habían comprado las grandes obras de la pintura renacentista, hablamos de nuestras vidas. Era siciliano, “mis abuelos también”, le dije. La comunicación se hizo total.

Lo primero que me dijo era que no entendía a sus dos hijos, ambos varones. Que viven a la americana, que sólo piensan en su trabajo, que trabajaban muchas horas, que no tenían tiempo para sus hijos, que vivían muy bien, que no participaban de sus valores ni de los de su madre y que su esposa y él se sentían solos. Que por suerte tenían paisanos amigos.

Así fui tomando clara conciencia del individualismo norteamericano y que *entre el individualismo y la soledad, suele no haber diferencias*.

Así fui comprendiendo los orígenes de la problemática del alcohol y luego la de la droga.

En dos ocasiones me acerqué a un templo, pues como ya lo conté más arriba, la cuestión religiosa fue central en mi infancia y adolescencia por lo que vivir en un país donde el catolicismo era minoría era un tema que me generaba curiosidad. Recuerdo particularmente un templo que si mal no recuerdo era metodista. De la otra casi no guardo memoria alguna. No se qué decían, pero sí, en cambio, recuerdo su gestualidad, medida, sin emociones ni carisma, un sermón liso de emociones desde algo como una cátedra o tarima casi sin adornos, por lo que no calificaba como púlpito. La nieve. En especial recuerdo la salida, luego del servicio, en el que las personas se saludaban cortésmente, de modo distante, dándose las manos, desde lejos, sin abrazos.

Cuando treinta años después me convertí en abogado de protestantes y evangélicos y luego de conocerlos y conocer sus doctrinas terminé de procesar mi experiencia norteamericana y su religiosidad. Ya había estudiado a Max Weber y su *ethos* protestante. Ya conocía la carta de Franklin a un joven comerciante en la que la moral y los negocios se confunden, al borde del *cinismo*, al punto que le dice que debe ser bueno y confiable porque ello implica acceder al crédito barato.

Pero mi verdadera comprensión se dio conociendo a mis nuevas relaciones con la religiosidad venida de Norteamérica, especialmente bautistas, pentecostales y otros grupos. Ese contacto me llevó a estudiar al feroz y angustiante calvinismo (base de buena parte de las colonias religiosas fundadoras) el cual, expresado mediante una síntesis grosera, cree que los seres humanos son depravados de nacimiento y que por ende la vida es una lucha para dejar de serlo.

El calvinismo en sus diversas formulaciones, cree en consecuencia que *la vida es una actividad religiosa* y que la persona no se pueden salvar por sus actos, sino que el Dios soberano ya sabe quien será o no condenado y que por ende *sólo cabe obrar como Dios querría* y ver si el resultado de las propias obras sugiere que la divinidad está de acuerdo. El hombre depravado sólo puede someterse totalmente y ser perseverante. En fin, una tremenda *falacia circular al servicio del control social*, a

través de la angustia, en la que pese a todo el creyente debe perseverar mediante la entrega total y la acción dirigida al éxito económico. Muy distinto al catolicismo, forjado en la edad feudal, para el cual éste no cuenta y el control social se da mediante la capacidad de la iglesia de perdonar los pecados y por ende de evitar el horroroso y eterno dolor del infierno.

Tal cultura, a la que se oponían los hippies y otros grupos contestatarios formaba parte de los valores de la vida cotidiana. Eso cambió sustancialmente, pero creo que aún quedan fuertes restos de la matriz sobre la que se edificó la ética económica y laboral, sin olvidar la forma de relacionarse con otros países.

Corroboré la intuición que me produjo la visita al templo, pese a que los metodistas son, al menos en la visión inglesa, bastante progresistas y abiertos y que surgieron para llevar esperanzas a los no exitosos<sup>123</sup>, que en la lógica calvinista aparecen como claros candidatos a la condenación eterna pues en cuanto “perdedores” pareciera que Dios no los está mirando con buenos ojos.

Años después, de algún lado, me vino una frase de Hemingway que decía algo así como que los latinos<sup>124</sup>, a quien conocía en sus patrias originales, bebían para festejar la vida, mientras los anglosajones lo hacían para tapan la angustia. Si bien es una generalización bastante grosera pues hay muchos latinos que beben por angustia o al menos por depresión, cotejé esa idea con las vivencias descritas y creo haber terminado de comprender porqué el alcohol es tan importante en la cultura norteamericana y que a través de la publicidad y la cultura mediática en parte nos ha llegado.

Luego, en ese mismo espacio cultural de la ansiedad se introdujo la droga, quizá desde la misma selva de Vietnam y llegó para quedarse y esparcirse. Si bien todas las guerras son angustiantes y antihumanas, esa debe haber sido de las peores para los jóvenes invasores perdidos en una selva impiadosa dominada por un pueblo heroico, pese a ser sometido al más inclemente *genocidio, aún impune*. Sólo la droga hacía que muchos pudieran mantenerse moralmente en pie. Luego, espiritualmente lastimados, a veces irremediablemente, la llevaron a casa. Me imagino a ese chico rubio, esmirriado, de menos de 20 años –Lee, mi “hermano americano”– y

<sup>123</sup> En la ideología calvinista el pobre puede pensar que Dios no lo ha elegido y eso es muy angustiante.

<sup>124</sup> Aunque creo que Hemingway no se refería a los latinoamericanos, sino a los de Europa. Latinos, originalmente, fueron los habitantes del Latium, o Lacio, hablantes del latín. Son latinos, dicho de una manera extremadamente simplificada los países que hablan lenguas derivadas del latín tales como, entre muchas otras, italiano, rumano, catalán, francés, portugués y español. Los anglosajones de Norteamérica, en su permanente afán simplificador llaman latinos a los hispanos parlantes nacionales de ex colonias españolas, católicos y además mestizos. Aunque no extienden esa denominación a los franceses de Quebec (los québécois), pese a ser “latinos” y americanos. Creo que en esa designación, además de su mentalidad imperial multilateralista, consistente en ponernos a todos en un solo bloque indiferenciado, está el desprecio por lo derivado de España por su condición de ex potencia medieval y católica, que además fue el antagonista de los ingleses y luego de los norteamericanos (guerra por Cuba y Filipinas). Justicia poética: el 40% de la población norteamericana actual tiene orígenes “latinos”, aunque no hay que hacerse ilusiones, pues muchos, en su afán de asimilarse y ser aceptados, padecen del síndrome de la “fe del converso”.

Brasil, ha tenido para los WASP un perfil diferenciado, en primer lugar porque no migran en masa; en segundo lugar, probablemente, porque Portugal fue aliado tradicional de los ingleses, frente a España, el enemigo común, y tercero porque desde la década de los años de 1960, el Departamento de Estado ha considerado a Brasil un país “llave”.

mi condición humana sufre. Ellos también son víctimas, aunque no lo sepan y aunque causen mucho dolor.

La universidad que conocí en Berea merece algún párrafo. Los estudiantes iban a estudiar, sólo a estudiar y aprender cómo actuar en la vida adulta. No había criticidad en ellos en una época de la vida en que la criticidad y el cuestionamiento son esenciales, tan esenciales como lo es el juego en la niñez. Conforme a mis observaciones en el aula universitaria, me parece que esa cultura se ha instalado en nuestros jóvenes urbanos, televisión mediante.

Así como cuando los niños juegan, desarrollan músculos, destrezas e imaginación, la actitud crítica e inconformista en la juventud desarrolla modelos y alternativas para representarse la vida adulta. Por el contrario, noté que eran adiestrados para *repetir formalmente* las conductas de los adultos, sin discutir ni cuestionar los eventuales problemas de fondo de su sociedad.

En particular recuerdo algo que era un aprendizaje exclusivamente procedimental y que consistía en algo así como “jugar al parlamentarismo” pues actuaban una situación en la que se remedaban conductas parlamentarias para tratar sólo banalidades, pese a que los Estados Unidos era en ese momento un hervidero de problemas, principalmente la guerra de Vietnam, el problema negro y el asesinato de líderes políticos y sociales. Verlos discutir pomposamente acerca de si la puerta del hall debía cerrarse media hora antes, me sonaba en un tono que oscilaba entre lo patético y lo ridículo.

“Esto es un aprendizaje para la democracia” nos dijeron. Algunos de los becarios se lo creyeron, aunque creo que la mayoría se lo tomó un poco en broma, mientras que los más politizados creo que de alguna manera, con mayor o menor conciencia, nos dimos cuenta que se trataba de la *instalación de símbolos en las mentes juveniles para el ulterior control social*.

Es sabido que la educación antidemocrática consiste en hacer memorizar estereotipos y símbolos sin significado real concreto asociados a emociones fuertes para luego hacérselos evocar, también mediante llamamientos emocionales fuertes, con el sentido y el propósito que el poder vigente les quiera dar. Los jóvenes que participaban del ritual parlamentarista, seguramente pensaban que estaban ejercitando la democracia.

Así fue como creo que descubrí el modo en que se suprime la criticidad del norteamericano blanco promedio. “Modo americano de vida”, “sueño americano”, “tierra de hombres libres”, “la carga del hombre blanco”, “libertad”, “libre iniciativa” son sólo algunos de la infinita cantidad de *lugares comunes* o dogmas que se instalan en la mente norteamericana y que como ya dije el gran norteamericano que fue Walter Lippmann llamaba estereotipos. Después del atentado a las Torres Gemelas la supresión de la criticidad y el control social se refuerzan, respectivamente, a través del sentimiento de pueblo asediado por el terrorismo y en definitiva por el miedo, pues es sabido que en tiempos de guerra y asedio, el disenso se suprime o se esconde por temor al aislamiento social. El miedo es probablemente el más eficaz y enfermizo instrumento de control social, como ya he dicho. En nuestra constitución está jurídicamente establecido a través de lo que se llama el “Estado de sitio” en que se suspenden las garantías constitucionales.

Respecto a la preparación de los jóvenes para la vida adulta, observé por esos tiempos que muchos varones del tipo WASP, llevaban un notorio, holgado y colorido buzo o campera en cuyo pecho y espalda llevaban grabadas o bordadas con colores no menos notorios, unas curiosas letras griegas. Algo un poco ridículo y nada elegante. Mi mente deductiva alcanzó a agruparlos en dos o tres grupos de buzos de colores y letras iguales.

Esa constatación me intrigó, de modo que pregunté qué significaban. Se me dijo que esas prendas, conforme a los colores y letras, indicaban la “fraternity”, es decir la fraternidad de pertenencia del que la vestía. Pregunté más y encontré desconocimiento y renuencia, especialmente en los que las usaban, lo que me hizo seguir preguntando pues la renuencia me mostraba la existencia de algo oculto, en contradicción con el hecho de que la pertenencia era pública. Aplicando mi método personal de triangulación y machacona insistencia para averiguar pese a la barrera del idioma, pude saber que la fraternity es un espacio donde se practican ritos de iniciación, algunos casi crueles, donde se hablan ciertas cosas de fondo en privado, donde nacen lealtades, donde el misterio y la pertenencia hermanan, a veces de por vida.

Después, con los años, fui comprendiendo que “la gran democracia del norte” en realidad tiene una vida política bastante *opaca*, de *logias*, de *asociaciones de poderosos*, de *caucus* y que las fraternidades tienen una clara connotación masónica, claro que con ritos y propósitos juveniles. Así también se instalaban las prácticas y procedimientos políticos en los jóvenes estudiantes y es sabido que la mayoría de sus dirigentes son personas que pasaron por la universidad, a la que sólo pueden asistir los que tienen dinero para pagarla.

Por esos años el movimiento hippie estaba en su apogeo. Era una reacción de los jóvenes blancos ante los mandatos de violencia institucional, belicismo, control social y fundamentalismo religioso. La respuesta al pragmático y militar corte de pelo, fue el pelo largo; la respuesta a la rígida moral sexual de los puritanos, fue el amor libre; la respuesta al militarismo belicista fue la pisada de la paloma de la paz, que en nuestro país se utiliza aún ahora sin saber su origen simbólico; la respuesta a la sociedad mandataria fue segregarse de ella, no trabajar para cambiarla, para la cual se fueron a vivir en comunidades y adoptaron el uso de las drogas, especialmente la marihuana, por esos años símbolo de abandono y relax, en una sociedad que nació tensa, violenta y controladora y sigue así.

Pero como era obvio, poco fue lo que cambiaron de los vicios de la cultura norteamericana pues renunciaron a la militancia. Hoy son una patética y decrepita sombra de lo que fueron. Así los vi en San Francisco, California, pocos meses antes de escribir estas palabras.

En el verano de 1968 el problema negro norteamericano estalló con increíble violencia callejera al punto que tengo la impresión de que la mayoría blanca supuso estar en la antesala de una guerra civil. Era la época del *black power*, un amplio movimiento por los derechos de la minoría negra, la que cansada de la humillación y el abandono, pretendía encontrar identidad y justicia, dos valores que le fueron negados sistemáticamente a los negros, desde que fueron importados por los blancos como esclavos. Los veranos calientes protagonizados principalmente por el *black*

power, aunque acompañado por otros grupos militantes, incluso fueron muy duros. Al punto que el centro de algunas ciudades del noreste fueron casi destruidas.

Los negros, que habían sido sometidos a la más impiadosa transculturación<sup>125</sup> durante la esclavitud en esos años violentos recuperaron o mejor dicho construyeron una identidad que poco tiene que ver con la que trajeron de África. También profundizaron su igualdad jurídica, pero no parece que se lograran integrar a una igualdad real, pues su limitación es la pobreza, no menos real pues junto con los hispanos siguen dándole la cara humana a la pobreza.

Visto en retrospectiva tengo la sensación de que los “perturbadores” dirigentes políticos, sociales y raciales e incluso los artistas contestatarios han sido asesinados en una implacable secuencia. Los Kennedy, Martin L. King, varios de los dirigentes del *black power*, John Lennon<sup>126</sup> a quien no muchos norteamericanos no le perdonaron que su militancia pacifista siendo extranjero, son un ejemplo. Los cuatro presidentes norteamericanos asesinados son otro.

A veces creo que existe un carrusel de eliminación de disidentes, *misterioso e implacable, motorizado por alguna organización secreta, quizá alguna de esas que nacieron en la universidad*. Una forma de torcer la historia sin alterar el orden jurídico formal, pues no es lo mismo una situación social caótica e imprevisible que un mero asesinato individual irresuelto. Se que esto suena muy subjetivo y probablemente lo sea, pero es muy verosímil dado que los cadáveres existen y nadie ha explicado algo que parece una práctica y que toda práctica, por repetitiva merece una explicación que trascienda el hecho individual. Si no se trata de un producto de la conspiración organizada, es, por lo menos, un dato cultural insoslayable.

Como dije, la cultura norteamericana es violenta y no sólo porque la tenencia de armas de fuego es considerada un derecho constitucional de “hombres libres”. No sólo por Columbine<sup>127</sup> y otras muchas situaciones similares, que revelan mucha furia y mucha frustración agresiva contenida. La violencia principal de su cultura se expresa en los 7.500.000 de personas que los norteamericanos asesinaron alrededor del mundo en guerras de invasión desde 1950 a la fecha. Un holocausto y la yapa.

Suponía, hasta hace unos días, que la actitud de los norteamericanos hacia la guerra había cambiado. Pensaba hasta el hecho reciente que relataré, que la guerra ya no era considerada por ese pueblo como una opción natural. Suponía, iluso de mí, que la opción bélica ya no tenía la importancia que tuvo en el pasado.

Por una cuestión familiar debí volver a ese país. En el aeropuerto de San Francisco, California, mientras esperaba para embarcar en un vuelo que me llevaría de

<sup>125</sup> A diferencia de los países del Caribe y de Brasil, donde conservaron buena parte de su cultura, aunque obviamente modificada por los nuevos ambientes y las nuevas interacciones culturales. También está la diferencia cultural de los esclavistas, mientras para los católicos portugueses, principalmente, los esclavos eran más bien un material productivo descartable, para los protestantes anglosajones eran un bien de capital que debía ser cuidado. Además muchos de ellos creían que la vida era un ejercicio de militancia religiosa por lo que fueron obligados a adoptar el cristianismo de sus amos.

<sup>126</sup> Recuerdo que en USA me tradujeron “Revolution”, cuya letra no sólo me hizo terminar de entender su significación cultural y la significación política de Lennon y los Beatles, sino también, años más tarde, una de las posibles motivaciones del (¿los?) asesinos de aquél.

<sup>127</sup> Columbine, una escuela secundaria en la que a fines de los ‘90 unos jóvenes masacraron a un gran número de estudiantes, comportamiento que no ha dejado de repetirse.

vuelta a Buenos Aires, aunque trasbordando de avión en Atlanta, ocurrió lo que paso a relatar.

Había unos veinte soldados del ejército, hombres y mujeres, esperando para embarcar hacia esa ciudad, lugar la cual se dirigían a tomar servicio. Todos, con la excepción de un soldado raso y otro que ostentaba el grado de sargento primero o algo así, eran negros y un poco excedidos de peso. Por las ropas civiles que algunos llevaban y su forma de actuar pude inferir que eran personas sin demasiada educación y de origen socioeconómico bajo. Volvían a su trabajo pues después de Vietnam el pueblo no va más a la guerra, sino los profesionales, que al igual que en Argentina, provienen de los sectores de menores recursos. A todos los soldados rasos, menos al blanco, quien parecía algo distante, se los veía alegres y reían bulliciosamente.

No pude dejar de pensar en Vietnam, guerra en la cual el 20% de los soldados eran negros, mientras que el 40% de los muertos y heridos<sup>128</sup> también lo eran, pese a que esa minoría formaba parte sólo del 10 o 15 % de la población total. La cosa no cambió, pensé.

Los soldados negros fueron llamados a embarcar primeros, rumbo a su destino, quizá Irak, Afganistán o cualquiera otra de sus aventuras por recursos naturales, mercados o estrategias geopolíticas.

De pronto estalló un cerrado aplauso de manos blancas. Unos norteamericanos blancos los estaban alentando, ellos que no irían a la guerra, a unos negros, soldados reclutados por la paga, que seguramente serían enviados a alguna lejana guerra de invasión, esas que el derecho penal internacional califica como *crimen de lesa humanidad*. Sí, esas destinadas a conseguir petróleo barato para alimentar sus enormes autos.

No pude dejar de pensar que en el marco de la guerra asimétrica<sup>129</sup> invasiva se merecerían otro 11/9, pues el único lenguaje que parecen entender es el de la escalada lineal<sup>130</sup> de la violencia, pues en una guerra asimétrica ya no tienen a quién golpear más fuerte y sus enemigos sólo tienen el recurso de la violencia clandestina e informal para generar horror con pocos recursos. Desde mi formación humanística y considerando el hecho que dos seres queridos viven en ese país, no pude evitar sentirme culpable de pensar así y reprimí esa idea, que surge en el alma humana, que naturalmente tiende a pensar la justicia como devolución del sufrimiento indebi-

---

<sup>128</sup> Por la época de mi primera visita a USA, ya sabía que buena parte de los esclavos argentinos habían muerto en las guerras por la independencia y en las guerras civiles. Aunque en realidad eran relativamente pocos, porque la miserable colonia que fue Buenos Aires no tenía un modo de producción esclavista. Por el contrario los norteamericanos blancos, que hasta la Segunda Guerra Mundial preferían ser los únicos en morir por su patria, probablemente para no entregarles a los negros ese arma moral y, simultáneamente, para que no aprendieran a manejar armas reales. Esa mutación militar probablemente reforzó la identidad de los afronorteamericanos.

<sup>129</sup> Tomo ese adjetivo del historiador británico Paul Kennedy de un artículo publicado en el diario "La Nación". Así clasifica a las guerras donde se enfrentan dos enemigos de enormes diferencias de poder bélico y donde la evolución conduce, por parte de la potencia a la violencia generalizada, mientras que al débil a la guerra de guerrillas y al terrorismo.

<sup>130</sup> En Vietnam en el marco de los Estados Unidos aplicó la doctrina de la *escalation*, que llegó al más horroroso y masivo bombardeo a Hanoi, pero que no pudo evitar la derrota frente al pequeño enemigo, dicho en términos de poder bélico, no moral. Tal doctrina es un ejemplo de pensamiento lineal, fruto del más primitivo sentido común en cuanto representación del mundo y el poder.

damente causado. Ojala la política exterior de ese país justifique mi sentimiento de culpa.

Pero las ideas no se matan ni se ocultan, especialmente de uno mismo y mucho menos se puede evitar que así como me vino a mi, esa idea debe haber anidado en la mente de muchos de los centenares de millones de personas que odian a los norteamericanos por el menosprecio a sus respectivas culturas y en memoria sus muertos. Es decir que los odian desde los sentimientos más profundos, al punto de ser suicidas. Karl Kraus decía que las ideas son infecciosas y si eso fuera cierto, y parece serlo, debo suponer que esa infección no se cura con bombas, torturas o con el asesinato de sus líderes. Por el contrario, se las alimenta.

Se sabe que sus tropelías bélicas invasivas han producido mucho odio contra ellos, distribuido por el mundo, por lo que creo que en virtud de la ley de Murphy, potenciada por ese inevitable odio, posiblemente sólo es cuestión de tiempo para que ocurra, más allá de lo que yo piense y más allá que cuando pedimos visa para visitarlos nos traten con soberbia y que en los aeropuertos nos obligan casi a desnudarnos<sup>131</sup>.

Afortunadamente ha sido un imperio de corta duración<sup>132</sup>, pues ya está dejando de ser la primera potencia. Es que en la era de la globalización de la información en tiempo real, los imperios, por arcaicos y violentos que sean, ya no duran mil años.

De todas formas la experiencia estadounidense me dejó algunas conclusiones útiles para comprender su cultura incluyendo a la filosofía subyacente y con la cual se forman sus líderes y se educa al pueblo. La primera conclusión que saco es que la predominancia de la cultura anglosajona está llegando a su fin y que su aporte a la cultura humana ya no será impuesto por la fuerza sino por la propia significación que eventualmente tenga. Que sin duda la tiene, aunque no en la medida que los norteamericano se imaginan. Pienso que la norteamericana es la proyección quizá más extrema de una cultura que se formó en las islas británicas con el aporte de celtas, vikingos, germanos (los sajones y los anglos), romanos y normandos, a su vez una curiosa combinación de nórdicos y franceses. Una cultura formada en el pragmatismo de la diversidad cultural y en la extrema violencia con la que fue forjada su unidad nacional y mantenida por un control social basado en la violencia, física y simbólica.

También es la proyección más extrema de la cultura y la filosofía del conocimiento empirista y utilitarista emparentado con el positivismo a través de Stuart Mills y otras derivaciones como el pragmatismo, una versión radical del empirismo.

Correlativamente han desarrollado el capitalismo más radical, que algunos llaman salvaje.

Es así que la cultura norteamericana es una cultura de las cosas materiales, tangibles, perceptibles por los sentidos, mientras que frecuentemente se muestra

---

<sup>131</sup> Entre otras cosas el viajero debe despojarse de su cinturón y sus zapatos.

<sup>132</sup> Si considero que se proyectó como potencia global en 1945 y se tiene en cuenta la emergencia de China y muchos otros indicadores de que ya no están siendo los ordenadores globales indiscutidos, el imperio norteamericano, durará mucho menos que 100 años. Aunque si se lo mide por sus efectos sobre otros países, especialmente en términos de vidas humanas, su incidencia ha sido muy gravosa para la humanidad.

incapaz de pensar en términos de humanismo, criticidad y de manera no lineal y compleja. La crítica al orden establecido no es bien recibida por los norteamericanos actuales de clase media, al punto que se sorprenden si uno formula alguna crítica a su sociedad a la que suponen perfecta, ordenada, democrática y justa. Por otro lado, como señala Tocqueville, los críticos nunca adquieren poder social efectivo. El culto al hombre medio.

Ellos practican la filosofía de preocuparse por lo que está enfrente, y del pequeño mundo del observable, pues suponen que si cada quien se ocupa de su pequeño mundo, el mundo del individuo la “cosa total” andará bien, lo que es una ideología bastante perversa pues *impide pensar en la totalidad implicada* en la vida de cada quien. Por otro lado quien altere esa idea, nacida en el más básico y peligroso sentido común corre el riesgo de ser socialmente aislado o reprimido.

En esa extrema simplificación de la realidad, la ciencia se ha volcado al consumo y al poder bélico de manera quizá prioritaria. En ese marco la ciencia suele ser peligrosa y antihumana. Y eso nos atañe a los argentinos por lo que me parece que tomar conciencia de ello es el primer paso para defender nuestra identidad y nuestros intereses.

Volví a Pigüé. Comimos el asado, pagué la deuda. Recuerdo la felicidad de Hugo Carbonet. Estaba tan feliz alrededor del fuego de esa fresca noche otoñal como si hubiera sido él mismo el que había viajado. Vengo teniendo la suerte de tener unos amigos llenos de cariño y grandeza.

#### d. Brasil

La Fundación Juan Alberto Harriet, una de las copatrocinadoras del viaje a Estados Unidos, escogió a algunos de los becarios que habían ido a ese país, entre ellos a mí, y nos envió –también becados– a Brasil a mediados de 1969. Fiel al ideario desarrollista de uno de sus directivos, el propósito era que en cuanto jóvenes dirigentes, conociéramos los avances del país en ciertos campos de la industria básica y la infraestructura como acero, celulosa y papel, hidroelectricidad y caminos.

Fue de corta duración pero muy intensa y bien organizada, de manera que tuvimos excelente acceso a la dirigencia empresaria y estatal y a una variedad de regiones geográficas y productivas, además de Río de Janeiro, un fantástico centro turístico en una geografía inimaginable.

Incluir en esta relación la historia de Brasil es muy importante por dos razones. En primer lugar para comprender nuestra propia historia e identidad pues resulta extremadamente llamativo que pese a ser fundados por dos entonces potencias ibéricas con una historia en gran parte común, Brasil y Argentina<sup>133</sup> tienen una historia, una identidad y seguramente una proyección tan diferentes. Tal comparación sirve para comprender la diferencia de las colonias hispanoamericanas de la lusoamericana.

---

<sup>133</sup> Uruguay tiene una cultura y una economía muy similar a la argentina, dado que su separación de nuestro país fue una imposición británica para que el Río de la Plata no fuera un río interno y para interponerlo entre las dos potencias regionales.

Antes de seguir debo aclarar que la diferencia evolutiva entre Argentina y los restantes países hispanoamericanos se debe a dos causas geopolíticas y geoeconómicas bastante claras, a mi entender. Argentina, al igual que Brasil, son países atlánticos y por ende los más fácilmente conectados con Europa, por entonces el centro del poder mundial, mientras que los restantes países hispanoamericanos pertenecen o bien a la cuenca del pacífico o son interiores, tipología en la que debe incluirse a buena parte de la cultura preexistente territorio de la actual Argentina, por lo menos después de la refundación del país por la generación del '80.

Nuestro país se relaciona, en el marco atlantista con Europa como proveedor de alimentos para el Imperio Británico y simultáneamente es para las entonces potencias dominantes –Inglaterra y Francia– una vía de ingreso para sus mercaderías al interior de Hispanoamérica, siendo el puerto de Buenos Aires su punto de recalada e intermediación. Para explicarme mejor diré que si en los años coloniales hubiera existido la tecnología y el uso de petróleo, probablemente el país atlántico de la relación con Europa hubiera sido la Gran Colombia, especialmente la actual Venezuela. Pero esa historia no ocurrió, sólo estoy haciendo un experimento mental, como habría dicho Einstein.

En segundo lugar porque Brasil como vecino y como continuador del Imperio Portugués condicionó nuestro propio desenvolvimiento histórico con guerras y algunos momentos de alianza, aunque generalmente para servir los intereses británicos de manera conjunta. Pero debe recordarse que la relación de Brasil con Gran Bretaña es diferente a la de Argentina, pues es hijo de Portugal, país para el cual la alianza con Inglaterra quizá haya sido una cuestión de supervivencia frente a España, potencia por esos años enfrentada con Gran Bretaña. Brasil heredó la alianza, Argentina el conflicto con la Gran Bretaña, conflicto que sólo se ocultó mientras el Imperio podía sostener la estructura agroimportadora argentina y su clase dirigente.

Un ejemplo fue la destrucción de Paraguay porque sus dirigentes –quizá de manera irreal y voluntarista en el marco de la *real politik* de entonces– proyectaron un país poderoso, al punto que a diferencia del resto de Latinoamérica montó una industria metalúrgica en la segunda mitad del siglo XIX. El resultado del conflicto fue la destrucción de Paraguay, la muerte de la mayorías de los varones jóvenes, que Brasil ganara nuevos territorios y simultáneamente se desembarazara de un enemigo potencialmente peligroso, mientras que sumió a la Argentina en la división pues buena parte de los argentinos se oponían a un guerra sin sentido, impopular y quizá perjudicial para los intereses nacionales. Me parece que sólo fue abrazada como causa patriótica por los porteños y su juventud dorada.

Lo único que creo que dejó, según me han afirmado con seguridad y con aparentes fuentes documentales unos muy confiables colegas académicos brasileños, serían nuestras “criollas” “bombachas de campo” y las no menos criollas alpargatas. Según mis informantes las bombachas eran fabricadas por la industria textil británica para el ejército turco, aunque lo que no me quedó claro si fueron un sobrante de guerra (un surplus) o luego fueron fabricadas especialmente para “nuestra” guerra. Lo cierto es que parece ser que su uso no sólo arraigó entre nuestros paisanos, sino también entre los brasileños, al menos por un tiempo. Eso explicaría también porqué

la palabra “bombacha” es tan parecida a “babucha”<sup>134</sup> y el motivo de ese inexplicable botón sustitutivo de la botamanga. También sirve para explicar el desconocimiento y las dudas de los docentes argentinos cuando se les preguntaba por esas prendas tan “criollas”, es que esa información hubiera contradicho la decisión de la escuela sarmientina de establecer a la Argentina sobre símbolos unificadores, al margen de su contenido de verdad. También habría contradicho la romántica idea del “ser nacional”.

Vuelvo a la importancia de que en esta relación me ocupe de Brasil. Es que es nuestro socio actual y inevitablemente tendremos una relación muy fuerte y para ello debemos conocerlo y saber como es, para lo cual debemos saber *cómo fue*. Están implicadas la geopolítica y la cultura y es sabido que el conocimiento implica capacidad predictiva.

La primera cuestión que me llamó la atención cuando fui esa primera vez a Brasil fue que el país estaba habitado casi mayoritariamente por descendientes de esclavos africanos pues además, al igual que los norteamericanos o en general toda cultura fundada sobre el esclavismo y en consecuencia el racismo, los “blancos” tienden a clasificar a los mestizos como negros. Es que sería imposible esclavizar o explotar a un igual, por lo que el esclavo, como cualquier explotado, *tiene* que ser diferente e inferior mediante una *creación ideológica*.

Debo señalar sin embargo que a diferencia de Estados Unidos las parejas interraciales no son raras. Sin embargo no vi ningún negro en la administración del Estado ni en una universidad con orientación agraria a la que visitamos, obviamente se trata de discriminación, pensé, teniendo fresca la experiencia reciente de la cuestión racial en Norteamérica a la que llegué a conocer, quizá como pocos “blancos” extranjeros al punto que tenía acceso a una de las zonas más problemáticas de Cleveland<sup>135</sup>, gracias a mi amigo Hines.

La segunda cuestión que me llamó la atención fue la enorme y extendida pobreza. La tercera fue un slogan que se repetía por todos lados: “Brasil, país del futuro”, como si el presente y su realidad no contaran. Finalmente, la gran diferencia del desarrollo social con Argentina y la ausencia del Estado en ese frente, como así también de sindicatos y organizaciones sociales.

Pero lo que más me intrigó de todo era que nadie parecía preocuparse demasiado por ese estado de cosas.

Fatalismo tropical, pensé inicial y superficialmente. ¿Todo se trata de “*dançar e brincar*”? ¿Porqué los habitantes de los trópicos debían ser fatalistas?, también me pregunte. Obviamente esa explicación “tropicalista” no me satisfizo, especialmente si consideraba que como resultado de la beca-visita descubrí que Brasil contaba con

---

<sup>134</sup> Recuerdo haber escuchado de joven algunas explicaciones rayanas al mito: Que era una evolución “natural” del chiripá. Que los hombres “de a caballo” de las llanuras, y los “centauros de las pampas” lo eran, las usaban, por ejemplo magiares, árabes, etcétera. Probablemente constituye una de las tantas estupideces de la enseñanza de la historia argentina destinadas a ocultar la realidad.

<sup>135</sup> Pese a lo cual unos jóvenes afroamericanos, incomunicación mediante o no se aún por qué, me persiguieron con fines aparentemente agresivos, pues allí no entraban blancos. Recuerdo que milagrosamente pasó un colectivo creo que con la letra L pintada en color verde que me llevaba al lugar donde tomaba un trencito a Berea. Las paredes de los edificios estaban pintadas con expresiones tales como “muerte a los blanquitos”.

una elite “portuguesa” muy cerrada y con una burguesía capitalista muy fuerte y nacionalista, que poco tenía que ver con el samba y el carnaval. De modo que me quedó dando vuelta en mi cabeza por años, pues en realidad me dediqué a cuestiones más urgentes e importantes como ganarme la vida, recibirme de abogado, armar un estudio jurídico y militar en política.

Pero también es cierto que de manera circunstancial, cuando no casual, iba descubriendo cosas. La primera que descubrí es que la colonización portuguesa de Brasil obedeció a objetivos, propósitos y medios muy diferentes a la española. Se la puede entender mejor considerando la personalidad y la obra de Enrique el Navegante, que encaró la cuestión de la expansión más allá del estrecho de Gibraltar como una *empresa comercial* que debía ser emprendida *metódicamente*, se podría hasta decir que de manera científica. Fue una empresa nacional.

Este noble, emparentado directamente con la monarquía inglesa<sup>136</sup>, en cuanto hermano del rey y del regente sucesor se dedicó a la empresa con continuidad y dedicación muy resaltables. No parece haberla emprendió como una “conquista” heroica de territorios y metales preciosos, sino más bien como una empresa comercial *sistemática*, muy parecido en ciertos aspectos a un emprendimiento capitalista, para la cual fundó un centro de estudios específicos como *Sagres*, donde nucleó a navegantes, geógrafos, cartógrafos, arquitectos navales, etcétera. Creo que Colón y Vesputio anduvieron por allí, no se si enseñando u ofreciendo sus servicios.

Me parece claro que Portugal emprendió y sostuvo tal empresa desde una mentalidad protomoderna, no ya feudal, pese a la violencia y al esclavismo, que por otro lado eran aplicados por los países que habían ingresado claramente a la modernidad. La historia no tiene límites precisos. Por otro lado los imperios modernos capitalistas como el británico y el holandés no despreciaban la esclavitud, si era redituable.

Claro que esos comienzos no derivaron en una colonia moderna y protocapitalista como las fundadas por los ingleses en el noreste de los actuales Estados Unidos casi dos siglos después, sino en un régimen esclavista que no sólo o no tanto como los españoles que se enfocaron en la minería, sino a las sucesivas industrias naturales primero y cultivos industriales después para la exportación, tales como el palo brasil<sup>137</sup>, azúcar y café, principalmente. Las etapas productivas fueron sucesivas y cuando fueron adquiriendo un desarrollo mínimo se les fueron agregando otras, hasta llegar a la industria, ya en el siglo XX.

El otro dato central en la formación de la identidad brasileña, aunque seguramente vinculado al origen de la empresa colonizadora, es *el imperio* y la correspondiente identidad trasladada por los portugueses a las colonias. El imperio se hizo brasileño y cuando desde esa identidad las elites comprendieron que no les era conveniente la dependencia colonial, se independizaron, como siempre ocurre en estos casos. Tal identidad, según creo, se manifiesta en un claro sentimiento de continuidad, pues una y otra son inescindibles. Y aquí parece oportuno incluir una comparación con el Virreinato del Río de la Plata.

---

<sup>136</sup> El imperio portugués tuvo una relación permanente de alianza con los ingleses en cuanto eran adversarios de los españoles. El Imperio de Brasil heredó esa alianza.

<sup>137</sup> Que le dio el nombre al país, así como la imaginaria ruta de la plata (*argentum*) se lo dio a la Argentina.

La Cuenca del Plata y en particular Buenos Aires no fue una región intrínsecamente significativa de la conquista española como lo fueron México y el Virreinato del Perú. Antes que nada fue un punto de entrada al interior continental, allí donde se suponía que había metales preciosos –plata– y un punto de contención para el ingreso de otras potencias a ese interior y del avance portugués hacia el sur. Hasta bien entrado el siglo XVIII era un asentamiento bastante pobre, casi miserable según algunos relatos. Fue así que tomó alguna relevancia cuando se formó el Virreinato del Río de la Plata, para lo cual se unifican regiones y culturas extremadamente diversas bajo una misma estructura geopolítica, pensada básicamente para sacar la plata de Potosí por el puerto de Buenos Aires rumbo a España y, simultáneamente, ejercitar el comercio monopólico, que finalmente el decadente Imperio Español no pudo sustentar.

Brasil, en cambio, pese a su diversidad, aparece más consolidado por el imperio y con ello no quiero decir que fue fácil, pues incluso en la actualidad existen algunas dificultades entre el sur industrial y el norte y el noroeste. Por otro lado es evidente que aún hoy existe una fuerte fractura social y racial, pero lo que digo es que el imperio proveyó un instrumento de unidad y proyección nacional, frecuentemente por la fuerza, pero creo que más claramente en el campo representativo –simbólico– de la unidad y la identidad. Muchas construcciones en él obedecen a una especie de mentalidad que podría llamar “monumentalista”, quizá propia de una subyacente cultura imperial.

No hace demasiado tiempo, invitado por un amigo, fui a Brasil, luego de muchos años. Anduve por San Pablo y la zona central del Estado de San Pablo. Me encontré con un país muy cambiado pues la continuidad de su crecimiento industrial (a diferencia de Argentina) lo ha transformado de modo sustancial pues no sólo es la sexta economía del mundo medida con las metodologías cuantitativas usuales. También, a diferencia de Argentina que ha crecido merced a la demanda de materias primas alimentarias por parte de China, ha desenvuelto una muy fuerte industria. Decenas de millones de personas se han incorporado al mercado, incrementándose de manera proporcional la clase media y se ha multiplicado sustancialmente la infraestructura.

Todo eso debe incluirse en un marco político de gran continuidad, independientemente de la naturaleza e ideología de los gobiernos, también a diferencia de Argentina, país que ha tenido políticas económicas bastante erráticas. Ello parece indicar que la identidad nacional es más sólida o que al menos está arraigada de manera estable en las elites dirigentes, pues sólo una identidad compartida por los que ejercen el poder, permite la adopción de políticas de Estado estables, sean buenas o malas. Siendo un país con tanta marginación social, que por definición implica no compartir ni la identidad ni la representación del mundo, no encuentro otra explicación que la identidad sea producto de la proyección histórica del Imperio del Brasil arraigada en la cultura, en cuanto memoria colectiva. Creo que hay dos Brasil que coexisten de paralelamente. Uno, el de las elites políticas, económicas y académicas. Otro, el subterráneo, el de la pobreza, proyección de la esclavitud, librada a su suerte hasta hace muy poco tiempo.

Recuerdo que por la década de los '80 un importantísimo empresario de una de las más grandes cadenas brasileñas de radio y televisión y además dirigente gremial

empresario a quien trataba frecuentemente por razones de trabajo, me dijo literalmente: “Brasil es un país de negritos, si hasta la bandera –verde y amarilla– es africana”. Me picó la curiosidad y descubrí en un diccionario enciclopédico que la mayoría de las banderas de los países africanos incluyen campos verdes y amarillos, aunque también descubrí que ninguna de ellas contiene la frase “*Ordem e progresso*”, la declaración ideológica positivista por antonomasia. Los dos Brasil, el visible y el que decide.

Por eso debo incursionar más allá de lo visible, de lo fenoménico, es decir de lo que no se ve o de lo que sólo se ve a partir de algún esfuerzo y buscando detrás de lo visible. Es cierto que Brasil, a diferencia de Estados Unidos, no esconde sus problemas tras claras simbologías de la ocultación. Pero no es menos cierto que las desigualdades socio-raciales siguen siendo enormes. Tal circunstancia me ratificó la distinción conceptual que aprendí durante mi paso por el desarrollismo de que no es lo mismo crecimiento económico que desarrollo económico-social. Que no es lo mismo consumismo que desarrollo humano.

Aprendí en Estados Unidos que la desigualdad socio-racial se mantiene en el círculo vicioso del no acceso a la educación superior pues si no hay acceso *efectivo* a la universidad (lo que incluye la asistencia educativa preuniversitaria del Estado) se pueden dictar las mejores leyes integracionistas, que el problema no se resolverá o se resolverá muy lentamente, es decir mantendrá el *statu quo* más tiempo que el necesario.

Un día asistí a la colación de grados de una universidad pública del Estado de San Pablo, estimo que debo haber presenciado la entrega de no menos de un centenar de diplomas, pero sólo unos muy pocos fueron recogidos por manos negras o visiblemente mulatas.

Pero la cuestión de la marginalidad socio-racial adquiere facetas verdaderamente dramáticas y no sólo en las favelas donde el Estado brasileño no está demasiado presente. Al igual que en Estados Unidos, la cárcel en cuanto suprema expresión de la marginación, está preferentemente poblada por negros, pero eso no es todo. Desde las cárceles se manejan e instrumentan verdaderas organizaciones con proyección social y delictiva *fuera* de ellas, como son el Comando Vermelho en Río de Janeiro y el Primeiro Comando da Capital en San Pablo.

El arte en la marginación se expresa claramente en expresiones como el rap, que constituye una poderosa expresión testimonial de la marginación socio-racial y de protesta y organización de los sectores marginados, que han desenvuelto lo que por momentos parece una cultura aparte de la dominante. El rap brasileño se ha mantenido como una fuerte expresión de protesta y testimonio social de la marginación, antes que una manifestación de la industria de la música.

Es que Brasil ha sido moldeado por Enrique el Navegante y por el Imperio Portugués, pero también por la esclavitud. No sólo en las relaciones sociales de explotación humana y la marginación. También lo ha sido en la constitución filosófica y en el sistema de valores de su cultura dominante.

Brasil tiene a mi juicio aspectos culturales comunes con la cultura norteamericana y ellos deben encontrarse, según creo, en la esclavitud y en la filosofía pragmático-positivista. La relación esclavitud-pragmatismo es sencilla de explicar

pues no se puede constituir un cuerpo doctrinario pensado en el ser humano, mientras se tienen esclavos o semi esclavos o se toleran las relaciones de sometimiento humano nacidas al amparo de la esclavitud. Recuerdo que Hegel vio y definió muy bien el pragmatismo, quizá sin proponérselo, cuando dijo que la máxima del derecho romano “*omnis definitio in iure civile periculosa est*”<sup>138</sup> era inevitable pues no podían definir al ser humano, dado que tenían esclavos. Una definición de ese tipo hubiera creado contradicciones lógicas, y por ende morales, insalvables. No he notado en Brasil el uso y la cita intensiva y extensiva de los tratados sobre derechos humanos como instrumento de acción social y jurídica. No puedo dejar de acordarme de Hegel.

Al igual que en Argentina, en Brasil entró el liberalismo conservador positivista, pero a diferencia de nuestro país no parece que hayan entrado masivamente las vertientes de la Ilustración republicanistas o socialistas. Al menos esas huellas culturales no se encuentran tan ostensiblemente como en Argentina<sup>139</sup> por lo que creo que se puede decir que las ideas de la Ilustración y sus derivadas no tuvieron un rol igualmente significativo. La otra diferencia que encuentro es que el positivismo, en cuanto ideología de la revolución industrial y el industrialismo, en Argentina no logró formar una clara mentalidad industrialista en sus elites, con la intensidad que lo viene haciendo en Brasil.

Por otro lado esas diferencias en la conformación de las respectivas culturas se aprecia en la percepción que muchos brasileños blancos y de clase media tienen de Argentina y de su propio país. En dos ocasiones personas pertenecientes a esa tipología sociológica me dijeron que el mío era un país más civilizado, literalmente y con respeto.

Pero debo decir que en Brasil se aprecian algunas tendencias preocupantes, ahora que ha escalado al rango de potencia económica mundial. La principal de ella y creo que se fortalecerá en la medida en que siga creciendo, es que sus elites a veces se ponen a pensar sobre cómo tendríamos que manejar nosotros nuestras políticas económicas. Lo que digo es que nuestros intereses nacionales pueden no coincidir con los de ellos, para lo cual deberemos armar unas relaciones bilaterales de cooperación pero sin suponer inocentemente que llegado el caso no van a utilizar su poderío para presionarnos. En política internacional la inocencia es estúpida.

---

<sup>138</sup> O sea: “en el derecho civil toda definición es peligrosa”.

<sup>139</sup> Seguramente han operado otros factores, porque en Brasil la inmigración europea de fines del siglo XIX y comienzos del XX, que en gran medida trajo a nuestro país las ideologías políticas europeas vigentes por esa época, ha sido más grande en términos absolutos que la que arribó a la Argentina, como me ha hecho notar el profesor Antonio F. “Dino” Magnoni. Pero creo que operaron dos factores que hicieron que la europeidad y en particular la italianidad tengan menos presencia en Brasil. En primer lugar por el hecho de que en términos *relativos* a la población preexistente, la migración europea, especialmente la italiana, fue mayor en Argentina que en Brasil, circunstancia que hizo que reconfigurara la cultura argentina. En segundo lugar, además de la geografía y la extensión, la condición tropical y la influencia africana en Brasil y doy un ejemplo con la comida. Los italianos y españoles pudieron preservar sus costumbres culinarias pues en la nueva tierra encontraron básicamente los ingredientes que utilizaban en sus países de origen, por ejemplo el trigo, el pan y el vino.

**e. “Mi amigo”, el criminal de guerra nazi. La conexión Bolzano**

Cuando volví a la realidad de mi vida cotidiana, después de las fantásticas y reveladoras experiencias vividas en Estados Unidos y en Brasil, me vi en la imperiosa necesidad de conseguir un trabajo “en serio” pues había comprobado que el intento de ganarme la vida trabajando en un estudio jurídico era imposible pues los abogados pagaban miserablemente.

Gracias a un familiar indirecto conseguí trabajo casi de inmediato en una fábrica de hilados de nylon y poliéster, en Olmos una localidad cercana a La Plata, que se llamaba Petroquímica Sudamericana. Desvalorizada por errores de dirección y atravesada por grandes conflictos laborales, el paquete accionario controlante había sido comprado por capitales alemanes, quienes habían puesto los nuevos gerentes. En particular había un ingeniero jefe, argentino, pero de apellido y cultura alemana, con un fuerte corte en la cara, que era odiado por subalternos y pares por su autoritarismo, lo que agravaba la conflictividad en una época intrínsecamente conflictiva. Un amigo y algunos conocidos de la izquierda trotskysta, uno de ellos estudiante de derecho, trabajaban y militaban secretamente en la fábrica, todos ellos me pidieron que no diera muestras de conocerlos, lo que era difícil pues resulta natural saludar al amigo. Sin embargo cumplí escrupulosamente el pedido pues respetaba su esfuerzo militante aunque no lo compartiera.

Dos años después, ya recibido, fui a trabajar a la División Tierras de Vialidad de la provincia de Buenos Aires, lugar donde el jefe, un bondadoso ingeniero, nos comentó que uno de los mejores ingenieros camineros que tuvo la repartición fue un alemán pero que las trazas que diseñaba –técnicamente cercanas a la perfección– eran muy costosas pues las planeaba sin pensar en los costos expropiatorios, es que, dijo “fue ingeniero militar en la Wehrmacht en territorios ocupados y si había una propiedad que se interponía simplemente la hacían volar”. Ese ingeniero alemán era el padre del ingeniero que nos “aterrorizaba” en Petroquímica.

En esta fábrica trabajaba en la sección de mantenimiento de instrumental, lugar en el cual me hice amigo de un austro-alemán cultural, pero de nacionalidad italiana pues tanto él como su familia eran de la región de Bolzano. Bruno, así se llamaba, tenía mi edad y era amigo, a su vez, de un hombre de la generación de nuestros padres llamado Josef Schwammberger, también de Bolzano.

Al mediodía íbamos a comer, junto con otros compañeros, al modesto restaurant que estaba cruzando la ruta, frente a la fábrica. “Don José” era un hombre callado, quizá triste, hermético y solitario que hablaba bastante bien el castellano aunque con un notorio y gutural acento alemán. Participaba muy poco de la conversación y yo daba por sentado que Bruno cargaba con él para no dejarlo solo. “Pobre viejo, menos mal que Bruno lo acompaña. Seguramente es un loco de la guerra, ¡lo que deben haber sufrido estos pobres tipos!”, nos dijimos con algunos compañeros argentinos, tomando mates.

Un día fui a visitar a Bruno que vivía en la periferia de La Plata con su mujer, una criolla argentina a quien evidentemente amaba, al igual que a su patria de adopción. Al lado vivía “Don José”, solo, con dos perros de raza pastor alemán.

En setiembre de 1970, luego de estar casi todo un año durmiendo tres horas diarias (debía aprobar ocho materias y hacer una monografía), finalmente me recibí,

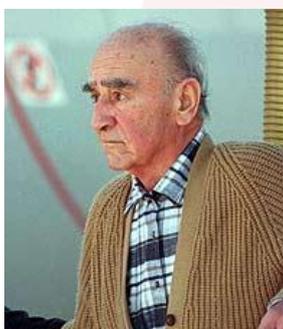
para alegría de mis compañeros de trabajo, que cuando se daban cuenta que estaba agotado me hacían hacer una siesta en el pañol de instrumentos en reparación y me cubrían si algún jefe preguntaba por mí. Gracias.

En diciembre de ese año renuncié y me fui a trabajar a Vialidad de la provincia de Buenos Aires. En 1972, me convocaron a trabajar en la usina “frígido-frondicista” en Buenos Aires, obviamente acepté esa tarea de militancia rentada a tiempo completo, que era como tocar el cielo con las manos pues estaría en relación directa con mis ídolos de entonces. No obstante seguía viviendo en La Plata, para lo cual viajaba en tren todos los días.

Un mañana, estaba el tren llegando al andén en Plaza Constitución cuando me levanto de mi asiento para salir antes de que el tren se hubiera detenido completamente, en esa costumbre tan ansiosa de los habitantes de esta parte del país. A mi lado pasa casi corriendo “Don José” quién me vio y no me saludó, iba apuradísimo. “Hola Don José”, le dije igualmente. Guturalidad germánica mediante me dijo “Hola, hola, hola” y se perdió en la multitud, corriendo.

A la noche iba en el tren del regreso leyendo “La Razón”, un diario ya desaparecido como tal. Un título decía que se había concedido la extradición al criminal de guerra Josef Schwammburger a Alemania del Oeste. El relato mínimo de sus crímenes en un campo de concentración era espantoso. Increíblemente espantoso. “¿Cómo puede ser, si almorzaba conmigo...?”. Entendí, estaba huyendo.

En 1987 lo detuvieron en las sierras cordobesas. En 1990 fue extraditado, juzgado y condenado. Murió en una prisión alemana en 2004.



Josef Schwammburger. Siempre lo vi vestido de la forma que está en la fotografía, ya en su época de detención. Su rostro, casi idéntico al de unos treinta años antes. El remordimiento no parece haberlo envejecido.

Los días siguientes a mi encuentro en Constitución las personas y las circunstancias que conocí comenzaron a tomar sentido. Petroquímica, el ingeniero autoritario, el ingeniero vial padre del ingeniero industrial autoritario, “Don José”, no<sup>140</sup> .... “¿Cómo no me di cuenta?”. Todo estaba relacionado. La “Conexión

---

<sup>140</sup> Días pasados puse en Google el nombre y apellido de Bruno. Aparece una persona que es dueño de una frutería, al parecer importante, en Bolzano. Le envié un correo pensando que quizá pudiera reencontrarme con un querido amigo. No recibí respuesta.

Bolzano”, la bautice. Es que uno no piensa en la estructura de relaciones sino tiene motivos. Pero me hizo preguntar acerca de la política argentina y el nazismo, especialmente en las acusaciones de los antiperonistas.

¿Era la Argentina de la posguerra –gobernada por el peronismo– nazi? Ciertamente Argentina y el peronismo también, tenía (y tiene) muchísimos componentes autoritarios y voluntaristas, pero no era nazi. Esa ideología sólo pudo darse en el marco de la historia, la cultura y la filosofía alemana. El nuestro, simplemente era un país que además de geográficamente alejado del conflicto, era enorme, con poca densidad poblacional, sin guerras internacionales desde muchos años antes, al que –simplemente– la locura nazi no le resultaba comprensible y por ende imaginable.

Mi caso y el de muchísimos otros. Yo era un joven educado, con amigos judíos muy cercanos<sup>141</sup> y con fuerte entrega a la militancia política, pero nacido y criado en un entorno de paz, felicidad, buen trato y lejanías. ¿Cómo podía imaginar que “don José” era un aborrecible, sádico e impiadoso criminal de guerra? Era una posibilidad irrepresentable.

Así fue que comprendí que desde la perspectiva Argentina y varios de sus dirigentes, la Alemania de la década de 1930 y comienzos de la siguiente era sólo una alternativa en el plano de los intereses nacionales, más allá de que algunos de ellos tuvieran cierta afinidad ideológica pero que seguramente esa afinidad no podía hacerles imaginar la horrorosa realidad implicada en el nazismo.

Además el liberalismo de nuestra Constitución nacional encarnó muy fuerte en quienes fuimos formados en el entorno intelectual de la llamada Ilustración, circunstancia que no nos hacía pensar fácilmente en la presunción de culpa, sólo por tratarse de un alemán viejo y solitario.

#### **f. La gran antinomia, en mi hogar**

Para terminar con los descubrimientos históricos en mi etapa platense, me referiré, con mucho cuidado a uno que hice en el plano íntimo y que fue doloroso. Quitaré los detalles pues lo que importa es el entorno en el que ocurrió, lo que, además, demuestra que las personas no nos podemos sustraer del entorno. No somos una isla como pretenden los liberales conservadores para preservar su *statu quo* y sus privilegios.

---

<sup>141</sup> Llegué a resentirme mucho con el sionismo pues en los ‘60 perdí varios queridos amigos que renunciaron al país en el que nacieron para ir detrás del sueño de una patria judía sobre la idea del kibutz, sin darse cuenta que ellos, en realidad unos argentinos de cultura europea, iban a desalojar a otras personas de otra cultura y otro sistema de creencias, de las tierras que ocupaban ancestralmente y de manera real y no por la ideología de un libro mítico sacralizado, con su tecnología superior e inmensos aportes de capital de judíos norteamericanos. Eso se llama colonialismo, más allá de la ideología empleada, en este caso la religioso-cultural. Esa idealización se ha perdido y la actual Israel no es otra cosa que un Estado reaccionario, belicista, conservador y religioso fundamentalista y por ende peligroso. Afortunadamente casi todos los colonos judíos se arraigaron al nuevo país, como mis ancestros italianos.

En vialidad provincial, expropiando tierras para la construcción de caminos que en el pasado remoto pertenecieron a la Jewish Colonization Association, comprendí que la despoblada Argentina estuvo en la mira para albergar la diáspora judía. Seguramente habría sido bueno para el país que se hubieran fundado más colonias judías.

En 1970 luego de la colimba, Estados Unidos y Brasil, conocí a la que sería mi primera esposa y madre de mis hijos. Era una linda joven con un rostro que denunciaba que era portadora de genética andina, aunque algo diluida con otros aportes. Pero era claramente una criolla argentina ancestral. Con los años me fui dando cuenta que me fijé en ella no sólo motivado por sus condiciones personales, reales o imaginadas, sino también por la necesidad que yo tenía por entonces de encontrar mi identidad y pertenencia argentina, además de cumplir con el mandato de “calmarme” y formar familia. La necesidad de echar raíces vitales en una tierra que era culturalmente mucho más amplia que la cultura neo europea en la que hasta ese momento había desenvuelto mi vida. Quizá una suerte de *compulsión* por “nacionalizarme” debido quizá a la presión inconsciente del “ser nacional”.

Era hija de un ex estudiante de ingeniería y jubilado como funcionario municipal, cuyas raíces, pese a su apellido francés eran las de un argentino “antiguo”, en parte platenses y en parte de la región bonaerense cercana a la Bahía de Samborombón. Su madre, en tanto, era una criolla riojana mestiza de rasgos visiblemente aborígenes andinos, nacida en uno de los pueblos más aislados de esa provincia, en la precordillera y criada en un pueblo cercano algo más grande pero igualmente aislado. Según me contó ella misma, había trabajado en servicios domésticos cuando llegó de su provincia, luego trabajó largos años hasta que se jubiló, como obrera encuadernadora. Su identidad era, aunque procuraba ocultarla o al menos no recordarla, claramente hispano-aborigen. Era una criolla del noroeste argentino, producto de la conquista de los guerreros castellanos y los indios masacrados y dominados y sus descendientes, esos que fueron desplazados o marginados por la cosmopolita Buenos Aires, la capital insertada en el imperio inglés y transformada por la masiva inmigración europea, además de unas ideas, las de la Ilustración francesa, que les eran obviamente ajenas.

Recuerdo un día en que ante mis ruegos, pues quería que mis hijos atesoraran ese patrimonio, cantó para mí la “Baguala del angelito”, la que grabé con ese propósito. Siendo algo conocedor del folclore, pensé que esta música andina ceremonial para el velatorio de un niño, ejemplificaba como pocas otras el sincretismo entre la cultura aborigen preexistente y el aporte hispánico-católico de los conquistadores. Me arrepentí de haber insistido pues terminó de cantar llorando, silenciosamente. Su identidad reprimida había aflorado en tierra extraña, en la europeizada y masónica La Plata, luego de muchos años de mantenerla oculta. Reprimida, hasta que un día afloró.

Cierto día estaba con ella en los fondos del patio de su casa. Separada por un cerco de alambre tejido vivía una familia de apellido italiano del que no me acuerdo claramente ni importa, pero que mantenía una relación de vecindad aparentemente cordial con mis entonces suegros. No eran italianos en realidad, sino descendientes de ellos. Tampoco recuerdo cómo fue que nuestra conversación derivó hacia los italianos en Argentina. De pronto me encontré, yo, un nieto de cuatro italianos, escuchando a la riojana de la precordillera denostando a los italianos, a quienes hacía poco menos que responsables de todos los males del país, particularmente de quedarse con los mejores empleos y de robarle el país a los criollos.

Pensando que se calmaría al menos por razones de convivencia, le recordé mis orígenes y que mis abuelos no le habían robado el empleo a nadie y que viaja-

ron miles de kilómetros desde su tierra en Italia para poblar un territorio casi vacío por ese entonces (primeros años del siglo XX). Creo que el efecto fue el contrario al esperado pues su respuesta consistió en incrementar los improperios, vertiendo una catarata de ellos, que expresaban odio y una furia reprimida por años contra los italianos, sugiriendo algunas malas experiencias con italianos o descendientes de ellos con los que en su pasado se sintió irrespetada o se lo imaginó, conforme a sus propios valores, no lo se.

Sin embargo lo que más recuerdo era su desprecio por un grupo humano que a sus ojos se creían superior a los criollos, lo fueran o no. Lo que sí se es que sus sentimientos eran en gran medida los mismos que percibí en un viejo paisano amigo mío cuyos ancestros estaban afincados en la región al menos desde la época de Juan Manuel de Rosas y que tenía un pequeño tambo en el Paraje El Pino, aunque en este caso sin desbordes emocionales, casi sutilmente. También el desprecio a mis ancestros se lo encuentra en el Martín Fierro, donde Hernández pone en boca del protagonista y de Picardía un fuerte desprecio y rechazo por los napolitanos –posteriormente los “tanos”–, que desde esos tiempos pasó a designar a todos los italianos, como con el gentilicio “gallego” designamos aún a todos los de nacionalidad española.

Tal era su resentimiento que no se le ocurrió pensar que el padre de sus nietos podría sentirse herido. Es que era un resentimiento antiguo, muy intenso por estar asociado vaya saber a qué vivencias, y por ende incontrolable. Por eso quizá, contrariando otras reacciones mías frente a ella donde enérgicamente debí poner límites, callé, seguramente pensando que el asunto no tenía vuelta por lo que no tenía sentido entrar en una discusión que podía terminar con una ruptura irreversible entre dos personalidades “fuertes”.

El incidente pasó y pretendí dejarlo de lado pensando que era una actitud exclusiva de mi suegra, al punto que no se lo mencioné a mi entonces esposa. Fue un error porque no tuve en cuenta que los hijos aprenden de los padres.

No se si con la misma intensidad, pero con el tiempo fui descubriendo que también anidaba en ella. No sólo por dichos y actitudes, a veces aparentemente inocentes, sino también por la relación con mi familia, que fue distante, incluso teñida de un antagonismo sordo, que a veces se explicitaba. Aunque claro está que no debo descartar que en algún miembro de mi propia familia anidara algún desprecio hacia ella, pues no puedo olvidar que según mis abuelos, un criollo hispano aborigen era un “foryare”, pues en la dialéctica de la antinomia, el prejuicio y el desprecio hacia el otro frecuentemente es mutuo, en mayor o en menor medida y siempre es percibido por los respectivos involucrados en la relación antinómica. El desprecio genera conductas negativas aunque las motivaciones profundas no sean percibidas por el actor.

#### **4. “El proceso”. El Estado se pone la capucha**

El 24 de marzo de 1976 se concentraron todas las antinomias nacionales, aunque sintetizadas en una importada: comunismo y anticomunismo. Como dije, las fuerzas armadas, especialmente el ejército venía preparándose como fuerza anti-guerrillera interna. El “comunismo” no fue literalmente comunista pues este partido

no representaba un peligro para la “seguridad nacional” pues mantenía una relación orgánica con el Partido Comunista de la Unión Soviética, de la que era uno de sus instrumentos de política internacional. De tal modo que la relación del PC con el gobierno argentino era casi una cuestión de política exterior.

Pero además, en el marco de la continuidad de la política estalinista y por su estructura ideológica dogmática, el PC era contrario al foquismo y consideraban a los foquistas –con razón, a mi entender– como voluntaristas y redentoristas, que como tales no tenían demasiada conciencia del significado real –los hechos y los efectos– de su accionar militante. Ni se dieron cuenta, como dije, que estaban legitimando la simbología para la intervención norteamericana, el asesinato –ellos mismos asesinaban–, la represión política y la instauración del más salvaje de los capitalismo, principalmente. *Fue muy valeroso*, pero también el movimiento *históricamente más irresponsable y voluntarista que conocí*. Recuerdo con tristeza –algunos fueron asesinados o desaparecidos– la impotencia que me producían mis discusiones con amigos henchidos de ideología, dogmas y la creencia de que la realidad estaba en sus cabezas.

El enemigo para los militares y el pretexto para sus mandantes norteamericanos era la guerrilla foquista y la guerrilla urbana. Pero la guerrilla, verdadera o imaginada, también fue el justificativo para el cobro de viejas facturas por parte de quienes se creían acreedores de la vida de los que pensaban al país desde la izquierda o simplemente desde la razón y la humanidad.

Es que los militares golpistas habían amalgamado el liberalismo conservador oligárquico, el hispanismo católico y el resentimiento hacia todos los que propusieran una sociedad abierta e inclusiva. Pensaban que “el ser nacional” estaba amenazado, y el ser nacional, como todo lugar común, había sido sintonizado con la vaga idea de lo “occidental y cristiano” que habían inventado los propagandistas norteamericanos en su lucha por el poder global, para oponer al “comunismo ateo”, al que a veces le agregaban el adjetivo “apátrida”. Los militares que pocos años se mataban entre sí, en tanto nacionalistas o liberales, se *unificaron para asesinar* militantes y oprimir al pueblo, gracias a la influencia norteamericana y el pretexto de la amenaza foquista y otras expresiones. La violencia no fue la partera de la revolución y el Departamento de Estado se anotó un triunfo.

Vale decir que en el fondo el foquismo, para ellos, era quizá el menor de los problemas, pues hasta los hacía creer soldados heroicos y patriotas, cansados, quizá, de tanto desfile, fanfarria y entorchado limpios de sangre y pólvora. Al punto que, creyéndose invencibles, hicieron una casi guerra a Chile y una verdadera a Gran Bretaña. A ellos los asustaba la modernidad, el pelo largo, el amor libre, el desenfado del rock, la “destrucción de la familia cristiana”, la protesta, la crítica, la creatividad, la libertad... el desorden a su propio orden.

A los militares, formados en la cultura hispánica, llenos de mandatos religiosos católicos, “puro huevo y poco seso”, les asustaba un mundo que no entendían y que se estaba cayendo a pedazos en la Gran Bretaña de los Beatles y Pink Floyd, la Norteamérica de los hippies y la Francia del mayo del 68. Les asustaban las ideas complejas, que amenazaban el orden estático pos feudal que anidaba en sus cerebros arcaicos de tipos educados para ser guardianes del sistema oligárquico y por ende no pensar innovativamente. La *imbecilidad como arma asesina*, esa fue la idea

bajo la que los formaron. En realidad el foquismo justificaba su estupidez, su arcaísmo, sus mandatos de violencia, su propia mente lineal y su estulticia autocomplaciente.

Unos días después del golpe militar, fui al Sindicato del Vidrio, Seccional Berazategui, como lo hacía una vez por semana, para atender las cuestiones jurídicas del sindicato y sus asociados. Terminé mi labor y en medio de una gran expectativa me puse a escuchar junto con los directivos del gremio, el discurso del entonces General Videla, designado para detentar el cargo de presidente por los militares golpistas y sus impulsores civiles, nacionales o extranjeros.

Todos nos quedamos en silencio, consternados, menos uno que pareció estar de acuerdo, pese a que era un peronista del ala “isabelista”, partidario de la entonces presidente de la Nación. A mi el rictus contenido de ese general narcotizado por sus pocas luces y años de disciplina militar basada en el “honor de soldado” (vaya a saber que significaba eso), me hizo intuir que algo horroroso ocultaba. Como si el tipo estaba viviendo un dilema de fondo, tan oscuro como indecible. Eso sentí y no es el “síndrome del hincha del lunes” que con los resultados a la vista dice que sabía lo que iba a ocurrir.

Me fui del sindicato, rumbo a mi hogar en Buenos Aires, angustiado por llegar, ver a mis hijos, entonces pequeñitos, y a mi esposa. Recuerdo claramente que el Riachuelo, al cruzarlo, era infinitamente más oscuro y sucio. El espacio y las luces eran amarillentas y pegajosas. Fue ese el momento en que sentí una intuición igual a la que tuve aquella vez en la Comisaría Primera de La Plata. Idéntica, aún la siento y me entristece.

Corriendo, bajé del ómnibus, tomé un taxi, abrí la puerta de mi departamento, había luz y olor a comida, mi hijo estaba despierto. La niñita, poco más que una bebé, dormía. Respiré muy hondamente. En realidad, creo que fue un sollozo. Me tranquilicé.

Ha pasado tanto tiempo que a veces pienso que fue un sueño o el síndrome del hincha del día lunes, como dije. Pero esto no fue así. Aún recuerdo las personas, los lugares y, especialmente, la memoria de mis emociones. Pero eso también tiene una explicación pues si bien la memoria tiene mucho de magia, en cuanto inexplicable, había incorporado mucha experiencia de vida, había conocido a todos los actores del drama que se venía gestando.

Por mi vida habían desfilado políticos de izquierda, políticos de derecha, políticos confusos, políticos charlatanes, políticos serios, militares, sacerdotes católicos, policías, estudiantes, militantes izquierdistas, militantes derechistas, la Argentina interior, la Argentina porteña y la de la Pampa Húmeda, Norteamérica y los norteamericanos, Brasil y los brasileños. A los treinta y un años muchos insumos habían entrado a mi mente inconsciente, esa que sintetizando recuerdos teñidos por emociones, produce inesperadas intuiciones, corazonadas y revelaciones.

## **5. Malvinas, improvisación y fatalismo**

Uno o dos días después de la invasión a las Islas Malvinas los militares convocaron a ARPA para prestar su colaboración en diversas cuestiones comunicaciona-

les vinculadas al hecho bélico y asistir a una reunión inicial en el Estado Mayor Conjunto. Me llamaron a mí pues me conocían dado que por la misma forma debí trabajar en la tragicomedia de la “casi guerra” con nuestro vecino Chile, pues la entidad me había destinado para coordinar y dirigir la construcción de una red de estaciones, sobre la que por prudencia nada diré, aunque la tecnología implicada es ahora tan arcaica que no creo que constituya un secreto de Estado.

Luego de consultar al presidente de ARPA, asistí a la reunión junto con un directivo de la cámara. Había militares de las distintas armas y algunos tipos de civil, de esos que por esos años uno automáticamente sospechaba que eran espías.

Un vicecomodoro<sup>142</sup>, un poco excedido en peso, le pregunta a otros aviadores militares, incluido alguno de la Aviación Naval “¿Los ingleses traerán los Sea Harrier o los Harrier<sup>143</sup>?”, luego de consultar unos gruesos libracos en los que estaban todas las armas y sistemas de armas operativos en el mundo, no secretos, claro. “No sé che, seguramente traerán todo lo que tengan”, respondió otro oficial de esa fuerza del mismo rango, con un tono que no revelaba temor ni dramatismo alguno.

Creo que el mismo fue el que a su vez preguntó, sin cambiar su tono relajado, más o menos lo siguiente “¿Se sabe con qué juguetes nos van a tirar...?”, refiriéndose a la cohetería aire a aire para el combate entre aviones, “pues me preocupa que traigan los... (no entendí la designación en inglés), y eso es posible pues creo que ya están en la OTAN”. Silencio prolongado y luego un intercambio de conjeturas. “Tenemos que tratar de averiguar eso, es importante”, concluyó el que había hablado primero, sin cambiar el tono.

Probablemente, unos días después esos mismos aviadores que pese a enfrentar la guerra con total improvisación hablaban de ella como si estuvieran hablando de fútbol, pelearon y murieron con una fiereza y una entrega, por las que aún se habla de ellos y no sólo en nuestro país.

Era evidente que esos soldados profesionales sabían de la desventaja con que iban a la guerra, pero no les importó demasiado, me parece que la enfrentaron como se enfrenta lo imprevisible, que algunos llaman destino. No puedo dejar de pensar en la parte de nuestra “genética cultural” hispánica.

Ese episodio, junto a muchos otros, me hizo pensar que los argentinos tenemos un feroz guerrero escondido bajo nuestra bonhomía y cordialidad. ¿El español y su sentido trágico de la vida que algunos le atribuyen siguiendo quizá el sentimiento expresado por Unamuno? No se, tenemos muchísimo de italianos, pero no puedo afirmarlo pues la cultura no es lineal.

Mi tarea consistía en asegurar la conexión de todas las radios privadas y gubernamentales a un sistema único de conexión centralizada para enviar información urgente a ser emitida o como línea de órdenes en caso de que las operaciones exi-

<sup>142</sup> Grado militar de la fuerza aérea equivalente al de teniente coronel en el ejército.

<sup>143</sup> Aviones a reacción que puede direccionar o reconfigurar el escape de gases, lo que les permite el despliegue vertical y detener bruscamente su vuelo, lo que es una ventaja táctica extraordinaria en caso de que uno de ellos sea perseguido por un avión convencional pues de perseguido puede pasar a ser perseguidor. El Sea Harrier es la versión marina pues está construido con metales resistentes a la corrosión salina del ambiente marino.

gieran hacer, total o parcialmente silencio de radio para evitar su uso eventual como apoyo a la aeronavegación por parte del enemigo.

Los militares utilizaron a la radiodifusión y los medios en general como instrumento para ejercer acción psicológica sobre su pueblo. Recuerdo cierta vez que los británicos anunciaron que traían a sus tropas gorkas con sus cuchillos de degüello. Un personaje oscuro, civil aparentemente, probablemente un “servicio” de apellido Alfonso<sup>144</sup>, terció diciendo, “bueno nosotros mandaremos a nuestros cuchilleros correntinos”. Para mi asombro, al otro día eso estaba en los diarios, lo que fue un motivo de burla que a nadie tranquilizó.

Pero lo peor de todo fue el triunfalismo que prácticamente aseguraba la victoria, pese a que no se podía ganar pues aunque hubiésemos vencido a la primera oleada británica, los norteamericanos los habrían equipado cuantas fueran necesarias pues lo que estaba en juego era, probablemente el control del Atlántico Sur y parte del Pacífico sur, en plena guerra fría.

Pero lo cierto que pasar la guerra en tal ámbito implicó un desgarró emocional permanente, cotidiano. Es que en ese lugar se conocía buena información, mientras simultáneamente se veía como se la manipulaba para engañar al pueblo. Estaba el odio contenido a los militares que asesinaban gente. Estaba el conocimiento de la improvisación y de que la guerra no podía ser ganada. Estaba el sentimiento de muerte, pues mientras uno conversaba con un burócrata con galones, un hombre joven estaba muriendo. Estaba, agazapado, el deseo de hacer algo más por la victoria. Estaba, sobrevolando todo eso, el patriotismo, un pájaro a veces luminoso, a veces sombrío, siempre atenzador. Aún me duele intensamente.

## 6. La adscripción al peronismo. Ciudad Oculta

Mi vocación por la militancia política seguía intacta pese a los muchos años pasados de mi renuncia al MID y de mi paso por dos trabajos que no me permitían desarrollarla, además de que la política estaba prohibida, al menos hasta 1983. En 1992, luego de que Clarín se desembarazara de mi en ARPA, monté un estudio jurídico y recuperé plenamente mi independencia.

Estaba persuadido de que el peronismo, si bien contenía ideas originadas en Europa como la justicia social y el igualitarismo emergentes del constitucionalismo norteamericano, la revolución francesa y los movimientos sociales europeos de los siglos XIX y XX, encarnaba una argentina que no era representada plenamente por los partidos de origen claramente europeo, esos creados entre la masonería y el Club del Progreso, bajo los auspicios de la “diosa razón”. Es que ya me resultaba claro que era un partido sincrético de esas ideas y la cultura hispano-criolla-católica, que era premodernas o más claramente –al menos en algunas regiones– feudales. Asimismo era consciente de que los presuntos republicanistas y socialistas de diverso tipo, practicaban una *doble moral* política, pues apoyaron los golpes militares y la proscripción contra el peronismo de manera visible o más o menos vergonzante.

También me acordaba de la desolación y sentimiento de orfandad del hombre sencillo del pueblo peronista, representado en mi memoria por el gringo Spinozzi y la

---

<sup>144</sup> Nombre parecido pero no verdadero.

bicicleta que en mi imaginación era casi parte de su cuerpo. Tuve presente la soberbia de mi antiguo partido y su incapacidad de pensar en la gente concreta, de carne y hueso y que en el fondo suponía que el peronismo lo iba a elegir para conducir la economía o algo así. Era elitismo liberal de diversos cuños, más allá de las declaraciones y las apariencias. No tenían ni idea de cómo se construye un partido político.

Entonces me afilié al Partido Justicialista y me dispuse a militar en la Capital Federal. Debo haberlo idealizado mucho porque no encontré al pueblo peronista, sino a cuadros rentados por el presupuesto público que seguían a un funcionario público importante, muchos ni siquiera seguían el viejo molde partidocrático radical, basado en el caudillejo barrial que reportaba con sus “fichas” de afiliados a un caudillo de mayor monta. Esos pequeños y medianos caudillos, al menos, habían construido una red de lealtades personales con los vecinos mediante pequeños favores (generalmente apurar un trámite en el municipio, una pensión, etc.), a quienes acompañaban incluso en sus infortunios y sus alegrías. Festejaban bodas y nacimientos y se solidarizaban en el duelo. Vivían en sus barrios respectivos y conocían íntimamente a sus vecinos.

Pero estos cuadros políticos no eran así. Eran bastante soberbios, ganaban muy buenos sueldos y “bajaban al territorio”, cuando algo justificaba el esfuerzo. El territorio era el lugar donde se dejaban algunos beneficios, pragmáticamente, y de la misma forma bajaban a recoger el pago, sea en forma de votos en las elecciones internas, asistencia a actos, etcétera. Huí despavorido. Sigue siendo así.

Unos años después una amiga a la que le había confiado que estaba cansado de abstracciones ideológicas y falsas declaraciones, por lo que quería hacer militancia concreta con gente concreta y sus vidas concretas, me llevó a la villa miseria conocida como Ciudad Oculta, designada oficialmente como Villa 15. Allí fue donde casi terminé de aprender lo que conozco acerca de la política y su relación con la vida. Trabajé muchos años junto a un dirigente villero sabio y valeroso que se llamó José “Mate” Ocampo, a quién rindo homenaje. Murió joven aún, asesinado por el Mal de Chagas, el estigma de los pobres de la Argentina hispano-criolla-aborígen.

Tuvo una infancia rural en la provincia de Santa Fe, que luego devino urbana, dura y desprotegida. Fue niño de la calle, ladrón, incluso con “fierros” y emergió del delito, probablemente gracias al boxeo, donde ganó a las trompadas su sobrenombre, “Mate” por su relativamente prominente cabeza.

Fui por primera vez en el ‘95 o el ‘96. Trabajé con ellos hasta aproximadamente el 2004 en la asociación civil “Por amor al niño”, de la que fui integrante ocupando diversos cargos y realizando diversas tareas que requerían mi formación universitaria, además de otras emocionantes como repartir juguetes que habíamos conseguido laboriosamente, entre niños que no los tenían. Intentábamos que guardaran un momento colectivo de alegría y ternura, en un entorno frecuentemente tenso y siempre muy duro. El día del niño, para mí era mi día de pago por el trabajo realizado durante el año.

Era el único no villero y mi integración política y afectiva fue total. A mi me gusta contar como fue mi integración, relatando como me iban saludando a medida que pasaba el tiempo y seguía con ellos. Al principio fue una distante cordialidad, es que los villeros están prevenidos contra los tipos del “afuera”.

Estos son, o los políticos que sólo aspiran a conseguir votos para la interna o llenar colectivos para los actos, aparentado ser un amigo, o las personas de clase media que idealizan a los marginados por la pobreza y la significación de su propio aporte para cambiar su situación.

Estos últimos son buenas personas pero cometen el error de tratar de entenderlos desde su condición formada en la clase media, lo que en realidad le impide frecuentemente comprender la problemática. Recuerdo una joven trabajadora social, creo que recién recibida, llena de bondad, dulzura y ansias, que al ver trabajando duramente a un hombre con un pico mientras gritaba bromas con sus compañeros dijo algo así como “pobre hombre, qué trabajo penoso realiza y aún mantiene el humor”. Yo conocía ese trabajo y sus vivencias, pues también lo había hecho con mi padre y lo había compartido con sus obreros, de modo que el comentario me cayó inicialmente mal, pero en el momento callé y nada le dije.

Luego lo reflexioné y en el marco de las enseñanzas que había tomado de “Mate”, un tiempo después le dije algo así como que si quería servir bien a los vecinos de la villa tenía que entender, primero, que eran pobres de origen por lo que el trabajo fuerte les es natural porque no conocen otro y por ende no pueden representarse otras alternativas, por lo que están anímicamente preparados para realizarlo. Segundo, que el hombre que se reía en medio de trabajo penoso, probablemente se sintiera afortunado de tener trabajo y, en tercer lugar, que en esas condiciones se *sentían con futuro* y eso es causa de alegría para cualquier ser humano.

Muchos años después redondeé la idea y me di cuenta que se trata de la *esperanza*, no del esfuerzo actual. El peronismo, les dio esperanza. Académicamente expuse el punto diciendo que el buen gobierno quizá radique en mantener abierto el próximo paso evolutivo a personas y sociedades. Para el obrero de la historia, quizá su esperanza radicaba en operar la pequeña máquina zanjadora y dejar el pico, o conseguir trabajo en la empresa recolectora de basura, que tenía un orden, un sueldo confiable, un uniforme y hasta servicios de salud para su familia y él mismo.

Vuelvo a los indicadores de mi integración a los vecinos de la villa. Como dije, primero fue el apretón de manos distante. Luego, una aproximación de unos 20 centímetros. La siguiente etapa, el apretón con los pulgares enlazados. A eso se le suma un abrazo con ambas manos izquierdas y más tarde se agrega un beso. En esa etapa te reconocían como un compañero confiable. Yo llamaba a ese sistema de medición, el besómetro.

Desde ese lugar conocí bastante del corazón del vecino de las villas. En primer lugar originariamente son hijos de la Argentina interior hispano-criolla-aborigen, hijos pobres de la posfeudalidad, ellos mismos marginados y despreciados en sus propios orígenes y las elites lugareñas, generalmente terratenientes, patriarcalistas y caudillescos. Sus hijas suelen ser “chinitas” descartables y sus mujeres, sirvientas que en su tiempo también quizá lo fueron.

Con ese bagaje cultural vienen a la gran ciudad, empujados por sus sueños, algunos verdaderos, otros meros sueños de pantalla televisiva. “Efecto demostración” lo llamaban los sociólogos. Allí sufren otra marginación pues claro está que no conocen la cultura urbana y no tienen capacitación laboral alguna, de modo que tienen que afrontar la pobreza en la gran ciudad, que no es la misma que la pobreza rural donde se criaron, principalmente porque la gran ciudad les muestra, con parti-

cular intensidad en el marco del consumismo, un universo al que jamás podrán acceder. El horizonte ya no es el de los espacios abiertos, o el río, o la montaña y la sencilla imaginación que hacen volar en sencillas canciones folclóricas.

El horizonte, por el contrario, es el de la mugre, las aguas servidas, la violencia, la marginación indisimulada. Sus valores, en gran parte fundados en las tradiciones rurales hispano-criollos, ya no sirven para manejarse en el nuevo entorno y los hace sentirse inútiles. Ni siquiera hay un patrón y un sentimiento de pertenencia o en algunos casos una comunidad formada en varios siglos. La depresión y el alcohol suelen ser las consecuencias usuales para unos hombres sin esperanzas, que no están preparados para sobrevivir en el ambiente de la marginación urbana, en el que se sienten totalmente inútiles.

La situación de la mujer, con ser penosa, es diferente, pues si bien con mucha frecuencia son objeto de violencia y abuso, no tienen que cumplir el rol predeterminado del “macho” y su mandato de poder y por ende no caen en sus depresiones y si caen en ellas, las superan con el imperativo de los hijos y el instinto. He visto varias admirables mujeres jefas de hogar, criando sus propios hijos, cuando no cuidando los de otros, que han quedado “guachos”.

La segunda ola es la de los hijos de los migrantes formados plenamente en la villa. He visto con frecuencia que eso agrava la depresión de los padres. Es que tales casos, si el padre no ha logrado un buen trabajo, o sea que le haya permitido mantener la cohesión familiar, los hijos, que aprendieron a sobrevivir de cualquier modo, frecuentemente ven a sus padres como unos inútiles, unos “giles”, prescindibles. Además no entienden sus valores, generalmente formados en el patriarcado de la Argentina hispano-criolla tradicional, y no puede existir un orden patriarcal viable en el mundo caotizado por la pobreza, la violencia y la marginación en el marco del consumismo.

He aprendido en la vida y ratificado en los libros que cada persona generalmente es lo que es su memoria, es decir su identidad, la que se “hace” conforme al entorno y las experiencias de vida. Ninguna persona y menos un niño o un joven, que aún no han tenido la oportunidad de revisar su vida, es culpable de nacer donde nació y se crió. Es una vida y el puro azar. *No hay otra cosa.*

Si, como yo, una persona tiene la fortuna de nacer en un entorno hermoso, rodeado de cariño y estímulo, donde la educación es *compatible* con el ambiente de crianza, casi todo es posible, sólo es cuestión de querer hacerlo y persistir. Pero para alguien nacido y criado en una villa, especialmente esas de población en permanente renovación y forma de vida inestable, las cosas no suelen ser así. La relación es la de la miseria, donde una nimiedad vale mucho, a veces la vida, que a veces vale poco, especialmente donde se necesita tenerla “bien puestas” para sobrevivir. Pocas cosas son estimulantes, casi todo es provisorio, imprevisible o sucio, cuando no ilegal, violento o atemorizante. Y a eso se le agregó la droga. El paco. Consumir y vender, consumir y robar, consumir y mendigar, consumir y matar, a veces son algunas de las opciones vitales de un alma modelada por el entorno de la marginación social. *Morir (y matar) es la otra opción cercana en esos chicos nacidos sin esperanzas.* Muchas veces me ha maravillado la enorme cantidad de personas buenas y trabajadoras que surge de ese entorno, al punto que creo que son una lección de vida para los que nacimos y fuimos criados en otro entorno.

¿Cuántas opciones de vida se le pueden ocurrir a un chico criado en esas condiciones? ¿Estudiar y ser “alguien”? ¿Trabajar y ahorrar para mejorar el futuro? La escuela y sus enseñanzas poco tienen que ver con el mundo que conocen. Qué es ser “alguien” conforme a su experiencia, sino el que a fuerza de violencia y picardía se aprovecha de los demás, de los “giles”. Los marginados y los explotados no pueden ahorrar, sino dejarían de ser explotados pues tendrían opciones. Ese es el secreto de la explotación humana: hacer que la persona no tenga opciones dadas o no tenga la mente formada para imaginarlas. Luego, circularmente, la mente del sentido común lineal se escandaliza porque “esa gente” gira alrededor de unas pocas opciones: el trabajo mal pago, el ocio, la beneficencia estatal o el delito. Y el alcohol o la droga, mezclado con esas opciones.

He visto como crece un niño de la miseria en ese entorno. Recuerdo que al comienzo de mi acercamiento a “Por amor al niño” había un chiquito de unos 8 o 9 años, no más. Andaba por allí, le dábamos unas moneditas, de comer y hablábamos con él, mientras que las señoras que atendían el jardín materno-infantil, todas vecinas de la villa capacitadas por un programa gubernamental, lo cuidaban amorosamente. Todos teníamos la esperanza de que creciera con nosotros, que completara la escuela. Así estuvo varios años, era un chico tímido, de mirada a veces triste, a veces dura, a veces desafiante. O todas las miradas mezcladas, no lo sé. Un día noté su ausencia repetida. Pregunté. “Mala junta”, fue la respuesta y ahí quedó.

Otro día, luego de una ausencia larga por enfermedad creo que a mediados del 2001, fui a comprar una Coca Cola para el almuerzo con mis compañeros de la asociación a un kiosco cercano, dentro de la villa. Allí estaba, parado bajo el alero de chapas recicladas. Crecido, alto, irreconocible con su cara de adolescente “duro”.

Desafiante se me puso adelante, cerrándome el paso a la ventana con rejas, a través de la que se pagaba y recibía la mercadería, en ese orden. “Dame dos pesos”, estaba cobrando “peaje”. “No, porqué te los voy a dar”. Lo reconocí “¿No te acordás de mi?”. “Dame dos pesos”, fue la respuesta. Del rincón apareció otro pibe parecido de aspecto, pero esmirriado. Apechugué la situación y avancé: “No”, le dije. “Dejalo, es amigo de Mate”, dijo el recién “acercado” tocándole el brazo. Compré la coca y volví.

Comenté el suceso. Charlamos sobre el caso. “Mirá que sos porfiado, te dijimos que no fueras, ya no podés moverte como antes, las cosas cambiaron”. Dos o tres años después, un sábado que fui a comer unos churrascos con mis compañeros, surgió el tema de que habían matado a un pibe que se enfrentó con la policía de modo casi suicida y que yo también había conocido. Una cosa trajo la otra: “¿Te acordás del pibe que te quiso apretar una vez que fuiste a al kiosco?”. “Sí, claro cómo no me voy a acordar?”. “También lo mataron”. La droga y el paco. San la Muerte. Esos chicos no tienen muchos modelos de vida para elegir. Algunos lo llaman destino, pero *es marginación y eso se puede evitar*. Sólo hace falta creatividad e interés político, pues cuesta menos dinero del que parece, al igual que muchas causas de mortalidad y morbilidad infanto-juvenil, como la carencia de agua potable o un sala de primeros auxilios.

Una vez estábamos trabajando con Mate en una habitación despintada y a medio terminar, como casi todo en la villa. Entra un pibe de 16 o 17 años. —“¿Me mandaste a llamar, Mate?” Silencio. —“Me dijeron que estás choreando con fierros ¿es

cierto?”. Mirada huidiza del pibito. Otra vez silencio, de asentimiento tácito esta vez, —“mirá, agregó Mate, no quiero que robes, quiero que vuelvas a trabajar con nosotros pero si vas a seguir choreando, cuando salgás a chorear, choreá con plata en el bolsillo, sino vas a hacer boludeces y te van a matar”. Creo que al pibe lo mataron. Como estaba previsto...

Un episodio me hizo terminar de comprender como es la psicología práctica del marginado. Cómo es esto de las opciones de vida y cómo se encadenan. Una noche de invierno muy fría, en la Avenida 9 de Julio de Buenos Aires, parado frente a un semáforo, en mi auto, se me acerca un hombre estragado por el alcohol y la vida y me dice más o menos lo siguiente, respetuosamente. “Don, ¿me daría dos pesos? No le voy a mentir es para comprarme un cartón<sup>145</sup>, me lo tomo y así me duermo y no me doy cuenta de nada”. Mirándome y mirándose a sí mismo, agregó: “qué más puedo hacer”. El razonamiento práctico tenía su racionalidad. El hombre criado en un hermoso entorno paisajístico y en un marco social y familiar cuidadoso y amigable y en las ideas europeas de la Ilustración, comprendió de golpe de qué se tratan las opciones posibles de los seres humanos reales de la marginación. Comprendí que en el estado de abandono y miseria en que se encontraba no estaba en capacidad de imaginar otras opciones que la de *ignorar su vida* a través del alcohol. Es simple.

Le pregunte, “¿cuanto cuesta un cartón?”, “Cuatro pesos” me respondió, “tome”, le dije, “¡gracias, don!” me dijo con ostensible alegría mientras se alejaba feliz a buscar un poco de muerte.

Probablemente a lo largo de su vida no tuvo opciones, sino el imperativo de comer otro día.

Ahí comprendí que educar chicos de la pobreza es enseñarle opciones reales de vida, no sólo el abecedario y la tabla de multiplicar. No confundo las opciones con la moral, pues el juicio moral embota la conciencia del que lo emite en la autocomplacencia, marginando un poco más al condenado, pues no tiene la posibilidad de cumplir con el mandato. Y como se podría decir desde la teoría del caos, una pequeña fluctuación en las condiciones iniciales de vida de un ser humano (en este caso la marginación) puede tener consecuencias inesperadas, entre ellas hacer de ese ser una persona creativa, que puede cambiar el cosmos, el suyo y también el de otros.

Los villeros tenían en claro que no podían confiar en los políticos, de ningún partido, porque ellos no estaban integrados a sus problemas. La mayoría de ellos los usaban dentro del régimen *partidocrático* para juntar afiliaciones para las internas partidarias y para engrosar la asistencia a sus propios actos partidistas. Muchos los usaban para sacarse fotografías y construir su imagen “nacional y popular”.

A cambio de ello sacaban lo que podían: chapas para la casilla, algún puesto público (rara vez), algún subsidio y alguna otra cosa por el estilo. Esas eran las reglas del juego al punto que pese a ser profundamente peronistas, podían llegar a ayudar a dirigentes de otros partidos, incluso liberales conservadores. Pragmáticamente. A veces vendían la imagen, de manera consciente. Un día Mate me dijo algo

---

<sup>145</sup> Envase de un litro de vino hecho de celulosa y materiales impermeables.

como que la marca “Ciudad Oculta” y sus resonancias “vendía” entre los políticos. Me pareció muy sabio aprovechar el mediocre egoísmo de nuestros políticos.

El gobierno, pese a su declarado peronismo hacía lo mismo. No tenía políticas, ni les importaban los villeros. Pero ese pragmatismo impide que se construya una representación real del problema de la marginación. El toma y daca de la cotidianidad: conseguir comida hoy, el cartón de vino de hoy, la droga de hoy. Conseguir los “negros” de hoy, para el acto de hoy.

En el 2000 viví dos situaciones que alteraron mi relación con “Por amor al niño”. Por un lado, debí recuperarme de una feroz tuberculosis renal y de modo que no pude aportar mucho en ese año; por el otro comencé un doctorado en la Universidad Nacional de La Plata que me puso en estado de revulsión intelectual. El propósito del doctorado era dedicarme por completo a la docencia universitaria, siendo mi respuesta al hecho de que mi estudio jurídico había desaparecido y la radiodifusión me había puesto en estado de *náusea*. Esa situación se prolongó en el 2001.

A eso se le agregaba la impotencia de comprobar que el partido al que había adscrito, que se decía nacional y popular, actuaba frente a los marginados sociales sin mucha diferenciación con los partidos tradicionales, pese a que los propios villeros se reconocían como peronistas. Además de rechazar la idea de ser otra vez usado, no había más nada que hacer pues entre el cambio político y la feroz crisis económica, no había siquiera espacio para el intercambio pragmático. Por Amor al Niño entró en estado de parálisis, de modo que luego de hablarlo seriamente con mis compañeros, hice un paréntesis hasta el 2003.

Otra vez la impotencia. La crisis se había llevado todo lo que habíamos construido con tanto esfuerzo. Se había destruido el tejido social y algunos de mis propios compañeros, que antes trabajaban dentro de la Asociación para sacar a los pibes de la droga, se habían dedicado a vender droga para sobrevivir, mientras que sus propios hijos se hicieron adictos, a veces al paco. Nunca vi a Mate tan impotente y triste. Un tiempo después el Chagas se lo llevó.

## 7. Vuelta al aula. El descubrimiento. Los nuevos ojos

El fin del siglo XX fue un momento de repasos para muchos, en especial para los que ya habíamos desenvuelto una parte sustancial de nuestras vidas. Los últimos meses de 1999 me encontraron en medio de una profunda revisión de mi vínculo con la radiodifusión, que por ese entonces duraba veintidós años y había abarcado prácticamente todos sus campos, menos el de la actuación ante micrófonos y cámaras. Todos mis intentos de contribuir a una legislación democrática y pluralista habían fracasado. Así fue que decidí que no podía seguir en la radiodifusión sin sentirme cómplice de la manipulación informacional a la que era sometido el pueblo por parte del poder político –circunstancial– o del poder editorial, que es permanente.

Me propuse salir de esa situación y apartarme de la radiodifusión fuente de tantas tensiones y frustraciones, fue así que siguiendo la sugerencia de un amigo me inscribí en un doctorado en ciencias jurídicas en la Universidad Nacional de La Plata y dedicarme por completo a la actividad académica. Pensé que canalizaría mi vida a

una actividad más útil, la de contribuir a la formación de otros seres humanos y no dispersar esfuerzos y emociones en la banalidad en que se había convertido la radiodifusión y en la que aún permanece.

En el año 2000, treinta años después de recibirme de abogado, volví a una facultad de derecho a buscar una respuesta a una pregunta con la que egresé y que nadie me supo responder de manera consistente, pues todos usaban el cinismo o el palabrerío para ocultar la duplicidad: ¿Cómo es que el derecho, que regula la vida humana, oculta la realidad de la vida tras ideologías, palabras, subjetividades y prácticas opacas al conocimiento?

Con ese interrogante subyacente y esas motivaciones comencé mi seminario doctoral, que consistió en estudiar epistemología y metodología durante tres cuatrimestres con un profesor que enseñaba sugiriendo interrogantes, sin contestarlos. Para mi fue revelador y me introdujo en un vértigo de descubrimientos y conexiones del que aún no he terminado de salir, trece años después. Aunque debo decir que las mentes “jurídicas” es decir las formadas en las prácticas retóricas y en las argucias argumentativas no estaban en condiciones de entender el asunto, al punto que algunos escondían su propia incapacidad para con los nuevos conocimientos que se les proponían, con el enojo y la suspicacia hacia el profesor. A las preguntas sin respuesta se las respondían conforme a su formación argumentativa y sus preconcepciones.

Eso me hizo entender que se trataba de dos mundos intelectualmente incompatibles, el del conocimiento objetivo es decir la ciencia, por un lado, y la argumentación para la persuasión, generalmente una forma de violencia simbólica, por el otro. Es que nuestros estudios previos se habían basado en memorizar las leyes vigentes y en la argumentación para la persuasión, cuya función consiste en imponer la subjetividad del que dispone del poder, prescindiendo de un criterio de verdad. Si la violencia simbólica –de eso se trata– no es suficiente, el derecho-poder recurre a la coacción, es decir la violencia física.

Así fue que aprendí a pensar de nuevo. Al realismo en que me formé desde niño, le agregué transdisciplinarietà y una teoría evolutiva de la verdad, entre otras cosas. Estudié epistemología más de dos años, 10 o más horas diarias, pues la crisis salvaje del país y los cambios regulatorios en la radiodifusión, que posibilitaron un feroz proceso de concentración habían dejado a mi estudio de abogado sin clientes, pues estaba completamente dedicado a los medios del interior del país, que fueron adquiridos por cuatro empresas oligopólicas. Esa crisis profesional sumada a un frustrante paso por la función pública, me ayudó a tomar una decisión tan drástica. Simplemente tenía muy poco que perder.

La epistemología me hizo repensar y vincular todas mis lecturas y experiencias previas de otra forma. Mi cerebro entró en caos y debí ordenarlo de otra manera, o, quizá, volver a pensar como cuando era niño y adolescente –es decir pensar imaginando y asociando– y que largos años de educación formal y formalista me desvirtuaron. La experiencia –intensísima y conmovedora– me llevó a repensar el derecho, e incluso mi propia vida. El fruto de esa actividad fueron tres libros, uno referido a mi descubrimiento de la epistemología –*Dos mundos, una epistemología*–. En otro, mi tesis doctoral, planteé que la información social debía ser tratada como un derecho de incidencia colectiva y no como un derecho individualista y se llamó *Mass media*.

*Derecho y poder.* El último de ellos fue publicado recientemente bajo el título *El derecho como conocimiento. Una teoría jurídico-política.*

Esta historia no lineal es un fruto de mi mente “reorganizada”, que decidí prescindir de las ideologías y tratar de conocer el mundo con un criterio de verdad, claro que como ya alerté al comienzo de este relato, la historia que contiene no pertenece al campo del conocimiento científico, sino al del conocimiento del campo de la vida, que es tal en cuanto sea abierto –no dogmático– y, por ende, criticable. Aplicado a la historia me hizo ver que la historia es la historia de las relaciones de los grupos humanos y sus respectivas culturas y representaciones del mundo, que como me enseñaron las neurociencias, son tan reales como un ladrillo. A su vez las representaciones actuales son fruto de anteriores representaciones y el entorno, dos cuestiones que no siempre cambian fácil y rápidamente.

De tal modo comprendí que la historia no puede ser sino una ciencia inter y transdisciplinaria puesto que debe unir y atravesar ciencias particulares como la economía, las diversas variantes de la antropología, la geografía, la lingüística, la etnografía y toda ciencia pertinente. En síntesis debe estudiar a la especie humana y a su entorno, quizá siguiendo la idea de Humboldt y su geografía moral. Así fue que entendí los vicios del reduccionismo economicista o idealista del relato político o histórico dominante, a veces basado en la economía académica.

Y con esto cierro el círculo, conectando el comienzo con el final mediante el relato de cómo se construyó este relato o, dicho de otro modo, cómo fui descubriendo y articulando los descubrimientos que me revelaron la historia de mi país, sumido en desencuentros por causas profundas pero que no siempre se expresan en fenómenos, es decir datos o hechos visibles, sino en la superposición de culturas, cuyas características son difíciles de develar, precisamente porque forman el bagaje desde el cual nos representamos el mundo. Es muy difícil que la representación del mundo se represente a sí misma de manera objetiva, es decir desprovista de su propia representación y de la subjetividad que le es inherente, de manera circular. Pero se debe intentar permanentemente pues estoy persuadido de que desde la autoconciencia crítica es posible.

Además el conocimiento implica el desafío ético de abandonar las propias creencias y convicciones cuando se revelan falsas, pese a las dificultades implícitas en el esfuerzo. Éste es un intento de lograrlo, aunque seguramente no lo debo haber conseguido, pero es probable que contenga ideas –originales unas, recombinadas otras– que disparen otras ideas en otras mentes. Pero en tren de simplificar la tarea a mis eventuales críticos, trataré de ordenar tanto desorden expositivo.

## **8) O sea....**

Me parece claro que Argentina es un extraordinario experimento histórico aún en desarrollo. Sus “ingredientes” ideológicos, es decir las representaciones del mundo como modelos de construcción de la sociedad, han sido, en primer lugar, el producto del medioevo castellano-español-católico<sup>146</sup>, es decir la premodernidad, al que

---

<sup>146</sup> Sin ignorar la influencia cultural de los pueblos indígenas, que al mezclarse con sus conquistadores dejaron su huella en la cultura mestiza, aunque no alteraron el modo en que se producía los

se le agregó desde el siglo XVIII, el flujo sostenido de las corrientes culturales e ideologías políticas emergentes del Renacimiento, la Ilustración y los efectos de la Revolución Industrial, es decir la modernidad.

Por esa época se comenzó a alterar la distribución del poder mundial en detrimento de la decadente España feudal y por ende premoderna y preindustrial y con notorios atrasos en el campo de las ciencias, la economía y la filosofía general y política, que aún se mantiene. A eso se le agregó la revolución francesa y sus efectos ideológicos de alcance mundial, con su republicanismo laico y masón. La Revolución independentista norteamericana también influyó años más tarde, aunque inicialmente con alcance más reducido<sup>147</sup>.

Esa polaridad, que estaba conmoviendo a Europa, no podía soslayar a España y por ende a sus colonias en Sudamérica. Obviamente las ideas de la Ilustración constituyeron en gran medida la ideología de la independencia que movilizó a nuestros padres fundadores y que entró en colisión con las representaciones culturales y políticas traídas por los conquistadores hispánico-castellanos. La ideología libertaria de los nuevos tiempos, constituyó el núcleo de las ideas de los líderes revolucionarios, prohijados también por Gran Bretaña en plena expansión y cuyos intereses coincidían con la independencia de las colonias de España, en la medida que implicaba su destrucción como imperio en competencia con sus propios designios imperiales.

Esas ideas originadas en la filosofía política británica y francesa de los siglos XVII y XVIII ya habían sido plasmadas por los independentistas norteamericanos y luego por los revolucionarios franceses. En España se expresaron de diversas formas, entre ellas mediante el llamado Despotismo Ilustrado, que no duró demasiado ni dejó huellas duraderas.

Tal contradicción se expresó en las guerras civiles posteriores a la independencia –aunque con algunas confusiones– mediante la antinomia unitarios versus federales, que condujo a una prolongada guerra civil. Aunque el desarrollo de la confrontación estuvo lejos de ser lineal y clara, como suele ocurrir en la historia humana, pues no sólo hubo federales imbuidos de ideas republicanas, propias de la modernidad, y federales –Rosas, un porteño, creo que fue un ejemplo– que si bien sostenían los valores y la cultura hispánica premoderna, en realidad no parece que se opusieran al nuevo actor de la política nacional que fue el Imperio Británico, producto ideológico de la Edad Moderna y la Revolución Industrial. Rosas, como es sabido, murió en Inglaterra, quizá para desazón de los federales rosistas antibritánicos.

Pero la noción de federalismo y federación adquirió en Argentina un significado muy *confuso* pues devino en una fórmula ideológica, que en vez de garantizar la independencia de las provincias “interiores”, probablemente consagró su dependencia

---

bienes económicos, productos de una economía primaria y artesanal. Tampoco pueden ignorarse las culturas aportadas tanto por las distintas nacionalidades ibéricas –eufemísticamente llamadas comunidades– como por las restantes europeas.

<sup>147</sup> Aunque ambas revoluciones están claramente asociadas, primero por el sustancial papel de los franceses no sólo con su aporte ideológico, sino material a la independencia de las colonias americanas de la metrópoli británica. Luego con el aporte ideológico-institucional de los norteamericanos a los franceses. Asimismo, creo que la independencia norteamericana pudo influir para que Gran Bretaña, privada del grueso de sus colonias norteamericanas con las que conformaba al Atlántico Norte casi en un mar interior, pensara en los países del Atlántico Sur como territorio de expansión.

del puerto de Buenos Aires, aunque parezca contradictorio. Más tarde, ya en el siglo XX la adscripción al federalismo incluyó en algunos casos elementos tales como catolicismo conservador, antisemitismo, antiliberalismo, es decir los elementos de *arcaico hispanismo feudal premoderno*.

Los federales del interior argentino se opusieron a Buenos Aires en cuanto se condujo como única administradora y beneficiaria privilegiada de la relación con los británicos, como antes lo había sido con los ingresos aduaneros y antes aún con los provenientes del contrabando. Tampoco debe olvidarse que la *creación del Virreinato del Río de la Plata por los Borbones* dejó a las provincias alejadas de la Cuenca del Río de la Plata, huérfanas de toda relación con un espacio económico más amplio y fuera de los flujos económicos dinámicos y significativos, pues la independencia los alejó de su vínculo tradicional con el Alto Perú, donde estaba Potosí en cuanto fuente imperial de recursos, y que se reveló claramente en la actitud de buena parte de las elites hispano-feudales salteñas durante la guerra de la independencia y ya a fines del siglo XIX con el rechazo de las elites porteñas a relacionarse con la confederación peruano-boliviana.

En ese nuevo entorno, el federalismo, tomado originalmente del constitucionalismo norteamericano fue adquiriendo un sesgo ideológico diferente pues en el ámbito original de creación implicaba una fuerte independencia política de los Estados fundadores de la Unión con relación al poder federal que ellos crearon. Era una unión libre de colonias *nacidas* independientes entre sí, no un conjunto de unidades políticas llamadas “provincias” creadas por una metrópoli, *integrantes* de una unidad geopolítica más grande e inclusiva, el virreinato, en nuestro caso.

Es así que se transforma en un símbolo que representa una realidad distinta. Es que se implanta en un entorno cultural, económico y geopolítico muy diferente. En primer lugar el sistema político virreinal era *centralizado*, no sólo porque era propio de las monarquías absolutas premodernas, sino porque probablemente fue heredado del sistema de las “provincias” romanas, que estaban constituidas por los territorios agregados, es decir conquistados. Vencidos, como lo dice su etimología. En cambio, el imperio reconocía como Estados federados a los que no habían sido completamente derrotados –ciertos territorios germánicos– eran una especie de unidades políticas con status jurídico de asociadas.

El sistema norteamericano es más parecido a este último por cuanto las colonias son fruto de empresas colonizadoras diferentes e independientes unas de otras, incluso con regímenes de gobierno, instituciones, sistemas ideológicos (religiosos reformistas, en casi todos los casos) y economías diferentes, razón por la cual se constituyen como Estados que ceden relativamente pocas funciones al gobierno federal, pues parten de la idea previa de la autosuficiencia.

En segundo lugar, también a diferencia del federalismo norteamericano –producto quizá de la experiencia británica<sup>148</sup>, del liberalismo, la Reforma, y más lejos en el tiempo aún, de la influencia germánica– nuestro federalismo deviene en una expresión antiliberal y católica en la medida en que los unitarios eran liberales vinculados ideológicamente a la Ilustración y a Gran Bretaña en cuanto era el vértice

---

<sup>148</sup> La Gran Bretaña es un ejemplo quizá del sentido original del federalismo en el sentido que le dieron los romanos, pues se trata una fórmula que implica la unión de nacionalidades fuertemente diferenciadas, como es el caso, principalmente, de la relación de ingleses y escoceses.

de la nueva organización económica del país y del mundo y a Francia en cuanto productora de una revolución republicana de resonancia ideológica global. Ambas, además, eran por entonces potencias que estaban desalojando a la antiliberal y católica España del escenario mundial, junto con Holanda y la misma Norteamérica, que en el último cuarto del siglo XIX ya estaba comenzando a expandirse.

En ese entorno el federalismo se fue transformando, en la práctica, en la ideología de las provincias interiores –condenadas al aislamiento y por ende al inmovilismo– para participar de los nuevos ingresos. Es decir, en esa época no podían participar de las rentas del Estado nacional, básicamente producidas por la Pampa Húmeda y Buenos Aires, la capital virreinal, todo lo cual en la práctica es lo opuesto a la idea de federalismo, pues esa estructura de ingresos las hace *dependientes* de la voluntad del poder central.

Tal exclusión tuvo varias causas, en primer lugar porque con la tecnología de la época no podían producir cereales y ganados para el mercado británico de entonces, dados sus lejanía del puerto de Buenos Aires, el tipo de suelo y clima, sino que tampoco podían buscar otras alternativas productivas interesantes para el mercado mundial de ese entonces dominado por Inglaterra y Francia. Esa marginalidad productiva no las hizo interesantes para el capitalismo financiero y ferroviario británico. Además, circularmente, su cultura hispano-criolla era ajena a la modernidad y por ende a la innovación, mientras que Buenos Aires, en cuanto puerto de ingreso de mercancías tuvo una natural relación con la modernidad y las potencias emergentes de la misma y a sus respectivas ideologías.

Pero claro que la porteña fue una modernidad *a medias* o menos aún, pues la oligarquía terrateniente dominante quizá gozara de los *beneficios de la modernidad*, pero pocos de sus miembros formaban parte de ella pues integraban una oligarquía terrateniente ausente. Además del hecho de que la Pampa Húmeda era un espacio escasamente poblado, circunstancia que, que si bien también fue aprovechada en los siglos XVIII y XIX por los araucanos o mapuches chilenos, facilitó los designios anglo-porteños de instalar un modo de producción diferente al colonial y un orden cultural y jurídico-político consistente con el mismo.

Por todo eso creo que el federalismo devino, *paradojalmente*, en una suerte de estatuto ideológico y jurídico consagratorio de la dependencia de las provincias interiores de los recursos de la Pampa Húmeda, pues pese a ciertos recaudos constitucionales, el poder político condicionante fáctico de los administradores del Estado nacional con sede en Buenos Aires es muy fuerte. Quizá, incluso, haya venido siendo en ciertas provincias, la ideología del *statu quo* entre los gobiernos locales, frecuentemente personalistas, incluyendo caudillismo, nepotismo y clientelismo. Soy consciente que esa afirmación es problemática, quizá políticamente incorrecta, pero me parece clara y por ende no debo ocultarla.

Creo que el federalismo devino en una suerte de “ideología del reclamo” pues no parece que se pueda negar que el federalismo se transformó en la ideología para participar del reparto de riqueza generada por la Pampa Húmeda dentro del sistema instaurado por los británicos. Creo que terminó siendo –quizá– una ideología casi opuesta al federalismo norteamericano, su fuente constitucional, donde parece ser la ideología de la protección de la independencia de los Estados frente al poder federal. Creo que consagró una relación de debilidad y poder.

Es que, como dije, las provincias interiores no podían integrarse a esa nueva relación con el mundo de la modernidad en la que estaba integrada la parte del país que devino en exportador de materias primas agroganaderas e importador de productos industriales. Esa estructura de la distribución geográfica del ingreso y la conexión con el mundo exterior ha sufrido variaciones relativas, pero en gran parte se ha mantenido, pese al crecimiento de las denominadas “economías regionales”, generalmente basadas en la producción de productor primarios ahora llamados “commodities” y en actividades extractivas como la minería. Prueba de ello es la estructura de la distribución de los ingresos impositivos, la distribución de la población de migrantes a Buenos Aires y a otras regiones del país que ofrecen empleos industriales, por ejemplo ciertas regiones de la Patagonia<sup>149</sup> y otras como Córdoba y Rosario. Por su parte no ha habido políticas estables tendientes a la ocupación homogénea del territorio nacional mediante incentivos a la radicación industrial y la retención<sup>150</sup> de la población rural.

Quizá tal relación sólo podría corregirse –en esencia se mantiene– si el país pusiera en marcha una política industrial sostenida en el tiempo para industrializar al interior y descentralizar la población. Pero al margen de cuáles podrían ser las políticas modificatorias de esta desigual situación y su origen histórico, el dato cierto es que esa es la situación geopolítica y económica real, con su significación en el campo de la cultura y de la política, en particular el caudillismo mediante el empleo público que suele devenir en dádiva o “gracia” –un dato premoderno– del poderoso, se ha mantenido en algunos lugares por la ausencia de fuentes de trabajo productivas, estableciéndose un círculo vicioso.

Con la aparición firme de estos nuevos actores del poder mundial, los intereses de la provincia de Buenos Aires como puerto de entrada de las mercancías manufacturadas y por ende la desigual relación económica con las provincias interiores se consolidaron duraderamente, en especial después de la batalla de Caseros, encabezada por un caudillo hispano feudal como Urquiza, que abraza las nuevas ideas incluyéndose en la masonería. Tal mutación es consistente con el hecho de que tanto sus intereses personales, como los de su provincia en cuanto productora de ganado vacuno, estaban asociados a los de Buenos Aires y su relación con el Imperio Británico.

A partir de ese hecho la Argentina agraria premoderna de la Pampa Húmeda, afirma la relación con el imperio industrial británico, fruto de la modernidad, pero no adquiere ni la dinámica ni la complejidad de una sociedad auténticamente moderna pues era dependiente y *limitada* por los propios intereses de la nueva e informal metrópoli, que necesitaba una Argentina dependiente de sus manufacturas.

Simultáneamente, la masonería, que fue el vector de las ideas de la Edad Moderna y la Ilustración en la época independentista, ahora incorpora la filosofía positivista, deviniendo simultáneamente en un factor de poder político y social que en-

---

<sup>149</sup> Una vez descubrí en la década del '70, que en ciertas ciudades de Catamarca y La Rioja, una cantidad cercana al 100% de la población actual vivía en otras ciudades del país, como Comodoro Rivadavia.

<sup>150</sup> Hay políticas estables de ocupación de la Patagonia y la Tierra del Fuego por razones geopolíticas y estratégicas pero no creo que las haya habido con relación a la retención de la población de las provincias tradicionales.

frentó exitosamente a la Iglesia Católica Romana, al punto que entre otras cosas diseñó la educación pública, mientras que los presidentes argentinos, al menos hasta Alvear, Irigoyen incluido, con pocas excepciones, salen de su seno, en tanto socios del Club del Progreso<sup>151</sup>.

Vale decir que la masonería en la República Argentina cumplió cabalmente el rol que se propuso en Europa, cual era llevar las ideas de la Ilustración y la modernidad evitando, a través del secreto, la represión de la Iglesia Católica y el poder de los reyes absolutos asociado a ella, un claro producto de la cultura y el regalismo hispánico. En el seno de la masonería se crearon todos los partidos políticos actuales hechos sobre el molde de la modernidad y del republicanismo francés, aunque no siempre sobre sus prácticas.

Creo que los movimientos liberales de Europa tuvieron mayor éxito en Argentina que en el resto de la América hispánica, precisamente, por su inclusión en la estructura británica de poder mundial, inherentemente enfrentado al poder hispano castellano y debo recordar que posiblemente uno de los diversos factores culturales que lanzan a los británicos a la modernidad es, además de la influencia de la cultura germánica (sin olvidar a los germanos ancestrales, o sea los nórdicos), su ruptura con la Iglesia Romana y el acogimiento de protestantes y judíos.

Se entiende mejor la cuestión si se considera que mientras en Argentina ocurrían tales mudanzas, incluyendo la Constitución liberal de 1853, en la antigua metrópoli (que seguía constituyendo el modelo cultural de las provincias alejadas del puerto), la antinomia entre la medievalidad premoderna y las ideas republicanas modernas, se mantuvo durante más de un siglo (hasta “cuando murió Franco el caudillo por la gracia de Dios”, en 1975). Luego de diversos intentos fallidos de removerla, estalló en la muy sangrienta guerra civil de 1936-1939 declarada entre los descendientes de la Ilustración y los del Medioevo, en la que este último triunfó bajo la conducción de Franco. Unos fueron los republicanos y los otros los nacionalistas. En la metrópoli la antinomia cortó la vida, según diversas estimaciones, de aproximadamente un millón de seres humanos.

Con intervalos y las modificaciones lógicas producidas por su interacción con las ideologías de la modernidad, la continuidad medieval se manifestó como poder gobernante hasta el último cuarto del siglo XX, cuando muere Franco, “el caudillo por la gracia de Dios” o sea el caudillo legitimado por la Iglesia Católica en cuanto vicaria de la voluntad divina.

---

<sup>151</sup> El “progreso” como se sabe es una construcción positivista.



Retrato oficial de Francisco Franco

Basta recordar algunos párrafos de la “ley fundamental de 17 de mayo de 1958 por la que se promulgan los principios del movimiento nacional. Leyes fundamentales del Reino... Yo, Francisco Franco Bahamonde, caudillo de España, consciente de mi responsabilidad ante Dios y ante la historia, en presencia de las Cortes del Reino, promulgo como principios del movimiento nacional, entendido como comunión de los españoles en los ideales que dieron vida a la Cruzada, los siguientes:

“España es una unidad de destino en lo universal. El servicio a la unidad, grandeza y libertad de la Patria es deber sagrado y tarea colectiva de todos los españoles... La Nación española considera como timbre de honor el acatamiento a la ley de Dios, según la doctrina de la Santa Iglesia Católica, Apostólica y Romana, única verdadera y fe inseparable de la conciencia nacional, que inspirará su legislación”.

Esa fue, claramente, una formulación político-religiosa típicamente medieval, a la cual había que agregarle el poder de terratenientes y nobles, su base económica y sin olvidar los fusilamientos y otras formas de aniquilar y reprimir a los opositores, incluso varias décadas después de terminada la guerra civil. O sea, se trataba de la base ideológica y el sistema de producción sustento de las monarquías absolutas, que fueron la última expresión política del medioevo, ya en el período de los Estados nacionales.

Llegado a este punto, me estoy percatando que si este relato se centra en la hipótesis, quizá central, de que la historia misma de mi país está atravesada por la contradicción entre modernidad y medievalidad, a la que se le agregaron diversas otras contradicciones, es necesario tratar de sintetizar muy esquemáticamente en esta síntesis final, en qué consistían las culturas y las representaciones ideológicas en pugna en la gran antinomia, que obviamente no fue una antinomia lógica o teórica, es decir con límites discretos.

Para ello me remontaré a Europa Occidental y su historia, que es también parte sustancial de nuestra historia y del origen de la gran antinomia. Como dije al comienzo, no es una cuestión de una sucesión cronológica puntal, sino de formas culturales –en cuanto memorias e identidades– que en los límites se entrecruzan y confunden, pues comprenden las formas y relaciones de producción, tanto como las representaciones del mundo en el espacio tiempo. Fue una antinomia del campo de la vida y que como tal reconoció y aún reconoce unos límites imprecisos como son

las representaciones humanas en el mundo real, en el que tanto las representaciones como los comportamientos son probabilísticos, no deterministas. Sólo las ideologías –religiosas, filosóficas o políticas– obedecen a estructuras lógicas emergentes de un dogma, que no es más que una forma engañosa de transformar la probabilidad en certeza.

Es que la identificación y determinación en una etapa histórica es fruto de un trabajo intelectual de comprender sus elementos, conductas y mecanismos funcionales dentro de una estructura más amplia de relaciones.

Por ello, como primera medida procuraré sintetizar como creo que era la representación del mundo y las conductas y relaciones predominantes que usualmente se llaman medievales, comenzando por afirmar que durante el larguísimo lapso temporal que media desde la caída del Imperio Romano de Occidente hasta el Renacimiento ocurrieron hechos muy significativos para Europa y el mundo. Es que el medioevo fue en la Europa Occidental, probablemente un período de incubación en el que después del terror inicial de las invasiones que, en cuanto terminaron de destruir el orden imperante, fueron consideradas bárbaras por los romanos (principalmente las germánicas, además de tártaras y magyares) y las pestes, comenzó a emerger un nuevo orden, en que una región del mundo que se venía manteniendo vinculada por la ideología del cristianismo superpuesta a la romana, tanto como que se llamó católico romano.

El orden medieval cristiano romano (hubo otros órdenes “medievales” incluso fuera de Europa Occidental) fue, paradójicamente, el orden que posibilita en esa región del mundo, seguramente por la influencia cultural de los griegos en el mundo latino, la emergencia de la modernidad en su conjunción con la cultura germánica. La paradoja radica en que ofrece una visión del mundo que rompe con las visiones romanas precedentes, pues la cultura de los romanos, que basaban su economía en el trabajo esclavo y agrícola, era *incompatible con la ideología de la igualdad*, que es central en la perspectiva de la modernidad, basada en el individuo y sus ideas y obras como actor social y político. También era incompatible con el trabajo físico de los hombres libres, pues dentro de la ideología romana de la esclavitud, éste sólo estaba reservado a esclavos o siervos. En síntesis, una ética opuesta a la que desarrollaron los continuadores de los germánicos y su cristianismo reformado.

Esa fue una idea griega y que curiosamente parece haber sido recuperada en el Renacimiento en el norte italiano tallado por la influencia germánica, gracias a los monjes griegos que escapaban del asedio turco a los restos del Imperio Romano oriental y seguramente también a que los árabes de Iberia recopilaron y tradujeron a muchos filósofos griegos. Pero parece claro que el Humanismo y el subsiguiente Renacimiento pudieron desarrollarse en un entorno propicio, en un lugar –el norte de Italia– en que se había desarrollado la banca, la industria, el comercio, la idea de comuna o burgo y la idea de república independiente. La complejidad, la conexión y la recombinación, siempre.

Hay que considerar que las llamadas invasiones “bárbaras”, demonizadas por los por entonces decadentes romanos y algunos sucesores cristiano-católicos como una época vacía y de puro caos. Aún en nuestra cultura actual, bárbaro y barbarie, indican el caos, el desprecio por la vida y el desorden. Pero si nos alejamos de la perspectiva romano-católica, no fue así pues algunos pueblos germanos expandie-

ron rasgos culturales que muy probablemente contribuyeron siglos más tarde a la aparición de la modernidad y de hecho es en algunas de las regiones que ocuparon, donde aparece. Debo recordar que los germanos en Europa occidental se expanden hasta el norte de África, pero se establecen en la Gran Bretaña, Francia y norte de Italia, además de sus tierras ancestrales. Basta decir, simplificando de manera extrema, que los habitantes de la Gran Bretaña y sus colonias son conocidos como anglosajones y que anglos y sajones eran germánicos, como lo fueron los francos que le dieron el nombre a Francia. O los lombardos, que le dieron el nombre a una de las regiones más desarrollada de Italia, la Lombardía y a otras regiones del norte italiano. O Florencia quizá de la cuna del Humanismo y el Renacimiento. En el extremo opuesto, la tierra de mis ancestros, la atrasada y feudal Sicilia, en el centro del Mediterráneo.

No parece coincidencia que la Iglesia Romana y las estructuras socioculturales latino medievales hayan sobrevivido con más fuerza en las regiones europeas periféricas de la irradiación germánica. Sin embargo y por esas contradicciones lógicas que suele mostrar la historia, Alemania no es sacudida por una revolución burguesa que la incluyera plenamente en la modernidad, pero pese a lo cual sobre la base de su abundancia de carbón y acero, con el correr de los siglos construye una enorme industria pesada y una fortísima estructura estatal con líderes como Bismarck. Pero, hasta donde yo se, no se destruyó el poder feudal ni se sustituyó su cultura por una cultura basada en la modernidad, como hicieron los británicos, por ejemplo. Sobrevivieron las más elevadas expresiones del pensamiento moderno con el de la feudalidad germánica y su irracionalidad. Pero creo que es éste el que prima, volcándose a la guerra, constituyendo los nobles prusianos (los junkers) una parte sustancial del liderazgo militar y político. Todos sabemos qué ocurrió en ese poderoso país carente de una ideología moderna claramente dominante: Hitler. Los símbolos, el pangermanismo y las prácticas medievales son perceptibles en su infernal ideología mezcla de locura, romanticismo, historicismo y filosofía irracionalista de la voluntad de poderío, en sus diversas variantes.

Pero curiosamente, he leído a lo largo de mi vida de fuentes tan diversas como Engels y Foucault, entre otras olvidadas, que los pueblos englobados bajo el gentilicio de germanos, quizá por su condición de guerreros, sustentaban algunas prácticas igualitarias en la elección de sus líderes y la existencia de campesinos libres a diferencia del núcleo conceptual quizá definitorio del Medioevo, el siervo de la gleba o de la cultura heredada del esclavista Imperio Romano. Además algunos de sus sistemas institucionales han incidido sustancialmente en instituciones actuales de poder estatal como el juicio por jurados.

Con ello no estoy diciendo que fuesen más pacíficos y civilizados, quizá fueron todo lo contrario. Recuerdo haber leído en varios lugares sobre su terrible ferocidad y en particular sobre los sajones, que en dos ocasiones emigraron a la Gran Bretaña, y la tremenda fiereza con que enfrentaron a los ejércitos de Carlomagno, quien por eso los odiaba. Pero lo que los pueblos germánicos aportaron –más allá de su grado de civilización– fueron unas formas de concebir las relaciones sociales distintas a las existentes en el decadente Imperio Romano y luego sobre su continuidad feudo católica.

Quizá el mejor instrumento para explicar la irrupción germánica en Europa y su significación, evitando, malos entendidos, sea la teoría del caos. Antes de meternos en ella, siquiera sea someramente, debo decir que los germanos eran bárbaros para los romanos porque éstos habían establecido *un orden*, que ciertamente era bastante arcaico y no menos bárbaro pues su imperio se basaba en la esclavización de los vencidos y en la apropiación de sus tierras. Los germánicos vinieron a quebrar ese orden sostenido por siglos de acumulación cultural.

Como dirían algunos autores como Prigogine, los germanos introdujeron una *fluctuación* en el horizonte cultural, político y militar de Europa occidental. Necesariamente en cada sub región de ese espacio geográfico debieron auto organizarse nuevos órdenes desde *nuevas matrices*, generalmente producto de la recombinación cultural y la influencia de los entornos respectivos.

Es cierto que adoptaron el cristianismo pero no lo es menos que le imprimen su propio sello, sin olvidar que al fin del Medioevo, producen la reforma religiosa<sup>152</sup>, un sistema de creencias religiosas apto para la modernidad, como ya he dicho, pues la persona, ahora como base conceptual de la historia, puede entrar en relación directa con su Dios sin la intermediación de una estructura de poder político-terrenal como la Iglesia Romana.

Es que el cristianismo original, antes de devenir en una *estructura de poder político sustitutiva del Imperio Romano*, reintroduce y potencia la maravillosa idea de la igualdad humana ante el Dios único, para el que *todos* los seres humanos eran sus hijos sin importar su cultura ni su fenotipo biológico. Esa idea es fruto recombinante de las enseñanzas y culturas que le quitan a Dios toda condición étnica, es decir que Dios es un Dios de *todos* los seres humanos, más allá de culturas y fenotipos. Fue un extraordinario avance en la historia de la cultura.

Además el hecho de que la Biblia, ahora reproducida por la imprenta de tipos móviles de Gutenberg, pudiera ser traducida al idioma del pueblo, produjo una revolución pues no sólo hizo que se estandarizara la lengua alemana y luego a otros idiomas nacionales, con sus efectos en la literatura y la comunicación, sino que abrió la necesidad y la posibilidad de que el pueblo aprendiera a leer.

Con ello se inició un extraordinario proceso que, entre otras cosas, fue haciendo innecesaria la intermediación de unos sacerdotes, en cuanto entendidos en una lengua que el pueblo no hablaba: el latín. Sus efectos políticos fueron no menos contundentes. Aún recuerdo la liturgia católica en neo latín y sus efectos psicológicos en los feligreses, que se limitaban a repetir algo que no entendían confiando en una estructura ajena y lejana que los trata como grey, rebaño o siervos. El sacerdote, en cuanto representante de Dios, era el traductor de sus designios en una lengua ajena y quizá misteriosa.

Creo que se puede decir que la reforma protestante constituye uno de los factores que desde las ideologías, las representaciones del mundo y la ética correspondiente apuran, en las regiones donde se asienta, el nacimiento de la modernidad y el fin del feudalismo, que en general estaba asociado al Cristianismo Romano Papal.

---

<sup>152</sup> Para simplificar incluyo al luteranismo, al calvinismo y al anglicanismo, aunque en realidad son movimientos muy diferenciados entre sí, en punto tanto al dogma como a los ritos. Por ello no me refiero a la Reforma como el movimiento iniciado por Lutero, sino de manera genérica.

Francia, que había sido sacudida por ferocísimas guerras religiosas —la noche de San Bartolomé y la matanza masiva de calvinistas es un ejemplo— no se desembarazó totalmente de la Iglesia Romana en su revolución burguesa y popular, pero la *neutralizó* mediante el laicismo republicano, es decir un Estado igualitario sin rey, ni nobleza, ni religión, con gran influencia de la masonería y su militancia política oculta, que aquí en Argentina parece haber operado bajo el mismo molde republicano y laico. El fruto más visible y quizá sociológica e históricamente más importante, es la enseñanza pública laica, obligatoria y gratuita, tan fuertemente implantado en nuestra cultura nacional.

Ninguna civilización o cultura nace de la nada, que no se sepa o que se oculte el origen, es otra cosa. Por lo que es cierto que la ideología cristiana se desenvuelve básicamente sobre dos formaciones culturales previas cual es la griega y la judía, cuyos respectivos orígenes desconozco. La primera además de reflejar a la persona individualizada como productora de obras e ideas, comienza a desarrollar el pensamiento racional y a estudiar sus reglas mediante la lógica formal, desarrollando la idea del conocimiento científico. También los griegos desarrollan la cultura de la *discusión pública de los asuntos de gobierno*, que muchos siglos después reaparece como la base de la ideología de la libertad de expresión y de prensa.

Los judíos, no sólo sientan las bases del cristianismo y su código moral sobre el que se desenvolverá la moral burguesa especialmente en su visión protestante, sino que además constituyen un pueblo en el que sus miembros deben saber leer su libro sagrado, conforme con sus propios mandamientos. Y es sabido que una cultura o una mente ágrafa no tiene ni la capacidad de abstracción, de imaginación y de comunicación que tiene una sociedad y una mente formada en su seno, que domine la lectoescritura. Además los judíos podían ahorrar, atesorar y prestar dinero a intereses, sin cometer un pecado que les impidiera gozar del paraíso.

Pero quizá el mandato más específicamente operativo para judíos y cristianos fue el contenido en el Génesis, cuando manda *ocupar y dominar* la tierra y todo lo que haya en ella. Está claro que ese mandato está incluido evolutivamente en los genes de la especie humana, pero en cuanto ideología religiosa habilita el *emprendimiento y el beneficio individual*. Y ello como ya he dicho incluye el conocimiento, instrumento básico para acometer cualquier empresa, sometiendo la contingencia a la predicción científica.

Sin embargo la Edad Media europea romano papal no fue un espacio-tiempo propicio para cumplir con ese mandato mítico-religioso de conquistar la tierra e incorporar los avances de otras civilizaciones y culturas como las de la Grecia clásica, la judía y la germánica. Eran tiempos en que Europa entra en una gran revulsión pues por un lado se produce la expansión de los pueblos germánicos desde el norte del continente y las invasiones de los nómades provenientes de éste. Eran tiempos en que el imperio multicultural y multirracial estaba en franca decadencia, y poco tiempo antes, en la primera mitad del siglo IV, había adoptado al cristianismo como religión oficial, transformándose en transmisor de sus creencias por la Europa romanizada.

Con Carlomagno y el Sacro Imperio Romano Germánico, unos tres siglos más tarde, se sella la alianza entre el poder temporal y el eclesial. Me parece que el primero le brindó protección, el segundo legitimidad. La continuadora del imperio ya

cristianizado y con fuerte influencia germánica, fue la Iglesia Romana, aunque ya no por el poder de sus ejércitos sino por el poder legitimador de su representación del mundo y su sistema de ideas. Es así como creo que se establece como la fuente de legitimación de otros reyes y otros señoríos medievales de distintas magnitudes territoriales que fueron ocupando los vacíos de poder, sino que además ella misma forma parte del sistema, pues fue una gran poseedora de tierras, directa o indirectamente a través de las órdenes religiosas.

Creo que es la Iglesia Romana la que impide la fragmentación cultural y política de Europa, pero al costo de montar un sistema que con el correr de los siglos deviene en *opresivo* para las nuevas fuerzas que se fueron desarrollando en los burgos durante el medioevo y se expresan en el Renacimiento, un punto de inflexión en la historia del occidente europeo.

Obviamente el poder cristiano romano se construye sobre la cultura y las representaciones ideológicas de los romanos, manteniendo algunas de sus principales instituciones, no sólo en Roma sino a lo largo del antiguo imperio y en sus colonias. Un claro símbolo de esa transición lo constituye la *púrpura*, que como expresión de poder máximo pasa del emperador al Papa. Por un lado los romanos construyeron una civilización pragmática y violenta, acorde con su condición esclavista, al punto que en comparación con los griegos no produjeron filosofía ni ciencia que ahora llamaríamos “básica”. Reprodujeron y adaptaron su arte y sus dioses, que la Iglesia Católica vino a sustituir con su propio sistema de dioses<sup>153</sup> y semidioses<sup>154</sup>, ahora llamados santos. Fueron, sí, unos grandes constructores.

Bajo la cristiandad romana, la unidad del antiguo imperio se mantiene ideológicamente mediante un sistema de símbolos y mandatos rígidos y *únicos*, administrados por el papado y la respectiva estructura jerárquica eclesial, en alianza legitimadora del poder territorial de reyes, príncipes y grandes señores. Es así que los poderosos aparentan poseer el poder por decisión divina –la gracia de Dios– siendo el papado en nexo entre Dios y el monarca. O sea que el control simbólico se expresa a través de la investidura por la voluntad divina mediada por el cristianismo romano. Una relación circular, como toda relación de poder fáctico-simbólica.

Así es que deviene en un poder político-temporal aliado con los líderes militares-feudales, y creo que el poder eclesial surge del hecho que la ideología religiosa cristiana les crea el poder de administrar la conducta de los súbditos a través de la idea de pecado, que la misma iglesia –circularmente– puede tanto crear e imputar como perdonar, en un entorno que quizá primero fue transfeudal y luego transnacional. Así ha funcionado en los países católicos. Por eso dije que la *púrpura imperial*, devino en la *púrpura papal* como claro símbolo del traslado del poder.

---

<sup>153</sup> La unidad y trinidad de la deidad católico-romana siempre me ha resultado un forzamiento de la lógica que nunca pude entender. Me parece claro que es un producto cultural sincrético entre el monoteísmo de los judíos y los que quizá fueron sus precedentes, los zoroastrinos, y la religiosidad greco-latina, pobladas de dioses y semidioses.

<sup>154</sup> Está claro que las coincidencias de Jesús y Hércules (Heracles para los griegos) no pueden ser casuales, los dos son hijos de una mujer terrena –María y Alcmena, respectivamente– y en ambos casos el padre es el dios supremo, que tomó el lugar del esposo, José y Anfitrión, respectivamente.

En España y en Portugal, y por ende en los países de Iberoamérica, incluyendo el nuestro, la Iglesia Católica como factor de poder, fue real. El poder de Roma, como todo poder se auto preservó a través del control de los símbolos. La excomuniación, el pecado, el poder de perdonarlo y las indulgencias fueron instrumentos tan eficaces como el potro de los tormentos y la misma hoguera.

En ese marco se pueden extraer algunas ideas que caracterizan el medioevo cristiano-papal y por ende al poder político en los países cristiano-romanos, entre ellos el hispano-castellano, que por no haber hecho una revolución burguesa que los introdujera en la modernidad, eran gobernados por la alianza entre las oligarquías terratenientes y la Iglesia Católica.

Era central para la supervivencia del sistema, que la cultura religioso-moral fuera *única*, administrada por una *estructura jerárquica piramidal*. Toda crítica, por ende debía ser suprimida y acallada, incluso mediante los métodos más violentos, si era necesario, tales como la hoguera, las degollinas y las persecuciones de todo tipo. Eso no es una “leyenda negra”, sino una realidad documentada. Giordano Bruno murió quemado por atreverse.

Obviamente la idea de la opinión pública y en consecuencia la crítica pública creadas por los griegos con el Ágora como centro de debate, desapareció. Las opiniones de los individuos y su libre comunicación y debate, podían ser peligrosas para la preservación del poder. La ciencia en cuanto instrumento que podía poner en tela de juicio la “verdad revelada”, base del *control social* a través de los símbolos, fue sometida y perseguida como lo muestra el proceso a Galileo. Eso tampoco fue una invención de la “leyenda negra”.

En su lugar, se fortalece la idea de la providencia divina, que no sólo relativiza el mandato del Génesis de dominar la tierra, para lo cual el conocimiento es *esencial*, sino que la Iglesia Romana al mismo tiempo que persiguió al conocimiento, pasa a administrar la contingencia, la contracara del conocimiento, pues uno de sus dos propósitos radica en la predicción de la contingencia (el otro es el de la descripción racional de la realidad) y evitar sus efectos dañinos en la medida de lo posible. La contingencia, por consiguiente implica la ignorancia y por ende el temor a lo desconocido o imprevisible, y en consecuencia la sumisión a quienes tienen el poder de comunicarse con la divinidad y sus misterios. Fue así que la Iglesia Romana administró la contingencia, el temor y la aceptación pasiva del dolor, incluso el producido por las relaciones de poder establecidas. La ciencia, en cambio, busca prever la contingencia y evitar sus riesgos. La modernidad implicó un fuerte renacimiento de la *autoconsciencia crítica* de la especie humana, que los griegos comenzaron a desenvolver en los albores de la civilización occidental.

Los hispano-castellanos trajeron junto con sus armas de acero y pólvora, la rueda y el caballo, su cultura medieval, inescindiblemente asociada a la Iglesia Cristiano-Romana. No sólo trajeron la organización estamentaria propia de la sociedad feudal, sino también sus relaciones y modos de producción. Quizá el mejor ejemplo es la Encomienda que no es otra cosa que una institución medieval y que en América se confunde con las propias estructuras precolombinas de producción, fundiéndose con las prácticas de los pueblos conquistados, lo que se ve claramente en el caso del antiguo Imperio Inca. Recuerdo cuando en la facultad de derecho me enseñaron el denominado “derecho indiano” como un avance digno de elogios, pero que

mis estudios de economía política y derecho político me confirmaron que no era otra cosa que una especie de síntesis entre dos formas de producción, la conquistada y la conquistadora, que *tenían muchas similitudes*, en el que estaban mezcladas las formas esclavista y feudal de producción.

Por esas épocas leí sobre el medioevo, conjugando estudios formales con interés intelectual y recuerdo que desde allí realicé un descubrimiento que me hicieron dudar de la seriedad del derecho como conocimiento. Descubrí que el “derecho indiano” no era una creación auténticamente “americana” de la que había que sentirse orgulloso, sino un indicio de que España y la América que conquistó no pertenecían al terreno del Renacimiento, la Modernidad y a la Ilustración, sino al plano de la medievalidad.

O sea, los hispano castellanos trajeron una variante del trabajo esclavo y feudal aprendido quizá de los romanos y que se fundió con las prácticas preexistentes de los pueblos conquistados y junto con ellos trajeron otra práctica propia del régimen esclavista romano, cual es *la prohibición moral de que los hombres libres realicen trabajo manual*. Los dirigentes de la sociedad colonial vivieron de las *rentas*, del oro conquistado, del trabajo servil, de la abogacía, el contrabando o la clerecía, pero no de un trabajo productivo ejercido por ellos creativa, disciplinada y metódicamente. Todavía están dando vueltas esos rezagos culturales en muchas mentes actuales de diversas partes de Argentina.

A medida que fui conociendo más a mi país y a su historia me fue quedando en claro que la llamada conquista no fue protagonizada por una potencia conquistadora que había desarrollado una forma de producción y unas formaciones sociales más complejas y avanzadas y por ende muy diferentes a las de las potencias conquistadas, en este caso aztecas, incas y otras etnias de menos arraigo geopolítico.

A esa estructura de representaciones se le fueron sumando desde la etapa pre independentista, las ideologías de la modernidad, pero es claro que esa mutación *ideológica* no acompañó a un cambio social de fondo, como en los países que la generaron, donde las mutaciones fueron sistémicas, pues en tanto tales incluyeron además de la estructura y relaciones de producción, unas *nuevas representaciones* del mundo. Se importó una ideología apta para justificar la independencia de la metrópoli, pero el sustrato económico y social permaneció más o menos invariable pues la irrupción británica que la acompañó, significó la *continuidad de una economía agroganadera*, ahora bajo un modelo capitalista, ciertamente mucho más eficaz y evolucionado y, además, conectado a un mercado exterior estable, pero que continuó con la importación de manufacturas y por ende sin implicar una ruptura en el plano de las estructuras de las relaciones sociales.

La modernización ideológica, como ya dije, se dio de la mano de la masonería, pero eso no alteró la estructura diseñada por los británicos, sino que fue funcional a la misma pues se manejó *dentro de sus límites*. Aunque no es menos cierto que dirigentes y elites hispano-criollas premodernas opuestas al liberalismo, tampoco evadieron los límites de la relación Gran Bretaña, quizá Rosas fue el mejor ejemplo, como también dije. Sin embargo los sistemas educativos y las estructuras culturales, fuertemente influenciadas por el igualitarismo republicano contribuyeron fuertemente al posterior arraigo de las versiones críticas de la Ilustración, incluyendo la versiones socialistas y anarquistas, que fueron la base de reclamos sociales y políti-

cos muy intensos que se dieron tempranamente junto con la emigración europea desde comienzos del siglo XX. La igualdad —el compañerismo— y la soberanía popular fueron vectores ideológicos principales del peronismo, un movimiento político que tampoco se repitió en el resto de Iberoamérica porque, precisamente, fue consecuencia dialéctica del arraigo de las ideas liberales y la economía desarrollada por Gran Bretaña.

Claro que esos movimientos provenientes de Europa, muy diversos y enfrentados entre sí y trasplantados a un espacio-tiempo muy diferente de aquel en que se generaron, no produjeron cambios revolucionarios como en Rusia o China, donde el bache entre la economía feudal y la ideología revolucionaria fue llenada por el ahorro forzado sobre el esfuerzo y la vida de los habitantes con el fin de erigir la industria pesada y que luego de lograda la acumulación básica de capital en manos del Estado y asegurar sus fronteras nacionales de las invasiones germánicas que venían al menos desde el medioevo con los caballeros teutónicos (los tártaros ya habían sido dominados), derivó hacia el capitalismo, proceso aún en desarrollo.

Pero lo cierto es que en nuestro país, a diferencia de los restantes de Iberoamérica, el flujo ideológico liberal no sólo se profundizó a lo largo de los siglos XIX y XX, sino que se amplió a todas sus manifestaciones, sean individualistas o socialistas, sin olvidar al anarquismo, que en el fondo también es uno de sus derivados. Es que la Argentina dominante, es decir Buenos Aires y la Pampa Húmeda que le era tributaria, diseñó su futuro ligándolo a Gran Bretaña y Francia, dos potencias cons-truidas desde la modernidad. En tal diseño entraban tanto los hijos de la Ilustración como los de la oligarquía terrateniente de origen hispano castellano, claramente pre modernos. Sobre esa matriz, con el tiempo se gestarían otras contradicciones, a veces muy confusas.

Simultáneamente, como dije, se alejó del Alto Perú, región que comprendía cultural y geográficamente a los actuales Perú y Bolivia y originalmente regiones de la propia Argentina. Aunque es cierto que la unión de Buenos Aires a esa región geotnográfica fue forzada por los Borbones por razones administrativas, pues ni existía proximidad étnica o económica y mucho menos geográfica<sup>155</sup>, pues los aborígenes de ambas regiones no parece que hayan tenido relación estable alguna entre ellos y eran tan disímiles como lo eran los respectivos entornos geográficos y climáticos. Esa integración forzada de regiones muy disímiles del virreinato, se debió principalmente a que el imperio español en decadencia ya no podía enviar los metales preciosos a España por los puertos del Caribe y debió hacerlo por el Buenos Aires en el premonitoriamente llamado Río de la Plata.

Aunque desde hace muchísimo tiempo dudo que la decisión borbónica no fuera también motivado por el reconocimiento de Buenos Aires como un centro económicamente significativo para el interior de la actual Argentina interior y el propio Alto Perú a partir del contrabando y en los intercambios ilegales correspondientes, en los

---

<sup>155</sup> Fue una unificación forzada pues el Alto Perú era un imperio consolidado por los Incas que sometieron a los otros aborígenes hasta más o menos la actual región cuyana, donde se toparon con los mapuches o araucanos, entre otros pueblos. Mientras en la región de la Pampa Húmeda estaban otros aborígenes como por ejemplo los aonikenk, una familia cultural, que con diversas variantes, que se extendió desde la Patagonia al Río de la Plata y que fue desalojada por los mapuches o araucanos que desde Chile invadieron el actual territorio argentino después que dominaran el uso del caballo traído por los españoles. También hubo otras etnias, como la de los querandíes, entre otras.

que seguramente debió incluirse la plata, pues sino, resulta casi inexplicable la obtención de recursos para pagar por las manufacturas ingresadas ilegalmente.

Aunque en Argentina esa lucha entre la cultura premoderna de proyección medieval y la modernidad neo europea también tuvo momentos muy similares a los de una guerra civil, pero extendida en el tiempo, por lo que se me ocurrió llamarla la gran antinomia, que viene sobrevolando la vida argentina desde sus etapas fundacionales conteniendo diversas contradicciones culturales, económicas y sociales, algunas muy sangrientas y dolorosas. Afortunadamente parece existir una fuerte tendencia a la síntesis partiendo, quizá, del *sincretismo*, que se expresa en los partidos políticos actuales. No estoy seguro que sea lo ideal, pero el sincretismo y su instrumento el pragmatismo, probablemente, evitaron más dolor y una *guerra civil a la española*, extremadamente sangrienta y absoluta.

Mientras los partidos provenientes de la Ilustración francesa se han debatido en una contradicción insalvable<sup>156</sup>. Por un lado, sus ideas republicanas, igualitaristas y socialistas se despedazaron moralmente al participar de las represión y los golpes militares contra el peronismo. Ahora ese problema parece estar superado, pero esos partidos aún tienen el problema de que muchos de sus dirigentes, al quedarse en las *ideas abstractas* definitorias de la Ilustración, siguen confundiendo la abstracción idealizada con la realidad. Es que la Ilustración argentina fue fruto de la importación de ideas y de ideologías, no de la vivencia histórica. Por ello, quizá, han confundido tan frecuentemente la forma democrática con la democracia misma, confundiendo la acción con la declaración de principios, lo que los ha llevado a confundir la ética de las convicciones formalizadas con la ética de las responsabilidades y la realidad implicada en ellas, que hizo Max Weber. Esas confusiones también los han llevado frecuentemente a la inacción.

Con el peronismo, en cambio, despojado de la rigidez ideológica del idealismo kantiano-krausista de los radicales, surge un partido-movimiento muy *operativo*, aunque a veces sin plan. Como primera aproximación, se puede decir que le dio al igualitarismo republicano otra dimensión, cual es la de la “justicia social” que fue vista como una forma concreta –real– de instaurar la igualdad. Y esa igualdad se expresó muy frecuentemente como igualación de oportunidades de los argentinos hispano-criollos-aborígenes con los argentinos neo europeos a través de la asistencia social. Así como antes se había iniciado el proceso mediante la educación pública. Tal igualación se hizo sobre la base de la acumulación de capital y la economía superavitaria de la estructura agroimportadora montada por los británicos y sus aliados locales. *Esa estructura, aunque sin los británicos, perdura*, pues como ya dije Argentina no ha terminado de incorporar a sus vivencias históricas la necesidad de industrializarse.

El sincretismo llevó al peronismo, y en definitiva al país entero, al pragmatismo, pues si dentro de una misma estructura política conviven representaciones del mundo, cosmovisiones, culturas y prácticas políticas incompatibles, las contradicciones lógicas sólo se pueden resolver de manera práctica y en base a *criterios fuertemente voluntaristas*, en el sentido de que se imponía la voluntad del dirigente carismático. Es que si no existe un *sistema de ideas para resolver conflictos y adoptar decisiones*, sólo queda la *voluntad* del que dispone del poder. No hay otra forma de selec-

---

<sup>156</sup> El partido radical fue afectado también por un fuerte y extendido caudillismo.

cionar entre opciones que con gran frecuencia se originan en ideologías incompatibles entre sí, pues las ideologías, en cuanto sistemas de ideas derivados de dogmas, constituyen un marco de *coherencia* dentro del cual se adoptan decisiones prácticas, al margen de su contenido de verdad o justicia en cuanto representaciones del mundo. Para eso sirven las ideologías de poder, tal como lo describió el funcionalista Parsons.

Eso ha puesto al peronismo y su inevitable pragmatismo, al frente de la práctica política y el accionar gubernamental, con sus aciertos y sus errores. Pero no es menos cierto que los dirigentes posteriores a Perón no tuvieron el margen ni su capacidad de acción para resolver las contradicciones. En parte porque el país cambió rotundamente puesto que la integración política y económica de los argentinos marginados –aun no completada– fue irreversible. En parte porque el contexto mundial, después de la Segunda Guerra Mundial y claramente después de la caída de la Unión Soviética, devino en un orden global monopolar conducida por Estados Unidos y que se expresa quizá con la mayor claridad en el llamado Consenso de Washington.

Es así que en el marco de la gran antinomia, el peronismo ha venido siendo una fuerza política generada en el sincretismo de ideas y prácticas políticas no siempre compatibles entre sí. En ese entorno, guste o no, el pragmatismo e incluso el forzamiento de contradicciones y realidades, es inevitable. De eso se trata el sincretismo en cuanto contiene en sí mismo contradicciones ideológicas o fragmentos ideológicos teóricamente incompatibles.

A diferencia de sus opositores, por su pragmatismo, no confundió las ideas abstractas con la realidad, aunque precisamente ese pragmatismo con frecuencia le impidió ver a la realidad como una totalidad más amplia y compleja. Ese suele ser el problema de pragmatismo y del sincretismo que lo origina.

Aunque no es menos cierto que las fuerzas que encarnó eran incompatibles con la lógica cerrada de arco de ideas absolutas, abstractas y dogmáticas producidas en el entorno de la Ilustración, la gran generadora de ideas defensistas de la burguesía, inexistente en la Argentina de entonces. Con frecuencia esas formulaciones fueron fuertemente elitistas desde la perspectiva intelectual, cuando no sostenida o tolerada por la estructura sociopolítica generada a la sombra de los británicos. La consecuencia fue la marginación y la persecución, a veces muy sangrienta, del peronismo. Es que las abstracciones de la ideología liberal en cuanto conjunto de tópicos o lugares comunes sin una dimensión real concreta contienen un gran poder simbólico, que puede no tener correspondencia alguna con complejidad de la *realidad* socio-histórica implicada, ante lo cual el desprecio y el odio al peronismo y por ende la violencia desenfrenada supo ser su única respuesta.

Inicialmente y como era de esperar, la respuesta del peronismo fue la resistencia y el resentimiento, que aún anida en la memoria de aquellos que por su edad no vivieron sus etapas iniciales pero se criaron en esa dinámica de represión, marginación y respuesta desde el odio y la clandestinidad. Creo que al momento de escribir estas líneas estamos asistiendo a las *manifestaciones finales de la memoria de la gran antinomia*. Esa contradicción nos ha inmovilizado, por lo que se puede esperar que cuando se agote, surgirá un nuevo marco de creatividad y generación de innovaciones sociales y políticas. Una nueva representación del mundo.

La integración del peronismo a la vida institucional de una república formalmente democrático-liberal se ha dado, como dije, desde el sincretismo, y por ende desde el pragmatismo y la indefinición formal, lo que lo transformó en un movimiento permeable a casi todas las ideas y a casi todos los intereses. Algunos contradictorios, incluso, con sus orígenes y su rol histórico. Quizá de eso se trate un experimento histórico como el argentino: *cambiar un período histórico y su cultura inherente sin un hecho histórico, conocido como revolución*, que produzca esa mutación de manera históricamente puntual. El peronismo fue el agente principal de esa *transición histórica*, transición que no viene siendo lineal, lo que ha llevado a muchos –de uno u otro bando– a confundirse. Creo que el peronismo, en el marco realista-pragmático de su génesis, y aún en la pasada dialéctica de la antinomia, seguirá siendo agente de cambio pues no puedo dejar de considerar que ha sido un factor de creación y cohesión cultural y por ende de identidad, aunque también es posible que no lo logre y no sea capaz de insertarse en la modernidad tardía. No lo se.

Probablemente por haber cumplido ese rol, el peronismo deberá mutar adecuándose a las nuevas circunstancias que él mismo ha producido pues me parece que Argentina gracias a él ha logrado la suficiente cohesión cultural, exigiendo otro tipo de propuestas. No lo se.

Es que el aporte ideológico de la modernidad no fue producto de que el movimiento independentista y sus continuadores liberales, logran imponer una nueva ideología y unas nuevas instituciones emergentes de una *estructura social compleja*, coherente con unas nuevas formas de producción, nuevas estructuras sociales y por ende nuevas formas culturales, en sustitución del feudalismo. Fue una *superposición* de valores y representaciones del mundo y de formaciones económico-sociales. Es decir no se cambió el mundo de la mano de las nuevas ideas, sino que se importaron las ideas *sin el propósito claro de cambiar relaciones y formas de producción* y las formas e instituciones políticas inherentes. Tal circunstancia implicó la coexistencia de dos mundos mentales –dos representaciones del mundo– fuertemente incompatibles y que no siempre fue pacífica.

Y así como creo que el peronismo se encuentra en la necesidad de redefinir su identidad, habiendo cumplido su rol integrativo desde el sincretismo, pienso que el arco de partidos derivados de la Ilustración, deberá también redefinir la suya. No por mera simetría, sino porque quizá deban entender que los ideales formalistas que importaron de Europa significaron mostrar el camino para *comenzar* a desarrollar la democracia frenando el avance de los componentes absolutistas y premodernos del poder de ese entonces. En tanto era una ideología defensiva, en cuanto limitadora del poder absoluto, devino en una ideología que confunde la forma con la realidad y en consecuencia la ideología con la verdad. Sus sostenedores, en cualquiera de sus expresiones, han simplificado la complejidad del mundo a la formalidad y, obviamente no lo han terminado de entender desde unas representaciones consistentes. Me parece que esa es su asignatura pendiente.

Se ve claramente en la postura sobre la violencia en la sociedad contemporánea, que se agota en la defensa de los principios abstractos garantistas premodernos, olvidando que la violencia no viene de arriba, es decir del poder político como en la época absolutista, para lo que se debió crear una ideología que protegiera a los ciudadanos del poder gubernamental, sino desde abajo y que es producto multi-

factorial de la complejidad, que incluye la pobreza, la marginación, los choques culturales, la drogadicción y los efectos de los medios masivos, entre muchos otros.

Aunque creo que no sólo las fuerzas políticas principales deben redefinir su identidad y por ende sus objetivos y programas. Me parece que el país entero debe hacerlo y eso incluye las fuerzas políticas, los intelectuales, las universidades y las organizaciones de la sociedad. Creo que se debe plantear qué sociedad queremos construir, si una sociedad que recurrentemente se debata en la polaridad distribución - acumulación de capital con picos de actividad y bruscas parálisis, si una sociedad donde la evolución sea una *continuidad* basada en la creatividad y en políticas con capacidad predictiva.

Hay que entender, insisto, que en Argentina no hubo una revolución liberal burguesa sustitutiva del régimen feudal, simplemente porque no había burguesía que la alimentara, no había burgos industriales, no había banca ni capitalismo en los burgos y por ende faltaban las relaciones institucionales, sociales y culturales inherentes. No hubo acumulación capitalista burguesa. No hubo Renacimiento, ni Reforma, ni Humanismo y por ende las riquísimas innovaciones y experiencias sociales que implicaron.

No hubo, tampoco, ideas emergentes de las contradicciones del capitalismo triunfante. Solamente llegaron las manifestaciones ideológicas y culturales de esos movimientos, en cuanto producto “terminado” –objetivado– en ideologías y representaciones del mundo, sin las realidades de sustento. Ni siquiera los inmigrantes europeos que comenzaron a afluir masivamente a fines del siglo XIX portaban esa memoria histórica pues precisamente la mayoría de ellos venían huyendo del atraso inherente al feudalismo imperante en sus países o regiones de origen. Sólo unos pocos eran militantes sociales y ellos trajeron las ideas que nutrieron nuestras propias luchas sociales pero que más tarde fueron superados por el peronismo en cuanto movimiento sincrético. Vale decir se importaron ideologías sin la memoria social, que siempre es compleja, interrelacionada acumulativa, como toda construcción histórica prolongada.

Ni siquiera hubo una revolución como en Rusia y China, donde la dictadura marxista cubrió el bache de la ausencia de un capitalismo industrial y financiero preexistente y la modernización social que implicó, mediante el capitalismo de Estado. Esas revoluciones no sólo *forzaron la acumulación básica de capital social*, sino que también importaron las ideas modernizadoras de la Ilustración a través del marxismo. El stalinismo soviético y el espíritu de la “larga marcha” en la China maoista, en el marco de sendas historias nacionales dolorosísimas signadas por invasiones múltiples y siempre muy sangrientas, expresan a mi entender ese proceso.

No. Estuvo lejos de ser así. El capitalismo, impulsado por el Imperio Británico y fuerzas internas como el mitrismo (entre otras), fue agrario y basado en enormes extensiones generalmente propiedad de un terrateniente ausente, con algunos rasgos comunes al feudalismo, pero sin las obligaciones del señor feudal, que en cuanto militar, al menos encontraba su razón de ser brindando seguridad a sus vasallos.

La transición, entonces, no fue clara, ni siquiera en la Pampa Húmeda, que sufrió la mayor transformación con el advenimiento del Imperio Británico, sus ferrocarriles, el alambrado, el ganado y las “mieses refinadas”. El “patrón” –el antiguo “se-

ñor”— podía llegar a ser el mismo, aunque ahora infinitamente más rico y cosmopolita. La acumulación de capital no fue ni financiera, ni comercial ni industrial.

Fue agraria, es decir se daba en una economía primaria y *poco compleja* donde los productos de alta tecnología como el ferrocarril, se importaban “llave en mano” incluyendo sus gerentes, a diferencia de lo que había ocurrido en Europa, donde la Ilustración y las nuevas ideas, junto con la acumulación de capital financiero e industrial y el correlativo avance de la ciencia y nuevas tecnologías, implicaron una enorme acumulación de mutaciones que se fueron entretejiendo en una gran complejidad social. Aún sigue siendo así, pues son los países influenciados por las invasiones germánicas de dónde proviene el grueso de las innovaciones científicas y tecnológicas, sin olvidar las del campo de la filosofía y otras formulaciones de la cultura. Es que las invasiones germánicas implican instaurar el caos en el orden romano y liberar las energías para elaborar uno nuevo. Mientras tanto, China<sup>157</sup> y Rusia<sup>158</sup>, hijos *indirectos* de la modernidad europea, están modernizando sus sociedades y se disponen a sumarse plenamente a la modernidad de la globalización multipolar y capitalista.

El poder británico y la estructura que impuso eran contradictorios con la industrialización de Argentina pues el sistema sólo podía funcionar si el país exportaba grandes cantidades de productos agroganaderos a bajo costo e importaba sus manufacturas. Por ello a los ingleses no les interesó remover la matriz ideológica hispano-feudal que hubiera implicado instaurar la complejidad de la estructura social capitalista, que más allá de sus contradicciones, es hija de las revoluciones burguesas que condujeron a la industrialización de los países que las vivieron integralmente.

En realidad el capitalismo no ha terminado de establecerse en Argentina, como lo ha hecho o lo está haciendo en todo el mundo, que no es otra cosa que un proceso de globalización de reglas y relaciones de producción. Una suerte de mentalidad mágica suele aparecer cada tanto, suponiendo que se pueden violar las reglas del sistema —la ganancia y la previsibilidad— sin ninguna consecuencia indeseada.

Fue así que fueron derrotados tanto los que, como Sarmiento procuraban poblar el campo de familias chacareras, incorporándolas al mercado, como los que quisieron industrializar el país como Pellegrini primero, Perón y más claramente aún, Frondizi, después. De la Ilustración se importó la ideología, no la *vivencia histórica* y los intereses inherentes, en cuanto memoria colectiva, es decir la cultura, que es imposible de trasplantar de un día para el otro. Y por cultura entiendo algo complejo, estructural y dinámico, que incluye tanto representaciones del mundo como producciones industriales, para decirlo de modo extremadamente simplificado.

La falta de alternativas a la producción de productos primarios y por ende con poco trabajo humano agregado, conduce al clientelismo político, pues *en una economía sin suficientes industrias sobra gente*, a la que los políticos procuran cautivar con la ayuda social y subsidios de diversa naturaleza, que lejos de crear dignidad crean la dependencia de unos seres humanos de otros. Con ello no quiero decir que el Estado no deba ayudar al necesitado y promover la condición humana de los ne-

---

<sup>157</sup> En el caso Chino, incidió su cultura política, fuertemente “estatista” por la influencia de Confucio.

<sup>158</sup> Rusia vivió fuertes intentos modernizadores y europeizantes como el de Pedro el grande y también de Catalina la grande.

cesitados y desfavorecidos, sino –simplemente– que la ayuda social no puede ser una política excluyente del desarrollo social, pues en principio, sólo el desarrollo de fuentes productivas basadas en el trabajo implica el desarrollo de las personas.

Quien tiene trabajo genuinamente productivo y útil tiende a pensar en la continuidad de su empleo y en el crecimiento de la economía para él y sus hijos, es decir piensa en la *continuidad de la estructura productiva*. En cambio, quien depende de la ayuda piensa en la *continuidad del sistema clientelar y la del caudillo* que lo administra y en como acercarse a él, en cuando dispensador de mercedes y gracias. Pero vivir de la ayuda crea resentimiento y sumisión, limitando la capacidad de representarse al mundo y por ende de saber cuales son sus intereses. No crea sociedades complejas y por ende evolutivamente estables, especialmente en la era de la información, donde los desajustes y las convulsiones se transmiten con gran celeridad.

Agravó el problemas y las contradicciones inherente, el hecho de que la modernización impuesta por el Imperio Británico y su asociado el capitalismo oligárquico, se redujo a la Pampa Húmeda. El resto de Argentina, hasta tanto la economía del país adquirió riqueza, poder y brillo atractivos dentro de la estructura británica, no fue alcanzado por la mutación económica. Para los descendientes hispano-criollo-indígenas, los hijos de la Ilustración fueron frecuentemente los enemigos que venían a alterar el viejo orden feudo-católico sin aportar, al menos esperanza, que es lo que aportan las revoluciones a los pueblos, cuando los pueblos son los actores de la revolución, claro está. Y éste no era el caso. Los emigrantes europeos y sus descendientes heredamos con frecuencia el resentimiento generado en esos años iniciales.

Como contrapartida, los descendientes de la Ilustración sean los fundadores del país, es decir los “originales” o los emigrantes europeos de fines del siglo XIX y comienzos del XX y sus descendientes, los consideraron bárbaros y luego, “negros”<sup>159</sup> y no sólo por sus pieles y pelos más oscuros, sino y principalmente por su menor nivel educativo y su aptitud laboral consecuente. El círculo vicioso de la pobreza preservado por el *statu quo* de la dominación-marginación. En la semiótica del color, el negro es el mal, lo sucio y la parte negativa de toda polaridad de valores. El “negro”, pese a los esfuerzos del contradictorio Sarmiento y otros miembros de su generación, ha sido sistemáticamente marginado de la educación<sup>160</sup> y la cultura y luego, *circularmente*, ha sido acusado de no tenerlas. Ese círculo vicioso, propio de todo proceso político que incluya la marginación, profundizó la gran antinomia.

El combate adquirió todas las formas posibles de la violencia y el odio, pues ha transitado por la más feroz e impiadosa violencia física. Por eso creo que también ha transitado los carriles de la guerra civil, aunque “estirada” en el tiempo. En ese marco no era de extrañar que la violencia simbólica se haya hecho cargo de las relaciones políticas mediante la descalificación del enemigo al que no se le ha tenido piedad y por ende la voluntad de comprenderlo. “Al enemigo ni piedad”, he oído –estremecido– repetidamente en mi vida. Por ende ha sido imposible –una traición,

---

<sup>159</sup> Ernesto Sanmartino, un tristemente célebre dirigente radical, llegó a *animalizarlos* al punto de tratarlos de “aluvión zoológico”. Es sabido que todo abuso de una persona sobre otra comienza por la denigración del abusado. Basta recordar que se llegó a tratar a los africanos de piel oscura como no humanos, como fundamento de su esclavización.

<sup>160</sup> La experiencia posterior ha demostrado que la perspectiva positivista que suponía que construir escuelas y designar maestros no es suficiente. Al alumno proveniente de la pobreza y la consecuente *marginación cultural* se lo debe sostener y estimular especialmente.

incluso— pensar *junto* a él. Al enemigo sólo se lo derrota y margina. Es así que no se han podido establecer políticas comunes o políticas de Estado.

La vieja idea socrática de buscar entre todos la mejor idea —una idea— en un proceso continuo y abierto, que incluye la sustitución de la propia idea por una idea mejor del adversario, nunca lo he visto en el debate público argentino. Sócrates murió desangrado y solo, en la Argentina de las antinomias.

En este punto, la pregunta inevitable es: ¿se trata de sintetizar dos etapas sucesivas o que la posterior sustituya a la anterior, dentro de la realidad del espacio geopolítico? ¿O es que el sincretismo es nuestra vía evolutiva en un mundo donde las viejas ideologías han quedado ya arcaicas como instrumentos para comprender el mundo? No lo se, en realidad una sociedad no es un laboratorio en el que las variables puedan ser controladas. Quizá el experimento, en cuanto metáfora con la que he pretendido designar nuestra singularidad histórica, produzca otro resultado pues el posmodernismo, en cuanto relativista ha implicado también un ataque a la razón humana, confundiendo a ésta con los *vicios* de la “razón” modernista, que no fueron otros que el imperialismo, la agresión y la soberbia positivista. Es así que esos vicios y la reacción contraria que generaron, ocultaron el dato de que la modernidad, como era histórica superadora del feudalismo, implicó recuperar el “descubrimiento” griego de que la razón es el “protocolo” mediante el cual las mentes se comunican para construir juntos un presente y un futuro comunes.

Aunque también es cierto que el sincretismo de nuestra cultura, más aún en el entorno del posmodernismo relativista, quizá nos impida pensar claramente y nos conduzca al pragmatismo o criticismo sin propósitos referidos a la totalidad espacio-temporal de referencia. Es que parece difícil que en el entorno cultural derivado del sincretismo se puedan imaginar alternativas de largo plazo, innovadoras e inclusivas de toda la sociedad y de toda su geografía, en la que el tiempo sea, asimismo, un espacio existencial común. No lo se, aunque por lo pronto es claro que los argentinos hemos desarrollado una fuerte tendencia a confundir enlazadas por un “discurso” o “relato” sobre la realidad con la realidad misma. Simultáneamente hemos desenvuelto unos argumentos lógicamente falsos y políticamente autoritarios que frena el análisis crítico bajo falacias de descalificación en un marco de relativismo voluntarista que tiende a suponer que la realidad es como la pensamos y no como es. Es muy difícil conocer la realidad, en realidad sólo podemos conocer fragmentos de ella, pero eso no quiere decir que debemos desistir de conocerla mediante una tarea cooperativa continua de mentes humanas enlazadas por la racionalidad expuesta y abierta.

En el país que se ha representado a sí mismo como una inagotable cornucopia, de espacios y tiempos infinitos, la lucha por el reparto de la riqueza se ha dado de manera permanente y recurrentemente, como en cualquier país del mundo. Lo que nos diferencia de los países que piensan y construyen su futuro, es que no me parece que hayamos pensado con continuidad en la forma de crear la riqueza y por ende complejizar y diversificar nuestra estructura social.

Creo que eso no ha ocurrido porque los argentinos en tanto acarreamos componentes de la mente feudal heredada de los hispano-castellanos católicos, al que se le agrega la mentalidad agroimportadora instalada por los británicos, que en cuanto boicotearon la industrialización, en la realidad *interrumpieron* el desarrollo de

la modernidad, más allá de las apariencias. Además, o quizá por lo dicho precedentemente, caímos en la tentación de creernos habitantes de un país rico, cuando en realidad sólo es *potencialmente* rico. Creo que no hemos entendido que la riqueza de un país se mide por el capital acumulado (edificios, infraestructura, organizaciones humanas de diverso tipo, fábricas y estructuras productivas, escuelas, universidades, etc.) y por ende por el bienestar humano que es capaz de producir. Todos los países buscan acumular capital. Los que han alcanzado un grado apreciable de complejidad y estabilidad económica y social, lo han hecho a través del trabajo esclavo, explotando a otros países o merced el ahorro forzoso de su propio pueblo.

Argentina ha venido confundiendo la riqueza de su suelo y clima con el capital y se ha dedicado a distribuir el producto aleatorio de sus ventajas naturales, las que podrían haber financiado industrias e infraestructura, que son el verdadero capital. En cambio, la renta de la tierra ha ido a financiar bienes suntuarios o lo que es peor ha huido del país, siendo conocido que los argentinos tienen centenares de miles de dólares en el sistema financiero internacional o “bajo el colchón”. Al no crear empleos, lo único que se mantiene es la necesidad de subvencionar a la población “sobrante”, es decir que excede al sistema productivo.

Esa confusión olvida que sin suficientes industrias la tarea de distribución no tiene fin, pues la cantidad de pobres crece en un país de permanente sub empleo. Para ello deberemos hacer una suerte de descubrimiento del capitalismo, salir de la mentalidad mágica del providencialismo y el síndrome de la cornucopia. No se me escapa que el capitalismo, por los excesos del capitalismo salvaje norteamericano o los del sistema financiero internacional, no tiene buena prensa. El capitalismo, en cuanto sistema de acumulación de capital social tiene muchas variantes culturales, una de ellas es la que piensa en un Estado fuerte, capaz de no permitir que una parte de sus ciudadanos caigan en la pobreza y la marginación por los excesos de los dirigentes del capital. O dicho de otra forma cuando el capital deviene en una forma falsa y objetivada de la realidad, en un objeto en sí mismo. Cuando el humanismo es desalojado por el capitalismo, para decir mediante una antinomia que creo que ya es arcaica.

En ese entorno cultural tanto las ideologías políticas de izquierda como de derecha, influenciadas por el feudalismo hispánico o por la Ilustración y la modernidad positivista, marxistas o anti marxistas, socialistas o conservadores, han actuado con una linealidad y un simplismo inmovilizador y *repetitivo*. Hemos sido incapaces de pensar a la Nación Argentina desde la complejidad. El simplismo lineal nos ha llevado a condenar y escarnecer de las peores maneras a los que se han atrevido a pensar de manera compleja. Federación o muerte, civilización o barbarie, nacionales o cipayos, nacionalistas o vendepatrias, fascistas o revolucionarios, oligarquía o pueblo, capitalismo o socialismo y una interminable y autoreproductiva lista de antinomias. Y la antinomia es el máximo grado de la *simplificación* y por ende del *pensamiento empobrecido y lineal*.

Por eso pienso que hemos creado una sociedad relativamente sofisticada en lo ideológico y lo cultural, pero bastante simple en cuanto a la producción de riqueza e innovación tecnológica y cultural. Eso ha sido, creo, la causa de nuestra inestabilidad. Los estudios de diversas teorías transdisciplinarias, en tanto son modelos al parecer aplicables tanto a la biología como a la sociedad e incluso a otras estructu-

ras del cosmos, señalan que el incremento de la estabilidad en las estructuras de no equilibrio se produce con el correlativo incremento de la complejidad.

Es que las sociedades avanzadas industriales, son sociedades complejas. La complejidad es una forma de describir el desarrollo socio-económico pues establece una multiplicidad de interrelaciones que se expresan como circulación de información, educación, bienes, ideas y recursos diversificados a lo largo y a lo ancho de su estructura sociológica y su geografía, es decir espacio-temporal. La complejidad y la comunicación de interrelaciones es lo que le brinda estabilidad a cualquier estructura, sea biológica o social. También a los países.

Esa es la disyuntiva: seguir pensando igual y obtener los mismos resultados *–cíclicamente–* o innovar. Seguir con la Argentina pulsátil entre la *distribución y la contracción* o crear otra Argentina, inclusiva de todos desde la *producción de todos los bienes posibles y desde la complejidad social*. Claro que para ello se necesita terminar de salir de la lógica binaria de la gran antinomia y dejar de representarnos al país como una inagotable cornucopia.

Luego, elegir dirigentes que piensen a la República Argentina como una complejidad en el que vivimos todos y todos *–ineluctablemente–* estamos relacionados. En la complejidad, lo que se enriquece o empobrece es la estructura en cuanto suma de relaciones. El daño conferido siempre vuelve, de alguna manera. La violencia y la drogadicción son su mejor ejemplo.

Por ello, *la política no es un juego simplista de suma cero*, donde lo que ganan unos lo pierden otros, hoy o mañana, el padre o el hijo.

### **Post escriptum**

Agosto del año 2014, en Roma a la espera de que confirmen el horario reprogramado de mi vuelo a Buenos Aires, luego de recorrer gran parte del occidente italiano. Estoy en Campo dei Fiori, la plaza de Roma donde fue quemado vivo Giordano Bruno en el año 1600 por la Inquisición papal. Su monumental estatua, oscura y sombría, se yergue en el mismo lugar del tormento, como un recuerdo del pasado y un alerta ominosa hacia el futuro. Simboliza el legado de este valeroso intelectual acerca de la lucha entre el conocimiento y la libertad creativa humana y el dogma y la oscuridad intrínseca del poder autojustificado.

Es también el símbolo de los dolores del parto de una nueva era humana: la modernidad y que en mi adorada Argentina se ha expresado en lo que he denominado la gran antinomia. El martirio de Bruno fue un horroroso intento de impedir el curso evolutivo de la dignidad humana, que defino como la capacidad de elegir y crear sin tutorías ni patronazgos.

Es un momento de tranquilidad en la “piazza”. Pocos turistas bulliciosos, de esos que ven a la historia de Roma como un pasado que se puede almacenar en la memoria digital de la cámara fotográfica. Aquellos cuyos rostros reflejan asombro ante la monumentalidad y el tiempo transcurrido. Casi una pura fenomenología de la pasada grandeza imperial.

El momento es espiritualmente propicio para sacar conclusiones de este, mi primer viaje a Italia y a Europa y relacionarlo con la historia de mi tierra, Argentina,

tan diversa y joven. Ya dije eso al comienzo de esta relación, pero ahora con una comprensión más profunda de su historia y de mi identidad, ambas inescindibles de la historia europea. Mis riquísimas y múltiples experiencias y vivencias recientes ratifican y enriquecen lo ya dicho.

La experiencia me permitió comprender algo que me resultaba criticable: la propensión de millones de argentinos de viajar a Europa y tomar ese viaje como la gran experiencia de sus vidas. Como si un viaje a ese continente y en particular al terruño de los ancestros fuera capaz de llenar un vacío existencial.

No me sentí extranjero en Roma, ni en Sicilia, ni en Florencia, ni con los muchos y variados romanos, sicilianos y florentinos con los que entré en contacto, gentes comunes, profesionales con formación humanística y otros de diversa condición, y claramente percibí que no sentían que estaban hablando con alguien de otra cultura. Inicialmente supuse que me verían como turista extranjero y, como tal, cliente y fuente de ingresos al que hay que “seguirle la corriente”, pero no, al poco tiempo fue claro que compartíamos los códigos culturales que nos permitían comunicarnos tan fluidamente.

Me resultó evidente que participábamos naturalmente del mismo universo cultural pese a que mi idioma italiano es deficiente, aunque menos de lo que yo mismo suponía pues lo “mamé” desde mi nacimiento. Tal sensación se repitió a lo largo de los extremos de mi viaje, es decir Sicilia, la tierra de todos mis abuelos donde su pasado feudo-católico no se percibe como lejano, ni en Florencia, la cuna de la banca, la industria, el Renacimiento y la modernidad inicial.

Me he sentido tratado como extraño, en cambio, en provincias del noroeste de mi propio país. Me terminó de quedar en claro que la gran antinomia no se originó solamente en la ideología política independentista importada por nuestros padres fundadores o por los hombres de la generación del 80, sino que se incrementó intensamente con la migración europea de los siglos XIX y XX. Creo que se trata del choque entre la cultura europea, mantenida en contacto evolutivo con Europa, con la cultura hispana premoderna, que hasta no hace muchos años estuvo aislada y encerrada en sí misma.

Seguramente para preservar su identidad muchos hicieron de la idea de “tradicción” hispano-católica una virtud pese a que puede confundirse muy fácilmente con aislamiento, conservatismo y *statu quo*. Y claro, si era una virtud debía, incluso imponerse a los “porteños”, por esto del “ser nacional” como expresión del *pensamiento único* y lineal. Aunque no es menos cierto que en muchos casos la tradición ha sido utilizada por los sectores dominantes como la ideología de la preservación del *statu quo* local, antes que como factor de identidad. Muchos otros creyeron –falsamente, pues la cultura es un proceso permanente de recombinación y no una inmutable onticidad– que la hispano criolla era la “verdadera” cultura argentina, quizá como rezago cultural de la hispanidad castellana, poco afecta a la diversidad y al disenso. Afortunadamente Argentina ha resuelto esa contradicción.

Roma, la hermosa Roma, es los restos entremezclados del Imperio Romano, la decadente Iglesia Católica, decadencia que se ve en su enorme cantidad de iglesias, muchas de ellas casi sin uso actual y la modernidad instaurada por la independencia y unificación italiana de mediados del siglo XIX con gran influencia masona, pues buena parte de su liderazgo lo era.

En Gangi, Sicilia, mi tierra ancestral pues allí nacieron y vivieron todos mis abuelos, estuve dos días recorriendo sus intrincadas callejuelas y “vicoli”<sup>161</sup> y conversando con la gente. No sentí hostilidad alguna sino todo lo contrario. Por un lado los rostros eran rostros familiares, mis apellidos eran los de ellos y cuando los escuchaban me consideraban un gangitano más. Incluso me invitaron repetidamente a vivir con ellos, ocupando una de las tantas multicentenarias viviendas desocupadas.

Conversé con muchos gangitanos, gente cordial y ansiosa por evitar que su pueblo muera (sólo quedan 7.500 habitantes de los 18.000 que llegaron a ser). Sin embargo pronto descubrí que había cosas en común con algunas provincias argentinas puesto que siguen considerando que su forma de vida es la correcta, quizá la única, pero los jóvenes siguen migrando al norte industrial y moderno de Italia, como aquí siguen migrando hacia el Gran Buenos Aires tras una vida mejor.

En Gangi y en no pocos lugares de nuestro interior, el entorno es el de las ideas premodernas o poco menos. El inmovilismo parece ser una virtud, allá y acá. Ambas son tierras donde se suelen hacer procesiones para pedir a la providencia por sus necesidades en vez de satisfacerlas a partir de la acción planeada. Me quedó más en claro el papel de las representaciones del mundo, sea para cambiarlo... o para mantenerlo inmóvil.

Florenia, un universo cultural y físico distinto al de Sicilia y Gangi, e incluso de Roma. Sus edificaciones y su arte hablan de que su matriz es la de la modernidad en una región que fue menos latina de lo que nos imaginamos, si tenemos en cuenta que por extensión, latinos son los habitantes de la llanura del Lazio, es decir los romanos.

La ciudad nos muestra una impresionante acumulación de pinturas tanto del período gótico como del renacentista, que nos hablan de que la floreciente ciudad, donde no es aventurado afirmar que tuvo su cuna la modernidad, no era una sociedad latina sino preponderantemente germánica. Está muy claro pues la abrumadora mayoría de los personajes y modelos son rubios de ojos celestes y de portes nórdicos. Hasta los personajes bíblicos, unos semitas de la cuenca del Mediterráneo, son frecuentemente representados bajo el fenotipo germánico. Y ese arte era un instrumento para incidir en la cultura del pueblo, que seguramente también tenía un fuerte componente germánico. Es sabido que todos los seres humanos han proyectado en sus dioses y mitos su propia humanidad.

Pensándolo un poco es hasta obvio que no podía ser de otro modo pues la cultura romana, esa que se irradió desde la llanura del Lazio, estaba basada en el esclavismo como sistema productivo, primero, y luego en su continuador, el sistema feudal –inherentemente fragmentario– unificado por la Iglesia Romana. Quienes produjeron esa creatividad, que se manifestaron a través de la pintura, la escultura, la literatura y la teoría política unificados tras la idea de Renacimiento, en realidad eran parte de algo infinitamente más complejo que incluía la aparición de la industria y las finanzas del más alto nivel y obviamente el comercio, actividades que financiaron la maravillosa creatividad de artistas, literatos, arquitectos y filósofos, que desde toda Italia concurrían atraídos por el mecenazgo de las grandes familias burguesas, en gran parte compuestas por financistas.

---

<sup>161</sup> Pasajes o callejuelas.

En realidad lo que ocurrió en la Italia germanizada fue, creo, el nacimiento de la Edad Moderna, al menos en su primera etapa en una región demasiado cercana a los estados papales y sus intereses territoriales y geopolíticos. El ejemplo de Giordano Bruno y Galileo, los más notorios, terminan de explicar el asunto: la ciencia, un componente esencial de la modernidad y la formación de la autoconsciencia crítica y la capacidad de *compartirla mediante la libre publicación*, termina huyendo de Italia y se aloja en Holanda, Inglaterra y en Francia, entre otros países. Y es sabido que ese es un componente esencial de la modernidad, un paso inevitable en la continuidad evolutiva de la especie humana.

Florenia devino así en una república de banqueros y burgueses que por esas razones quizá no terminó el proceso que otras naciones burguesas, consistente en definir las garantías en favor del burgués, visto como actor de la historia en esos años fundacionales. El sistema parlamentario y las declaraciones de derechos individuales fueron desenvueltos por otros países.

Quizá el mejor ejemplo de la significación de Florenia en la historia europea se encuentre en la basílica de la Santa Croce. No sólo es una iglesia construida por los Franciscanos, una orden religiosa que se alzó en protesta contra la ostentación de poder y riqueza de la propia Iglesia, al punto que ésta debió aceptarla para evitar que se fuera de su seno como venía ocurriendo con diversos movimientos precursores del protestantismo y que fueron eliminados.

También muestra su singularidad y la de la ciudad en la que está situada, el hecho de que ostente en su fachada de manera muy relevante, la estrella de David, pues su fachada fue rediseñada a mediados del siglo XIX por Niccoló Matas, un judío, pero cualquiera que sea su origen ese símbolo habla de tolerancia. Judíos y florentinos germanizados eran financistas, como es sabido. En la Santa Croce están depositados los restos de las glorias italianas del Renacimiento tales como Macchiavello, Galileo Galilei, Miguel Ángel y el cenotafio de Dante, entre otros más modernas como Rossini. En fin, un templo que testimonia que muchas cosas pasaron en Florenia desde el Renacimiento en adelante.

© Editorial Astrea, 2015. Todos los derechos reservados.